

A nighttime aerial view of a city, likely Los Angeles, with a dense grid of lights and several prominent skyscrapers in the distance. The sky is a deep orange and red, suggesting a sunset or sunrise.

Michael Connelly

LA HABITACIÓN EN LLAMAS



Lectulandia

No hay muchas víctimas que mueran una década después de que se cometa el crimen. Así pues, cuando un hombre fallece por las complicaciones derivadas de un balazo recibido diez años antes, a Harry Bosch le corresponde un caso en el que el cuerpo todavía está fresco pero apenas hay ninguna otra pista. Incluso para un policía veterano sería un caso complicado. Y la nueva compañera de Bosch en el Departamento de Policía de Los Ángeles, la detective Lucía Soto, no tiene ninguna experiencia en homicidios.

A Bosch y a Soto se les encarga resolver un caso de alta tensión y con implicaciones políticas. Empezando por la bala que ha permanecido alojada durante años en la columna vertebral de la víctima, los detectives deben conseguir nuevas pistas a partir de pruebas reunidas años atrás, y estas pronto revelan que el disparo no tuvo nada de aleatorio.

Cuando la investigación gana velocidad, conduce a otro caso sin resolver en el que todavía hay más en juego: las muertes de varios niños en un incendio ocurrido veinte años atrás. Pero cuando su trabajo empieza a amenazar carreras y vidas, Bosch y Soto deben decidir si vale la pena arriesgarlo todo para encontrar la verdad o si es más seguro dejar que algunos secretos permanezcan enterrados.

Lectulandia

Michael Connelly

La habitación en llamas

Harry Bosch - 19

ePub r1.0

Titivillus 05.09.17

Título original: *The Burning Room*
Michael Connelly, 2014
Traducción: Javier Guerrero Gimeno

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Al detective Rick Jackson,
con agradecimiento por tu servicio a la ciudad de Los Ángeles,
espero que el segundo retiro dure.
¡Disfruta del golf!*

1

A Bosch le parecía una forma de sumar tortura a la tortura. Corazón estaba encorvada sobre la mesa metálica, con los guantes ensangrentados metidos en un torso destripado, trabajando con fórceps y un instrumento de hoja larga que ella llamaba el «cuchillo de la mantequilla». Corazón no era alta y se ponía de puntillas para poder llegar hasta el fondo con sus instrumentos. Apoyó la cadera contra el lateral de la mesa de autopsias para disponer de un punto de apoyo.

Lo que molestaba a Bosch de ese retablo truculento era que el cuerpo ya había sido violado durante mucho tiempo. Faltaban las dos piernas, habían amputado un brazo a la altura del hombro y las cicatrices quirúrgicas, pese a ser antiguas, seguían viéndose tiernas y rojas. La boca permanecía abierta en un grito silencioso. El hombre tenía la mirada dirigida hacia arriba, como si suplicara misericordia a su Dios. En el fondo, Bosch sabía que los muertos estaban muertos y ya no sufrían las crueldades de la vida, pero aun así tenía ganas de gritar: «¡Ya basta!». Quería preguntar: «¿Hasta cuándo? ¿Acaso la muerte no debería ser el alivio de las torturas de la vida?».

Sin embargo, Bosch no dijo nada. Se quedó en silencio y se limitó a observar, igual que había hecho antes en centenares de ocasiones. La necesidad de conseguir la bala que Corazón estaba tratando de arrancar de la columna vertebral del cadáver era más importante que su indignación y el deseo de denunciar la sarta de atrocidades infligidas a Orlando Merced.

Corazón volvió a apoyar los talones en el suelo para descansar. Soltó el aire y por un momento su máscara antisalpicaduras perdió su nitidez. Miró a Bosch a través del plástico empañado.

—Casi está —dijo—. Y te digo que hicieron bien en no intentar extraerla entonces. Habrían seccionado la T-12.

Bosch se limitó a asentir, sabiendo que se estaba refiriendo a una de las vértebras.

Corazón se volvió hacia la mesa, donde estaba extendido todo su instrumental.

—Necesito otra cosa... —dijo.

Dejó el cuchillo de la mantequilla en un fregadero de acero inoxidable, donde un grifo abierto mantenía el agua hasta el nivel del desagüe. Después paseó la mano a la izquierda del fregadero, sobre el instrumental esterilizado, hasta que eligió un punzón largo y delgado. Volvió a meter las manos en el hueco del torso eviscerado de la víctima. Todos los órganos e intestinos se habían extraído, pesado y guardado en bolsas, dejando solo una carcasa formada por las costillas abiertas. Corazón se puso de puntillas otra vez y se valió de la fuerza de la parte superior del cuerpo y el punzón de acero para arrancar por fin la bala de la columna vertebral. Bosch oyó sonar el proyectil dentro de la caja torácica.

—¡La tengo!

Corazón apartó sus brazos del torso del cadáver, dejó el punzón y limpió los

fórceps con la manguera fijada a la mesa. Después sostuvo en alto el instrumento para examinar su hallazgo. Pisó un botón del suelo para poner en marcha la grabadora y reanudó la grabación.

—Se retira un proyectil de la vértebra T-12 anterior. Está dañado y muy aplanado. Lo fotografiaré y lo marcaré con mis iniciales antes de entregárselo al detective Hieronymus Bosch, de la Unidad de Casos Abiertos del Departamento de Policía de Los Ángeles.

Corazón pulsó otra vez con el pie el botón de grabación para volver al *off the record*. Sonrió a Bosch desde detrás de la máscara de plástico.

—Lo siento, Harry, ya me conoces, me gustan las formalidades.

—No creía que lo recordaras.

Él y Corazón habían tenido una breve aventura, pero eso había ocurrido muchos años antes, y poca gente conocía el verdadero nombre de Harry.

—Claro que lo recuerdo —dijo ella en fingida protesta.

Teresa Corazón irradiaba una nueva aura de humildad que no existía en el pasado. Había ido ascendiendo hasta que terminó por conseguir lo que deseaba: el puesto de jefe de forenses y todo lo que eso conllevaba, incluido un programa de televisión. Sin embargo, cuando uno alcanza la cumbre de una institución pública, se convierte en político, y los políticos caen en desgracia. Teresa finalmente había caído desde lo más alto y volvía a encontrarse en el punto de partida, como ayudante de forense con un montón de casos, como todos los demás profesionales de la oficina. Al menos le habían permitido conservar su sala de autopsias privada. Por el momento.

Corazón llevó la bala a la mesa, donde la fotografió y luego la identificó con un rotulador negro indeleble. Bosch estaba preparado con una bolsita de pruebas, y ella la dejó caer allí. A continuación, él anotó en la bolsa las iniciales de ambos: rutina de la cadena de custodia. Examinó el proyectil deformado a través del plástico. A pesar de los daños, creía que era una bala de calibre 308, lo cual significaba que había sido disparada por un rifle. En ese caso, sería un dato significativo para la investigación.

—¿Te quedarás al resto o no querías nada más? —Corazón lo preguntó como si hubiera algo entre ellos.

Bosch levantó la bolsa de pruebas.

—Será mejor que ponga esto en marcha. Hay muchas miradas puestas en este caso.

—Claro. Terminaré sola. ¿Qué ha pasado con tu compañera, por cierto? ¿No estaba contigo en la sala?

—Tenía que hacer una llamada.

—Vaya, pensaba que quería dejarnos un rato a solas. ¿Le has hablado de nosotros? —Corazón sonrió y batió las pestañas.

Bosch apartó la mirada con torpeza.

—No, Teresa. Sabes que no hablo de esas cosas.

Corazón asintió.

—Nunca lo hiciste. Eres un hombre que guarda sus secretos.

Bosch la miró otra vez.

—Lo intento —dijo—. Además, eso fue hace mucho tiempo.

—Y la llama se ha apagado, ¿no?

Bosch volvió al tema de la autopsia.

—Sobre el caso, ¿algo diferente de lo que informó el hospital?

Corazón negó con la cabeza y demostró que también ella era capaz de dar un paso atrás.

—No, nada diferente. Sepsis. Infección sanguínea, por usar el término más común. Pon eso en tu comunicado de prensa.

—¿Y no tienes ningún problema en relacionar esto con el disparo? ¿Podrías testificar sobre eso?

Corazón estaba asintiendo antes de que Bosch hubiera terminado de hablar.

—El señor Merced murió de septicemia, pero voy a anotar que la causa de la muerte fue homicidio. Es un asesinato cometido hace diez años, Harry, y estaré encantada de testificar eso. Espero que la bala te ayude a encontrar al asesino.

Bosch asintió y cerró la mano en torno a la bolsa de plástico que contenía la bala.

—Eso espero yo también —dijo él.

Bosch subió en ascensor hasta la planta baja. En los últimos años, el condado había gastado treinta millones de dólares en renovar la Oficina del Forense, pero los ascensores se movían con la lentitud de siempre. Encontró a Lucía Soto en el muelle de carga posterior, apoyada en una camilla vacía y consultando su teléfono. Era bajita y bien proporcionada, cincuenta kilos a lo sumo. Llevaba un estilo de traje chaqueta que se había puesto de moda entre las mujeres detectives, porque permitía llevar la pistola en la cadera en lugar de en un bolso. Transmitía poder y autoridad de una forma en que un vestido nunca podría hacerlo. Ese traje en concreto era marrón oscuro, y Soto lo combinaba con una blusa color crema. Le sentaba bien con su piel suave y morena.

Levantó la mirada cuando Bosch se acercó y se incorporó de manera apresurada, como un niño al que pillan haciendo algo mal.

—La tengo —dijo Bosch.

Levantó la bolsa de pruebas que contenía la bala. Soto cogió la bolsa y examinó un momento el proyectil a través del plástico. Un par de camilleros se acercaron por detrás de ella y empujaron la camilla vacía hacia la puerta de lo que se conocía como la Gran Cripta. Era un nuevo agregado al complejo, un espacio refrigerado del tamaño de un gran supermercado donde se colocaban todos los cadáveres que llegaban hasta que se programara la autopsia.

—Es una bala grande —dijo Soto.

Bosch asintió.

—Y larga —añadió él—. Creo que hemos de buscar un rifle.

—Está muy deformada —valoró ella—. Aplanada.

Soto le devolvió la bolsa, y Bosch se la guardó en el bolsillo del abrigo.

—Diría que hay suficiente para una comparación —dijo—. Suficiente para que tengamos suerte.

Los hombres de detrás de Soto abrieron la puerta de la Gran Cripta para meter la camilla. En el aire frío flotaba un desagradable olor químico que se extendía por el muelle de carga. Soto se volvió a tiempo de atisbar la gigantesca sala refrigerada. Fila tras fila de cadáveres en columnas de cuatro en un sistema de andamios de acero inoxidable. Los cuerpos estaban envueltos en sábanas de plástico opaco, con los pies al descubierto y etiquetas que colgaban de los dedos gordos y se mecían en la brisa generada por los respiraderos de la refrigeración.

Soto enseguida apartó la mirada, con la cara pálida.

—¿Estás bien? —preguntó Bosch.

—Sí, sí —dijo ella—. Me da un poco de grima.

—De hecho, es todo un avance. Antes, los cadáveres se amontonaban en los pasillos. A veces, los apilaban unos encima de otros después de un fin de semana movido. Apestaba.

Soto levantó una mano para que Bosch no continuara con la descripción.

—Por favor. ¿Hemos terminado?

—Sí.

Bosch se puso en marcha y Soto lo siguió, manteniéndose un paso por detrás de él. Ella tendía a caminar por detrás de Bosch, y él no sabía si se trataba de alguna clase de deferencia a su edad y rango o de otra cosa, como una cuestión de seguridad. Harry se dirigió a la escalera del fondo del muelle de carga, un atajo al aparcamiento de visitantes.

—¿Adónde vamos? —preguntó Soto.

—Llevaremos la bala a Armas de Fuego —explicó Bosch—. Hablando de tener suerte, hoy es miércoles de puertas abiertas. Luego iremos a recoger el archivo y las pruebas a Hollenbeck. Y nos pondremos en marcha.

—Vale.

Bajaron por la escalera y empezaron a cruzar el aparcamiento de empleados. El de visitantes estaba en el lateral del edificio.

—¿Ya has llamado? —preguntó Bosch.

—¿Qué? —dijo Soto, confundida.

—Has dicho que tenías que hacer una llamada.

—Ah, sí. Sí, he llamado. Perdona.

—No importa. ¿Has conseguido lo que necesitabas?

—Sí, gracias.

Bosch suponía que no había llamado a nadie. Sospechaba que Soto quería saltarse la autopsia, porque nunca había visto un ser humano eviscerado antes. Soto no solo era nueva en la Unidad de Casos Abiertos, sino también en Homicidios. Era el tercer caso en el que trabajaba con Bosch y el único con un cadáver lo bastante reciente para poder llevar a cabo una autopsia. Soto probablemente no había pensado en asistir a autopsias cuando había aceptado el puesto en Casos Abiertos. Las imágenes y los olores eran por lo general las cosas a las que más costaba acostumbrarse en el trabajo de homicidios. Casos Abiertos normalmente eliminaba las dos.

En los últimos años, el índice de criminalidad de Los Ángeles había descendido de manera notable, sobre todo, y más drásticamente, la cifra de homicidios. Esto había alentado un desplazamiento en las prioridades y prácticas de investigación del Departamento de Policía de Los Ángeles. Con pocos casos de asesinatos activos, el departamento incrementó el énfasis en resolver investigaciones estancadas. Más de diez mil homicidios no resueltos en los últimos cincuenta años daban mucho trabajo. La Unidad de Casos Abiertos casi había triplicado su tamaño durante el año anterior y en ese momento contaba con su propio equipo de mando: un capitán y dos tenientes. Se habían trasladado muchos detectives experimentados desde Homicidios Especiales y otras unidades de elite de la División de Robos y Homicidios. Además, se había incorporado una nueva hornada de detectives jóvenes con escasa o nula experiencia en investigación. La filosofía que se transmitía desde la décima planta de

la OJP (Oficina del Jefe de Policía) era que había un mundo nuevo, con nuevas tecnologías y nuevas formas de contemplar las cosas. Pese a que nada superaba el saber hacer del investigador, no hacía ningún daño combinarlo con nuevos puntos de vista y diferentes experiencias vitales.

Estos nuevos detectives (la «brigada hípster», como los llamaban algunos en plan de burla) optaban a un puesto en la Unidad de Casos Abiertos por diversas razones, que iban desde las conexiones políticas a una agudeza y talento particulares o a recompensas por heroísmo en el cumplimiento del deber. Uno de los nuevos detectives había trabajado en tecnologías de la información para una cadena hospitalaria antes de ingresar en la policía y había sido clave en la resolución del asesinato de un paciente mediante un sistema de recetas informatizadas. Otro había estudiado química con una beca Rhodes. Incluso había un detective que anteriormente había sido investigador en la policía nacional de Haití.

Soto tenía veintiocho años y llevaba menos de cinco en el cuerpo. Era una «manga lisa» (sin ningún galón de rango en su uniforme) y había dado el salto a detective gracias a su condición de dos por uno: era de origen mexicano y hablaba inglés y español con fluidez. Después, logró un pase de acceso más tradicional a las filas de los detectives al hacerse famosa de la noche a la mañana a raíz de un tiroteo mortal con atracadores armados en una licorería de Pico-Union. Ella y su compañero se enfrentaron a cuatro hombres armados. Él resultó herido de muerte, pero Soto abatió a dos de los delincuentes y retuvo a los otros dos en un callejón hasta que llegó el SWAT y terminó la captura. Los atracadores eran miembros de Calle 13, una de las bandas más violentas que actuaban en la ciudad, y la heroicidad de Soto saltó a los periódicos, sitios web y pantallas de televisión. El jefe de la policía, Gregory Malins, le concedió después la medalla al valor del departamento. Su compañero también recibió el mismo honor a título póstumo.

El capitán George Crowder, nuevo jefe de la Unidad de Casos Abiertos, decidió que la mejor forma de manejar la afluencia de savia nueva en la unidad era separar los equipos existentes y emparejar a todos los detectives con experiencia en casos abiertos con un nuevo detective inexperto. Bosch era el mayor de la unidad y el que llevaba más años en el trabajo. Como tal, lo pusieron de pareja con la más joven: Soto.

—Harry, usted es el veterano —le había explicado Crowder—. Quiero que vigile a la novata.

Bosch, pese a que no le hacía demasiada gracia que le recordaran su edad y posición, se sintió encantado con el puesto. Estaba entrando en el que sería su último año en el departamento y ya había empezado la cuenta atrás de su Plan Opcional de Jubilación Postergada. Para él, cada día que le quedaba en el trabajo era oro. Cada hora tenía el valor de un diamante. Bosch pensaba que preparar a una detective inexperta y transmitirle todo lo que pudiera sería una buena forma de terminar su vida profesional. Cuando Crowder le comunicó que su nueva compañera sería Lucía Soto,

Bosch se sintió complacido. Como todo el mundo en el departamento, había oído hablar de la proeza de Soto en el tiroteo. Bosch sabía qué era matar a alguien en acto de servicio, y también sabía qué era perder a un compañero. Comprendía la mezcla de pesar y culpa que afligiría a Soto. Pensaba que los dos podrían trabajar bien juntos y que podría formarla para que fuera una investigadora sólida.

Además, formar equipo con Soto le ofrecía a Bosch un pequeño plus. Como era una mujer, no tendría que compartir habitación de hotel cuando viajaran por un caso. Cada uno contaría con su propia habitación. Eso era algo importante. Las posibilidades de viajar por un caso en la Unidad de Casos Abiertos eran altas. Muchas veces, quienes creían que se habían librado del peso de la ley se marchaban de la ciudad, con la esperanza de que poner distancia física entre ellos y sus crímenes también los alejaría del alcance de la policía. Bosch esperaba terminar sus días en el departamento sin tener que compartir un cuarto de baño ni tener que soportar los ronquidos u otras emisiones de un compañero en una pequeña habitación doble de un Holiday Inn.

Soto no había dudado en sacar su pistola en inferioridad numérica en un callejón de barrio, pero asistir a una autopsia era otra historia. Se había mostrado reticente esa mañana cuando Bosch le había dicho que tenían que ir a la Oficina del Forense. Lo primero que preguntó Soto fue si se requería que los dos compañeros de un equipo de investigación asistieran a la disección del cadáver. En la mayoría de los casos que investigaba la unidad, el cadáver llevaba mucho tiempo bajo tierra y la única disección era el análisis de viejos registros y pruebas. Casos Abiertos permitía a Soto trabajar en los casos más importantes —asesinatos— sin tener que presenciar una autopsia en directo ni tampoco pisar una escena del crimen.

O eso parecía hasta ese día, cuando Bosch recibió en su casa la llamada de Crowder.

El capitán le preguntó si había leído el *Los Angeles Times* de esa mañana y él, de acuerdo con la impercedera tradición de desdén que existía entre las instituciones de la policía y los medios, le dijo que no recibía el periódico.

El capitán procedió entonces a contarle la noticia que ocupaba la primera página esa mañana y que fue el origen de la nueva misión de Bosch y Soto. Mientras escuchaba, Bosch abrió su portátil y fue al sitio web del periódico, donde la noticia también ocupaba un lugar destacado.

El diario informaba de la muerte de Orlando Merced. Diez años antes, Merced se había hecho famoso en Los Ángeles por ser la víctima accidental de un disparo en Mariachi Plaza, en la zona de Boyle Heights. La bala que hirió a Merced en el abdomen había cruzado la plaza desde cerca de Boyle Avenue, y se creía que se trataba de una bala perdida de una confrontación de bandas.

El disparo se produjo a las 16 h de un sábado. Merced tenía entonces treinta y un años y era miembro de un grupo de mariachis donde tocaba la vihuela, una especie de guitarra de cinco cuerdas que era el pilar de la música tradicional mexicana. Él y sus

tres compañeros de grupo estaban entre los varios mariachis que esperaban trabajo en la plaza: un bolo en un restaurante o un cumpleaños o tal vez una boda organizada en el último momento. Merced era un hombre grande, de barriga abultada, y la bala que aparentemente llegó de ninguna parte astilló la caoba de su instrumento y luego le atravesó el vientre antes de alojarse en la parte anterior de su columna.

Merced se habría convertido en una víctima más en una ciudad donde los medios casi pasan de largo: una crónica de treinta segundos en los canales de noticias en inglés, un artículo de cuatro párrafos en el *Times*, un poco más de longevidad en los medios en español.

Sin embargo, un simple giro del destino cambió eso. Merced y su grupo, Los Reyes Jalisco, habían actuado tres meses antes en la boda de un concejal, Armando Zeyas, y este estaba preparando una campaña para la alcaldía.

Merced sobrevivió. La bala le causó una lesión medular y lo dejó parapléjico, pero también lo convirtió en un símbolo. Cuando la campaña por la alcaldía cobró forma, Zeyas lo sacó en su silla de ruedas en todos los mítines y discursos políticos. Utilizó a Merced como ejemplo del abandono que sufrían las comunidades de la zona este de Los Ángeles. El índice de delincuencia era alto y la atención policial baja: todavía tenían que pillar al que había disparado a Merced. La violencia de las bandas campaba sin control, los servicios municipales básicos y los proyectos a largo plazo, como la extensión de la línea dorada del metro, estaban retrasados. Zeyas prometió que sería el alcalde que cambiaría eso, y usó a Merced y el este de Los Ángeles para forjar una base y una estrategia que lo separaron de un nutrido grupo de contendientes. Llegó a la segunda vuelta y se impuso con facilidad. Merced se mantuvo siempre a su lado, sentado en la silla de ruedas y vestido con su traje de charro, en ocasiones incluso con la camisa manchada de sangre del día del tiroteo.

Zeyas cumplió dos mandatos. El este de Los Ángeles recibió nueva atención del municipio y la policía. La criminalidad descendió. La línea dorada se alargó — incluso con una parada en Mariachi Plaza—, y el alcalde se regodeó en sus logros. Sin embargo, nunca detuvieron a la persona que disparó a Orlando Merced, y con el tiempo la bala se cobró una tremenda factura. Varias infecciones condujeron a numerosas hospitalizaciones y operaciones. Merced primero perdió una pierna, luego la otra. Para añadir humillación a las heridas, el brazo con el que había tocado el instrumento que producía los ritmos de música popular mexicana le fue amputado.

Y, finalmente, Orlando Merced había muerto.

—Ahora la pelota está en nuestro campo —le había dicho Crowder a Bosch—. No me importa lo que diga el maldito periódico, hemos de decidir si es un homicidio. Si su muerte puede atribuirse médicamente a ese disparo de hace diez años, abrimos un nuevo caso y usted y *Lucky Lucy* se ponen con él.

—Entendido.

—La autopsia tiene que decir que es un homicidio o todo esto muere con Merced.

—Entendido.

Bosch nunca rechazaba un caso, porque sabía que le quedaban pocos. Aun así, no pudo evitar preguntarse por qué Crowder estaba confiando la investigación de Merced a él y a Soto. Crowder sabía desde el principio que se sospechaba que el balazo que había recibido Merced había salido de un tiroteo de bandas. Eso significaba que la nueva investigación se centraría casi por completo en White Fence y en las otras destacadas bandas del este de Los Ángeles que actuaban en Boyle Heights. Iba a ser esencialmente un caso en español, y aunque Soto evidentemente hablaba español con fluidez, Bosch tenía un conocimiento muy limitado del idioma. Podía pedir un taco en un *food truck* y decirle a un sospechoso que se pusiera de rodillas y colocara las manos en la nuca. Sin embargo, llevar a cabo entrevistas importantes e incluso interrogatorios en español aún no estaba a su alcance. Eso le tocaría a Soto y, a juicio de Bosch, a ella todavía le faltaba experiencia para hacerlo. Había al menos otras dos parejas en la unidad que hablaban español y contaban con más experiencia. Crowder debería haber optado por una de ellas.

El hecho de que el capitán no hubiera tomado la decisión obvia y correcta hacía sospechar a Bosch. Por un lado, la orden de ponerlos a él y Soto en el caso podría haber salido de la OJP. Sería una investigación delicada con los medios y tener en el caso a Soto, la heroína del departamento, podría contribuir a una respuesta positiva de la prensa. Una alternativa más oscura era que Crowder quisiera que el equipo Bosch-Soto fracasara y socavar públicamente la decisión del jefe de policía de romper con la tradición y la experiencia al formar la nueva Unidad de Casos Abiertos. Que el jefe hubiera antepuesto a varios agentes jóvenes e inexpertos a detectives veteranos que esperaban turno en las brigadas del Departamento de Robos y Homicidios no había caído bien entre la tropa. Tal vez Crowder quería poner en evidencia al jefe por hacerlo.

Bosch trató de dejar a un lado la especulación sobre los motivos al doblar la esquina y entrar en el aparcamiento de visitantes. Pensó en el plan para el día y se dio cuenta de que estaban a menos de un kilómetro de la comisaría de Hollenbeck y más cerca incluso de Mariachi Plaza. Podían tomar Mission Street hasta la 1 y luego pasar por debajo de la 101. Diez minutos a lo sumo. Decidió invertir el orden de las paradas que le había comunicado a Soto.

Estaban a medio camino del coche cuando Bosch oyó que llamaban a Soto desde atrás. Al volverse, se encontró con una mujer que cruzaba el aparcamiento de empleados con un micrófono inalámbrico. Detrás de ella, un hombre se esforzaba en mantener la cámara levantada mientras pasaba entre los coches.

—Mierda —soltó Bosch.

Se volvió para ver si había más. Alguien, tal vez Corazón, había avisado a los medios.

A Bosch le sonaba la mujer, aunque no podía recordar de qué programa o conferencia de prensa. Pero no la conocía, y ella no lo conocía a él. La mujer se acercó directamente a Soto con el micrófono. Soto era más interesante para los

medios. Al menos, en la historia reciente.

—Detective Soto, soy Katie Ashton, de Channel Five, ¿me recuerda?

—Eh, creo...

—¿La muerte de Orlando Merced ha sido considerada oficialmente un homicidio?

—Todavía no —dijo Bosch con rapidez, aunque no estaba en cámara.

Tanto el cámara como la periodista se volvieron hacia él. Salir en las noticias no le hacía gracia, pero quería ir unos pasos por delante de los medios en el caso.

—La Oficina del Forense está evaluando la historia clínica de Merced y tomará una decisión al respecto. Esperamos saber algo muy pronto.

—¿Esto reiniciará la investigación del caso del señor Merced?

—El caso sigue abierto y es lo único que puedo decir en este momento.

Sin pronunciar una palabra más, Ashton dio un giro de noventa grados hacia su derecha y puso el micrófono debajo de la barbilla de Soto.

—Detective Soto, le concedieron la medalla al valor del Departamento de Policía de Los Ángeles por el tiroteo de Pico-Union. ¿Ahora acabará con el que disparó a Orlando Merced?

Soto pareció momentáneamente desconcertada, pero enseguida contestó.

—No voy a acabar con nadie.

Bosch se interpuso al cámara que se había movido para grabar por encima del hombro de Ashton. Alcanzó a Soto y se la llevó hacia el coche.

—Nada más —dijo—. No hay más comentarios. Llamen a Relaciones con los Medios si quieren alguna otra cosa.

Dejaron a la periodista y el cámara allí y caminaron con rapidez hacia el coche. Bosch se sentó al volante.

—Buena respuesta —dijo al arrancar.

—¿A qué te refieres? —respondió Soto.

—A lo de acabar con el asesino de Merced.

—Ah.

Salieron a Mission y se dirigieron hacia el sur. Cuando se alejaron unas manzanas de la Oficina del Forense, Bosch se acercó a la acera y detuvo el coche. Tendió la mano a Soto.

—Déjame ver tu teléfono un segundo —dijo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Soto.

—Déjame ver tu teléfono. Has dicho que tenías que hacer una llamada cuando he entrado a la autopsia. Quiero ver si has llamado a esa periodista. No puedo tener a una compañera que informa a los medios.

—No, Harry, no la he llamado.

—Muy bien, entonces, déjame ver tu teléfono.

Soto le entregó el teléfono con aire indignado. Era un iPhone, el mismo que tenía él. Bosch abrió el registro de llamadas. Soto no había llamado a nadie desde la tarde

anterior. Y la última llamada que había recibido era la de Bosch de esa mañana, hablándole del caso que les había tocado.

—¿Le has enviado un mensaje?

Abrió la aplicación de mensajes y vio que el último que había enviado era a alguien llamado Adriana. Estaba en español. Entregó el teléfono a su compañera.

—¿Quién es? ¿Qué dice aquí?

—Es una amiga. Mira, no quería entrar en esa sala, ¿vale?

Bosch la miró.

—¿Qué sala? ¿Qué estás...?

—La autopsia. No quería tener que ver eso.

—Entonces ¿me has mentado?

—Lo siento, Harry. Es embarazoso. No creo que pueda soportar eso.

Bosch le devolvió el teléfono.

—No me mientas, Lucía.

Harry miró en el retrovisor lateral y arrancó. Permanecieron en silencio hasta que llegaron a la calle 1 y Bosch se pasó al carril de giro a la izquierda. Soto se dio cuenta de que no iban a llevar la bala al Laboratorio Regional de Criminalística.

—¿Adónde vamos?

—Estamos en el barrio. Pensaba echar un vistazo a Mariachi Plaza unos minutos, y luego ir a buscar el expediente a Hollenbeck.

—Ya veo. ¿Y Armas de Fuego?

—Lo haremos después. ¿Está relacionado con el tiroteo... que no quisieras asistir a la autopsia?

—No. Bueno, no lo sé. Simplemente no quería ver eso, nada más.

Bosch lo dejó estar por el momento. Al cabo de dos minutos estaban acercándose a Mariachi Plaza y Bosch vio dos camiones de televisión aparcados con las antenas preparadas para informar en directo.

—Están en todas partes —dijo—. Ya volveremos.

Bosch pasó de largo. Ochocientos metros más adelante llegaron a la comisaría de Hollenbeck. El edificio, nuevo y moderno, con paneles de cristal en ángulo que formaban una fachada que reflejaba el sol en múltiples direcciones, parecía más la sede de una gran empresa que una comisaría. Bosch metió el coche en el aparcamiento de visitantes y paró el motor.

—Esto va a ser agradable —dijo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Soto.

—Ya verás.

A Bosch nunca le había gustado estar en ninguno de los lados de un caso que cambia de manos. Cuando trabajaba en Homicidios de Hollywood, a menudo Robos y Homicidios, la división de elite, les arrebatava los grandes casos. Después, él mismo había trabajado en Robos y Homicidios, y se había encontrado en el otro lado, llevándose casos de las brigadas más pequeñas. En Casos Abiertos eso rara vez ocurría, porque las investigaciones eran viejas y acumulaban polvo. Sin embargo, el caso Merced, pese a que tenía diez años, no dormía en los archivos del departamento. Todavía pertenecía a los dos investigadores originales a los que se les encargó el día del tiroteo. Hasta la fecha.

Bosch y Soto entraron en la comisaría por la puerta de trabajo, como llamaban a la entrada desde el aparcamiento de los coches blancos y negros de las patrullas. Siguieron un pasillo trasero hasta la oficina de detectives, y Bosch llamó a la puerta abierta del despacho del teniente.

—¿Teniente García?

—Yo mismo.

Bosch entró en la pequeña oficina, y Soto lo siguió.

—Soy Bosch y ella es Soto. Venimos de Casos Abiertos para recoger el material sobre Merced. Buscamos a Rodríguez y Rojas.

García asintió. Parecía un administrador clásico del Departamento de Policía de Los Ángeles. Camisa blanca, corbata seria, chaqueta colgada del respaldo de su asiento. Tenía unos gemelos en forma de placas de policía. Ningún agente llevaría gemelos en la calle. Demasiado llamativo, demasiado fácil perderlas en un altercado.

—Sí, nos ha avisado el mando. Están preparados. DCP está al otro lado, pasando la lechería.

—Gracias, teniente.

Bosch se volvió para irse y casi chocó con su compañera, que no se había dado cuenta de que habían terminado con el teniente. Soto retrocedió con torpeza y se volvió para marcharse.

—Eh, ¿detectives? —dijo García.

Bosch se volvió hacia él.

—Háganme un favor. Si lo resuelven, no se olviden de mis chicos.

Estaba refiriéndose a los méritos que acompañarían la resolución de un caso de perfil alto. El problema con llevarse un caso era que a menudo los detectives de división hacían un montón de trabajo pesado y luego llegaban los peces gordos del centro y se quedaban el caso y la gloria que seguía a una detención. Bosch, que había estado de los dos lados de esa ecuación, comprendió lo que García les estaba pidiendo.

—No los olvidaremos —dijo—. De hecho, si puede prescindir de ellos, los usaremos cuando llegue el momento.

Bosch aludía a una detención. Si llegaban a un punto en el que tenían a un sospechoso y Bosch preparaba una orden judicial o un equipo de detención, buscaría a Rodríguez y Rojas.

—Buena idea —dijo García.

Salieron de la oficina y encontraron la mesa de DCP más allá de la sala de lactancia de la comisaría. El ayuntamiento había ordenado recientemente que todos los edificios públicos contaran con una sala familiar donde empleadas o ciudadanas de visita pudieran dar el pecho a sus bebés. Ninguna de las diecinueve comisarías de Los Ángeles estaba diseñada para incluir un cuarto de lactancia, así que se emitió un mandato que exigía que una de las salas de interrogatorios de cada oficina de detectives se transformara en un espacio que cumpliera con los requisitos municipales. Las salas se repintaron en tonos pastel y también se añadieron pegatinas de dibujos animados. En ocasiones, en situaciones de sobrecarga, las salas se usaban durante investigaciones, y se interrogaba a sospechosos desconcertados delante de Bob Esponja o la Rana Gustavo.

El espacio de la brigada DCP de Hollenbeck constaba de cinco escritorios unidos de modo que quedaba una pareja de detectives a cada lado, mientras que el escritorio del jefe de brigada estaba situado a un extremo. Solo había dos hombres sentados en esa configuración bajo el cartel de Delitos Contra Personas, y Bosch supuso que eran Óscar Rodríguez y Benito Rojas.

Había una pila de tres carpetas azules en el escritorio delante de uno de los hombres. Bosch leyó el nombre «Merced» en el lomo de dos de ellas. La tercera solo decía «Soplos». En la mesa también había una caja de cartón cerrada con cinta roja. Bosch vio un estuche negro apoyado junto al escritorio y supuso que contenía el instrumento de Orlando Merced. Había pegatinas de parachoques adornando el estuche, anunciando viajes a muchas poblaciones y regiones del suroeste de Estados Unidos y México.

—Hola, chicos —saludó Bosch—. Somos de Casos Abiertos.

—Por supuesto —dijo uno de los hombres—. Han llegado los peces gordos.

Bosch asintió. Había actuado del mismo modo en el pasado cuando le arrebataban un caso. Tendió la mano al detective enfadado.

—Harry Bosch. Ella es Lucía Soto. ¿Eres Óscar o Benito?

El hombre estrechó la mano de Bosch a regañadientes.

—Ben.

—Encantado. Y siento hacer esto. Los dos lo sentimos. A nadie le gusta esto desde ningún lado. Sé que habéis trabajado mucho y no es justo. Pero es lo que hay. Todos hacemos lo que nos ordenan los genios que mandan.

El discurso aparentemente aplacó a Rojas. Rodríguez permaneció impasible.

—Llévatelo sin más —dijo Rodríguez—. Buena suerte, tío.

—En realidad —dijo Bosch—, no solo quiero llevarme el material. Me gustaría haceros unas preguntas sobre el caso. Ahora, y después cuando nos metamos con eso.

Vosotros dos sois los cerebros. Desde el primer día. No pedir os ayuda sería como pegarme un tiro en el pie.

—¿Han extraído la bala? —preguntó Rodríguez.

—Sí —dijo Bosch—. Venimos ahora mismo de la autopsia.

Bosch metió una mano en el bolsillo y sacó la bala. Entregó la bolsa a Rodríguez y observaron su reacción. Este se volvió y se la entregó a su compañero.

—Joder —dijo Rojas—. Parece calibre 308.

Bosch asintió al recuperar la bolsa.

—Eso creo. Nuestra siguiente parada es el laboratorio regional de balística. Nunca pensasteis en un rifle, ¿no?

—¿Por qué íbamos a hacerlo? —dijo Rodríguez—. Nunca tuvimos la puta bala.

—¿Mirasteis radiografías del hospital? —preguntó Soto.

Los dos detectives de Hollenbeck la miraron como si ella se hubiera pasado de la raya al cuestionar su método de trabajo. Bosch podía preguntar porque tenía experiencia. Pero ella no.

—Sí, miramos radiografías —dijo Rodríguez, en tono de enfado—. El ángulo era malo. Lo único que vimos fue la parte aplastada. No se podía saber nada con eso.

Soto asintió. Bosch trató de desviar la atención.

—Eh, si no estáis muy ocupados ahora, nos gustaría invitaros a una taza de café y hablar de lo que hay en esos libros.

Bosch supo por la reacción que mostró el rostro de Rodríguez que había dado un mal paso.

—Diez años en un caso y nos toca una taza de café —dijo—. Muchas gracias, pero no quiero ningún café.

Rodríguez señaló a Soto con la barbilla.

—Además, tienes a la heroína de la pistola en tu equipo, campeón. *Lucky Lucy*. No nos necesitas.

Bosch se dio cuenta de que perder el caso no era lo único que molestaba a Rodríguez. Estaba encendido por el hecho de seguir trabajando en una brigada de detectives de división, mientras que Soto había sido ascendida a Casos Abiertos pese a no contar con ninguna experiencia. Harry vio que la situación no iba a ayudarles en ese momento y decidió salir de la comisaría antes de que las cosas se torcieran más. Se fijó en que Rojas no se había unido a su compañero para burlarse de Soto o de la reasignación del caso. A él acudiría cuando estuvieran listos.

—Muy bien, solo nos llevaremos el material, pues.

Bosch avanzó, puso las tres carpetas encima de la caja de pruebas y lo levantó todo.

—Lucía, coge el estuche de la guitarra —dijo.

—Es una vihuela, hermano —corrigió Rodríguez—. Más te vale no equivocarte en la conferencia de prensa.

—Bien —aceptó Bosch—. Gracias. —Se enderezó con su carga y miró los

escritorios para ver si se le había pasado algo—. Vale, chicos, gracias por la cooperación. Estaremos en contacto.

Se dirigió a la salida con Soto a la zaga.

—Claro —dijo Rodríguez a sus espaldas—. Traed café.

Llegaron al aparcamiento antes de que ninguno de ellos hablara.

—Lo siento, Harry —se disculpó Soto—. La verdad es que no debería estar en este caso. Ni siquiera en esta unidad.

—No los escuches, Lucía. Te irás bien y voy a necesitarte un montón en este caso. Serás muy importante.

—¿Cómo? ¿De traductora? Eso no es trabajo de detective. Siento que me han dado algo que no merezco. Me he sentido así desde que me ofrecieron elegir un puesto de detective. Debería estar en Robos.

Bosch dejó la caja y las carpetas en el capó del coche para poder sacar las llaves. Desbloqueó el cierre con el mando y los dos fueron a la parte de atrás del coche, donde a duras penas lograron meter el estuche del instrumento, la caja de pruebas y las carpetas del caso en el maletero. Una vez que estuvo todo colocado, Bosch soltó los cierres del estuche y lo abrió. Miró la vihuela sin sacarla. Un único orificio de bala astillaba la cara pulida del instrumento. Cerró bien el estuche. Luego se volvió y, finalmente, respondió a su compañera.

—Escúchame, Lucía. Estarías perdiendo el tiempo en Robos. Solo he trabajado contigo unas semanas, pero sé que eres una buena policía y vas a ser muy buena detective. Basta de quitarte mérito. Ya lo has visto, siempre habrá gente que lo hará por ti. Pasa de ellos. Quieren lo que tienes y no pueden evitarlo.

Soto asintió.

—Gracias. Por favor, llámame Lucy. Cuando me llamas Lucía siento que nunca seremos compañeros de verdad.

—Lucy, pues. Has de recordar algo. Esto es requisar un caso. Llegas y te lo llevas. A nadie le gusta que Robos y Homicidios venga y le quite el caso. La gente dice cosas, pero lo supera. ¿Esos tipos? Antes de que esto termine serán muy útiles para nosotros. Ya lo verás.

Soto no parecía convencida.

—Rodríguez no creo. Está muy cabreado —dijo ella.

—Pero, a fin de cuentas, sigue siendo un detective y hará lo que tenga que hacer. Vamos.

—Sí.

Volvieron al coche y circularon por la 1, pasando por delante del cementerio chino para ir a tomar la autovía 10. Desde allí era un trayecto de dos minutos hasta la salida de Cal State, donde estaba situado el Laboratorio Regional de Criminalística.

El laboratorio era un edificio de cinco plantas que se alzaba en medio del campus. Se había construido conjuntamente entre el Departamento de Policía de Los Ángeles y el Departamento del Sheriff del Condado de Los Ángeles, una decisión lógica

porque, juntas, ambas agencias investigaban más de un tercio de los crímenes que se cometían en el estado de California, y en muchos de esos crímenes se solapaban sus jurisdicciones.

Sin embargo, en el interior del laboratorio, los departamentos mantenían muchas instalaciones separadas. Una de estas era la Unidad de Análisis de Armas de Fuego del Departamento de Policía de Los Ángeles, que incluía el laboratorio de balística donde los técnicos trabajaban en una sala poco iluminada utilizando láseres y ordenadores para intentar comparar balas de distintas investigaciones.

Ahí estaban depositadas las esperanzas del caso Merced. La investigación llevada a cabo por Rodríguez y Rojas podría haber sido concienzuda diez años antes, pero no encontraron ningún casquillo y la bala había permanecido en el cuerpo de Merced hasta entonces. No era muy probable, pero si la bala extraída de la columna de la víctima durante la autopsia podía relacionarse con la de cualquier otro crimen, entonces se abriría toda una nueva avenida de investigación para Bosch y Soto.

El protocolo normal en el laboratorio consistía en entregar una bala o casquillo para análisis y esperar en la cola, a veces durante semanas, antes de recibir una respuesta y un informe. Pero los miércoles de puertas abiertas podían llevarse balas que se estudiaban por estricto orden de llegada.

Bosch preguntó al supervisor del laboratorio de balística y le asignaron a un técnico que curiosamente se llamaba Gun Chung. Bosch había trabajado con él antes y sabía que Gun era el nombre que aparecía en su certificado de nacimiento y no un apodo.

—Gun, ¿cómo va?

—Muy bien, Harry. ¿Qué me traes hoy?

—Para empezar, ella es mi nueva compañera, Lucy Soto. Y en segundo lugar, te he traído un problema difícil hoy.

Chung estrechó la mano a Soto, y Bosch le pasó la bolsa de pruebas que contenía la bala. Chung abrió la bolsa con unas tijeras y sacó la bala. La sopesó en la mano y luego la sostuvo bajo una lupa iluminada que acercó tirando de su brazo articulado.

—Es una Remington 308. Punta suave, te da deformación máxima. Una bala así se usa sobre todo para un disparo de larga distancia.

—¿Quieres decir como un rifle de francotirador?

—Más bien un rifle de caza.

Bosch asintió.

—¿Puedes hacer algo con ella?

Bosch quería saber si el estado del proyectil impediría análisis comparativos. La bala había atravesado los paneles delantero y posterior de la vihuela de Orlando Merced y luego había penetrado en su masa corporal antes de alojarse en la duodécima vértebra torácica de la columna. La bala se había deformado durante estos impactos, dejando una parte muy pequeña de la vaina intacta. La vaina era la parte de la bala donde las estrías del cañón del arma que la había disparado creaban un modelo

único que permitía la comparación con otros proyectiles en la base de datos BulletTrax.

En la bala que Bosch acababa de entregar a Chung, no había más de medio centímetro sin dañar. Chung la examinó de cerca y a través de la lupa y pareció tomarse su tiempo para decidir si la bala servía para un perfil balístico. Bosch hizo lo posible para presionarlo mientras miraba.

—Es un caso de hace diez años —dijo—. La forense acaba de sacarla de la columna de la víctima. Creo que esta podría ser nuestra única posibilidad de hacer que las cosas avancen.

Chung asintió.

—Es un proceso de dos pasos, Harry —dijo—. Primero, tengo que ver si cuento con suficiente material para trabajar. Y, segundo, aunque lo pongamos en la base de datos, no hay garantía de obtener una equivalencia. La base de datos sobre proyectiles de rifle es limitada. La mayoría de nuestros crímenes con balas se cometen con pistolas.

—Entendido —dijo Bosch—. Entonces ¿qué piensas? ¿Hay suficiente?

Chung se apartó de la lupa y miró a Bosch y Soto.

—Creo que podemos intentarlo —dijo.

—Perfecto —dijo Bosch—. ¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—Es un día tranquilo. Lo preparé ahora mismo y veremos qué ocurre.

—Gracias, Gun. ¿Te dejamos solo o esperamos por aquí?

—Como queráis. Hay una cafetería en la planta baja si queréis tomar un café.

—Buen plan.

Bosch y Soto acababan de sentarse en la cafetería, Bosch con un café solo y Soto con una Coca-Cola Diet, cuando sonó el teléfono de Harry. Era Crowder, desde el EAP.

—Harry, ¿dónde está?

—En Regional con la bala.

—¿Alguna buena noticia?

—Todavía no. Estamos esperando a que la metan en la base de datos.

—Muy bien. Bueno, les necesito aquí ahora mismo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Tenemos aquí a la familia Merced y a los medios, y la conferencia de prensa es dentro de veinticinco minutos.

—¿Qué conferencia de prensa? No vamos...

—No importa, Harry. El número de periodistas aquí ha alcanzado una cantidad crítica y el jefe ha convocado una conferencia de prensa. El forense ya ha publicado que van a considerarlo un homicidio.

Bosch casi maldijo a Corazón en voz alta.

—El jefe los quiere a usted y a Soto a su lado —dijo Crowder—. Así que vengan. Ahora.

Bosch no respondió por un momento.

—Harry, ¿me ha oído? —preguntó Crowder.

—Lo he oído —dijo Bosch—. Vamos para allá.

La gran sala que se utilizaba para conferencias de prensa estaba en la segunda planta, al fondo del pasillo de Relaciones con los Medios. Bosch y Soto se encontraban en una pequeña sala contigua, donde un teniente llamado DeSimone les explicaba cómo se organizaría la conferencia de prensa. El plan era que el jefe Malins tomara la palabra en primer lugar y presentara a la familia de Orlando Merced. El micrófono sería entonces entregado a Bosch y Soto. Como la mayoría de periodistas asistentes representaban a medios en español, Soto estaría disponible para entrevistas en español después de la conferencia de prensa principal. Bosch cortó a DeSimone a media explicación para preguntarle qué era exactamente lo que iba a anunciarse en la conferencia de prensa.

—Vamos a hablar del caso y de cómo la muerte de Merced ayer ha reseteado la investigación —dijo DeSimone.

Bosch odiaba términos como «resetear».

—Bueno, eso son unos cinco segundos —respondió—. ¿De verdad necesitamos una conferen...?

—Detective —intervino DeSimone—, esta mañana a las diez, mi oficina ya había recibido dieciocho solicitudes para una sesión informativa del caso. Puede que no haya muchas más noticias hoy, pero esto ha captado la atención de la bestia de los medios. Hemos llegado a un punto en que creemos que una conferencia de prensa es la mejor forma de actuar. Resumen el caso, cuentan los resultados de la autopsia (ya saben que ha sido calificado de homicidio) y partimos de ahí. Dicen que la bala que ha permanecido en el cuerpo de la víctima durante diez años ahora se está comparando con miles de otros proyectiles en las bases de datos nacionales. Después, responden unas cuantas preguntas. Quince minutos, entrar y salir, y ya están otra vez en el caso.

—No me gustan las conferencias de prensa —dijo Bosch—. Si quiere saber mi opinión, nunca añaden nada. Solo complican las cosas.

DeSimone lo miró y sonrió.

—¿Sabe qué? No quiero saber su opinión. Le estoy diciendo que vamos a dar una conferencia de prensa.

Bosch miró a Soto. Esperaba que estuviera aprendiendo algo.

—Bueno, ¿cuándo empezamos?

—Los medios ya están en la sala y esperando. Entramos con el jefe. Así que, en cuanto llegue, vamos.

Bosch notó que su teléfono vibraba en el bolsillo. Se apartó de DeSimone y respondió la llamada. Era Gun Chung.

—Alégrame el día, Gun —dijo—. Por favor.

—Lo siento, Harry, no puedo. No hay resultado en BulletTrax.

Bosch captó la atención de Soto y negó con la cabeza.

—¿Estás ahí, Harry?

—Sí, Gun, estoy aquí. ¿Algo más?

—Sí, creo que he identificado el arma.

Eso mitigó en parte la decepción de Bosch.

—¿Qué tenemos? —preguntó.

—Seis estrías, giro derecha 12-1, creo que lo que tienes ahí es un Kimber Model 84. Lo llamaban el Montana en el catálogo, un rifle de caza.

Las estrías y giros eran aspectos de la parte interior del cañón del rifle que habían permitido a Chung identificar el modelo, aunque no relacionar la bala con una única arma. Era mejor que nada, y Bosch se sintió complacido de que la autopsia hubiera aportado nueva información.

—¿Ayuda? —preguntó Chung.

—Toda la información ayuda —dijo Bosch—. ¿Es un arma cara?

—No es barata. Pero se puede conseguir de segunda mano.

Bosch asintió.

—Gracias, Gun.

—De nada. ¿Quieres pasar a recogerla o me la guardo aquí?

—Tendré que recogerla y llevarla a Propiedad.

—Muy bien. Y recuerda, Harry, si me consigues un casquillo todo cambia. Hay más casquillos que balas en la base de datos. Si me traes un casquillo, puede que tengamos suerte.

Bosch sabía que eso no iba a ocurrir. No puedes encontrar un casquillo de un caso de hace diez años.

—Vale, Gun, gracias.

Bosch se guardó el teléfono y volvió con DeSimone.

—Era el laboratorio de balística —explicó—. El proyectil que le han extraído a Merced no ha dado ningún resultado en el ordenador. Volvemos a empezar. Cancele la conferencia de prensa. No hay nada que decir.

DeSimone negó con la cabeza.

—No, no cancelamos. Simplemente, no mencione la bala. Lo convertimos en una petición de ayuda ciudadana. Hubo una enorme colaboración hace diez años, y la necesitamos otra vez. Puede hacerlo, Bosch. Además, no hay que anunciar que la bala es un callejón sin salida. Lo que quiere es que el que disparó piense que podríamos tener algo.

A Bosch no le gustaba que el tipo de Medios del departamento se metiera en sus asuntos; era la razón por la que no había mencionado que Gun Chung había identificado provisionalmente el modelo del rifle que se había utilizado en el tiroteo. Tenía ganas de dar media vuelta y largarse sin quedarse a la charada de la conferencia de prensa, pero eso dejaría a Soto al pie de los caballos y la obligaría a meterse en algo que probablemente no comprendía. Y, seguramente, también resultaría en la retirada de Bosch del caso.

Justo entonces sonó la radio de DeSimone y le dijeron que el jefe estaba bajando por el ascensor.

—Vamos allá.

Salieron al pasillo y esperaron a que el ascensor llegara de la 10. Cuando las puertas se abrieron, apareció el jefe, seguido por un hombre que Bosch inmediatamente reconoció como Armando Zeyas, el antiguo alcalde que había sido el paladín de la causa de Orlando Merced diez años antes. El jefe lo había llamado para la conferencia de prensa. O tal vez Zeyas había presionado para participar. Se rumoreaba que se estaba preparando para presentarse a gobernador. Utilizar el caso Merced le había ayudado políticamente antes. ¿Por qué no otra vez?

A Bosch esos pensamientos cínicos se le ocurrían con facilidad. Estaba de vuelta de todo. Sin embargo, se fijó en que los ojos de Soto se iluminaban al ver a Zeyas. El exalcalde era un verdadero héroe de la comunidad latina, un pionero.

A Zeyas y el jefe los seguía un hombre que Bosch también reconoció: Connor Spivak, principal estratega político del antiguo alcalde. Al parecer, iba a acompañar a Zeyas en el no tan secreto plan de conquistar la mansión del gobernador en las siguientes elecciones.

DeSimone se acercó al jefe y le susurró al oído. Malins asintió una vez y se dirigió hacia Bosch. Se conocían desde hacía décadas. Más o menos de la misma edad, habían llevado una trayectoria similar a través del departamento: patrulla, detectives de la comisaría de Hollywood, División de Robos y Homicidios. Sin embargo, mientras que Bosch encontró su hogar en RyH, Malins tenía ambición más allá de resolver crímenes. Entró en la administración y ascendió con rapidez en el escalafón hasta que terminó por ser asignado al puesto más alto de la Comisión de la Policía. Se estaba acercando al final de su mandato de cinco años y pronto habría una nueva designación. Se creía que un segundo mandato era una conclusión inevitable.

—Harry Bosch —dijo con cordialidad—. He oído que no te hace mucha gracia la idea de una conferencia de prensa.

Bosch asintió, un poco avergonzado. Apenas había espacio y los demás podían oír la conversación. Aun así, no ocultó su reticencia a discutir el caso delante de los medios.

—La única pista que teníamos (la bala) no servirá, jefe —explicó—. No sé qué hay que decir.

Malins asintió, pero no estuvo de acuerdo con la valoración de Bosch.

—Hay mucho que decir. Hemos de tranquilizar a la gente de esta ciudad y asegurarles que Orlando Merced no caerá en el olvido, que todavía estamos buscando a los que hicieron esto y que los encontraremos. El mensaje es más importante que ninguna otra cosa, incluido un trozo de plomo.

Bosch se contuvo de comunicar lo que estaba pensando realmente.

—Si usted lo dice.

El jefe asintió.

—Lo digo. Todo el mundo cuenta o nadie cuenta, ¿no es eso lo que me dijiste una vez?

Bosch asintió.

—Me gusta eso —intervino Zeyas—. Todo el mundo cuenta o nadie cuenta. Está bien.

Bosch no pudo ocultar su expresión de horror. En boca de Zeyas sonó como un eslogan de campaña.

El jefe miró a Soto, que como de costumbre estaba dos pasos más atrás, y le tendió la mano.

—Detective Soto, ¿cómo le están tratando en Robos y Homicidios?

Soto estrechó la mano del jefe.

—Muy bien, señor. Estoy aprendiendo del mejor.

Señaló con la cabeza a Bosch. El jefe sonrió; ella le había dado pie.

—¿Este hombre? —dijo—. Es un «espalda plateada», Soto. Aprenda todo lo que pueda de él mientras sigue aquí.

—Sí, señor —admitió Soto con ansiedad—. Estoy aprendiendo cada día.

Ella sonrió. El jefe sonrió. Todo el mundo estaba feliz. Y Bosch se dio cuenta de que había sido idea de Malins ponerlo con Soto. Crowder solo había cumplido órdenes.

—Bueno —sugirió DeSimone—, vamos. Los familiares de Merced ya están en la sala de conferencias, sentados en primera fila. El jefe Malins subirá al estrado primero y los presentará. Luego el exalcalde dirá unas palabras y después el detective Bosch discutirá...

—¿Por qué no la detective Soto? —preguntó el jefe—. Sabe todo lo que sabe el detective Bosch del caso, ¿no? Sí, vamos a hacerlo así. No te importa, ¿verdad, Harry?

El jefe miró a Bosch. Harry negó con la cabeza.

—En absoluto —contestó—. Es su película.

El grupo avanzó por el pasillo. Uno de los subordinados de DeSimone estaba delante de la puerta abierta a la sala de medios. Se asomó para dar una señal a los que esperaban. Luces, cámaras y grabadoras estaban encendidas.

Soto se acercó a Bosch y susurró:

—Harry, nunca he hecho esto. ¿Qué digo?

—Ya has oído a DeSimone. Sé breve, di que estamos revisando el caso y que agradeceríamos la ayuda de la comunidad. Si alguien recuerda algo o sabe algo sobre el caso, que llame a la línea ciudadana o, directamente, a Casos Abiertos. No menciones el rifle. Eso nos lo guardamos.

—Vale.

—Recuerda, sé breve. Los políticos hablan mucho. No seas como ellos.

—Entendido.

El grupo entró en la sala. Había un escenario con un estrado en el centro y tres

filas de mesas para periodistas delante. Detrás de las mesas, otra tarima con cámaras de vídeo colocadas para grabar por encima de las cabezas de los periodistas. Bosch y Soto siguieron al jefe y al exalcalde al estrado y se quedaron atrás. Bosch miró a la primera fila, delante de los periodistas. Había cuatro personas, tres mujeres y un hombre, pero no sabía qué relación tenían con Orlando Merced. Era tan nuevo en el caso que no había conocido todavía a los familiares. Eso era otra cosa que le molestaba de la situación.

—Gracias por venir —dijo DeSimone al micrófono del podio—. Ahora les presentaré al jefe de policía, Gregory Malins, que tomará la palabra, seguido por el exalcalde Armando Zeyas, y luego la detective Lucía Soto. ¿Jefe?

El jefe tomó posición delante del micrófono y habló sin recurrir a notas. Estaba completamente acostumbrado a situarse delante de periodistas y cámaras.

—Hace diez años, Orlando Merced fue herido por una bala perdida en Mariachi Plaza. El señor Merced se quedó paralizado por la herida y luchó al máximo por recuperarse y llevar una vida productiva. Ayer por la mañana, perdió esa batalla, y hoy estamos aquí para decir que no será olvidado. La Unidad de Casos Abiertos de mi departamento se ha hecho cargo del caso e investigará incansablemente hasta que determine quién disparó a Orlando Merced. Como saben, su muerte se ha dictaminado como homicidio, y no cerraremos esta investigación hasta que detengamos a la persona responsable y la acusemos de asesinato.

Hizo una pequeña pausa, tal vez para dejar que los periodistas que tomaban notas febrilmente terminaran.

—Hoy están aquí con nosotros los miembros de la familia de Orlando. Su padre, Héctor, y su madre, Irma. Su hermana, Adelita, y su mujer, Candelaria. Nos comprometemos con ellos a no olvidar a Orlando y les aseguramos que nuestra investigación será enérgica y completa. Ahora el exalcalde Armando Zeyas, amigo personal del señor Merced y su familia, les dirigirá unas palabras.

El jefe dio un paso atrás y Zeyas ocupó su lugar.

—Fue a través de Orlando Merced como aprendí el dolor que produce la visita del crimen y la violencia en nuestra comunidad —empezó—. También aprendí mucho más de este hombre, que se convirtió en amigo. Aprendí qué es la perseverancia. Aprendí qué es la compasión. Aprendí qué es vivir con las cartas que te tocan. Vi de primera mano la resistencia del espíritu humano. Orlando nunca preguntó: «¿Por qué yo?». Solo preguntó: «¿Ahora qué?». Fue un héroe para mí, porque tomó lo que la vida le dio y le sacó el máximo partido. En muchos sentidos, eso fue más hermoso que la música que había tocado con su instrumento. Prometí ofrecer mi ayuda con esta investigación en todo lo que pudiera. Puede que ya no sea alcalde, pero amo a esta comunidad y a su gente. Es en ocasiones como esta cuando nos unimos y nos convertimos en una auténtica ciudad de ángeles. Es en ocasiones como esta cuando comprendemos que, en nuestra ciudad y en nuestra sociedad, todo el mundo cuenta o nadie cuenta. Gracias.

DeSimone regresó al micrófono y explicó que el caso se encontraba en manos de Bosch y Soto. Añadió que sería Soto quien informaría y que también podría repetirlo en español. Lucy tímidamente se acercó al micrófono y lo bajó para colocárselo a la altura de la boca.

—Eh, ahora estamos siguiendo todas las vías de investigación y pedimos la ayuda de la comunidad. Hace diez años, hubo un aluvión de colaboración ciudadana. Muchas personas llamaron y ofrecieron ayuda y pistas. Pedimos a cualquiera que tenga información sobre este caso que, por favor, contacte con nosotros. Se puede llamar de forma anónima a la línea de ayuda o directamente a la Unidad de Casos Abiertos. Aunque crea que ya conocemos la información que posee, por favor, llámenos.

Soto se volvió y miró a Bosch como si preguntara si tenía que añadir algo más. Zeyas aprovechó el momento para volver al estrado. Suavemente, colocó una mano en la espalda de Soto y usó la otra para acercarse el micrófono a la boca.

—Solo quiero decir que hace diez años yo estuve delante de los medios y personalmente prometí veinticinco mil dólares a cualquiera que proporcionara información para resolver el crimen. Nadie cobró nunca esa recompensa, pero la promesa sigue en pie, salvo que ahora la doblo a cincuenta mil dólares. Además, trabajaré con mis antiguos colegas del ayuntamiento para que el consistorio ofrezca una suma equivalente. Gracias.

Bosch casi gruñó en voz alta. Ofrecer una recompensa económica cambiaría la naturaleza de las llamadas. La recompensa garantizaba que él y Soto tendrían que filtrar decenas de llamadas inútiles de gente que dispararía a ciegas con la esperanza de conseguir dinero a cambio. La recompensa del exalcalde lo cambiaba todo.

DeSimone se colocó al lado de Soto y preguntó a los periodistas si tenían alguna duda. Muchos de ellos hablaron a la vez y DeSimone tuvo que poner orden. El primer periodista, un tipo que Bosch reconoció del *Times*, preguntó cuál era la causa exacta de la muerte y cómo podía calificarse esta de homicidio diez años después del disparo. Soto miró a Bosch, dudando de cómo responder. Bosch se acercó y tomó el micrófono.

—La autopsia se ha llevado a cabo esta mañana, así que no hay nada oficial todavía. Pero la Oficina del Forense cree que la muerte del señor Merced se relaciona directamente con el disparo que recibió hace diez años. Oficiosamente, la causa de la muerte es una septicemia, que está relacionada con las heridas causadas por la bala. Por lo tanto, estamos tratando la investigación como un homicidio.

El mismo periodista preguntó si se había extraído la bala del cadáver y si esta sería útil en la investigación. Bosch mantuvo el micrófono. Era consciente de que el periodista estaba hablando en términos clínicos del cuerpo de un hombre muy querido por las cuatro personas sentadas en la primera fila de la sala.

—Sí, la bala se ha recuperado y se ha llevado al Laboratorio Regional de Criminalística para su análisis y comparación. Creemos que la bala será muy útil en

nuestra investigación.

—¿Se ha identificado la bala en la base de datos? —preguntó en voz alta otro periodista.

DeSimone enseguida se acercó al podio desde el otro lado de Soto y apartó el micrófono de Bosch.

—No vamos a entrar en esos detalles ahora mismo —contestó—. La investigación está en marcha y vamos a dejarlo así por ahora.

—¿Por qué se ha asignado al caso a una detective tan inexperta? —preguntó el hombre del *Times*.

Hubo una pausa, porque estaba poco claro quién tenía que responder, si es que alguien debía hacerlo, puesto que DeSimone acaba de dar por concluida la conferencia de prensa. Él mismo finalmente empezó a hablar.

—Como he dicho, vamos a dejarlo...

El jefe se acercó detrás de él y le dio un golpecito en el hombro. DeSimone retrocedió y Malins tomó la palabra.

—Es posible que la detective Soto no cuente con una dilatada experiencia, pero tiene mucho conocimiento de calle y sabe lo que significa ser agente de policía en esta ciudad. La hemos puesto en un equipo con uno de los detectives más experimentados que actualmente sirven en el departamento. Nadie ha investigado más homicidios en esta ciudad que el detective Bosch. No tengo ningún temor respecto a las personas que dirigen esta investigación. Haremos el trabajo.

El jefe, entonces, se echó atrás y DeSimone repitió que no habría más preguntas. Esta vez le hicieron caso. Los periodistas empezaron a levantarse y las cámaras comenzaron a desmontar su equipo. Bosch bajó del escenario y se dirigió a la primera fila, donde se presentó y estrechó las manos de los cuatro miembros de la familia Merced. No tardó en darse cuenta de que comprendían muy poco de lo que les estaba diciendo. Llamó a Soto y le pidió que preparara una cita lo antes posible. Bosch quería hablar con ellos, pero no bajo el foco de los medios.

Harry retrocedió y vio que Soto se ponía a hablar con los familiares. DeSimone se le acercó en ese momento y le dijo que el jefe quería reunirse con él en su oficina. Bosch se dirigió hacia los ascensores, con la esperanza de dar alcance al jefe y su comitiva. Llegó demasiado tarde. Tomó el siguiente ascensor a la décima planta y entró en la OJP, desde donde rápidamente lo hicieron pasar al sancta sanctorum. Malins estaba esperando detrás de su escritorio. No había ninguna señal de Zeyas ni de su mano derecha.

—Lo siento, Harry, por ponerte ahí. Sé que nunca te han gustado estos números de circo.

—Está bien. Supongo que hay que hacerlo.

—De verdad, hemos de resolver esto. Haz todo lo posible.

—Siempre lo hago.

—Por eso le dije a Crowder que te llamara.

Bosch asintió. No sabía si se suponía que tenía que dar las gracias por que lo emparejaran con una novata en homicidios en un caso frágil con implicaciones políticas y muchas posibilidades de fracaso.

—¿Algo más que debería saber, jefe?

Malins apartó la mirada un momento y estudió su cartapacio. Cogió una tarjeta de visita y se la entregó a Bosch a través de la mesa. Bosch la tomó y la leyó. Tenía el nombre y el número de Connor Spivak.

—Es el hombre del alcalde. Mantenlo informado de los progresos de tu investigación.

—Te refieres al exalcalde, ¿no?

Malins le lanzó una mirada para comunicarle que no tenía tiempo para juegucitos.

—Solo tenlos informados —dijo.

Bosch se guardó la tarjeta en el bolsillo de la camisa. Le contaría a Spivak lo menos posible de la investigación. El jefe probablemente ya lo sabía.

—Entonces —dijo—, crees que soy un viejo gorila...

El jefe sonrió.

—No te ofendas, Harry. Es un cumplido. El de espalda plateada es el más sabio de la tropa. Tiene toda la experiencia. Vi un programa en National Geographic: por eso sé que a un grupo de gorilas se lo llama «tropa».

Bosch asintió.

—Está bien saberlo.

Se reunieron en la oficina del capitán Crowder después de la conferencia de prensa. Estaban presentes Bosch, Soto, Crowder y el teniente Winslow Samuels, el segundo al mando de la Unidad de Casos Abiertos. Bosch los puso al día de los hallazgos del laboratorio de balística, haciendo especial hincapié en que a Merced le habían disparado con un rifle: un hecho hasta entonces desconocido en diez años de investigación. Bosch explicó que por el momento quería que esa información no llegara a los medios, y Crowder y Samuels accedieron.

—Entonces ¿cuál es el siguiente paso? —preguntó Crowder.

—Un rifle cambia las cosas —dijo Bosch—. ¿Un disparo desde un coche con un rifle? Venga ya. Es muy improbable. ¿Una bala perdida del barrio? Tal vez. Pero el rifle nos da algo nuevo.

—Bueno, está claramente fuera del protocolo de nuestra unidad —dijo Samuels—. No hay bala mágica, no hay caso. Esto debería pasarse a Homicidios Especiales, que se ocupen ellos.

La Unidad de Casos Abiertos seguía un protocolo cuando se trataba de investigar casos antiguos. Confiaba en la existencia de pruebas nuevas como criterio para reabrir una investigación. Esas pruebas nuevas, por lo general, surgían de la aplicación de avances recientes en ciencias forenses a viejos casos y del establecimiento de bases de datos nacionales para identificar criminales mediante ADN, análisis balísticos y huellas dactilares. Eran los tres pilares. Las balas mágicas. Sin un resultado en una de las bases de datos, un caso se consideraba inviable y se devolvía por rutina a los archivos.

Siguiendo ese protocolo, el caso Merced normalmente volvería a los archivos. La bala recuperada del cuerpo de la víctima no había proporcionado ningún resultado en la base de datos nacional de balística. Aunque se había identificado un tipo y modelo de arma, por lo general, eso no bastaba para reabrir la investigación. Sin embargo, dada la atención de medios y políticos, por no mencionar el interés de la OJP, no cabía duda de que el caso sería investigado. Lo que Samuels estaba proponiendo era que no lo hicieran Bosch y Soto en la Unidad de Casos Abiertos. El teniente, responsable de las estadísticas de la unidad y de justificar los costes en términos de casos resueltos, era el azote de la brigada. No quería ver a uno de sus equipos atrapado en un caso que solo consumiría recursos.

—Quiero quedármelo —dijo Bosch, mirando a Crowder—. El jefe nos lo dio, nos lo quedamos.

—Tenía dieciséis casos abiertos la última vez que lo conté, Bosch —intervino Samuels.

—Todos están esperando resultados de laboratorio. Tenemos algo en marcha. El rifle es la primera pista en diez años. Deje que la investiguemos. Si surge algo del laboratorio en alguno de los otros casos, lo manejaremos.

—Además, venimos de una conferencia de prensa —añadió Soto con rapidez—. ¿Qué imagen vamos a dar si estamos en el caso hoy y nos retiran mañana?

Crowder asintió con aire reflexivo. A Bosch le gustó el argumento que había añadido Soto, aunque ella probablemente no se dio cuenta de que estaba cruzando la línea de fuego, pasando por delante de una escopeta empuñada por Samuels. Podría pagarlo después.

—Por el momento, dejamos las cosas como están —dijo Crowder—. Ustedes dos siguen con esto y nos volvemos a reunir en cuarenta y ocho horas. Pondré al corriente a la OJP a partir de ahí y decidiremos si nos quedamos el caso.

—No es un caso antiguo —dijo Samuels—. El tipo murió ayer.

—Hablaremos en cuarenta y ocho horas —dijo Crowder, zanjando la discusión.

Bosch asintió. Eso era lo primero que quería oír, que él y Soto se mantendrían en el caso, al menos durante dos días más. Pero no era la única cosa que quería.

—¿Qué pasa cuando empiece a sonar el teléfono porque la gente quiere la recompensa del exalcalde? —preguntó Bosch—. ¿Podemos conseguir a alguien que nos eche una mano?

—Eso fue solo un ardid publicitario —dijo Crowder—. Se presenta a gobernador.

—No importa —dijo Bosch—. En cualquier caso vamos a recibir llamadas y no podemos pasarnos todo el día al teléfono.

Crowder miró a Samuels, quien negó con la cabeza.

—Todo el mundo tiene casos activos —dijo Samuels, refiriéndose a los otros equipos de la brigada—. Y ahora ustedes dos van a desaparecer del mapa. No veo que pueda dedicar a nadie más.

Perder a Bosch y Soto durante un período desconocido no era algo muy digerible para Samuels. Renunciar a más detectives para que respondieran a llamadas sobre posibles pistas no era algo que estuviera remotamente dispuesto a contemplar.

Bosch ya imaginaba que se rechazaría su petición, pero podría ser útil mencionarlo más adelante si él y Soto querían pedir algo más. Crowder tenía un estilo de toma y daca y un recordatorio de que había rechazado la última solicitud podría inclinar la balanza hacia la aprobación.

—Y otra cosa —dijo Samuels—. ¿Este tal Merced tenía la ciudadanía?

Bosch lo miró un buen rato antes de responder. Soto se le adelantó.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Importa eso?

Soto iba al grano. Si Samuels estaba insinuando que no se dedicaría más personal al caso porque la víctima no era ciudadano estadounidense, entonces quería que quedara claro. A Bosch le gustó que ella hubiera planteado la pregunta. Pero antes de que Samuels respondiera, Crowder zanjó la cuestión.

—Déjenme ver qué puedo hacer —dijo este—. Tal vez una de aquellas mujeres de la OJP pueda bajar aquí y responder llamadas unos días. De hecho, ya he estado pensando en pedir ayuda al jefe con todas las llamadas que recibimos a diario. Les tendré informados. Debo decir que, después del trato que el maldito Zeyas dio a este

departamento, la verdad es que no me importaría verle extender un cheque de cincuenta mil.

—Recibido —dijo Bosch.

Era cierto. Zeyas no había sido amigo del departamento mientras estuvo en la alcaldía. Contaba con la lealtad de una mayoría de concejales que se adherían a sus políticas y aceptaban sus propuestas. En los ocho años en que tuvieron el control del Gobierno municipal, habían tumbado repetidamente el presupuesto de horas extra del departamento y habían adoptado una línea dura sobre aumentos de sueldo incluso mínimos para los nueve mil agentes de la ciudad.

Bosch sabía que la reunión había terminado. Se levantó y Soto lo siguió. Samuels permaneció sentado. Iba a discutir cosas con el capitán después de que se marcharan.

—Cuarenta y ocho horas y hablamos, Harry —dijo Crowder.

—Perfecto.

Bosch y Soto volvieron a su cubículo, donde habían arrimado los escritorios a las mamparas derecha e izquierda y trabajaban dándose la espalda. La disposición de las mesas era un vestigio de la forma en que se había configurado el despacho abierto con su anterior compañero, Dave Chu. Había funcionado bien porque este era un investigador veterano y no necesitaba que Bosch lo vigilara desde el otro lado del escritorio. En cambio, Soto no tenía nada de veterana y Bosch había pedido a Servicios Municipales que vinieran a reorganizar el espacio para colocar un escritorio frente al otro. Había hecho la solicitud la semana en que Soto había empezado en la unidad y todavía estaba esperando.

El estuche del instrumento musical junto con la caja de pruebas y las carpetas que habían descargado antes de dirigirse a la conferencia de prensa estaban en la mesa. Bosch llevaba esperando desde que habían salido de la comisaría de Hollenbeck para abrir la caja y ponerse manos a la obra con el caso. Se quedó de pie y cortó la cinta roja de la misma con una navajita. No había ningún formulario de cadena de custodia pegado en la caja, de modo que no tenía ni idea de cuánto tiempo hacía que Rojas y Rodríguez la habían cerrado.

—Me ha gustado lo que has dicho ahí dentro —comentó Bosch—. Lo de que nos quedamos el caso.

—Era una tontería —dijo Soto—. ¿Por qué crees que Samuels preguntó si Merced era ciudadano?

—Porque es un chupatintas. Le preocupan las estadísticas y tener al máximo de gente trabajando en el máximo de casos, porque así mejora las estadísticas. Le gustaría que nos olvidáramos de Merced y pasáramos a un caso más fácil.

—¿Quieres decir que si Merced no era ciudadano no cuenta y podemos pasar al siguiente?

Bosch levantó la cabeza para mirarla.

—Política —dijo—. Bienvenida a Homicidios.

Bosch abrió la caja y le sorprendió descubrir que contenía muy poca cosa. Sacó

dos pilas de cajas de DVD unidas con cintas de goma. Las dejó a un lado y cogió piezas de ropa ensangrentada embolsadas de forma individual. Era la indumentaria de mariachi que Merced llevaba cuando le dispararon.

—Hijo de puta —dijo Bosch.

—¿Qué? —preguntó Soto.

Bosch levantó la bolsa de papel marrón que contenía una camisola blanca con sangre seca.

—Esta es la camisa de Merced —dijo—. La llevaba el día que le dispararon.

Le pasó la bolsa a Soto y ella la sostuvo con las dos manos mientras miraba el contenido.

—Vale —dijo Soto— ¿Y?

—Bueno, todavía no sé mucho del caso, porque no hemos mirado el expediente, pero recuerdo que, cuando Zeyas se presentó a alcalde entonces, no dejaba de pasear a Merced en una silla de ruedas en sus mítines. Y en ocasiones, supuestamente, llevaba la camisa ensangrentada que había llevado ese día en la plaza.

El rostro de Soto reveló asombró por el hecho de que Zeyas, su héroe, hubiera caído tan bajo como para simular un fraude ante el público para captar compasión y votos.

—Es muy triste que hiciera algo así.

Bosch hacía mucho que era cínico con todos los políticos, pero se sintió mal por darle esa lección a Soto.

—Bueno, es probable que ni siquiera lo supiera —sugirió—. ¿Conoces a Spivak, que trabaja para él y estaba en la conferencia de prensa? Lleva en política desde hace más tiempo del que puedo recordar. Es la clase de persona que prepararía esto y no molestaría a su candidato con los detalles. Es un mercenario puro.

Soto le devolvió la bolsa con la camisa a Bosch sin decir ni una palabra. Él la puso en su escritorio con las otras prendas de ropa y volvió a examinar la caja. Había una pila de fotos de la escena del crimen de 20 x 25 al fondo y nada más. Le decepcionó que el caso hubiera dado tan poco de sí en forma de pruebas físicas.

—Ya está —dijo—. No consiguieron nada más.

—Lo siento —se disculpó Soto.

—¿Qué es lo que sientes? No es culpa tuya.

Bosch eligió una de las pilas de DVD y soltó la goma. Había seis cajas de plástico diferentes y estaban marcadas con nombres, fechas y actuaciones; todas menos una habían ocurrido antes del día del tiroteo en Mariachi Plaza. Cuatro eran de bodas y dos de celebraciones de cumpleaños.

—Esto deben de ser vídeos de la banda de Merced actuando en bodas y otros festejos —supuso.

Sacó la cinta de la siguiente pila y encontró marcas diferentes en cada uno de los tres estuches.

PUENTE CALLE 1
MARIACHI SUPPLIES & MUSIC
PEDRITO

—Pedrito —leyó Bosch en voz alta.

—Pedrito es diminutivo de Pedro, Peter —dijo Soto.

Bosch la miró.

—Lo siento —dijo ella—. Supongo que ya lo sabías.

—Deja de decir que lo sientes cada cinco minutos. Creo que son grabaciones de cámaras de la plaza. Pedrito es un restaurante a media manzana de la plaza (lo he visto hoy cuando pasábamos); y habían puesto cámaras en el puente de la calle 1 para tratar de impedir los suicidios.

—¿Qué suicidios?

—Hace diez o doce años, una chica saltó del puente al cauce seco del río. Y luego hubo algunos imitadores. Otros chicos. Raro, como si el suicidio fuera una enfermedad contagiosa. Así que CalTrans puso cámaras para poder controlar el puente desde el centro de comunicaciones, donde tienen cámaras en los sitios de suicidio populares. Así, si parece que alguien está pensando en saltar, pueden enviar a alguien para tratar de impedirlo.

Soto asintió.

—Tendremos que mirarlas —dijo Bosch.

—¿Ahora? —preguntó Soto.

—Cuando lleguemos a eso. Hemos de leer el expediente. Eso siempre es el punto de partida.

—¿Cómo quieres que lo dividamos?

—No quiero que lo dividamos. Los dos hemos de familiarizarnos con todos los aspectos del caso. Los dos tenemos que leerlo todo, hasta la carpeta de soplos. Pero, si lo mandamos a que nos hagan una copia, perderemos una semana esperando. Así que mejor empieza tú y yo volveré al laboratorio a recoger la bala y el informe de Chung. Cuando vuelva, tú seguramente ya irás por la segunda carpeta y yo cogeré la primera.

—No, tal vez deberías empezar tú. Yo tengo mi reunión a la una hoy. Puedo volver al laboratorio ahora y luego comprar algo para comer antes de ir a Chinatown. Cuando vuelva, tú irás por la segunda carpeta.

Bosch asintió. Le gustaba la idea de poder zambullirse de inmediato en los expedientes. Con «mi reunión», Soto se refería a su visita semanal a una psiquiatra del departamento en el Centro de Ciencias del Comportamiento de Chinatown. Como había participado en un tiroteo con víctimas —en este caso, su compañero y dos delincuentes—, a Soto se le exigía someterse a una evaluación psicológica continuada y terapia de estrés postraumático durante un año después del incidente.

—Bien pensado.

Bosch puso las dos pilas de DVD al lado de su escritorio y volvió a dejar la ropa empaquetada en la caja de pruebas. A continuación, colocó la caja en el suelo junto a su silla y se centró en el estuche del instrumento. Antes de abrirlo, examinó los adhesivos que cubrían el panel frontal. Mostraban que Merced había sido un músico itinerante que había viajado por todo el Central Valley hasta Sacramento y al sur por todas las regiones de México. Había pegatinas de ciudades fronterizas de Arizona, Nuevo México y Texas.

Bosch abrió el estuche y examinó la vihuela. El compartimento en el que se hallaba estaba forrado de terciopelo granate. Harry sacó con cautela el instrumento y lo sostuvo por el mástil. Lo giró para ver el orificio de salida de la bala en la parte posterior. Era más grande que el agujero de entrada en el lado delantero, porque la bala se había deformado durante el primer impacto.

A continuación, Bosch sujetó la vihuela como un músico para determinar el lugar donde el agujero se alinearía con su propio torso.

—*Stairway to Heaven*, Harry.

Bosch miró al siguiente módulo. La petición la había hecho Tim Marcia, el bromista de la brigada.

—No es mi estilo —dijo Bosch.

Según el relato del *Times* que había leído esa mañana, Merced estaba sentado en una mesa de pícnic cuando recibió el disparo. Bosch se sentó en su silla de escritorio y apoyó el instrumento en el muslo. Rasgó sus cinco cuerdas una vez y comprobó una vez más la alineación del agujero de bala.

—Después de recoger el material de Chung, ve a Balística a ver si puedes conseguir que alguien se reúna con nosotros en Mariachi Plaza con un equipo de trayectorias.

Soto asintió.

—Lo haré. ¿Qué es un equipo de trayectorias?

—Tubos y láseres. —Bosch rasgó otra vez las cuerdas de la vihuela—. Tenemos dos agujeros aquí y también sabemos dónde terminó la bala en el cuerpo de Merced. Si podemos hacer una aproximación de ubicación y posición, tal vez consigamos una pista sobre el punto de disparo. Ahora que sabemos que era un rifle, creo que estamos buscando una posición elevada.

—¿No crees que Rojas y Rodríguez ya hicieron esto?

—No si pensaban que era una pistola o un disparo desde un coche. Ya se lo he dicho al capitán, el rifle lo cambia todo. Significa que es probable que no fuera aleatorio. Es probable que no fuera desde un coche y hasta podría ser que no tuviera nada que ver con bandas. Estamos empezando de cero y lo primero es saber de dónde salió la bala.

—Entendido.

—Bien. Te veo después de Chinatown.

Bosch siempre podía saber mucho de los detectives y de cómo trabajaban sus casos por los expedientes que producían. Resúmenes amplios y completos, notas legibles y un flujo de informes lógico eran todo marchamos de una investigación bien conducida. Bosch también sabía que la mayoría de parejas de detectives se dividían el trabajo. Con frecuencia, un investigador se encargaba del papeleo por su mejor relación con la palabra escrita, o simplemente porque se adaptaba a su personalidad. Era tan sencillo como dividir cerebro y músculo. En sus propias parejas, Bosch prefería evitar el papeleo, pero cuando le tocaba encargarse del registro siempre prestaba atención a los detalles.

Bosch llegó a la conclusión de que, en la pareja de Rojas y Rodríguez, era este último el encargado del expediente. Su firma figuraba en casi todos los documentos, y eso daba perspectiva a su resentimiento al tener que entregar el caso. Sus resúmenes eran concisos pero completos. Nada de jerga policial ni tampoco un «solo los hechos, señora» al estilo de Joe Friday. Sus resúmenes de declaraciones de testigos lograban captar no solo revelaciones, sino también las personalidades de los individuos, y eso le sirvió mucho a Bosch. También le hizo darse cuenta de que había valorado mal a Rodríguez y Rojas durante la confrontación en Hollenbeck. Rodríguez estaba molesto porque le importaba el caso, mientras que su compañero, Rojas, no compartía la misma conexión visceral con la investigación. Eso significaba que Bosch necesitaba una forma de conectar con Rodríguez y superar su rabia. Era el hombre al que acudir.

Lo esencial del caso se exponía en las primeras páginas de una carpeta azul que solo a partir de ese momento sería la carpeta azul de una investigación de homicidio. El informe de incidente del 10 de abril de 2004 contenía el quién, qué, cuándo y dónde, y constituía el punto de referencia del caso.

Orlando Merced y sus tres compañeros mariachis ya habían terminado una actuación ese día. Una chica cumplía quince años y sus padres le habían organizado una fiesta en la isla del lago de Echo Park. Era un sábado —el día de más movimiento—, así que la banda volvió a Mariachi Plaza con la esperanza de encontrar trabajo para la noche. La plaza estaba repleta de otros mariachis que aguardaban con la esperanza de trabajar. Los cuatro hombres que formaban Los Reyes Jalisco encontraron un lugar para sentarse en una mesa de pícnic del lado este. Los cuatro hombres se pusieron a tocar sus instrumentos y a seguir la tradición de participar en duelos musicales con otras bandas de la plaza. La confrontación era tan ruidosa que muy poca gente en la plaza oyó un disparo. Quienes lo hicieron informaron de que este llegó del lado oeste de la plaza triangular, donde la rodea Boyle Avenue. Según un informe redactado por Rodríguez después de revisar las declaraciones de testigos, Merced estaba sentado en el borde de la mesa de hormigón, con los pies en el banco. Sus compañeros de banda no oyeron el disparo ni se dieron cuenta de que le habían herido hasta que cayó al suelo. Uno de los músicos llamó al

911 a las 16.11.

Como algunos oyeron el disparo y otros no, la escena de la plaza se describió en los informes como caótica. Los que oyeron el disparo o vieron caer a Merced corrieron a ponerse a cubierto en medio del pánico. Los que no sabían qué estaba ocurriendo se quedaron desconcertados. Algunos siguieron a los que corrían y otros dieron vueltas en círculos, preguntándose qué pasaba. La investigación no encontró testigos que vieran a alguien disparando desde un coche o a pie. Ningún testigo vio a nadie, y en los vídeos de vigilancia no se identificó a ningún sospechoso huyendo de la escena, aunque varios testigos coincidían en que el disparo procedía del lado de la plaza cercano a Boyle Avenue.

North Boyle Avenue era la principal vía de la zona de Boyle Heights y también atravesaba el corazón del territorio controlado por una numerosa y violenta banda latina conocida como White Fence. La banda tomaba su nombre de la pequeña cerca blanca que rodeaba la iglesia de La Purísima. Los orígenes de la banda se remontaban a un club deportivo masculino de la parroquia en la década de 1930. El nombre White Fence evolucionó a lo largo de las décadas para convertirse en un símbolo de la línea divisoria entre la elite de poder blanco de la ciudad y la población latina del este de Los Ángeles. La línea divisoria entre aquellos con dinero y aquellos que limpiaban sus casas y podaban el césped. Orgullo étnico y solidaridad aparte, la banda se convirtió en una de las más violentas y temidas de la ciudad, a menudo acosando a la misma población latina. Pintadas de WF marcaban casi todas las paredes y superficies de Mariachi Plaza. La Unidad de Inteligencia de Bandas del Departamento de Policía de Los Ángeles sospechaba que los miembros de WF cobraban con regularidad un «impuesto» a los músicos que querían trabajar allí.

White Fence se convirtió en el foco inicial de los detectives Rodríguez y Rojas. Se sabía que en Pleasant Avenue, que partía de Boyle Avenue y formaba el límite posterior de la plaza, vivían algunos de los miembros recalcitrantes de White Fence. Aunque los compañeros de banda de Orlando Merced contaron a los investigadores que no estaban enredados en una disputa con White Fence, ni les habían pedido que pagaran un impuesto a la banda, Rojas y Rodríguez se centraron en pandilleros de Pleasant Avenue en las fases iniciales del caso. Varios de los miembros de la banda fueron detenidos e interrogados en los días posteriores al tiroteo. Ninguno proporcionó nada que implicara a White Fence o condujera a otro posible móvil o causa del disparo.

No se encontró ningún casquillo en Boyle ni en Pleasant Avenue y el origen exacto del disparo nunca se determinó. A Bosch le desconcertaba que un tiro en una plaza donde había más de cincuenta personas reunidas no produjera ni un testigo fiable. Tal era el poder de amenaza de White Fence.

Rojas y Rodríguez también llevaron a cabo una investigación de la víctima para intentar determinar si Orlando Merced había sido un objetivo específico del disparo. Nada en sus conclusiones sugería que ese fuera el caso. Su opinión, posteriormente

anunciada a la opinión pública, era que Merced había sido una víctima aleatoria e inocente.

A los detectives pronto no les quedó otra que investigar pistas ofrecidas por los ciudadanos. Ninguna de ellas dio resultado. Ni siquiera se llegó a elaborar una lista de sospechosos, pero estaba claro por el número de informes contenidos en el archivo que los detectives centraron mucho su atención en un cabecilla de segunda generación de White Fence conocido como C. B. Gallardo. Las iniciales correspondían a Cerca Blanca. Su padre lo había bautizado con el nombre de la banda a la que había prometido lealtad.

Rojas y Rodríguez siguieron una estrategia de investigación de rutina con Gallardo: detenerlo por una acusación menor e interrogarlo por la mayor. Estaban convencidos de que Gallardo sabía quién había disparado en Mariachi Plaza, aunque él mismo no hubiera ordenado la acción. Sabían que Gallardo tenía un taller de coches que era una tapadera para desguazar vehículos robados y venderlos por piezas en Estados Unidos y México. Rodríguez y Rojas trabajaron con detectives de robos de coches para hacer una redada en El Puente Auto de la calle 1 diez días después del tiroteo. Gallardo fue detenido por robo de vehículos y posesión de propiedad robada al comprobarse que los números de identificación de diversas piezas del taller coincidían con las de coches cuyo robo se había denunciado en el Westside y el valle de San Fernando.

Pero el hombre bautizado con el nombre de la banda a la que pertenecía se mantuvo firme. A pesar de varias horas de interrogatorio en relación con el tiroteo de Merced, Gallardo se negó a reconocer cualquier implicación y finalmente se negó a hablar con los detectives. Al final, se declaró culpable de un solo caso de robo de coches y pasó seis meses en Wayside Honor Rancho.

La conclusión que se interpretaba en el expediente era que C. B. Gallardo continuaba siendo un fuerte sospechoso. El informe sugería que el motivo del disparo era infundir miedo en los músicos que buscaban trabajo en Mariachi Plaza y hacerlos más propensos a pagar un impuesto de protección a White Fence. Según esa teoría, Merced era una víctima aleatoria, el desprevenido damnificado de una bala disparada al azar hacia la plaza. Los detectives de Hollenbeck habían hablado con Gallardo por última vez hacía dos años, cuando fue encarcelado en la penitenciaría de San Quintín por intento de asesinato. Como antes, Gallardo no les dijo nada.

Bosch terminó su revisión de las dos carpetas antes de que Soto volviera de su cita en Chinatown. Pasó a los DVD de la caja de pruebas y los reprodujo en su portátil. Empezó con los vídeos de actuaciones. Observó varios minutos del grupo tocando en diversos actos en recintos cerrados y en el exterior. Se concentró más que nada en Orlando Merced, observando cómo tocaba y cómo sostenía su instrumento. En todos los vídeos menos uno aparecía de pie, pero había un único vídeo del grupo en un escenario en una boda en el que los cuatro músicos estaban sentados en sillas. Bosch se fijó en que Merced no apoyaba su instrumento en el muslo cuando tocaba.

Lo sostenía más alto, apoyándolo en su prominente barriga. Esto sería un factor importante que deberían considerar cuando intentaran recrear la trayectoria de la bala. Cómo se sentaba cuando tocaba y cómo sostenía el instrumento serían dos claves para comprenderlo.

La fecha de uno de los vídeos coincidía con la del disparo y correspondía a una grabación de la fiesta de cumpleaños en Echo Park, donde Los Reyes Jalisco habían tocado ese mismo día. Mientras que Bosch había pasado en velocidad rápida la mayoría de los otros vídeos, este lo observó en su totalidad, con la esperanza de captar algo que ofreciera una pista sobre lo ocurrido ese mismo día. Sabía que Rojas y Rodríguez sin duda habrían hecho lo mismo, pero eso no lo arredró. Como mínimo, Bosch estaba seguro de sus cualidades de investigador y creía que observaba cosas que a otros se les escapaban. Sabía que se trataba de una idea ególatra, pero un ego sano era un requisito para el trabajo. Tenías que creer que eras más listo, más duro, más valiente y más resistente que la persona desconocida que estabas buscando. Y trabajando en casos abiertos, tenías que creer lo mismo respecto a los detectives que habían investigado el caso antes que tú. Si no lo hacías, estabas perdido. Era este sentido de misión lo que tenía la esperanza de poder transmitir a Soto en el año final de su carrera.

El vídeo de Echo Park mostraba a una familia feliz celebrando el cumpleaños de su hija quinceañera. Asistían muchos amigos y familiares, y las mesas de pícnic estaban repletas de comida tradicional y regalos. La chica que ocupaba el centro de atención llevaba un vestido blanco y una tiara con el número 15. La acompañaba una corte de honor que incluía a otras seis jovencitas. Hubo baile y el grupo tocó temas que Bosch supuso que eran típicos en la celebración. En un momento dado, los padres de la chica cumplieron con dos tradiciones culturales: la madre regaló a la hija su «última muñeca», que simbolizaba el final de la infancia, y el padre le cambió los zapatos planos por unos de tacón, para simbolizar el inicio de la edad adulta.

El vídeo captaba mucho amor y emoción. Los pensamientos de Bosch se apartaron del caso y derivaron hacia su propia hija. Acarreaba una persistente sensación de culpa en relación con ella. Bosch era padre soltero, pero, sobre todo, un padre ausente por las horas que el trabajo le consumía. Su hija tenía diecisiete años y no había disfrutado de una gran fiesta de dieciséis. Él nunca había preparado ninguna clase de celebración de cumpleaños para ella al margen de festejarlo juntos. Ver la fiesta de Echo Park le recordó sus muchos fallos como padre, y se le hizo un nudo en la garganta.

Bosch apagó el vídeo. No había visto nada en él que le hubiera dado que pensar ni ninguna pista del episodio que se había producido al cabo de solo unas horas. Merced y sus compañeros mariachis actuaron con profesionalidad y sin mezclarse con invitados a la fiesta. Rara vez eran el foco de la cámara, pero aparecían de fondo en varios momentos del vídeo. Bosch extrajo el disco y pasó a la segunda pila de DVD.

Estos DVD contenían grabaciones de cámaras de vigilancia cercanas a la plaza.

Como tales, no estaban específicamente centradas en la plaza y solo captaban fragmentos de lo ocurrido ese día. Para sorpresa de Bosch, el primer vídeo que vio mostraba una imagen con grano de larga distancia de Merced en el momento de recibir el disparo. Por lo que sabía, nunca se había hecho pública. El vídeo estaba tomado desde dentro de la tienda de instrumentos musicales y artículos de mariachis situado al otro lado de la calle 1. La cámara estaba montada en una de las esquinas superiores de la tienda y su propósito era documentar y desalentar los hurtos. Sin embargo, a través del vidrio del escaparate y de la calle 1 captaba una imagen de la plaza.

Bosch retrocedió y reprodujo la secuencia del disparo varias veces. Observó a Merced rasgueando su instrumento hasta el momento en que recibió el impacto de la bala que se incrustó en su columna y lo hizo caer de espaldas al suelo. Después, dejó que el vídeo continuara y observó con atención la acción que siguió al disparo. Las imágenes eran borrosas, por la distancia y por lo que estaba escrito en el escaparate de la tienda. Además, obviamente, el foco de la cámara se centraba en el interior de la tienda y no en las actividades del otro lado de la calle.

En el momento de recibir el balazo, Merced estaba rodeado por sus compañeros de grupo, sentado en el borde de la mesa con los pies en el asiento del banco. A su derecha se sentaba el acordeonista, y de pie a su izquierda y un paso más atrás estaba el guitarrista. Detrás de la mesa, el trompetista sostenía su instrumento con las dos manos y se lo llevaba a la boca para tocar.

Harry observó una vez más el disparo que derribó a Merced de la mesa. El trompetista inmediatamente corrió hacia la derecha y salió del encuadre de la imagen, mientras que el guitarrista empezó a agacharse debajo de la mesa, girando su guitarra para protegerse el cuerpo. El acordeonista parecía confundido por lo que acababa de ocurrir. Su lenguaje corporal transmitía la impresión de que al principio no se había dado cuenta de que habían disparado a Merced. Solo cuando vio al guitarrista meterse debajo de la mesa se escurrió y se puso a cubierto también él. Al cabo de unos largos segundos, los dos hombres salieron de debajo de la mesa y se acercaron a Merced para auxiliarlo. El trompetista volvió al encuadre y también se arrodilló junto a su compañero caído.

Bosch continuó viendo el vídeo. La gente enseguida llegó corriendo a la mesa de pícnic y se reunió en torno a la víctima del disparo. Se hacía difícil ver a Merced en medio de todos los demás y la actividad.

Durante los siguientes treinta minutos, Bosch observó que la ambulancia y la policía respondían a la llamada. Merced fue inicialmente tratado en el suelo de la plaza y luego subido a una camilla que empujaron fuera del encuadre de la cámara. La mesa de pícnic y la zona inmediata se acordonaron con cinta amarilla de la escena del crimen y los agentes comenzaron a retener testigos para los detectives. El vídeo finalizó en ese punto y Bosch se preguntó si Rodríguez y Rojas lo habían editado o si había más material de la cámara de la tienda de música.

Bosch comprobó los otros dos vídeos, pero ninguno fue tan interesante o útil para él. Los dos incorporaban la hora, lo que le permitió sincronizarlos con el momento del disparo, pero proporcionaron escasa información nueva. Uno procedía de una cámara del aparcamiento de Pedrito, al menos a una manzana de distancia. En realidad, no mostraba mucho de Mariachi Plaza, sino más bien el cruce de Boyle y la 1. Bosch no vio en la cinta ningún vehículo sospechoso de haber disparado, ningún cacharro típico de banda acelerando a través del cruce en los segundos posteriores al disparo.

El tercer vídeo de vigilancia procedía de las cámaras de suicidio en el puente de la 1. El puente se hallaba a varias manzanas de la plaza y su encuadre del incidente estaba bloqueado por el viejo hotel de la esquina de Boyle y la 1. Bosch lo vio una vez, desestimó su utilidad y sacó el disco del portátil.

Pensó un momento en la situación. Sabía que debería concertar una cita con Rodríguez y Rojas para sentarse y repasar muchos detalles del caso más que hacerlo poco a poco, pero cogió el teléfono de todos modos y llamó a la oficina de detectives de Hollenbeck. Preguntó concretamente por Rodríguez, aunque Rojas podría ser más amable.

—Detective Rodríguez.

—Soy Bosch. ¿Qué tal?

Ninguna respuesta. Bosch esperó un momento y presionó.

—Acabo de terminar de revisar los archivos del caso Merced.

Hizo una pausa. Todavía nada.

—No voy a dorarte la píldora contándote lo bien que lo hicisteis. Ya lo sabes. Pero tengo unas cuantas preguntas. Podría preguntárselas a Rojas, porque no ha sido un capullo hoy, pero he preguntado por ti. Este es tu expediente, Rodríguez. Me doy cuenta. Supongo que era contigo con quien debería hablar. ¿Puedes ayudarme?

Ninguna respuesta, pero esta vez Bosch esperó. Al final Rodríguez respondió.

—¿Qué quieres saber, Bosch?

Harry asintió. Su instinto era correcto. Los buenos detectives siempre tenían ese agujero dentro, el espacio vacío donde el fuego siempre arde. Por alguna causa. Llámese justicia. Llámese necesidad de saber. Llámese necesidad de creer que los culpables no permanecerán ocultos en la oscuridad para siempre. A fin de cuentas, Rodríguez era un buen poli y quería lo mismo que quería Bosch. No podía permanecer enfadado y callado si eso podía costarle caro a Orlando Merced.

Después de la llamada telefónica, Bosch fue al ordenador y empezó a escribir su primer informe sobre el caso Merced. Era básicamente una puesta al día del caso, incluido un informe de la causa de la muerte y una evaluación de las pruebas existentes y pistas de investigación. Llevaba en eso veinte minutos cuando sonó el teléfono de su escritorio. Lo cogió sin mirar el identificador, suponiendo que era Soto, que llamaba después de su sesión con la psiquiatra.

—Bosch.

—Sí, quiero apuntarme por la recompensa.

Harry se dio cuenta de que era una llamada generada por el anuncio del exalcalde. Al responder, abrió la ventana de Internet de su ordenador y fue a la web del *Los Angeles Times*.

—¿Qué quiere decir con apuntarse, señor? No es una lotería. ¿Tiene información que pueda ayudarnos?

Claro está, ya había un artículo en la primera página del sitio de noticias, incluida una foto de Zeyas en la conferencia de prensa, anunciando la recompensa.

—Sí, tengo información —dijo la persona que llamaba—. El que disparó se llama José. Puede apuntarlo.

—José ¿qué?

—No sé esa parte. Solo sé que es José.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque sí.

—Disparó José.

—Exacto.

—¿Conoce a ese hombre? ¿Sabe por qué lo hizo?

—No, pero estoy seguro de que lo sabrán cuando lo detengan.

—¿Dónde lo detengo?

El hombre al otro lado de la línea pareció burlarse de la pregunta.

—Eso no lo sé. El detective es usted.

—Muy bien, señor, así que está diciendo que he de salir y encontrar y detener a un hombre que se llama José. Sin apellido, sin paradero. ¿Sabe qué aspecto tiene?

—Aspecto de mexicano.

—Muy bien, señor, gracias.

Bosch colgó el teléfono con fuerza.

—Estúpido —dijo entre dientes.

El teléfono sonó otra vez cuando todavía lo tenía en la mano. Respondió con un tono de enfado en su voz.

—Bosch.

—Sí, tengo una pregunta sobre la recompensa.

Era la voz de otro hombre.

—Si me entrego, ¿me dan la recompensa?

Bosch se sumió en una pausa. Su instinto le decía que la llamada era tan falsa como la primera.

—Buena pregunta —dijo—. No veo por qué no. La recompensa es por información que conduzca a una condena. Creo que una confesión sirve. ¿Planea confesar?

—Sí.

—Pero hemos de poder demostrar que lo hizo. No puedo aceptar solo su palabra, ¿entiende lo que quiero decir?

—Lo entiendo.

—Bueno, ¿por qué lo hizo?

—Porque odio esa mierda de los mariachis. Esto es Estados Unidos. Si vienes aquí tienes que tocar nuestra música.

—Ya veo. ¿Y qué arma utilizó?

—Mi Smith and Wesson. Tengo buena puntería.

Bosch asintió para sus adentros. Corazonada confirmada.

—Estoy seguro. Gracias por la llamada.

Colgó, luego miró el teléfono un buen rato, esperando que sonara enseguida. Y lo hizo, pero vio en el identificador que era una llamada interna. Respondió.

—Bosch.

—Detective, soy Gwen, de centralita.

Una de las telefonistas. Bosch no estaba del todo seguro de en qué parte del edificio estaba Gwen. Las telefonistas se ocupaban de todas las llamadas que se recibían en las líneas generales —como el número principal de la División de Robos y Homicidios que salía en el artículo del *Times*— y las distribuían como se les solicitaba.

—Sí, Gwen.

—Tengo a una persona que habla en español por la recompensa del caso Merced. ¿Quiere atenderla?

Bosch negó con la cabeza. El aluvión de llamadas del que había advertido a Crowder y Samuels estaba empezando.

—Ahora mismo no tengo aquí a nadie que hable español. Pídale el nombre y un número y alguien llamará después.

—Lo haré.

Bosch colgó el teléfono con un poco más de suavidad en esta ocasión. Pasó al sitio web de *La Opinión* y abrió la página de Local, y, por supuesto, vio otro foto de Zeyas y un artículo sobre el caso Merced y la oferta de recompensa que lo acompañaba. Estaba un poco desconcertado por la rapidez con la que se estaba moviendo la prensa con el caso.

Volvió al informe que estaba escribiendo y cogió ritmo. Quería salir de la oficina, tanto si Soto volvía pronto como si no. Tenía la sensación de que el teléfono pronto se

convertiría en un ancla enrollada alrededor de su cuello. Se ahogaría en esas llamadas. Antes de terminar de escribir, el teléfono sonó una vez más, y era otra vez el que había llamado primero.

—Eh, no ha apuntado mi nombre por la recompensa.

—Tiene razón, señor. No quiero saber su nombre.

—Bueno, ¿y la recompensa?

—No hay ninguna recompensa para usted.

—Se lo digo, fue un hombre llamado José. Lo hizo él.

—Si detenemos a un tipo llamado José, me vuelve a llamar, ¿de acuerdo?

Esta vez Bosch colgó el teléfono con tanta fuerza que atrajo la atención de los detectives de los otros cubículos. No ofreció ninguna explicación. El teléfono sonó otra vez cuando todavía lo tenía en la mano. Lo cogió y dijo con voz brusca:

—¿Qué?

—Soy Gwen, de centralita.

—Ah. Sí, Gwen, ¿qué pasa?

—Solo quería decirle que la mujer que hablaba español no ha querido darme su nombre y número.

—De acuerdo, Gwen. Supongo que es una llamada por la que no he de preocuparme. Gracias.

Después de eso, Bosch terminó con rapidez el informe que estaba escribiendo, lo imprimió en papel de tres agujeros y lo colocó en la carpeta del expediente. Acto seguido, cogió el teléfono, llamó al número de centralita y preguntó por Gwen.

—Gwen, soy el detective Bosch. Voy a salir y mi compañera no está disponible. ¿Puede pasar todas las llamadas que lleguen en relación con el caso Merced y la recompensa al teniente Samuels?

—Al teniente Samuels. Sí.

—Bien. Gracias. ¿Por qué no deja una nota de que todas esas llamadas vayan al teniente hasta nuevo aviso por mi parte?

—Lo haré, detective. Pase un buen día.

—Usted también, Gwen.

Bosch se levantó y miró el reloj de la pared, situado encima de la puerta de entrada a la sala de brigada. Las sesiones de psicoterapia de Soto generalmente duraban una hora, a lo que tenía que sumar media hora de ida y otra media de vuelta. Aunque hubiera pasado por el laboratorio de criminalística para recoger la bala de Gun Chung, ya tendría que haber vuelto. Esto le molestó, porque Soto tenía tendencia a desaparecer o perder la noción del tiempo. Bosch quería mantener el impulso, pero ella estaba desaparecida en combate. No quería llamarla al móvil por si estaba en sesión con la doctora Hinojos, la responsable del servicio de psicología del departamento, pero estaba frustrado porque Soto no se había molestado en enviarle un mensaje para informarle del retraso. En todo caso, no debería ser él quien enviara mensajes e hiciera llamadas para saber dónde estaba.

Cogió las llaves y los discos de vídeo. En el tablero de fichar situado junto a la puerta escribió «Laboratorio» junto a su nombre y salió.

Rodríguez le había dicho que él y Rojas no habían llevado las grabaciones de vigilancia al laboratorio para ver si se podía mejorar la calidad de las imágenes. Había explicado que no le parecía que fuera una medida que mereciera la pena considerando que el asesino no aparecía en los vídeos. Además, diez años antes, los expertos de vídeo eran poco más que una rata de laboratorio echando una segunda mirada a la grabación que el detective ya había estudiado.

El tiempo había cambiado eso. Existía una unidad dedicada a imágenes de vídeo y datos con expertos que podían amplificar el sonido y afinar las imágenes, a menudo aportando información que no era evidente durante la primera visualización. La última década había visto una explosión en el uso de vídeos como herramientas de investigación. Los Ángeles era una ciudad de cámaras, públicas y privadas, y buscar cámaras en una escena del crimen se había convertido en un protocolo estándar, del mismo modo que siempre había existido el protocolo de llamar a las puertas de los vecinos y buscar testigos. Por eso se había creado la UVF, Unidad Vídeoforense. No todas las cámaras eran iguales y se requería cierta experiencia para aumentar el potencial de imágenes y sonidos captados en la escena del crimen o cerca de ella.

Bosch tardó veinte minutos en llegar al laboratorio. Cuando iba de camino, Soto lo llamó y le dijo que acababa de terminar su sesión de psicoterapia.

—Hinojos estaba ocupada con otros casos —comentó—, pero voy al laboratorio para recoger la bala.

—No te preocupes por eso —dijo Bosch—. Ya estoy de camino con los vídeos. Pasaré a ver a Gun y recogeré la bala.

—Pensaba...

Soto no terminó, pero Bosch sabía lo que iba a preguntar.

—Sí, claro, los he mirado todos y no había gran cosa —dijo—. La cámara de la tienda de música captó a Merced recibiendo el disparo, pero es todo muy borroso. Espero que la Unidad de Vídeo pueda hacer algo con eso.

—Vale.

Soto no parecía aplacada.

—Si quieres, puedo esperar, dejar que eches un vistazo antes de llevarlo.

—No, no, adelante. No pasa nada. ¿Vas a volver después a la brigada?

—En realidad, estoy tratando de mantenerme alejado. La recompensa del exalcalde ya ha empezado a salir en las webs de los medios y la gente no para de llamar. Quiero trabajar en el caso y no de telefonista.

Bosch se metió en el aparcamiento exterior del edificio de Criminalística y empezó a buscar un hueco.

—Pero ¿y si recibimos una pista buena?

—Es un millón contra uno, en mi opinión. Pero, si alguien de verdad quiere denunciar al culpable, nos encontrará. De todos modos, ahora mismo he pedido que

pasen todas las llamadas a Samuels. Así se enterará y pondrá a alguien al teléfono para que nosotros podamos ocuparnos del caso.

—Vale, ¿a qué hora quieres que organice la trayectoria de balística para mañana?

Bosch se había olvidado de eso. De repente, pensó que podría ser demasiado pronto.

—Quiero esperar con eso por ahora. A ver qué surge en el vídeo. Puede que ayude a establecer la trayectoria.

—Muy bien. ¿Adónde quieres que vaya ahora?

—Dame treinta minutos y nos vemos en Mariachi Plaza. A ver si los periodistas se han marchado ya.

—Eso me dará tiempo a pasar por Starbucks. ¿Quieres alguna cosa?

Bosch sopesó un momento su nivel de cafeína.

—No, gracias. Te veré allí.

Bosch aparcó y bajó del coche. Mientras estaba caminando hacia las puertas de cristal del edificio del laboratorio, sonó su teléfono otra vez. Era el teniente Samuels.

—Bosch, ¿dónde diablos está?

—A punto de entrar en el laboratorio, lo he escrito en el tablero. ¿Qué pasa?

—Lo que pasa es que el teléfono está empezando a sonar como loco con llamadas de chivatazos.

—¿Qué quiere que le haga yo, teniente? Estoy trabajando en el caso. He de hacer dos paradas en el laboratorio y luego voy a reunirme con mi compañera en la escena del crimen. Le dije que pasaría esto.

—¿Dónde está ahora *Lucky Lucy*?

—Tiene su sesión de psicoterapia los miércoles por la tarde. ¿Alguna buena información?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? ¡Lo ha preparado usted, Bosch!

—Yo no he preparado nada. Para empezar yo no quería que se ofreciera ninguna recompensa. Sabía...

—No importa. Pondré a alguien en los teléfonos. Desde mañana por la mañana.

Samuels colgó antes de que Bosch pudiera responder, pero Harry estaba sonriendo cuando empujó las puertas para entrar en el laboratorio de criminalística.

Lucía Soto ya estaba en Mariachi Plaza cuando Bosch llegó allí. No había ninguna señal obvia de que nadie de los medios continuara en la escena. Bosch cruzó la plaza, empapándose de todo. El espacio estaba comenzando a llenarse de músicos que albergaban la esperanza de que los eligieran para una actuación. Los espacios de aparcamiento de Boyle Avenue estaban ocupados, parachoques con parachoques, por furgonetas pintadas con los nombres de los grupos de mariachis y sus números de teléfono. Todos los bancos y mesas de la plaza estaban llenos.

Soto estaba hablando con tres hombres sentados muy apretados en un solo banco, con los estuches de sus instrumentos a sus pies. Todos vestían chaquetillas negras con brocado dorado y camisas blancas con un moño charro. Bosch los saludó con la cabeza al unirse a su compañera. Soto sostenía alguna clase de bebida de café helado con nata montada por encima.

—Harry, estos hombres estaban aquí el día que dispararon a Merced —dijo Soto con excitación.

—¿Qué recuerdan? —preguntó.

—Estaban sentados aquí mismo. Se levantaron de un salto y se pusieron detrás de la estatua al oír el disparo.

Bosch miró la estatua de bronce que se alzaba detrás del banco. Representaba a una mujer con los brazos en jarras, ataviada con un vestido estampado y un chal. La estatua se hallaba en un gran pedestal de cemento y madera. Una placa en la base identificaba a la mujer como Lucha Reyes, la reina de los mariachis, que vivió y actuó en Los Ángeles en la década de 1920. Era de Guadalajara.

—¿Los interrogaron en su momento? —preguntó Bosch.

Soto habló con los hombres en español y luego tradujo sus respuestas a Bosch, aunque él entendía buena parte de lo que se decía.

—Sí, declararon.

Bosch asintió, aunque no recordaba que ninguna de las declaraciones del expediente incluyera a testigos que hubieran informado de que habían utilizado la estatua para ponerse a cubierto. Probablemente, las habían descartado por irrelevantes.

—Diles que nos muestren dónde se escondieron en la estatua.

Soto se lo pidió a los hombres y uno de ellos se levantó y fue hacia la estatua. Se agachó, puso las manos en el pedestal y actuó como si estuviera mirando entre las piernas de la mujer de bronce para ver quién estaba disparando. Estaba mirando hacia Boyle Avenue.

Bosch asintió otra vez mientras intentaba visualizar lo ocurrido ese día.

—¿Qué les hizo pensar que el disparo procedió de allí? —preguntó, señalando.

Soto tradujo y el mariachi se encogió de hombros. Luego uno de sus compañeros respondió desde el banco, pero habló demasiado deprisa para que Bosch lo

comprendiera.

—Dice que oyó el disparo y corrió a ponerse a cubierto. Los otros dos hombres lo siguieron, pero no estaban seguros de haber oído nada. Solo vieron a todo el mundo corriendo.

—¿Qué vio?

Dos hombres negaron con la cabeza y el otro dijo:

—Nada.

—¿Conocían a Merced?

Otra vez Soto tradujo y escuchó.

—Apenas —le dijo ella finalmente a Bosch—. Lo habían visto en la plaza, esperando trabajo.

Bosch se apartó y caminó hacia la escalera mecánica que descendía a la estación de metro. La estructura de cristal que servía de techo tenía un característico motivo azteca y estaba diseñada como el ala de un águila gigante que protegía la entrada. Las plumas del ala eran paneles de cristal multicolor que proyectaban el sol por la plaza en una combinación de colores.

Había una amplia escalera embaldosada entre las escaleras mecánicas de subida y bajada. Bosch se volvió en lo alto de la escalera y miró hacia la plaza. Después miró a la izquierda por la calle 1, a la tienda de música, donde la cámara había captado el tiroteo de Merced. Dio un pasito a su derecha y supuso que estaba muy cerca del lugar donde había estado la mesa de pícnic en la que se había sentado Merced. Sabía que su hipótesis no tenía ninguna validez forense. Un equipo de Balística se ocuparía de eso después, pero, por el momento, Bosch sabía que se encontraba cerca del lugar donde estaba sentado Merced cuando recibió el disparo.

Miró atrás hacia Boyle Avenue, en la dirección desde la que había salido la bala. Como Bosch había descartado la idea de que la bala hubiera sido disparada desde un coche en movimiento o incluso desde el nivel del suelo, su atención se centró en el edificio que ocupaba la esquina al otro lado de la plaza. Bosch conocía bien el Boyle Hotel desde hacía años. El edificio de piedra de tres plantas de estilo Reina Ana, más conocido con el nombre extraoficial de Hotel Mariachi, se había construido hacía más de un siglo y era, por tanto, uno de los inmuebles más viejos que se mantenían en pie en todo Los Ángeles. Sin embargo, había caído en el descuido en las últimas décadas hasta convertirse en poco más que una pensión de mala muerte infestada de cucarachas que frecuentaban mariachis itinerantes y gente de paso. Bosch había entrado más de una vez en el Hotel Mariachi con una fotografía en la mano, buscando a un sospechoso al que había seguido la pista desde una escena del crimen.

Todo había cambiado otra vez en poco tiempo. El Boyle Hotel había recibido un lavado de cara multimillonario coincidiendo con el proyecto de estación de metro en Mariachi Plaza. Ya no era un hotel, sino un complejo de uso combinado que ofrecía apartamentos a precios asequibles y espacios comerciales. La fachada de ladrillo rojo y la característica cúpula en el techo se preservaron en el proceso de renovación,

pero, incluso con las llamadas «cuotas asequibles», los alquileres eran demasiado altos para la mayoría de los mariachis que pasaban por el este de Los Ángeles. Tenían que alquilar en otro sitio.

Soto se acercó a Bosch y siguió la línea de su mirada.

—¿Crees que dispararon desde allí? —preguntó ella.

—Podría ser —dijo Bosch—. Vamos a comprobarlo.

Volvieron a cruzar la plaza. Bosch vio que cada vez había más músicos reuniéndose en torno a los bancos y las mesas. Eran casi las cinco y hora de buscar trabajo. Bosch se fijó en una pequeña tienda detrás de la congregación de músicos. Libros Schmibros. El cartel de la puerta decía que era una librería y biblioteca de préstamo. Bosch lo señaló sin perder el paso.

—Antes de que esto fuera todo latino, era un barrio judío —explicó—. En los años veinte y treinta. En los cincuenta todo el mundo se marchó a Fairfax.

—La fuga de los blancos —dijo Soto.

—Más o menos. Creo que uno de mis abuelos vivió aquí. Recuerdo algo de este lugar. La vieja comisaría de Hollenbeck, venir aquí con mi madre en los años cincuenta...

Bosch sentía la presencia de un recuerdo vago, incómodo, que se le escapaba. Durante los primeros once años de su vida, Harry había vivido con su madre y en ocasiones eran tan nómadas como los residentes del viejo Hotel Mariachi. Había demasiados lugares para recordar y todo había sucedido cincuenta años antes. Trató de cambiar de tema.

—¿Dónde creciste, Lucy?

—En todas partes. La familia de mi madre era del condado de Orange, al lado de El Toro, y la de mi padre era de aquí. Sus padres fueron expulsados del Barranco de Chávez en los años cuarenta. Terminaron en Westlake y yo nací allí. Pero, básicamente, crecí en el valle de San Fernando. En Pacoima.

Bosch asintió.

—Supongo que eso significa que no eres aficionada de los Dodgers —dijo.

—No he ido a ningún partido y nunca iré —contestó—. Mi padre me mataría si se enterara.

La del Barranco de Chávez había sido una de las mayores expropiaciones de la historia de la ciudad. Bosch conocía bien la historia, después de toda una vida de intentar conciliar su amor por el béisbol y los Dodgers con la fea historia enterrada debajo del diamante donde, de niño, vio lanzar a Sandy Koufax y Don Drysdale. Tenía la sensación de que cada éxito resplandeciente de la ciudad encubría en alguna parte una costura oscura, normalmente un poco escondida.

Durante décadas, el Barranco de Chávez había sido un enclave pobre de inmigrantes mexicanos que se apiñaban en casuchas pegadas a las colinas y trataban de encontrar su camino en un lugar donde se les necesitaba pero no necesariamente se los quería. El final de la Segunda Guerra Mundial trajo nueva prosperidad a la ciudad

y dinero federal para proporcionar vivienda a los pobres. El plan consistía en sacar a todo el mundo del Barranco de Chávez, aplanar el terreno y luego reconstruirlo, creando un edén de edificios altos para personas de bajos ingresos al que los antiguos habitantes del pequeño valle serían invitados a regresar. La urbanización incluso recibiría un nombre que reflejaba el gran sueño americano de alcanzar el anillo dorado: Elysian Park Heights.

Algunos se marcharon del barranco de manera voluntaria, a otros tuvieron que echarlos. Se arrasaron casas, iglesias y escuelas. Pero nunca se construyó ningún edificio. Para entonces el mundo había cambiado. Los edificios de viviendas para pobres se calificaban de socialismo. El nuevo alcalde lo llamó «gasto antipatriótico». En cambio, la ciudad del futuro decidió que necesitaba un equipo deportivo profesional que garantizara su imagen y posición como algo más que una colonia de cine y un brumoso puesto de avanzada en el oeste del país. Los Dodgers de Brooklyn se trasladaron al oeste y se construyó un espléndido estadio de béisbol donde deberían haberse alzado esas torres de viviendas para los pobres. Los residentes del Barranco de Chávez se dispersaron para siempre, pero sus herederos siguieron acarreado un profundo odio. Elysian Park Heights era un bonito nombre que nunca pasó de ser un proyecto.

Bosch se quedó en silencio hasta que cruzaron Boyle Avenue y llegaron a las puertas dobles de lo que había sido el Hotel Mariachi. La puerta estaba cerrada y había un teclado numérico al lado para contactar con los inquilinos y la administración. Soto miró a Bosch.

—¿Quieres entrar?

—¿Por qué no?

Pulsó el botón que estaba al lado de una pegatina que decía «Oficina». El cierre se desbloqueó sin que mediara en el intercomunicador ninguna pregunta respecto a quiénes eran. Bosch levantó la cabeza y vio una cámara montada encima en la esquina del dintel.

Soto abrió la puerta y entraron en un vestíbulo. Había una lista de residentes y un plano dentro de una vitrina fijada a la pared. Bosch miró el plano primero y se dio cuenta de que el proyecto de restauración también había sido un proyecto de consolidación. Tres edificios se habían unido en un solo complejo. El edificio delantero —el original Boyle Hotel, también conocido en los planos catastrales del siglo XIX como Cummings Block— se había redestinado a espacio comercial, y los dos edificios adjuntos, a apartamentos. Bosch examinó la lista de residentes y vio diversas oficinas, la mayoría de las cuales eran de abogados que se anunciaban en inglés y español.

Bosch vio un tramo de escaleras a la derecha de la entrada y se dirigió hacia él.

—La oficina del administrador está aquí abajo, Harry —dijo Soto.

—Ya lo sé —confirmó él—. Podemos pasarnos después de echar un vistazo.

En la segunda planta Bosch vio tres entradas de cristal separadas a los despachos,

dos de los cuales eran de abogados con rótulos de «Se habla español» en las puertas. La tercera oficina —habitación 211— parecía desocupada.

Bosch retrocedió y echó un vistazo al pasillo. Estaba limpio y brillante, no como lo recordaba de visitas anteriores al edificio. En otros tiempos había pequeños apartamentos y al fondo del pasillo un cuarto de baño comunitario que olía como una alcantarilla. Se alegró de que el edificio se hubiera salvado de tanta irreverencia y desatención.

Harry subió por la escalera a la siguiente planta y Soto lo siguió. Allí había más oficinas, la mitad de las cuales parecían vacías. Probó con una puerta que decía «Terraza» y no estaba cerrada con llave. Tomó el siguiente tramo de escaleras hasta la cúpula y Soto lo siguió.

La cúpula ofrecía una vista de trescientos sesenta grados, incluida una panorámica del centro de la ciudad al otro lado del puente. Bosch contempló el cauce de cemento del río y las vías del tren que se enroscaban en torno al centro de la ciudad como una cinta. Se orientó hacia el este para examinar la plaza. Vio a unos mariachis poniendo sus instrumentos en una furgoneta: habían conseguido una actuación para la noche.

—¿Crees que dispararon desde aquí? —preguntó Soto.

Bosch negó con la cabeza.

—Lo dudo. Demasiado abierto. Y probablemente el ángulo es demasiado inclinado.

Levantó los brazos como si mirara por el cañón de un rifle. Apuntó el arma imaginaria a lo alto de las escaleras del metro. Asintió para sus adentros. Era demasiado inclinado para que una bala atravesara el instrumento y el torso de Merced desde ese ángulo.

—Además, creo que han reformado esto. No me parece que hubiera nada aquí hace diez años.

Bosch se fijó en un hombre sentado solo en un banco de la plaza. Estaba mirándolo a él. Se abrió la puerta del pie de la escalera que conducía a la cúpula y una mujer subió con rapidez, hablando en un español rápido. Soto se dirigió hacia ella, sacando su placa para mostrarle que eran policías. La mujer habló demasiado deprisa para que Bosch la entendiera, pero en realidad no le hacía falta. Sabía que le molestaba que estuvieran en el tejado.

Al final, Soto tradujo.

—Es la señora Blanca. Dice que no podemos estar aquí arriba y que tendríamos que ir a ver a la administración antes. Le he pedido disculpas.

—Pregúntale si trabajaba aquí antes de la renovación.

Blanca negó con la cabeza y dijo que no antes de que la pregunta se tradujera.

—¿Habla inglés? —preguntó Bosch.

—Sí, un poco —dijo Blanca.

—Bueno, responda como quiera. Este edificio está protegido, ¿no? ¿Por la

Sociedad Histórica?

—Sí, tiene estatus de edificio relevante. Se construyó en 1889.

—¿Qué pasó con los registros del hotel cuando vinieron a reformar el edificio?

La mujer pareció confundida y Soto tradujo la pregunta y la respuesta.

—Dice que todos los viejos libros de registro del hotel y el mostrador los guardó la Sociedad Histórica. Ahora están en un almacén municipal, pero quieren exhibirlos aquí.

Bosch asintió. No había visto nada en los registros de investigación de Rodríguez y Rojas que indicara que habían ido puerta por puerta a interrogar a los residentes del Hotel Mariachi sobre lo que habían visto u oído durante el incidente en la plaza.

Pensó que había sido un error.

Bosch se quedó en la sala de brigada hasta tarde, relejendo los informes y resúmenes del expediente de asesinato y anotando nuevas observaciones o preguntas que se le ocurrían. Su hija siempre estaba ocupada los miércoles por la noche con la Unidad de Exploradores de la Policía de la comisaría de Hollywood. Era un grupo abierto a chicos de instituto que estaban pensando en trabajar en los cuerpos de seguridad. Recibían una visión de primera mano del trabajo policial y a menudo viajaban en coches patrulla y participaban en otras operaciones. Normalmente, era una tarde completa de actividades, de manera que Bosch no tenía ninguna razón para volver a casa, aunque el día había empezado antes del amanecer con la llamada del capitán Crowder.

La sala de brigada, del tamaño de un campo de fútbol, se había vaciado hasta el día siguiente, y Bosch disfrutó del silencio absoluto del espacio y la oscuridad detrás de las ventanas. Se levantaba de vez en cuando de su cubículo y caminaba por la sala, paseando entre los otros cubículos y mirando el modo en que otros detectives configuraban y decoraban sus escritorios. Se fijó en que, en varios de los espacios delimitados por mamparas, los detectives se habían desembarazado de las sillas de escritorio proporcionadas por el departamento y las habían sustituido por modelos mejores con brazos ajustables y sistemas de apoyo lumbar. Por supuesto, tratándose del Departamento de Policía de Los Ángeles, los propietarios de esas sillas las ataban a sus escritorios con cadenas para bicicleta cuando se marchaban.

Bosch pensó que era todo muy triste. No porque la propiedad personal no estuviera a salvo en el Edificio de Administración de Policía, sino porque el departamento estaba convirtiéndose cada vez más en una institución sedentaria. Teclados y teléfonos móviles eran las principales herramientas del investigador moderno. Los detectives se sentaban en sillas de mil doscientos dólares y llevaban zapatos elegantes con borlas. Habían pasado los días de las suelas de goma gruesas y de la practicidad por encima de la estética, cuando el lema de un detective era «Levanta el trasero y sal a la calle». La gira de Bosch por la sala de brigada lo dejó con una sensación de melancolía, como si tal vez fuera el momento adecuado para poner punto final a su carrera.

Trabajó hasta las ocho y luego metió todo en su maletín, salió del edificio y caminó por Main Street hasta el Nickel Diner. Se sentó a la mesa solo y pidió bistec a la plancha y una botella de Newcastle. Se estaba acostumbrando a comer solo otra vez. Su relación con Hannah Stone había terminado ese mismo año, y eso se había traducido en muchas noches de soledad. Estaba a punto de sacar algunos de sus materiales de trabajo del maletín, pero decidió descansar mientras comía. Pasó el tiempo hablando con Monica, la propietaria, y terminó la cena con un donut de la casa hecho al horno y glaseado con jarabe de arce y trozos de beicon. Con esa recarga de energía, Bosch decidió que era demasiado pronto para irse a su casa vacía.

De camino al Edificio de Administración de la Policía paró en el Blue Whale para ver quién estaba tocando y quién vendría ese mes, y le sorprendió gratamente ver a Grace Kelly en el escenario con un cuarteto. Grace era una joven saxofonista de sonido poderoso. También cantaba. Bosch llevaba algunos de sus temas en el móvil y en ocasiones pensaba que Kelly estaba canalizando al difunto Frank Morgan, uno de sus saxofonistas favoritos. Pero nunca la había visto tocar en directo, así que pagó la entrada, pidió otra cerveza y se sentó al fondo de la sala, con el maletín en el suelo entre sus pies.

Disfrutó del concierto, sobre todo del juego entre Grace y su sección rítmica. Grace terminó con un solo que se clavó profundamente en el corazón de Bosch. La canción era *Somewhere Over the Rainbow*, y Grace sacó del saxo un sonido que ninguna voz humana podría igualar. Era quejumbroso y triste, pero venía acompañado de una ola innegable de esperanza subyacente. Hizo que Bosch pensara que todavía tenía alguna oportunidad, que podía todavía encontrar lo que estaba buscando, sin que importara el poco tiempo que le quedara.

Bosch se fue después de la primera parte para volver al EAP. Por el camino de dos manzanas mandó un mensaje de texto a su hija para ver si todavía estaba con los exploradores. Ella le contestó diciendo que ya estaba en casa y a punto de irse a dormir, cansada de la jornada escolar y luego la salida con los exploradores. Bosch miró su reloj y se dio cuenta de que el tiempo había pasado volando. Eran casi las once. Llamó a Maddie para darle las buenas noches y decirle que trabajaría hasta tarde si ella ya se iba a dormir.

—¿No te importa si no vuelvo a casa hasta tarde?

—Claro que no, papá. ¿Estás trabajando?

—Sí, vuelvo al EAP después de cenar. Solo he de revisar unas cosas.

—Bueno, parece que has estado bebiendo.

—He tomado una cerveza en la cena. Estoy bien. Solo estaré un par de horas más.

—Cuídate.

—Sí. ¿Qué habéis hecho esta noche?

—Hemos estado en un control de alcoholemia. Observando más que nada. Había un tipo. No estaba borracho, pero iba completamente desnudo. Ha sido asqueroso.

—Sí, bueno, bienvenida a Hollywood. Espero que no te quede un trauma de por vida.

—Lo superaré. Lo han tapado con una manta y lo han fichado.

—Bien. Ahora vete a dormir y te veré por la mañana antes de que te vayas a la escuela.

Bosch desconectó y se preguntó otra vez si su hija de verdad quería ser policía o si estaba cumpliendo con el papel para complacerlo de alguna manera. Pensó que tal vez debería hablar de ello con la doctora Hinojos. Maddie pasaba una hora con ella cada mes, viendo a la psicóloga de la policía con carácter extraoficial. Hinojos lo hacía como un favor desde que Maddie había ido a vivir con Bosch tras la muerte de

su madre.

Cuando Harry volvió a la sala de brigada, esta todavía estaba desierta, pero su mirada inmediatamente se detuvo en el escritorio de su compañera. El bolso de Soto estaba en su silla. Ella, por lo general, lo dejaba allí por la mañana cuando entraba y se iba a buscar café. Solo se llevaba el dinero que necesitaba y dejaba el bolso en su silla. Pero eran las once de la noche y allí estaba el bolso. Bosch se preguntó en un primer momento si ella lo había olvidado al marcharse, pero eso parecía imposible porque en ese bolso de piel Soto guardaba sus llaves y, cuando estaba fuera de servicio, su arma.

Bosch dio una vuelta de trescientos sesenta grados y examinó la sala de brigada. No había ninguna señal de ella, pero le pareció captar un ligero aroma a café. Soto estaba allí. En alguna parte.

Sacó su teléfono y le mandó un mensaje de texto para preguntarle dónde estaba. Su respuesta lo dejó todavía más confundido.

En casa. A punto de irme al sobre. ¿Por qué?

Bosch no sabía qué hacer. Le mandó otro mensaje.

Nada. Curiosidad.

Cuando envió el segundo mensaje, le pareció oír un ligero sonido de campanita cerca. Bosch siempre mantenía su notificación de mensajes en alerta de vibración, porque la mayoría de los mensajes que recibía eran de su hija y no quería que un ruido de aviso interrumpiera algo en el trabajo. Soto era diferente. Ella tenía el suyo con un tono audible, y Bosch estaba seguro de haberlo oído. Escribió otro mensaje.

Hasta mañana.

Pulsó el botón de enviar y esta vez se quedó completamente quieto y escuchó. Casi de inmediato oyó otra vez la campanita. Siguió el sonido hasta la puerta abierta del armario de casos, al otro lado de la sala de brigada.

El armario de casos era en realidad una enorme sala de almacenamiento donde se guardaban todos los expedientes de investigaciones de homicidio y cajas de pruebas de la Unidad de Casos Abiertos. El espacio era grande, pero había tantos casos que el año anterior se había instalado un sistema de estantes giratorios como los que se encuentran en las bibliotecas y grandes bufetes de abogados en el que las filas de estantes se encajan en raíles y pueden abatirse. El nuevo sistema permitía más almacenamiento en un espacio cerrado. Cuando un detective necesitaba acceder a un expediente en concreto, tenía que abrir mediante un volante la fila donde se encontraba ese archivo. Cada pareja de detectives de Casos Abiertos contaba con ambos lados de una fila entera para sus casos.

Bosch abrió silenciosamente la puerta del armario de casos y miró al interior. El olor a café era más intenso. Vio que la fila que ella y Soto compartían estaba cerrada

con llave. Sin embargo, tres metros más allá de la estantería de suelo a techo, la fila que pertenecía a otra pareja de detectives estaba abierta.

Bosch entró en la sala y se acercó en silencio a la fila abierta. Dudó antes de asomarse por la esquina al pasillo de un metro de anchura entre estantes.

No había nadie allí.

Confundido, Bosch miró hacia el fondo de la sala. Detrás del último archivador había un cuarto para la fotocopidora. Se dirigió hacia allí y se encontraba a unos pasos de distancia cuando oyó que la fotocopidora se ponía en marcha.

La máquina le proporcionó una buena cobertura sonora. Avanzó con rapidez y miró al cuarto. Lucía Soto estaba junto a la fotocopidora, de espaldas a Bosch. Había una carpeta con las anillas abiertas en la bandeja de trabajo, a la derecha de la detective. Al lado de esa carpeta había otras tres. Y junto a ellas una taza humeante del LA Café, un local cercano que abría las veinticuatro horas.

Bosch observó en silencio mientras Soto copiaba los registros e informes del expediente. La bandeja de la copiadora se estaba llenando de papel.

Bosch no sabía qué hacer. No tenía ni idea de cuál era la razón, pero obviamente Soto estaba fotocopinando los registros de un caso que no se les había encomendado. Retrocedió y examinó el hueco en los estantes. Cada equipo de la unidad tenía asignados años concretos de los cuales eran responsables. Cada equipo de detectives ponía sus tarjetas en ranuras a ambos lados de la fila. Bosch vio que la fila abierta pertenecía a Whittaker y Dubose. No podía recordar de memoria qué años correspondían a Whittaker y Dubose, pero los cuatro expedientes que Soto tenía a su lado en la fotocopidora parecían viejos. El plástico azul de las carpetas estaba resquebrajado y descolorido; las páginas del interior, amarillentas.

Bosch miró hacia el cuarto y pensó en marcharse tan sigilosamente como había llegado, pero lo detuvo un aluvión de ideas. Primero, pensó en lo estúpida que era Soto al copiar archivos. Cada detective de la brigada poseía un código que debía marcar en el teclado de la fotocopidora para que esta funcionara. Eso significaba que quedaría un rastro que diría cuánto y cuándo había copiado Soto. La segunda cosa que pensó Bosch fue que en años recientes los criterios de acceso al departamento se habían reducido. Había entrado gente fichada por delitos menores relacionados con las drogas o con afiliación a bandas. Algunos creían que el crimen organizado e incluso organizaciones terroristas se habían infiltrado en el cuerpo. Bosch se preguntó si Soto podría estar trabajando para alguien de fuera del departamento, actuando como agente doble: detective de Casos Abiertos de día y recopiladora de información de inteligencia de noche.

Pensó que probablemente se estaba dejando llevar por su imaginación, pero al fin y al cabo acababa de mentirle en sus mensajes. ¿Qué era lo que no quería que él supiera?

Bosch nunca había sido de los que daban la espalda a un problema. De repente, decidió lo que tenía que hacer y volvió al cuarto. Lucía estaba sacando una gruesa

pila de copias de la máquina. No se fijó en él, porque estaba completamente absorta en lo que estaba haciendo.

—¿Has conseguido lo que querías?

Soto casi dio un salto. De hecho, tuvo que contener un grito cuando se volvió y vio a Bosch. Tardó un momento en recomponerse antes de responder.

—¡Harry! Me has dado un susto de muerte. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Creo que esa es la pregunta que tú tienes que responder, Lucía.

Ella hizo alguna clase de movimiento con las manos, como si tratara de recuperar el aliento después del susto. Eso le dio tiempo a buscar una respuesta.

—Solo estoy mirando unos casos viejos, nada más.

—¿En serio? ¿Casos que no te pertenecen? ¿Que no nos pertenecen?

—Estoy tratando de aprender el trabajo de homicidios, Harry. Miro casos. A veces los copio para poder llevármelos a casa. Sé que va contra las normas, pero... no creía que fuera tan grave. No podía dormir, así que he venido a hacer algunas fotocopias.

La historia y la manera de contarla eran tan falsas que casi daban vergüenza. Bosch entró en el cuarto de la fotocopidora y se acercó a la máquina. Hojeó el contenido de la carpeta de la que ella había estado copiando documentos. Leyó la primera página, que siempre era el informe inicial y el resumen del caso. Lo reconoció de inmediato.

—¿Así que solo sacas casos al azar y los estudias?

—Sí, algo así.

Bosch miró los lomos de las otras carpetas y enseguida se dio cuenta de que las cuatro carpetas correspondían al mismo caso. Se trataba del incendio del edificio de apartamentos Bonnie Brae en 1993. Nueve personas —casi todos niños— perecieron en un apartamento de la zona de Westlake. Las víctimas habían estado en una guardería y parvulario sin licencia en el sótano del complejo de bajos ingresos y quedaron atrapadas por las llamas y el humo. La mitad de los niños hacinados en el escaso espacio murieron por inhalación de humo. El fuego fue calificado de incendio voluntario, pero nunca se practicaron detenciones, a pesar de que se formó una fuerza conjunta de expertos del Departamento de Bomberos e Investigadores de la policía de Los Ángeles.

Bosch metió las páginas sueltas que Soto había estado copiando en una de las carpetas y luego apiló las cuatro antes de recogerlas. Se volvió y pasó por delante de Soto.

—Trae tu café —dijo.

Bosch llevó las carpetas al cubículo que los dos compartían y las dejó en su escritorio. Invitó a Soto a sentarse en su sitio. Ella sacó el bolso de la silla y se sentó.

Bosch se quedó de pie, caminando un poco detrás de ella y hablando a su espalda. Soto estaba cabizbaja, con la mirada fija, como un sospechoso que sabe que van a leerle los cargos.

—Solo voy a tener esta discusión contigo una vez —empezó Bosch—. Si me mientes y lo descubro, hemos terminado como compañeros y me encargaré de que tú estés acabada como policía, con medalla al valor o sin ella.

Harry hizo una pausa, con la mirada clavada en la nuca de su compañera. Sabía que ella podía sentirlo. Soto asintió.

—El incendio del Bonnie Brae —dijo Bosch—. No me ocupé yo, pero estaba aquí y lo recuerdo. Nueve muertes, nunca se resolvió. Entonces el rumor era que La Raza de Pico-Union prendió el fuego, porque el administrador del apartamento no les dejaba vender en el edificio. Es lo único que sé. Como te digo, no era mi caso, pero se armó mucho revuelo y corrieron los rumores y las historias.

Bosch dejó de caminar, agarró la parte de atrás de la silla de Soto y la giró para obligarla a mirarlo.

—Ahora vienes tú después de ser una heroína por abatir a dos tipos de Calle 13 y resulta que las bandas de Calle 13 y La Raza de Pico-Union son enemigos jurados por toda la eternidad. —Se llevó el dedo a la sien y continuó—: Y ahora te encuentro copiando archivos del Bonnie Brae y pienso para mí: «¿Está chica no me ha contado que nació en Westlake antes de mudarse al valle?». Y tengo que preguntarme: «¿Para quién está copiando los archivos?».

—No es nada de eso, Harry. He...

—Déjame terminar. Todavía no tienes que decir nada. —Dio la espalda a Soto y miró las carpetas apiladas en su escritorio. Estaba furioso. Se volvió otra vez—. Es bien conocido que este departamento baja la guardia cuando tiene que engrosar sus filas, y se infiltra gente. Gente que primero es otra cosa y después policía. Pero te diré ahora mismo que no voy a marcharme así. ¿Crees que soy un viejo idiota al que puedes engañar delante de sus narices y no me enteraré? Pensaba desde el principio que había algo raro en ti. No quieres ser policía. Quieres ser otra cosa.

—No, te equivocas.

Soto empezó a levantarse, pero Bosch le puso una mano en el hombro y la retuvo en su silla.

—No, tengo razón. Vas a quedarte sentada y me vas a contar lo que estás haciendo y para quién lo estás haciendo, o nos quedaremos aquí hasta que salga el sol y la gente empiece a llegar y a preguntar qué está pasando.

Soto cruzó un brazo por delante de su cuerpo como si fuera a buscar un arma. Bosch se tensó, pero la mano de Soto fue a su muñeca izquierda. Se desabrochó el puño y levantó violentamente la manga. Giró el brazo para revelar un tatuaje en la cara interior de su antebrazo. Era una lista con cinco nombres en una lápida: José, Elsa, Marlena, Juanito, Carlos.

—Yo estaba en el sótano cuando empezó el fuego —dijo—. Son mis amigos. Murieron.

Bosch lentamente se acercó a su escritorio y apartó su silla para poder sentarse. Miró las carpetas un momento y luego a su compañera.

—Estás tratando de resolverlo —dijo—. Por tu cuenta.
Soto asintió y se bajó la manga.

Por la mañana, Bosch y Soto se reunieron en la sala de brigada, ficharon en el tablón y fueron directamente al coche para volver al laboratorio regional. Bosch ya había recibido aviso de la analista de vídeo a la que había dejado los discos el día anterior. Inicialmente, la analista, Bailey Copeland, había explicado a Bosch que necesitaría un par de días para trabajar con los tres discos, y eso aun teniendo en cuenta que iba a darle prioridad por la importancia del caso y la atención que estaba recibiendo de los medios. Sin embargo, esa mañana, Copeland llamó a Bosch cuando este iba conduciendo por la 101 y le dijo que había encontrado algo que debería ver cuanto antes.

Por el camino, Bosch y Soto apenas hablaron del episodio de la noche anterior. Bosch comprendió de inmediato la motivación de su compañera. Él había sentido un impulso similar para resolver un caso de su propio pasado. Le había dicho a Soto que la ayudaría, pero tenían que hacerlo bien. A menos de un año de retirarse y cobrar su pensión en un pago único, Harry no podía confiar en que el departamento no aprovechara cualquier infracción para despedirlo sin esa remuneración. Le dijo a Soto que, si se les ocurría un plan que resultara en que les asignaran de forma oficial el caso Bonnie Brae, lo investigarían juntos. Pero también le advirtió que el hecho de que ella se ocupara de un caso que no era suyo era un movimiento peligroso en el departamento, tanto para ella como para él.

La Unidad de Vídeo y Datos se hallaba en la tercera planta del laboratorio regional. Copeland estaba esperándolos en una cabina donde había una consola de audio y vídeo sobre una mesa y delante de una pared multipantalla. La sala era pequeña y estaba poco iluminada. Copeland había traído taburetes para Bosch y Soto.

—Gracias por venir temprano —dijo Copeland—. Les mostraré lo que tengo aquí y luego me iré a casa.

—¿Ha estado toda la noche con esto? —preguntó Bosch.

—Sí. Me entusiasme y no he podido dejarlo.

—Se lo agradezco. Muéstrenos lo que tiene.

La mesa del laboratorio estaba elevada y Copeland era una mujer baja. Se quedó de pie durante la exhibición, pero Bosch y Soto, sentados detrás de ella, todavía podían ver con facilidad las pantallas.

—Vale, vamos a verlo todo una vez y luego volveremos. Lo primero que hice fue crear un programa de triangulación para nuestros tres vídeos. El contador horario estaba apagado en al menos uno de ellos, así que lo que he usado como referencia de tiempo es la única cosa que está presente en los tres vídeos.

Copeland pulsó un botón en un teclado y tres de las pantallas cobraron vida, cada una mostrando un ángulo distinto de Mariachi Plaza y las calles de delante. Casi de inmediato, la analista de vídeo pulsó otra tecla y las imágenes se congelaron. Copeland señaló la pantalla central, que mostraba la grabación de la tienda de música.

—¿Ven este Ford Taurus que pasa delante de la tienda de música? Ese coche está en los tres vídeos.

Copeland señaló el vehículo en cada una de las pantallas. Bosch ya se había fijado en que la nitidez de los vídeos era muy superior a cuando él los había visto el día anterior. Copeland los había ajustado, los había hecho más definidos.

—Al calibrar los tres vídeos a partir del movimiento de ese coche, podemos reproducir los tres simultáneamente. Vamos a verlos.

Copeland pulsó una tecla y los vídeos se reanudaron. Las tres pantallas estaban situadas una junto a otra y, de ese modo, a Bosch no le resultaba difícil observar las tres a la vez. Copeland había encontrado el punto de triangulación —el Ford— más de un minuto antes del disparo, de manera que observaron y esperaron con expectación antes de que finalmente vieran a Merced caer de la mesa al suelo y a sus compañeros mariachis saliendo en desbandada.

—Vale, vamos a verlo otra vez a cámara lenta —dijo Copeland—, y me cuentan lo que ven.

Copeland reanudó la reproducción. Bosch estaba concentrado sobre todo en la pantalla central, donde se veía a Merced sentado en la mesa. Era el vídeo más limpio y era el único que mostraba a la víctima. Era siniestro observarlo a cámara lenta, sabiendo lo que iba a ocurrir. Soto, que no había visto los vídeos antes de esa mañana, se inclinó hacia delante para observar con más atención.

Bosch trató de abarcar con la mirada las tres pantallas en el momento en que hirieron a Merced, pero no vio nada que atrajera su atención cuando se produjo el disparo.

Copeland detuvo la reproducción.

—Entonces ¿lo han visto? —preguntó ella.

—¿Ver qué? —preguntó Bosch.

Copeland sonrió.

—Vamos a mover esto.

Tecléo una orden y los tres ángulos de cámara cambiaron de posición. La pantalla del centro mostró entonces la imagen captada por la cámara del aparcamiento del restaurante Pedrito.

—Vale, miremos otra vez.

Copeland reprodujo el vídeo a cámara lenta y Bosch mantuvo su atención en la pantalla central. Aunque más definida que cuando vio el vídeo en su portátil el día anterior, todavía era una imagen con grano de la calle y una porción de Mariachi Plaza desde una distancia de dos manzanas.

—Ahí —dijo Soto—. Lo he visto.

—¿Qué has visto? —preguntó Bosch.

—En la ventana.

Soto señaló una ventana del primer piso del Boyle Hotel. Era una habitación a oscuras.

—Buen ojo —dijo Copeland—. Vamos a verlo otra vez.

Reprodujo la secuencia de nuevo, y en esta ocasión Bosch observó solo la ventana que su compañera había señalado. Esperó y, en el momento del disparo, vio un pequeño píxel de luz destellando en la oscuridad. Copeland detuvo la reproducción.

—¿Eso? —preguntó Bosch.

—Sí, eso —confirmó Copeland—. Tienen que recordar que la mayoría de los vídeos de vigilancia, sobre todo los de hace diez años, se grababan en velocidad baja por la capacidad de almacenamiento. Esta cámara grababa diez imágenes por segundo.

—¿Está diciendo que ese pequeño punto de luz es el destello del cañón?

—Sí, exactamente. Es lo único que capta la cámara, pero basta. Dispararon desde esa ventana.

Bosch miró la imagen congelada en la pantalla. Sabía que ya no había necesidad de un estudio de trayectoria. El disparo había salido de una habitación de la primera planta del Hotel Mariachi.

—Esto es lo que tengo —dijo Copeland.

Copeland introdujo órdenes que aumentaron la imagen de la pantalla central. Centró la ventana en la pantalla y estudiaron el punto blanco en el fondo negro.

—Hemos de conseguir esos registros de hotel, Harry —sugirió Soto.

—Es la habitación 211 —dijo él.

—¿Orden de registro? —preguntó ella—. ¿Para que esté todo claro?

Bosch asintió otra vez.

—No he terminado —dijo Copeland.

La analista de vídeo reconfiguró las pantallas de manera que la imagen de Merced quedó en el centro otra vez. Entonces dibujó un círculo para aislar a uno de los miembros de la banda de mariachis. No era Merced, sino uno de los hombres que estaban de pie. El trompetista. Copeland pulsó el botón de reproducción y el círculo permaneció en él, manteniéndolo enfocado mientras que el resto de la pantalla quedaba ligeramente borrosa.

—Obsérvenlo —dijo.

Bosch hizo lo que le pidieron y observó el momento del disparo otra vez, pero esta vez fijándose solo en el trompetista y en su reacción en el momento en que Merced recibió el disparo. Se movió con rapidez, saliendo de la pantalla.

—Bien —dijo Bosch, aparentemente sin captar lo que Copeland quería que viera—. ¿Qué estamos mirando?

—Dos cosas —dijo Copeland—. Primero, su reacción. Esto no tiene nada que ver con la mejora de vídeo. Solo estoy hablando de su reacción. Mire a los demás.

Ella movió el círculo a otro de los hombres y reprodujo el vídeo. Era el acordeonista sentado al lado de Merced en la mesa. El hombre vio a Merced caer de la mesa y empezó a sonreír, presumiblemente porque pensaba que se trataba de

alguna broma. Pero luego vio que el guitarrista se agachaba bajo la mesa y se lanzó también él, ocultándose lo mejor que pudo.

—Y ahora el guitarrista —dijo Copeland.

El círculo se desplazó al hombre que estaba de pie y tocando la guitarra en la esquina posterior de la mesa. También él se quedó inicialmente confundido cuando dispararon a Merced, pero enseguida comprendió lo que acababa de ocurrir y se agachó para usar la mesa, así como su guitarra, como protección.

—Veamos otra vez al trompetista —dijo Bosch.

Observaron en silencio.

—Otra vez —pidió Bosch.

Lo vieron de nuevo.

—Vale —dijo—, vamos a verlo todo otra vez sin ningún círculo.

Cuando la reproducción terminó, solo miró la pantalla.

—¿Ven lo que quiero decir? —preguntó Copeland—. No estoy hablando de que corra. Eso es comprensible.

—¿Cree que sabía que iban a disparar? —preguntó Soto.

—Eso tampoco lo sé —contestó Copeland—. Pero lo que estoy diciendo es que no muestra desconcierto. Solo el instinto de huir. Es como si comprendiera al instante que habían disparado a Merced, y los otros tipos lo entendieron más tarde.

Bosch asintió. Era una buena observación, una observación que a él se le había pasado las múltiples veces que había visto el vídeo el día anterior. Se había concentrado únicamente en Merced sin prestar atención adecuada a los otros miembros del grupo.

—¿Quién es? —preguntó.

—El trompetista, creo que era Ojeda —respondió Soto—. Ángel Ojeda. Es el que dijo en su declaración que corrió.

—Vale, hablemos de la posición del señor Ojeda ahora —dijo Copeland—. Con la triangulación, he podido preparar un modelo digital del incidente. Es burdo, porque pensaba que tenía que priorizar la velocidad sobre la calidad.

Escribió las órdenes y apagó todas las pantallas menos la central. A continuación, abrió una versión animada del disparo desde el ángulo de la tienda de música. Los miembros del grupo eran poco más que figuras fijas a las que Copeland había asignado letras. Merced estaba marcado con una A y Ojeda era la figura B.

—Este programa mide gradaciones espaciales y recrea con precisión una animación multidimensional que podemos manipular.

Copeland controló la pantalla con su teclado y ratón. La imagen se desplazó a través del escaparate de la tienda de música e hizo *zoom* en los cuatro hombres situados en la mesa y alrededor. Luego, introdujo una orden y el disparo se visualizó en cámara lenta, con la trayectoria de la bala marcada por una línea roja que cruzaba la pantalla e impactaba en la figura sentada en la mesa: Merced.

—Vale, empecemos otra vez pero desde arriba —dijo Copeland.

La imagen se desplazó de manera que se encontraron mirando la mesa desde arriba. Una imagen cenital. Copeland ejecutó la simulación y la bala otra vez apareció en la imagen como una línea roja que impactaba en Merced. En el momento del impacto la figura que era Ojeda, el trompetista, estaba en movimiento detrás de la mesa. Estaba claro que, si la bala no hubiera herido a Merced, le habría dado a Ojeda.

—¡Guau! —exclamó Soto.

Copeland reprodujo dos simulaciones más. La primera era otra versión cenital, pero desde un punto muy elevado, y captaba toda la plaza, calles adjuntas y el Boyle Hotel. Esta simulación mostraba la línea roja de la bala que cruzaba la pantalla desde el hotel hasta la mesa de pícnic, otra vez mostrando de manera convincente que Merced detuvo la bala antes de que alcanzara a Ojeda.

La última simulación era un ángulo de suelo del disparo desde el hotel a la mesa. Copeland paró el programa en el punto en que la bala impactó en la figura que representaba a Merced. Luego lo reprodujo otra vez y, después, una tercera antes de dejar que la simulación llegara al final.

—Tendrán que hablar con los de Balística sobre la trayectoria, el objetivo y todo eso —dijo ella—. Pero mirando esto se aprecia que, si la figura B estaba siendo seguida con una mira telescópica, el francotirador podría haber disparado antes de darse cuenta de que la figura A (su víctima) estaba en la línea de fuego.

Bosch asintió.

—Visión de túnel. Alguna gente lo llama «ceguera de visor», lo único que ves es el objetivo.

Bosch se levantó. Estaba demasiado nervioso para permanecer sentado.

—El trompetista —dijo—. Hemos de encontrarlo.

Copeland sacó un disco en una funda de plástico del lado de la mesa de trabajo y se lo entregó a Soto.

—He hecho una copia de la animación. Espero que ayude. Construiríamos un modelo más detallado si alguna vez se necesita para usarlo en un tribunal.

Soto asintió y cogió el disco.

—Recibido —dijo ella—. Gracias.

—Bailey, váyase a dormir —sugirió Bosch—. Se lo ha ganado.

Bosch y Soto se apresuraron a volver al EAP y se dividieron el trabajo. Se decidió que él escribiría la solicitud de orden judicial para registrar el Boyle Hotel y la llevaría al tribunal para que la firmara un juez. Entretanto, ella se ocuparía de localizar a los tres miembros supervivientes de Los Reyes Jalisco, con el trompetista Ángel Ojeda como prioridad.

Mientras Soto iba a buscar café antes de empezar su trabajo, Bosch fue a la oficina del capitán y llamó a la puerta. Quería poner a Crowder al corriente de la evolución del caso. Era inusual que Bosch mantuviera a su supervisor tan bien informado de un caso, pero quería asegurarse de que Crowder no caía bajo el influjo de su teniente en términos de entregar la investigación de Merced a Robos y Homicidios. Si Crowder sabía que estaban avanzando, sería menos probable que les quitara el caso. Al fin y al cabo, si Bosch y Soto lo resolvían, Crowder, como supervisor, se llevaría todas las felicitaciones que acompañan una detención.

Para consternación de Bosch, Crowder cogió el teléfono e hizo venir a Samuels para que pudiera oír el informe de Bosch. Harry había tenido la esperanza de dejar a Samuels al margen, porque el teniente estaba defendiendo que se transfiriera el caso.

Bosch rápidamente puso a ambos hombres al corriente de la información clave de la Unidad de Vídeo y Datos: que sabían de dónde salió el disparo y estaban trabajando para descubrir quién había alquilado esa habitación en el Hotel Mariachi el día de los hechos. No se molestó en hablarles de la animación que Bailey Copeland había hecho y que indicaba que la bala que había herido a Merced podría haber tenido por objetivo a Ángel Ojeda, el trompetista. Bosch quería investigar más ese aspecto antes de presentárselo a Crowder y Samuels. Sí contó a los dos supervisores que Soto estaba buscando a los otros tres miembros de la banda de mariachis para que pudieran ser interrogados otra vez.

—Vale, Harry —dijo Crowder—. Están progresando bien. No se detengan.

—De acuerdo, capitán.

—Vamos a poner a Holcomb en la línea ciudadana —dijo Samuels—. A partir de hoy. Quarles tiene tribunal.

Sarah Holcomb y Eddie Quarles formaban otro de los equipos de la unidad. Quarles era el veterano y Holcomb, una de las recién transferidas. Tenían un caso en juicio en ese momento y, como miembro veterano de la pareja, Quarles sería quien testificaría en el tribunal. Holcomb podía asistir al juicio, pero tendría poco que hacer. En lugar de dejarla allí como espectadora, Samuels prefirió recolocarla en la unidad para que se ocupara de las llamadas de recompensa que se recibían por el caso Merced. En circunstancias normales, Bosch habría deseado un detective más experimentado con las llamadas, pero en esta ocasión tener a una novata de la unidad en la línea de información funcionaría mejor con un plan que estaba pergeñando.

Al volver a su escritorio, Bosch encontró una taza de café de la máquina

expendedora de la planta baja. Esa máquina nunca sacaba una buena taza de café, pero la cafeína siempre venía bien y apreciaba que Soto se la hubiera traído.

—Yo pago la siguiente —le ofreció a su compañera, que ya estaba otra vez con su ordenador.

—No te preocupes —contestó ella sin apartar la mirada de la pantalla—. Hoy por ti, mañana por mí.

Bosch abrió su portátil y se puso a trabajar en la orden judicial. Usó una plantilla básica para rellenar las primeras páginas, limitándose a cumplimentar los espacios en blanco especificando el lugar que quería registrar y lo que estaba buscando. La parte difícil consistía en delimitar dónde se encontraban en ese momento los viejos registros del Boyle Hotel. El proyecto de renovación había sido llevado a cabo por una institución y los materiales que buscaba Bosch habían sido entregados a otra. Esa institución, la Sociedad Histórica, los tenía almacenados en alguna parte. Pero, al margen de la situación de los materiales que buscaban, era el resumen de causa probable lo que más contaba en el documento, y no había ninguna plantilla para eso. Tenía que convencer al juez de que le concediera la autoridad para requisar temporalmente los registros del ya extinto hotel. Debía mostrar por qué los registros eran pertinentes a su caso.

Tardó el resto de la mañana en terminar la solicitud de orden de registro. Poco antes del almuerzo, la imprimió y le pidió a Soto que la leyera. Era una forma de inculcar «compañerismo» y enseñarle el oficio. La orden judicial era una de las herramientas más útiles del investigador. Después de que Soto terminara de leerla, le dijo que iba a llevarla al tribunal mientras ella continuaba buscando los domicilios de los músicos que querían entrevistar. Ella le informó de que ya había localizado a dos miembros de Los Reyes Jalisco y que los dos se encontraban en la ciudad, pero Ángel Ojeda —con el que más interés tenían en hablar— estaba resultando difícil de encontrar. Se había separado del grupo y al parecer se había marchado de Los Ángeles muy poco después del incidente. No había aparecido nada en las bases de datos de los cuerpos policiales y, según el Servicio de Naturalización e Inmigración, su tarjeta de residencia permanente no había sido renovada desde hacía tres años.

—Tal vez los otros dos saben dónde está —propuso Bosch.

—Eso es lo que estaba pensando. O tal vez pueden darnos una pista de alguien que puede darnos una pista. ¿Estás libre esta tarde para hacer esto?

—Sí, hemos de mantener el impulso. Podemos dejar la orden judicial en la Sociedad Histórica por el camino.

—Bien.

El lugar al que iba Bosch era el Centro de Justicia Penal Clara Shortridge Foltz, pero nadie lo llamaba así. El nombre era demasiado largo y demasiado difícil para la jerga que solían usar los polis. La mayoría de los policías y abogados lo llamaban ETP, por el Edificio del Tribunal Penal, o el 2-10, por su dirección en West Temple Street. Estaba a pocas manzanas del EAP y Bosch fue caminando porque habría

tardado mucho más yendo en coche y buscando un sitio para aparcar.

Bosch estuvo de suerte. La jueza de guardia que se ocupaba de cuestiones administrativas, incluidas solicitudes de órdenes de registro, era Sherma Barthlett, una magistrada a la que Bosch conocía porque había sido fiscal. Siempre habían tenido una relación profesional fluida, y cuando Bosch la avisó a través de su asistente de que estaba allí con una orden, inmediatamente lo invitaron a subir a su despacho. En la mayoría de los casos, las órdenes iban al despacho del juez para su consideración mientras que los detectives tenían que esperar en la sala vacía.

—Harry, no puedo creer que siga en activo —le dijo la jueza cuando entró.

La jueza se levantó y rodeó su escritorio para estrecharle formalmente la mano.

—Por poco tiempo —dijo Bosch—. Me queda un año en mi contrato de plan de jubilación postergada, pero algunos días ni siquiera estoy seguro de que pueda lograrlo.

—¿Usted? Probablemente tendrán que sacarlo a rastras. Siéntese.

La jueza señaló una silla situada delante de su escritorio mientras ella volvía a su lugar. Era una mujer muy amable, cuyo trato fácil no hacía presagiar su ferocidad primero como fiscal y luego como jueza. Cuando era fiscal su apodo era la Contable, no solo porque se había especializado en delitos financieros, sino también porque poseía una memoria maravillosa para todo lo relacionado con números, desde códigos penales hasta números de teléfono o a cuántas sentencias habían recibido aquellos a los que había acusado años antes. Bosch había trabajado con ella en dos ocasiones en los años noventa en casos de asesinato motivados por un beneficio económico. Barthlett había sido muy exigente, pero Bosch no podía quejarse. Consiguieron veredictos de homicidio en primer grado en ambos casos.

Bosch entregó la solicitud de la orden a través de la mesa.

—¿Qué tenemos ahí? —preguntó Barthlett cuando empezó a pasar páginas del resumen—. Es una búsqueda de registros.

—Sí —dijo Bosch—. Buscamos un nombre en un registro de hotel.

—La Sociedad Histórica...

Bosch no respondió. Barthlett solo estaba leyendo en voz alta. Esperó.

—Recuerdo el caso Merced. Ya no estaba en la fiscalía, pero recuerdo este. Así que ahora está muerto.

—Sí. Ha salido en los periódicos.

—Entre lo que hago aquí, mi marido y los niños, tengo poco tiempo para leer el periódico... Siempre estoy desconectada.

Bosch se limitó a asentir con la cabeza, aunque los ojos de la jueza estaban en el documento que él le había traído.

Ella cogió un pequeño martillo que tenía en la mesa, y Bosch se dio cuenta de que en realidad era un bolígrafo. Barthlett firmó la primera página de la orden y se la devolvió con una sonrisa.

—Espero que ayude, detective.

—Yo también. Gracias, señorita.

Bosch se levantó y se volvió hacia la puerta.

—¿Cuándo es su fecha de jubilación? —preguntó ella a su espalda.

Bosch se volvió a mirarla.

—Supuestamente, a final de año —dijo.

—¿Supuestamente?

Bosch se encogió de hombros.

—Nunca se sabe.

—Lo conseguiré, Harry —dijo ella—. Y espero que Jerry y yo estemos invitados a la fiesta.

Bosch supuso que Jerry era su marido. Sonrió.

—Están en la lista.

Desde el tribunal, Bosch se dirigió a Alameda cruzando por el monumento histórico El Pueblo de Los Ángeles. Su primera parada fue en Philippe's para degustar un sándwich de ternera. Conseguir comida en Philippe's funcionaba de la misma manera desde hacía más de cien años. Los clientes hacían cola en el mostrador delante de los encargados de trinchar la carne y esperaban pacientemente para pedir sus sándwiches. El truco era elegir la cola que avanzaba más rápido. Los trinchadores que charlaban con los clientes eran lentos. Bosch eligió a una mujer que parecía que estaba por la faena y escogió bien. Su cola se movió con rapidez y pronto estuvo sentado a una de las mesas comunales con su sándwich, una ensalada de patata y una Coca-Cola.

La comida estuvo a la altura, como de costumbre, y Bosch se sintió tentado de repetir, pero decidió quedarse con hambre. El sándwich no había sido la única razón de que hubiera elegido Philippe's. El restaurante se encontraba enfrente de Union Station. Cuando hubo terminado, Bosch salió y cruzó Alameda Street para acceder al gran vestíbulo de la estación de tren. Había una fila de cabinas de teléfono de estilo antiguo cerca de la entrada y se metió en una de ellas. Envolvió el auricular con la corbata para amortiguar su voz e hizo una llamada rápida.

Soto estaba lista y esperando cuando Bosch volvió al EAP. Los dos miembros de Los Reyes Jalisco que ella había localizado vivían en North Hollywood y a solo unas manzanas de distancia entre ellos, lo cual significaba que probablemente todavía mantenían una relación profesional y de amistad. Necesitaban entrevistarlos para ver si tenían algún recuerdo nuevo o alguna idea sobre el caso. Con suerte, también les proporcionarían una pista sobre Ángel Ojeda, cuyo paradero seguía siendo desconocido.

—He pensado dejar la orden en la Sociedad Histórica y luego ir al valle —comentó Soto—. Salir antes de que el tráfico se complique.

—El tráfico siempre es complicado —dijo Bosch.

El primer hombre al que debían entrevistar se llamaba Esteban Hernández y era el guitarrista del grupo. Vivía en un gran complejo de apartamentos en North Lankershim que contaba con un patio central con una vieja piscina rellena de cemento donde los inquilinos se reunían durante el día. Mientras Bosch y Soto recorrían el pasillo exterior hacia el apartamento 3-K, los hombres que estaban reunidos en un grupo de lo que ya no era más que una superficie de cemento los miraron y hablaron abiertamente. Bosch entendió las palabras «policía», «heroína» y «Calle 13» y supo que habían reconocido a Soto.

Cuando llegaron al apartamento 3-K, Bosch llamó a la puerta con fuerza y esperaron.

—Esos tipos te han reconocido —dijo Bosch—. Los he oído.

—De la tele.

—¿Te molesta? ¿Calle 13 no ofreció una recompensa por ti?

—Supuestamente. Pero luego recibieron el mensaje.

—¿Qué mensaje?

Antes de que ella pudiera responder, abrió la puerta un hombre corpulento al que Bosch reconoció del vídeo de la tienda de música: hombros anchos y caderas delgadas con un vientre amplio y un bigote grueso.

—¿Señor Hernández? —dijo—. Policía.

Mostró su placa y luego presentó a Soto. Ella se dirigió a Hernández en español. El hombre respondió con amabilidad y los invitó a pasar a un apartamento de un solo ambiente, pero ordenado. Se sentó en una cama plegable que pretendía parecer un sofá, con varias almohadas apoyadas contra la pared de atrás. Bosch se quedó de pie junto a la puerta y dejó que Soto ocupara un lugar central, porque iba a ser su entrevista. Ella también permaneció de pie, justo delante de Hernández.

Bosch comprendía la mayor parte de lo que preguntaba su compañera. Soto empezó por explicar que el disparo que había recibido Merced se había convertido en

un homicidio y que ella y Bosch estaban investigándolo. Planteó unas cuantas preguntas introductorias para ver si Hernández recordaba alguna cosa más sobre el disparo o si tenía alguna idea más sobre lo ocurrido diez años antes. A Bosch le costaba más entender a Hernández. Tenía una voz ronca y quizá había estado bebiendo antes de que ellos llegaran. Parecía que arrastraba algunas palabras y murmuraba otras. Pero quedó claro que no tenía nada nuevo que añadir a lo que ya constaba en su declaración y en el expediente del caso.

Soto preguntó entonces si sabía dónde podían localizar a los otros dos miembros supervivientes del grupo, Ángel Ojeda y Alberto Cabral. A Bosch le gustó que ella preguntara por Cabral, aunque ya tenían su dirección. Era un movimiento que un detective más experimentado emplearía para comprobar la veracidad de un testigo. Apreció el hecho de no haber tenido que explicarle a Soto que lo manejara así.

Hernández negó con la cabeza ante la mención de Ojeda, pero señaló con el pulgar por encima del hombro y le dio una dirección de Cabral. Soto le planteó varias preguntas generales más y, de pronto, cuando la entrevista parecía haber terminado, le preguntó por qué pensaba que Ojeda había corrido ese día. Hernández fingió confusión.

—¿Qué?

Ella se lo preguntó otra vez, diciéndole que había una grabación del incidente y que Ojeda salió corriendo en el momento en que dispararon a Merced, como si supiera lo que estaba ocurriendo.

Hernández dijo que no había reparado en los movimientos de Ojeda, porque estaba demasiado ocupado poniéndose a cubierto una vez que se dio cuenta de que habían disparado a Merced. Soto dio la impresión de contentarse con la respuesta, pero inició una nueva línea de interrogatorio sobre Ojeda, preguntando si tenía enemigos o se había metido en algún lío en aquella época.

Hernández no fue útil. O bien no sabía gran cosa de Ojeda o lo simulaba. Sí dijo que Ojeda solo llevaba nueve meses en la banda antes del disparo y que había desaparecido justo después. Hernández y Cabral se unieron a otros dos músicos y continuaron actuando como Los Reyes Jalisco.

Soto preguntó de dónde había llegado Ojeda para incorporarse a la banda y Hernández se encogió de hombros. Sabía que era originario de Chihuahua, pero no podía recordar más circunstancias de él en el momento de unirse a la banda. Dijo que creía que Cabral lo había conocido en Mariachi Plaza y lo había incorporado al grupo, porque pensaba que la adición de un trompetista les ayudaría a conseguir mejores trabajos. Mientras hablaba, Hernández daba la impresión de recordar más detalles. Añadió que Ojeda era muy atractivo y que eso también se tuvo en cuenta para incorporarlo a la banda. Tenía un pequeño séquito en el circuito de los mariachis, y creyeron que su aspecto podría ayudarles a conseguir trabajos en la plaza, donde cualquier ventaja competitiva era bienvenida.

Soto dio las gracias a Hernández, y Bosch lo saludó con la cabeza. Los detectives

luego circularon unas manzanas por Lankershim hasta un complejo de apartamentos de diseño similar donde vivía Cabral. Cabral no estaba en su apartamento ni en el patio, donde había un grupo de hombres sentados en torno a una barbacoa, preparando la comida. Cuando Soto les preguntó sobre Cabral y su posible paradero, los hombres negaron con la cabeza.

Bosch y Soto estaban tan al norte del centro y el EAP que decidieron sentarse en el coche durante un rato y esperar a ver si aparecía Cabral. Bosch aparcó en zona prohibida junto a la verja de entrada al complejo de apartamentos para asegurarse de que verían al músico si entraba.

—Entonces ¿qué opinas? —preguntó Soto una vez que estuvieron aparcados y observando.

—Creo que has llevado muy bien la entrevista —dijo Bosch.

—Gracias.

—Y pienso lo mismo que pensaba antes. Tenemos que encontrar a Ojeda. Espero que no volviera a Chihuahua, porque eso sería buscar una aguja en un pajar.

—No lo sé. No renovó su tarjeta verde. Me hace pensar que volvió.

—La pregunta será por qué.

Soto asintió.

—¿Crees a Hernández? ¿Que no sabe dónde está? —preguntó.

Bosch pensó un momento y asintió.

—Lo creo. Los músicos son itinerantes. Vienen y van.

Soto asintió con la cabeza y se quedaron un rato en silencio. Entonces Bosch recordó la historia inacabada de Soto.

—No has terminado lo que has dicho antes de la recompensa y de Calle 13. Decías que recibieron el mensaje.

Soto asintió.

—Sí, varios tipos de la Unidad de Inteligencia de Bandas fueron a visitar a algunos de los cabecillas y les dijeron que, si me ocurría algo, eso instigaría una guerra abierta con el Departamento de Policía de Los Ángeles, y que Calle 13 nunca haría ningún negocio, porque tendrían a todos los azules encima.

—¿Y qué? ¿Prometieron que no te harían nada?

—Eso es lo que dijeron.

Bosch asintió y continuó pensando sobre Soto y su trayectoria. Sus siguientes preguntas volvieron al caso Bonnie Brae.

—¿Qué recuerdas de ese día? —preguntó—. Del fuego. ¿Qué edad tenías, seis o siete?

Soto ordenó sus pensamientos antes de responder.

—Tenía siete y lo que más recuerdo es el humo que se filtraba por debajo de la puerta. Habíamos intentado salir, pero tuvimos que volver porque había fuego en el hueco de la escalera y las escaleras del otro lado del pasillo estaban bloqueadas. Así que volvimos y cerramos la puerta. No había otra salida.

—¿Había una maestra?

—Sí, la señora González... murió. Estábamos ahí dentro y nadie venía a ayudar, y enseguida empezó a entrar humo. Teníamos estos delantales que usábamos para pintar, y la señora González y su ayudante, una señora llamada Adele, los cortaron con unas tijeras para que pudiéramos mojarlos en la pecera y luego nos envolvimos la cara con ellos y nos cubrimos la nariz y la boca.

—Eso fue inteligente.

—Pero seguía entrando humo y estábamos tosiendo y asfixiándonos. Entonces fuimos al cuarto del material y cerramos la puerta. Como no había sitio para todos, la señora González se quedó fuera y siguió pidiendo ayuda a gritos.

—Pero ¿no vino nadie?

—No durante mucho tiempo. Y muy pronto ya no oíamos a nadie y el humo estaba entrando en el armario de material.

Bosch imaginó lo asustados que debían de estar todos. Todos esos niños y un solo adulto.

—Entonces el humo se hizo insoportable y nos quedamos dormidos. Solo que algunos no despertaron. Un bombero me salvó. Me hizo el boca a boca y luego me puso una mascarilla. Recuerdo que estaba en el camión y los vi trabajando con mi mejor amiga, Elsa. No pudieron salvarla. Me salvaron a mí, pero no a ella. No comprendí eso.

Bosch no sabía qué decir. Se quedó callado durante un buen rato. Cuando habló por fin fue para destacar una de las partes positivas de la historia.

—¿Alguna vez supiste quién fue el bombero?

—No, nunca. Pensaba que su nombre estaría en alguno de los informes, pero de momento no lo he visto.

Bosch asintió, pero el retrovisor lateral desvió su atención. Un coche se acercaba con lentitud junto a la fila de vehículos aparcados. Era un cacharro viejo de aspecto sospechoso y tenía las ventanillas bajadas.

Bosch sacó la pistola del cinturón y la mantuvo en su regazo, con el cañón apuntado a su puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó Soto.

—Espero que nada.

Soto se movió de costado en su asiento hasta apoyar la espalda en la puerta. También sacó el arma y la sujetó con las dos manos en su regazo.

—No me dispares —dijo Bosch.

Bosch se fijó en la tensión de su propia voz. La adrenalina fluía en su torrente sanguíneo. El coche estaba dos lugares más atrás y Bosch alcanzó a distinguir al menos tres figuras en él. Dos delante, uno en medio del asiento de atrás.

El coche pasó lentamente a su lado, y Bosch estableció contacto visual con el pasajero de delante y luego con el hombre que iba en el asiento de atrás. Los dos tenían tatuajes en el cuello. Miraron a Bosch, pero no hicieron movimientos furtivos

y el coche continuó su marcha. Una vez que pasó, Bosch soltó un momento el arma y verificó la matrícula del coche.

El micrófono de la radio estaba al extremo de un cable tan viejo que había perdido la elasticidad y tenía que envolverse en el espejo retrovisor. Bosch lo agarró y llamó al centro de comunicaciones para dar el número de matrícula y conseguir un informe del propietario del coche.

—¿Los reconoces? —le preguntó a Soto mientras esperaban—. ¿Son de la 13?

—No. Parecen pandilleros, pero quién sabe. ¿Por qué iba a estar la 13 tan al norte?

—Por ti. Esos hombres del patio donde vive Hernández te reconocieron del caso de Pico-Union. Si alguno de ellos tenía conexiones con la 13... Tal vez piensan que si te eliminan lejos de su territorio no será un problema.

Soto no dijo nada. Bosch continuó.

—Y los cholos de ese cacharro eran jóvenes. No siempre escuchan a los veteranos que hacen tratos con los polis. Tratan de hacerse un nombre por sí mismos.

La operadora volvió a ocupar la línea para informar sobre la matrícula. El coche estaba registrado a nombre de un propietario con una dirección en San Fernando, la pequeña población situada en medio del valle que rodeaba Los Ángeles.

—No es territorio de la 13 —dijo Soto cuando Bosch colgó el micrófono del retrovisor.

—No corramos riesgos.

El coche en cuestión había girado a la derecha una manzana más adelante. Eso significaba que podían volver otra vez para echar un vistazo o algo peor.

Bosch arrancó y se puso en marcha. Continuó por la calle y giró donde el vehículo sospechoso había girado. Dio la vuelta a la manzana, pero no volvió a ver el coche. Regresó al mismo espacio de aparcamiento en el que había estado.

—Tal vez no era nada —dijo Soto.

Había una falsa esperanza en su voz.

—Tal vez —dijo Bosch.

Esperaron otra media hora sin ningún rastro de Cabral. Bosch dijo que le darían otros diez minutos, y al cabo de cinco minutos un autobús municipal se detuvo en la esquina y bajaron varias personas, entre ellos un hombre que Bosch estaba convencido de que era el acordeonista del vídeo.

—¿Es él?

Soto miró y finalmente sonrió.

—Eso creo.

Los dos bajaron del coche al mismo tiempo. Bosch estaba del lado de la calzada y miró alrededor, todavía pendiente de los pandilleros que los habían mirado antes. No vio rastro de ellos y rodeó el coche para unirse a su compañera en la acera.

El hombre que creían que era Alberto Cabral llevaba dos bolsas de compra de tela que parecían llenas de comestibles. Las bolsas, cargadas de latas y otros productos

básicos, tenían pinta de ser pesadas. Bosch y Soto le bloquearon el paso. Soto mostró su placa y confirmó la identidad de Cabral. Empezó hablando en inglés.

—Tenemos que hablar con usted sobre el disparo a Orlando Merced —dijo.

Cabral intentó encogerse de hombros, pero el peso de las bolsas que llevaba en cada mano se lo impidió.

—No sé nada —dijo con un marcado acento.

—¿Se ha enterado de que Merced ha muerto? —preguntó Soto.

—Sí, lo he oído —dijo Cabral.

—¿Sabe dónde está Ángel Ojeda? —preguntó Bosch.

—Sí, lo conozco.

—¿Sabe dónde está? Tenemos que hablar con él.

Soto repitió la pregunta en español y Cabral respondió en inglés.

—Sí, fue a Tulsa.

—¿Tulsa, Oklahoma? —preguntó Soto.

Cabral asintió. Dejó las bolsas en el suelo para descansar los brazos. Bosch se dio cuenta de que no era un buen sitio para llevar a cabo la entrevista, sobre todo porque parecía que esta iba a producir una pista sobre Ojeda. Se agachó y cogió la bolsa que tenía más cerca.

—Deje que le ayudemos. Vamos a meter la compra y hablamos dentro.

Cinco minutos más tarde, estaban en un apartamento cochambroso, donde, como su compañero de banda Hernández, Cabral vivía solo y con poca cosa. Todo el trabajo nocturno y la imprevisibilidad de los bolos habían producido una vida solitaria. No había rastro de una mujer o hijos. No había fotos enmarcadas ni dibujos escolares en la nevera. Bosch pensó en un adhesivo de parachoques que había visto una vez: «Toca el acordeón - Ve a la cárcel». En muchos sentidos daba la impresión de que la vida de Cabral como mariachi había sido su propia forma de encarcelamiento.

—¿Cómo sabe que Ángel Ojeda está en Tulsa? —preguntó Soto.

Sin el peso de las bolsas en los brazos, Cabral podía encogerse de hombros, y así lo hizo.

—No lo sé —dijo—. Cuando dejó la banda dijo que iba a ir a Oklahoma para llevar el bar de su tío.

—Entonces ¿esto fue hace diez años? —preguntó Soto—. ¿Justo después de que dispararan a Orlando?

Cabral asintió.

—Muy poco después, sí.

El acordeonista estaba de pie en la cocina minúscula, vaciando las bolsas, mientras Bosch y Soto se habían quedado al otro lado de la encimera. Cabral abrió la puerta de la nevera para sacar un brik pequeño de leche. Un olor fétido a comida conservada demasiado tiempo en la nevera inundó la sala.

—¿Ha tenido alguna noticia suya desde entonces?

—No.

—Pero está seguro de que era Tulsa —preguntó Bosch.

—Sí, Tulsa —insistió Cabral—. Lo sé porque tuve que enviarle un giro con el último dinero que ganó con nosotros.

Bosch entró en la cocina y se acercó mucho a Cabral. Las siguientes preguntas eran importantes.

—¿Recuerda adónde envió el cheque?

—Se lo he dicho, a Tulsa.

—La dirección. ¿A qué sitio de Tulsa?

—No lo recuerdo. Era el bar donde trabajaba.

—¿Recuerda el nombre del bar?

—Sí, porque era El Chihuahua.

—¿Ese era el nombre del bar en Tulsa? ¿El Chihuahua?

—Sí. Lo recuerdo, porque él era de allí. Chihuahua la ciudad, no el perro.

Bosch asintió. El nombre del bar era una buena información. Decidió cambiar de táctica con Cabral.

—¿Por qué lo trajo a la banda? —preguntó—. No era de Jalisco.

Cabral respondió encogiéndose otra vez de hombros.

—Queríamos un trompetista y él siempre estaba en la plaza, disponible. Sabía tocar. Pensé: «¿Por qué no?».

—¿Tenía problemas con alguien?

—No lo sé. No lo dijo.

—¿Habló alguna vez con usted del disparo? Me refiero a después. Antes de irse a Tulsa.

En lugar de encogerse de hombros, Cabral frunció el ceño y negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Solo dijo que tuvimos suerte y Orlando no.

—¿Nunca dijo que sabía lo que había ocurrido? ¿Nunca dijo que sabía quién había disparado y por qué?

Cabral miró a Bosch con brusquedad, sorprendido por la pregunta. Bosch lo interpretó como una reacción sincera.

—No, nunca —dijo Cabral.

Bosch lo creyó. Paseó la mirada por el apartamento, pensando en qué más preguntar. Vio un pequeño escritorio en el rincón donde había una pila de libros de contabilidad y una agenda de direcciones Rolodex.

—Entonces ¿usted es el mánager de la banda? —preguntó.

—Sí —dijo Cabral.

—¿Se ocupa de las reservas?

—Sí. Cuando hay que reservar algo. Ya no hay demasiado trabajo para los mariachis. Las tradiciones ya casi no significan nada.

Bosch volvió a asentir. Estaba de acuerdo en eso.

Había sido una buena entrevista. Les daba algo que perseguir. Pero, en lugar de

marcharse ya, Bosch decidió dar un giro inesperado. En ocasiones funcionaba pillar a un interrogado con la guardia baja.

—¿Y las drogas? —preguntó.

Cabral entrecerró los ojos.

—¿Qué drogas? —preguntó.

—Nos dijeron que Ojeda consumía.

Cabral negó con la cabeza.

—No delante de mí. Teníamos una norma. Nada de drogas.

—Muy bien —dijo Bosch—. Nada de drogas.

Había merecido la pena intentarlo.

Después de concluir la entrevista volvieron al Ford y, al rodearlo por detrás, Bosch se fijó en que el mismo coche de antes había aparcado en la calle de cuatro carriles, a unos cuarenta metros. Con una mirada desinteresada distinguió que había tres figuras dentro.

Desbloqueó el cierre centralizado del Ford y abrió la puerta trasera. Se quitó la americana de manera que la pistola y la placa que llevaba en el cinturón fueran claramente visibles. Se tomó su tiempo para doblar la americana y luego se inclinó hacia el interior del coche para dejarla en el asiento de atrás. Soto ya se había metido en el asiento del pasajero. Bosch le habló con calma.

—Tus amigos han vuelto.

—¿Qué amigos?

—Los de San Fernando.

—¿Dónde?

—Al otro lado de la calle.

Ella vio el coche y una expresión de preocupación se extendió en su rostro.

—¿Qué quieres hacer?

—Pide refuerzos y quédate ahí. Voy a hacerles una visita.

—Harry, no deberías hasta...

Bosch cerró la puerta y fue a la parte de atrás del Ford. Abrió el maletero, se agachó y soltó los cierres del armero. Usando el portón del maletero como protección, miró a la calle y esperó hasta que no pasara ningún coche. Podía oír a Soto en la radio, informando de que un agente necesitaba ayuda, la solicitud de respaldo de no emergencia. En el momento en que la calle estuvo despejada, Bosch se apartó del maletero con la Remington 870 y empezó a cruzar en diagonal, directamente hacia el coche de la banda. Casi de inmediato oyó que el motor cobraba vida.

Accionó la escopeta para meter una bala en la recámara y se colocó en medio de la calzada antes de que el coche arrancara desde el otro lado de la acera, hiciera un giro de ciento ochenta grados y escapara con un chirrido de neumáticos.

—Eh, ¿adónde vais? —gritó tras el coche que aceleraba.

Soto cruzó la calle corriendo con la pistola al costado.

—Harry, ¿qué coño estás haciendo? —gritó.

Bosch al principio no respondió. Observó el coche hasta que giró a la derecha en la siguiente calle y desapareció.

—Enviar un mensaje —contestó al fin.

—¿Qué mensaje? Ni siquiera sabemos si eran de la 13.

—No importa quiénes fueran. Nuestra banda es más grande que la suya. Ese es el mensaje.

Llegó un coche patrulla con las luces azules encendidas pero sin sirena. Bosch se agachó para hablar con el conductor, sosteniendo la escopeta sobre los muslos.

La única cosa que Bosch lamentaba de su decisión de sacar la escopeta y enfrentarse a los pandilleros para tratar de intimidarlos era que les había costado casi una hora de dar explicaciones y esperar mientras las unidades de patrulla llegaban en aluvión a la zona y trataban de encontrar el vehículo. Una vez que se determinó que el vehículo se había esfumado, dejaron que Bosch y Soto continuaran su camino. Pero ni el tráfico lento de la tarde que entorpeció su regreso al centro ni la atracción secundaria que él mismo había creado con la Remington podían frenar el impulso que Bosch estaba sintiendo.

El análisis de vídeo, unido al hecho de contar con una pista de Ojeda en Tulsa —aunque se tratara de una información de diez años antes—, estaba dando una innegable velocidad al caso. Si el trompetista había ido a Oklahoma después del incidente, Bosch estaba seguro de que lograrían encontrar su pista. El plan consistiría en confirmar dónde estaba y luego ir a interrogarlo en persona. Pese a que Ojeda no era sospechoso del disparo, parecía obvio que sabía más de lo que había revelado. Había dejado que la investigación original fuera por el mal camino —violencia de bandas aleatoria— cuando podría existir una motivación completamente diferente del disparo. El hecho de que Ojeda se hubiera guardado ese secreto significaba que el asunto no podía solucionarse con una llamada telefónica o como un favor de la policía de Oklahoma. Bosch le dijo a Soto que iban a necesitar convencer a Crowder de que los enviara a Tulsa para que se ocuparan ellos.

—¿Has estado alguna vez? —preguntó Soto.

—¿En Tulsa? Solo de paso. Me ocupé de un caso hace cinco años donde teníamos pruebas científicas de un hombre que vivía en un pueblecito al norte de Tulsa. Uno de esos sitios que luego fueron barridos por un tornado. Es una historia divertida. Ahora, quiero decir. Entonces me cabreó y cambió la forma en que tratamos con otros departamentos.

—¿Qué ocurrió?

Bosch le contó la historia. Todo empezó con un resultado positivo de ADN de un robo con allanamiento, violación y asesinato de 1990. El ADN correspondía a un exrecluso de cincuenta y ocho años llamado Frank Tomlinson, cuyos antecedentes se remontaban a repetidas condenas en centros de menores. Tomlinson llevaba mucho tiempo fuera del radar y se desconocía su paradero desde que se había saltado un control de la condicional en 2006. Como todavía tenía familia en Los Ángeles, Bosch y su compañero de entonces, Dave Chu, prepararon un plan. Primero solicitaron y consiguieron una orden judicial que les autorizaba a escuchar las llamadas realizadas por el hermano y la anciana madre de Tomlinson. Bosch visitó entonces a madre y hermano y preguntó por el sospechoso, insinuando que tenían que hablar con él respecto a un asesinato de 1990. Entretanto, Chu estaba en la sala de escucha, atento a cualquier llamada que se realizara desde esos domicilios después de la visita de

Bosch.

Y efectivamente, el hermano llamó a Tomlinson y le avisó de la visita de la policía. La llamada se rastreó a una torre de móviles situada en la pequeña población de Beacon, Oklahoma. Bosch estableció contacto con el Departamento de Policía de Beacon y habló con un tal sargento Haden. Este miró una fotografía de Tomlinson enviada por correo electrónico e identificó a Tom Frazier, que era uno de los dos taxistas del pueblo. Bosch preguntó si el departamento de policía tenía personal para controlar a Frazier/Tomlinson hasta que Bosch y Chu pudieran llegar al día siguiente. Le preocupaba que la llamada del hermano pudiera asustar al sospechoso y propiciar que desapareciera otra vez. Haden dijo que la vigilancia no sería un problema, e incluso se ofreció a detener a Tomlinson y mantenerlo en el calabozo. Bosch dijo que no, que querían interrogar al sospechoso de manera informal antes de que fuera detenido y pudiera utilizar su derecho a un abogado.

Haden accedió a no acercarse al sospechoso y le pidió a Bosch que enviara por correo electrónico los detalles de su vuelo a Tulsa. Dijo que los recogería en el aeropuerto y los llevaría directamente a la casa del sospechoso, donde seguro que lo encontrarían porque trabajaba en el turno de noche.

Lo que Bosch no descubrió hasta que llegó allí era que la población de Beacon era tan pequeña que su departamento de policía solo contaba con cuatro agentes. Eso suponía que en un momento dado solo había un agente de servicio. Cuando Haden fue a recoger a los dos detectives de Los Ángeles al aeropuerto de Tulsa, dejó a Tomlinson sin vigilancia. El sospechoso aprovechó para largarse. Ya estaba lejos cuando Bosch y Chu llegaron al rancho donde había vivido, y donde Haden había estado vigilándolo hasta el momento de ir al aeropuerto.

—Estás de broma —dijo Soto.

—Ojalá —dijo Bosch.

—¿Encontrasteis al tipo, a Tomlinson?

—Al final. Trató de hacer lo mismo, empezar de nuevo en Podunk, Minnesota. Pero el jefe del Departamento de Policía de Podunk había trabajado en Los Ángeles y miraba religiosamente los carteles que llegaban a su despacho. Reconoció a Tomlinson y lo detuvo. Eso fue al año pasado.

—Bueno, al menos lo detuvieron al final.

—Sí, pero ese pequeño fallo en Oklahoma le dio otros cuatro años de libertad. Es una historia graciosa hasta que piensas eso.

El teléfono de Bosch vibró y él miró la pantalla. Era la Sociedad Histórica, así que atendió la llamada. La secretaria del director le contó a Bosch que el material solicitado en la orden se había retirado del almacén y estaba disponible para su recogida. Bosch dijo que iba de camino.

La sala de brigada estaba casi desierta cuando volvieron. Soto llevaba el libro de

registro del hotel que acababan de recoger en la Sociedad Histórica, porque se había decidido en el coche que ella investigaría los nombres. Soto ya sabía a qué nombre se había registrado la habitación 211 el día de los hechos, la habitación desde la que se creía que había salido el disparo. Rodolfo Martín era el ocupante de esa habitación. Sin embargo, Soto buscaría en el ordenador antecedentes, alias y cualquier cosa que pudiera resultar sospechosa de cualquiera de los huéspedes en varias bases de datos policiales.

Lucky Lucy se puso a trabajar de inmediato, mientras Bosch trataba de pillar al capitán antes de que se marchara a casa. Esperaba conseguir la aprobación del vuelo a Tulsa. Crowder ya estaba de pie y poniéndose la chaqueta del traje cuando Bosch entró en la oficina.

—Harry, hágame feliz —dijo.

Era su manera habitual de saludar cuando entraba un detective sin que lo llamaran.

—Estamos trabajando en ello, capitán. Parece que tenemos una pista de un testigo clave en Tulsa y...

—¿Qué clase de testigo?

—Era uno de los compañeros de banda de la víctima. Ha surgido algo y hemos de hablar con él. En persona.

—¿Qué tiene de malo una llamada telefónica?

—No es un testigo voluntario. Creemos que sabe algo que no dijo antes. Al equipo original. Eso, además de que se largó de la ciudad justo después del incidente.

—¿Esos mariachis no son muy itinerantes? Van adonde hay trabajo, ¿no?

—Eso es cierto, pero no te vas de Los Ángeles a Tulsa si eres mariachi. El trabajo está aquí.

Crowder se ajustó la chaqueta y volvió a sentarse para continuar la conversación.

—Tal vez es el único mariachi en Tulsa.

Bosch lo miró un momento con cara inexpresiva.

—¿Está diciendo que no podemos ir, capitán?

—¿Se le considera peligroso?

Bosch asintió, no porque se considerara a Ojeda peligroso, sino porque ya comprendía la reticencia de Crowder al viaje a Tulsa. Le preocupaba el presupuesto. Había enviado un memorando un par de semanas antes explicando que en los dos últimos meses del año los viajes tendrían que ser considerados y aprobados por orden de prioridad, porque el presupuesto para viajes de la unidad —que ya era el más alto de cualquier unidad del departamento— se había agotado antes de lo esperado. Eran cosas como esos memorandos —que aparentemente ponían un valor de cambio a pillar asesinos— las que frustraban a Bosch.

Crowder estaba preguntando si interrogar a Ojeda sería una misión peligrosa, porque sabía que si enviaba a un solo detective el coste del viaje se reduciría a la mitad.

—Esto no va a funcionar —dijo Bosch.

—¿Qué es lo que no va a funcionar? —respondió Crowder.

—Enviar solo a uno. Si envía a uno, tendrá que ser Soto porque no sabemos si este tipo habla inglés. Es buena, eso ya puedo decirlo. Pero no sé si quiero enviarla sola cuando lleva un mes en el trabajo.

—No, tiene razón...

—Ella tiene que ir y yo tengo que ir. Creemos que este tipo podría haber sido el objetivo.

Crowder no respondió. No dijo nada más, y Bosch pensó que estaba contemplando rechazar el viaje y decirle a Harry que lo manejara por teléfono.

—Ha oído lo que he dicho, ¿no? Creemos que este tipo de Tulsa podría haber sido el objetivo del disparo.

—Sí, he oído lo que ha dicho. Ha dejado de lado que solo cree que está en Tulsa. Podría estar en Tombuctú por lo que sabe.

—Cierto. Pero si está allí, encontraremos la pista en Tulsa.

Eso fue recibido con otra dosis de silencio.

—Mire, capitán, tiene que haber fondos discrecionales en la décima planta —propuso finalmente Bosch—. Quiero decir, Malins está con esto. Dejemos que ponga algo de dinero, ya que habla tanto... O podemos acudir al exalcalde, ya que está ofreciendo dinero para recompensas.

Crowder hizo un gesto de calma con la mano.

—No queremos acudir al exalcalde. Ya nos ha causado bastantes problemas. —Y entonces tomó su decisión, pasando con rapidez de un extremo a otro—. Está bien, mire, no se preocupe por el dinero. El dinero es cosa mía. ¿Cuándo quieren ir?

Bosch respondió enseguida con la esperanza de cerrar el trato y salir de la oficina antes de que volviera a cambiar de opinión.

—Cuanto antes, mejor. Tenemos una pista de que trabaja en un bar. Me gustaría ir mañana. Si va a estar en el bar, probablemente estará allí entonces, el viernes es día de paga y el principio del fin de semana.

—Muy bien, planifíquelo. Mañana por la mañana sabré de dónde sale el dinero.

—Gracias, capitán.

Bosch volvió al cubículo. Al llegar allí vio que habían acercado su silla al escritorio de Soto y que esta estaba ocupada por Sarah Holcomb, la detective que Samuels había puesto al mando de las llamadas telefónicas acicateadas por el anuncio de recompensa.

—¿Tenemos algo bueno? —preguntó al entrar en el pequeño cubículo.

Holcomb enseguida empezó a levantarse de la silla robada. Bosch le puso una mano en el hombro.

—Tranquila, no pasa nada. Voy a buscar una taza.

—¿Seguro?

—Claro. ¿Alguna quiere un café?

Ambas mujeres dijeron que no.

—Bueno, ¿lo has resuelto por nosotros, Holcomb? ¿Tienes una confesión?

—No del todo.

Soto le pasó la hoja de información.

—Pero hay una llamada interesante —dijo.

Bosch cogió la página y leyó el resumen que había escrito Holcomb.

Informante afirma que el disparo a Merced estaba relacionado con el incendio del Bonnie Brae en 1993. El informante dice que Merced sabía quién prendió fuego y era una amenaza.

Bosch miró el dorso de la página para ver si había algo más. Estaba en blanco. Se lo entregó a Soto, que se había vuelto en su silla y lo estaba mirando. Sabía que la llamada había surgido de él.

—¿Fue una llamada anónima? —preguntó.

—Sí —dijo Holcomb—. Desde un teléfono público en Union Station. Comprobé el número.

Bosch miró a lo alto de la página. Le sorprendió que hubiera tomado la iniciativa de verificar el número. Pero por ese mismo motivo él había tomado la precaución de llamar desde un teléfono público.

—Supongo que deberíamos echar un vistazo —dijo—. 93, creo que ese año pertenece a Whittaker y Dubose. Deberíamos hablar con ellos, ver si esto les suena. Parece extraño, pero tal vez podamos echar un vistazo al caso Bonnie Brae. Una referencia cruzada de nombres.

—¿Quieres que haga eso? —preguntó Holcomb ansiosamente.

—No, hablaremos con ellos —respondió Bosch—. Pero no confíes mucho en esas llamadas. La gente tiene sus planes, ¿sabes?

—Ah, sí —dijo Holcomb—. Algunos de los que llaman son muy transparentes.

—¿Algo más legítimo?

Había toda una pila de hojas de pistas en el escritorio.

—En realidad, no —contestó Holcomb—. Justo estaba contándoselas a Lucy.

Consultó una tablilla con sujetapapeles en la cual había condensado las llamadas a una línea.

—A ver —dijo ella—. Uno dice que habléis con Dormilón, que está en el barrio y conoce todos los tiroteos de White Fence.

—Dormilón —repitió Bosch—. Vale.

Holcomb siguió con su lista.

—Una mujer dice que el alcalde sabe quién disparó. Supongo que se refiere al exalcalde, pero no hablé con ella. Esa se recibió por la noche y se grabó. Anónima. Alguien con un fuerte acento español.

—Bien —dijo Soto—. Delata al tipo que puso la recompensa.

Bosch sonrió.

—Has de reconocer que el móvil es muy creativo —dijo—. Zeyas hizo que dispararan a Merced y lo dejaran parapléjico para poder usarlo durante la campaña y ayudarle a ganar las elecciones.

—Gran plan —valoró Soto—. Funcionó a la perfección.

—¿Qué más? —preguntó Bosch.

—Bueno, tenemos varias sugerencias de que miremos a grupos de supremacía blanca —dijo Holcomb—. Varias personas más estaban seguras de que había un cartel de la droga detrás del disparo. Y tenemos un informante que dice que quien disparó es un tipo llamado Félix, que estaba cabreado porque había contratado a unos mariachis de la plaza y habían tocado mal. Ah, y está también un hombre que dijo que estaba seguro de que era la mafia mexicana, aunque no sabía por qué.

—En definitiva, muy útil —concluyó Bosch.

—Sí, claro —dijo Holcomb—. Y ni siquiera he mencionado todas las llamadas de racistas que dijeron que Merced recibió justo lo que se merecía, simplemente porque era mexicano.

Todo formaba parte de lo que cabía esperar cuando se ofrecía una recompensa. Salían todos los locos. Nada de ello sorprendió a Bosch y no merecía la pena que le dieran más vueltas, salvo por el seguimiento de la pista del Bonnie Brae. Bosch dio las gracias a Holcomb por su perseverancia y fue a la planta baja a buscar una taza de café de la máquina.

Cuando volvió, Holcomb se había marchado. Bosch y Soto hablaron y él le dijo que se trajera la maleta al trabajo al día siguiente, porque iban a ir a Tulsa a buscar e interrogar a Ojeda.

—Podría haber un problema —dijo ella.

—¿Cuál?

—Acabo de estar en el ordenador y he encontrado un bar llamado El Chihuahua, pero cuando he llamado y he preguntado...

—¿Has llamado?

—Sí, has dicho que teníamos que confirmar que estaba allí.

—Sí, pero no llamándolo directamente. Eso podría asustarlo.

—Bueno, resulta que no he hablado directamente con él ni tampoco indirectamente. He llamado y he preguntado si estaba y el hombre que ha respondido me ha dicho que no trabajaba nadie llamado Ojeda.

—Puede que se haya ido. Han pasado diez años.

—Lo he preguntado, si alguna vez trabajó allí, y este tipo del teléfono me ha dicho que no, que nunca había oído hablar de él. Y dice que llevaba allí diez años.

Bosch pensó un buen rato, yuxtaponiendo esto con la información de Cabral. Cabral le había parecido sincero y seguro de lo que les estaba contando.

—Vamos de todos modos —dijo al final—. Mañana. Espero que no tengas planes.

Soto negó con la cabeza. Bosch ya sabía que no tenía novio y suponía que gran parte de su tiempo libre probablemente lo dedicaba al caso Bonnie Brae.

—Bueno, deberíamos llamar a la policía de Tulsa y ver si conocen a Ojeda.

—No, nunca hagas algo así. ¿Recuerdas lo que te conté de Beacon? No avises a los locales a menos que tengas que hacerlo.

Reprendida, Soto cambió de tema.

—¿Cómo quieres manejar el caso de Whittaker y Dubose? —preguntó.

—Lo manejas tú; si lo hago yo, podrían pensar que tramamos algo. Déjalos al margen. Diles que recibimos un chivatazo y pídeles ver los archivos.

—¿Y si ven mi nombre en los informes? En la lista de testigos. Hablaron conmigo entonces.

Bosch negó con la cabeza.

—No trabajan así. No han leído los informes. Solo han accedido al caso en busca de pruebas científicas. No mueven el culo si no hay ciencia.

Soto asintió, pero parecía preocupada.

—¿Qué pasa? —preguntó Bosch.

—¿Te aseguraste de que no había cámaras cerca de la cabina telefónica cuando llamaste? —preguntó ella.

Eso paralizó un momento a Bosch. No había sido tan cuidadoso.

—Ni lo miré —dijo por fin—. Pero esta pista no va a dar resultado, así que no tendrán motivo para que nadie compruebe las cámaras.

—Bueno, tampoco esperábamos que Holcomb comprobara los números —replicó Soto—. Pero lo hizo. No quiero que te metas en problemas.

—No te preocupes. No lo haré.

—Bueno, es solo que se rumorea que el departamento va duro con esos contratos de jubilación postergada, dicen que buscan formas de obligar a la gente a dejarlo antes del final del contrato para ahorrar dinero.

—Vaya, ¿tú cómo lo sabes? Al menos te faltan veinte años antes de pensar en un contrato así.

—Por el *Blue Line*. Había cartas de algunos agentes en el número del mes pasado. Eso era lo que decían.

Bosch asintió. Había leído las mismas cartas. El Plan Opcional de Jubilación Postergada había empezado con las mejores intenciones. Era un plan para que los agentes y detectives más experimentados continuaran trabajando para el departamento en lugar de llevar esas aptitudes a otros sitios cuando sus pensiones llegaran al máximo. En la práctica, les permitía ahorrar sus pensiones y empezar de nuevo con paga plena. Pero la política y la burocracia implicadas en el plan exigían que esa opción se ofreciera a cualquiera que llegara a los veinticinco años, sin que importara su trabajo o nivel de aptitud. De pronto, había demasiados policías acogidos al plan y el interés estaba amenazando con la bancarrota del proyecto. El departamento estaba buscando formas de contener la hemorragia, incluida la de

forzar a los agentes a renunciar antes de tiempo a sus contratos de cinco años.

—No me preocupa eso —dijo Bosch—. Ahora solo tengo que preocuparme de ti y de asegurarme de que estés lista para tomar el relevo cuando salga de aquí.

Soto lo miró y trató de ocultar una sonrisa.

—Estaré lista.

—Bien —dijo Bosch.

Era una de esas raras tardes en que su hija estaba en casa. Con las reuniones y actividades de los exploradores y su trabajo de voluntaria a tiempo parcial para entregar cenas a personas que no podían salir a la calle, últimamente parecía usar la casa solo para dormir. Esto molestaba a Bosch, porque sabía que pasaba poco tiempo con ella, pero también sabía que Maddie estaba luchando por lo que quería. Y todas las actividades contaban como servicio público y ayudarían a perfilar su paquete de solicitud para la universidad. Maddie tenía la vista puesta en el campus de Cal State en Los Ángeles, que contaba con los mejores programas de justicia criminal y forense. Bosch estaba complacido con su elección, porque eso significaba que seguiría en la ciudad. Además, la universidad estaba situada en el mismo sitio que el laboratorio, lo cual le daría la oportunidad de verla en la facultad en alguna ocasión durante sus últimos meses en el trabajo.

Pasaron la tarde preparando un filete de pez espada para cenar y hablando de la misión de los exploradores del siguiente martes. Maddie y otros compañeros iban a participar en una operación encubierta en la que entrarían con micrófonos en tiendas de Hollywood para ver si los empleados les permitían comprar alcohol. Maddie estaba entusiasmada y como operación encubierta era relativamente segura. Sin embargo, Bosch quería asegurarse de que su hija entendiera que, en cualquier operación, siempre había una posibilidad de que las cosas se torcieran. No podía confiar en el agente encubierto que entraría en la tienda delante de ella ni en las unidades de patrulla que esperarían cerca. Tenía que mantener siempre los ojos bien abiertos.

—Lo haré, papá, lo haré —dijo.

En los últimos meses, Maddie había perfeccionado el tono displicente de «eso ya lo sé» cuando hablaba con él de cualquier tema.

—No hace daño repetirlo —dijo Bosch—. ¿Quieres que esté cerca?

—No, ¡qué vergüenza!

Maddie lo dijo como si hubiera propuesto no separarse de ella en el baile de fin de curso.

—Vale, vale, solo preguntaba.

Estaban en la terraza de atrás, donde Harry estaba asando el pescado en una pequeña barbacoa de gas. Dio la vuelta a los filetes y cambió el rumbo de la conversación.

—Bueno, espero estar ya aquí el domingo por la tarde —dijo—. Tal vez podamos cenar juntos otra vez esa noche.

Ya le había hablado de su viaje a Tulsa. Maddie estaba acostumbrada a sus frecuentes viajes de trabajo y no le importaba quedarse sola.

—El domingo tengo Meals On Wheels —dijo—. Lo siento.

Su trabajo voluntario para la organización que repartía comida a domicilio a personas sin movilidad había recortado en gran medida el tiempo que Bosch más disfrutaba de estar con su hija, compartiendo una cena y charla.

—Tal vez debería apuntarme. Podría ser la mejor manera de verte de noche.

—Papá, sabes que tengo que hacerlo. Quiero ir a Cal State y conseguir una beca. Todo esto ayudará.

—Lo sé, nena, lo sé. Me estoy quejando y soy yo el que va a Tulsa.

Bosch cogió un tenedor y colocó los filetes en la bandeja. La cena estaba lista.

—Has de ir —dijo ella—. No te quedan muchos casos.

Bosch asintió. Maddie tenía razón en eso.

Al entrar en el comedor, ella le dijo que estaba pensando en ponerse un aro en la nariz para meterse en el papel de la operación encubierta.

Bosch logró no tirar el plato.

—¿Quieres decir que vas a hacerte un agujero en la nariz donde no tiene que haber ningún agujero?

—Sí, creo que estará bien. No tengo que mantenerlo. Es menos permanente que un tatuaje.

La comida olía bien, pero Bosch ya no sabía si todavía tenía apetito.

Bosch y Soto tomaron el vuelo de las once de la mañana a Tulsa con escala en Dallas. Tuvieron suerte en el primer avión y había un asiento vacío entre ellos en la clase turista. El asiento libre se convirtió en el espacio de almacenaje de los expedientes de los casos Merced y Bonnie Brae. Bosch estaba decidido a aprovechar cualquier hueco en el viaje para revisar el caso Bonnie Brae para Soto y continuar leyendo y releendo los informes sobre la investigación original de Merced. Creía firmemente por experiencia repetida que las respuestas a la mayoría de los casos se ocultaban en los detalles. Ambos casos ofrecían toneladas de detalles.

Bosch decidió que en la primera parte del trayecto consagraría su tiempo a los expedientes del Bonnie Brae. Después de Dallas volvería a Merced.

El expediente del Bonnie Brae no estaba dividido cronológicamente, como ocurría con el de Merced. Por lo general, investigaciones prolongadas o de amplio ámbito que requerían múltiples carpetas seguían organizándose de forma cronológica. Los detectives llenaban una carpeta tras otra y esto permitía una revisión lineal del caso. La investigación del Bonnie Brae había sido asignada a la Sección de Conspiración Criminal del departamento, la unidad de investigación que se ocupaba de casos de incendios y trabajaba con los investigadores del departamento de bomberos. Con nueve víctimas, el caso desde el inicio se dividió en vías de investigación específicas. La primera carpeta era un cajón de sastre que contenía la cronología del caso y otros informes generados durante la investigación. La segunda carpeta estaba dedicada exclusivamente a la identificación e investigación de las víctimas. La siguiente carpeta estaba dedicada a la banda callejera La Raza de Pico-Union. La cuarta estaba repleta de informes sobre el análisis del origen del fuego y su extensión por el edificio de apartamentos Bonnie Brae Arms. Esta última carpeta contenía también todos los artículos que los medios habían ido publicando. El caso era anterior a la popularización de Internet, cuando los periódicos de la ciudad constituían la principal fuente de información de la población. La abundancia de recortes de noticias metidos en grandes sobres hacían de esta última carpeta la más gruesa de todas.

La primera carpeta, aunque no enteramente lineal en su presentación, era la más parecida a un expediente estándar, y por ello fue el punto de partida para Bosch. Mientras él avanzaba en el archivo, Soto estaba con el portátil, escribiendo el informe inicial sobre los movimientos de la investigación que condujeron a su viaje a Tulsa. Se requería que se documentaran los viajes de trabajo para justificar el mazazo a esa partida del presupuesto de la unidad. En este caso, el capitán Crowder había encontrado financiación para el viaje mediante un fondo discrecional vinculado al presupuesto de la OJP, con lo cual la documentación era obligada.

La mayoría de los informes del archivo que Bosch estaba revisando los había escrito un detective de grado 3 llamado Jack Harris. Su rango equivalía al de un

sargento y fue el investigador jefe del equipo de cinco personas de la SCC reunido para investigar el caso. Bosch no conocía a ninguno de los detectives de experiencia pasada, aunque había oído hablar de Harris. Creía que Harris ya estaba retirado, pero durante los años ochenta y noventa había estado al frente de un buen número de investigaciones de la SCC que fueron noticia o se conocieron en el seno del departamento. No había ninguna razón para dudar de su profesionalidad, y eso pesaba en el pensamiento de Bosch cuando hurgaba en un caso que no se había resuelto en veintiún años. Sabía que las posibilidades de que él y Soto pudieran cambiar el resultado eran escasas. Whittaker y Dubose ya les habían dicho al entregarles las carpetas que habían revisado a conciencia el caso el año anterior, buscando un punto de apoyo científico, pero no habían encontrado nada. El mandato de la Unidad de Casos Abiertos consistía en buscar casos antiguos para encontrar nuevos ángulos de abordaje, y estos por lo general correspondían a aspectos donde podían aplicarse avances en las ciencias forenses. El ADN y las tecnologías de huellas dactilares eran los pilares de esta tarea. Y no había tales pruebas en el caso Bonnie Brae.

Bosch no había expresado sus pensamientos pesimistas a su compañera por la conexión emocional de esta con el caso. Le prometió a Soto una revisión completa del extenso expediente y la llevaría a cabo sin restar un ápice a sus esfuerzos en la investigación de Merced. El viaje en avión era su oportunidad de empezar.

Fue el humo lo que causó los peores estragos en el incendio del Bonnie Brae. El fuego en sí quedó en gran medida circunscrito a un único pasillo y un cuarto del sótano donde había grandes contenedores situados debajo de dos bajantes de basura utilizados por las cinco plantas de apartamentos que había encima. El fuego arrasó el cuarto de la basura, pero solo se extendió por el pasillo del sótano. Sin embargo, el humo del incendio se propagó con rapidez a través del edificio, escaleras arriba, por los pasillos y los bajantes de basura. El fuego y el humo acompañante cortaron la ruta de escape de los niños y los maestros en la guardería improvisada y sin licencia que funcionaba en una de las salas del sótano.

Una razón clave de que el caso hubiera quedado sin resolver durante tanto tiempo era que habían pasado dos semanas preciosas antes de que se determinara que el incendio había sido provocado. Esa clase de retraso en una investigación de homicidios normalmente resultaba muy difícil de superar. La mayoría de los casos no resueltos en cuarenta y ocho horas nunca se resolvían. Un retraso de dos semanas en una investigación reducía todavía más las posibilidades de éxito.

El retraso estuvo causado porque, en primera instancia, el incendio fue calificado de accidental por expertos del departamento de bomberos. Se localizó el origen del fuego en un contenedor situado bajo uno de los bajantes de basura. Se creía que la combustión se produjo cuando materiales inflamables que ya estaban en el contenedor entraron en contacto con una colilla encendida arrojada en el bajante

desde una de las plantas superiores. Ocurrió un día antes de la recogida de basura prevista y el encargado de mantenimiento del complejo informó de que los contenedores del cuarto de basura estaban llenos. El fuego alcanzó enseguida las vigas de madera del techo y se extendió por toda la estancia. El incendio ardió con tanta intensidad que no quedó nada más que ceniza húmeda en el contenedor una vez que se extinguieron las llamas.

A pesar de que el departamento de bomberos declaró que el fuego se produjo de forma accidental, los agentes de patrulla de la División de Rampart enseguida supieron a través de informadores que en la calle se comentaba que el incendio había sido provocado. La historia repetida en el mundillo de los chivatos era que La Raza había tenido problemas con el administrador del Bonnie Brae por su negativa a dejar que la banda vendiera drogas abiertamente en el edificio. Se rumoreaba que la intención del incendio era servir de advertencia al administrador de que habría consecuencias si continuaba entorpeciendo los negocios de drogas de la banda. Las muertes que resultaron no fueron intencionadas.

No era nada más que un rumor de calle hasta que el laboratorio de Sacramento analizó las muestras de basura chamuscada del contenedor consumido por el fuego y entregó los resultados. La cromatografía de gases encontró al menos dos RLI —residuos líquidos inflamables— en todas las muestras recogidas en ese contenedor. El informe afirmaba que los acelerantes eran petróleo y algo llamado Varsol. El informe concluyó que no había explicación razonable de la presencia de estos químicos en grandes cantidades en el contenedor, y el caso se convirtió en una investigación de incendio provocado.

Bosch miró a Soto, que estaba escribiendo algo en su ordenador.

—Estás conectada, ¿no?

—Sí, ¿qué necesitas?

—¿Puedes buscar algo en Google? Aparece Varsol aquí como uno de los RLI. ¿Qué es...?

—Es un disolvente de pintura muy potente. Caro. Se usa mucho en fábricas y talleres de reparación de coches para limpiar partes de motor.

Bosch se la quedó mirando, impresionado por su conocimiento.

—Lo había buscado en Google cuando empecé a leer los informes —afirmó—. Una vez que identificaron los acelerantes fue más fácil encaminar la investigación. Como el Varsol es caro, supusieron que era algo que el culpable tenía a su disposición más que algo que fue a comprar específicamente. Por eso dedujeron que sería alguien que trabajaba en un lugar donde este material estaba a mano. Se utilizó la mezcla sobrante de limpiar piezas de máquinas: Varsol y grasa. Probablemente, alguien lo puso en un contenedor, lo encendió y lo tiró en el bajante de basura.

—Un coctel molotov.

—Sí.

—¿Eso no habría provocado una explosión? ¿Un sonido que la gente oiría?

Se dio cuenta de que estaba hablando de ella, que, de niña, estuvo entre esa gente.

—Esa es una de las cosas que más recuerdo, que me preguntaron eso. Pero el cuarto de la basura estaba en el sótano y al otro lado del pasillo de la sala infantil. Y nosotros éramos muy ruidosos. Diez niños en un espacio cerrado. Nunca oí nada. Ojalá lo hubiera oído.

Bosch asintió. Se preguntó si Soto de alguna manera se sentía culpable por no haber oído explotar la bomba incendiaria cuando tenía siete años y estaba jugando con sus amigos. No fue culpa suya, pero sabía que nunca se podía convencer a alguien que llevaba dentro algo así durante veinte años.

Volvió a leer los informes.

—Avísame cuando llegues a la declaración jurada del tampón —dijo Soto.

Bosch levantó la mirada, pensando que no la había oído bien.

—¿Qué?

—La declaración jurada del tampón. Tiene gracia.

Bosch asintió y volvió a leer la cronología de la investigación. Después de que se confirmó el RLI, se llamó a la Sección de Conspiración Criminal del departamento para que investigara el caso junto con el departamento de bomberos, pero la investigación había perdido impulso en las semanas transcurridas.

Los investigadores se centraron en la información callejera que señalaba que el incendio había sido una operación intimidatoria que fue mucho más allá de lo planeado. El administrador del complejo de apartamentos era un testigo clave en esta investigación y proporcionó información sobre las amenazas continuadas de la banda La Raza. La SCC solicitó y obtuvo una orden judicial muy amplia para registrar las casas y puestos de trabajo de veintinueve miembros de la banda cuatro semanas después del incendio letal. Antes de que amaneciera, un equipo compuesto por investigadores de la SCC y agentes de la Unidad de Inteligencia de Bandas actuaron de manera simultánea y la operación resultó en la incautación de drogas, armas y pruebas potenciales en el caso de incendio, así como en la detención de veintidós de los pandilleros con acusaciones relacionadas con las armas y las drogas incautadas.

Al leer una copia del documento devuelto al tribunal después de que se ejecutara la orden judicial, Bosch vio que se había incautado muy poco directamente relacionado con el incendio. La única cosa que se le acercaba era un bidón que contenía Varsol de un taller de coches donde estaba empleado uno de los miembros de la banda, un aprendiz de mecánico llamado Víctor Chapa. El resto de elementos enumerados en la orden era simple decoración: drogas y armas que quedaban bien extendidas sobre una mesa para que los medios las fotografiasen, pero que no servían de nada en términos de pruebas para el caso Bonnie Brae.

Aun así, el material incautado y las detenciones bastaron para apretar a La Raza. La mayoría de los miembros de la banda tenían antecedentes y se enfrentaban a posibles penas de prisión si eran acusados, aunque fuera de cargos menores. Eso dio a Jack Harris y su equipo una buena carta con la que obtener cooperación y enfrentar

entre sí a hermanos de banda.

El hombre en el centro de la operación de presión era Víctor Chapa. De todos los atrapados en la red, era el único con acceso directo al acelerante hallado en las cenizas del incendio. Aunque el administrador del complejo Bonnie Brae no logró identificarlo como uno de los miembros de la banda que lo amenazó y Chapa contaba con una coartada sólida, seguía siendo visto como el hombre con más posibilidades de haber obtenido el combustible y, probablemente, de haber preparado la bomba incendiaria. Esta última conjetura se basaba en el hecho de que, pese a que no vivía con una mujer, se encontró una caja de tampones en un botiquín del cuarto de baño de su apartamento durante el registro ordenado por el juez. Los expertos en incendios de la SCC sabían que los tampones se utilizaban con frecuencia como mecha de un coctel molotov.

Chapa fue detenido durante el registro de su apartamento por posesión de cocaína. La detención se justificó por el residuo hallado en una pipa fabricada con una pieza de una antena de coche que se encontró en un cenicero del salón en un apartamento compartido por cuatro hombres. Era una acusación sin ninguna posibilidad de prosperar, pero bastaba para retenerlo y presionarlo durante cuarenta y ocho horas. Chapa fue interrogado durante horas y luego lo pusieron en una celda donde había un policía encubierto que se hacía pasar por otro detenido. Aparte de proporcionar detalles de su coartada, Chapa no habló con ninguno de sus interrogadores ni con su compañero de celda. No delató nada. Tenía entonces veintiocho años y era un miembro veterano de La Raza. También había estado en la prisión del estado por posesión de propiedad robada. Se mantuvo firme y fue puesto en libertad bajo fianza después de ser acusado: una vista en la cual su abogado también aportó una declaración jurada en la que una exnovia explicaba que ella había dejado la caja de tampones hallada en el apartamento de Chapa.

—La vieja defensa del tampón —dijo Bosch.

—Siempre funciona —confirmó Soto.

Bosch miró la pantalla del ordenador de su compañera y vio un mapa.

—¿Qué es eso?

—He encontrado El Chihuahua. Tulsa tiene una zona llamada Little Mexico. Está ahí.

—Bien. Lo veremos esta noche.

—No parece la clase de sitio en la que vayas a pasar desapercibido, Harry.

—Sí, veremos.

Bosch volvió a la lectura. Según la cronología de la investigación, ninguno de los pandilleros detenidos durante la redada al amanecer admitió conocimiento alguno del incendio del Bonnie Brae. Todos lo negaron, todos afirmaron sentirse insultados de que la banda pudiera ser sospechosa de tener algo que ver con las muertes de nueve personas, la mayoría niños, y todos ellos de Pico-Union, el territorio de la banda.

En ese sentido, la redada en sí aumentó la presión sobre Harris y su equipo. Era el

caso del año y la prensa estaba encima, la Oficina de Relaciones con los Medios solicitaba actualizaciones diarias del estado de la investigación. La presión llevó a Harris a una operación que salió fatal. Eligió seguir presionando a Chapa haciendo correr el rumor, difundido estratégicamente a través de la red callejera de informadores de Pico-Union, de que la redada había conseguido un testigo colaborador que pronto sería llevado ante un jurado de acusación.

La intención era que Chapa sintiera la presión y se entregara. No tendría otra elección que agarrarse a la cuerda de salvamento que la policía le estaba lanzando y cooperar. Confiaban en que reconociera su participación al proporcionar la bomba incendiaria y revelara el nombre del hombre que la lanzó por el bajante de la basura.

Chapa fue puesto bajo vigilancia como medida de protección, y Harris esperaba obtener resultados cuando la presión le llegara al mecánico.

No tuvo que esperar mucho. Al segundo día de la vigilancia —una vez que todo Pico-Union había sido adecuadamente sembrado con el rumor de un testigo colaborador—, Harris y compañía vieron que su operación se derrumbaba con lo que muy probablemente fueron consecuencias letales para Chapa.

El equipo estaba apostado cerca del taller de coches de la calle 6, donde Chapa trabajaba de aprendiz de mecánico. Todos los clientes y coches que entraban y salían del pequeño garaje fueron observados desde un puesto de vigilancia en un tejado. Los equipos de tierra se quedaron a la vuelta de la esquina, listos para seguir a Chapa cuando saliera del trabajo.

Pero Chapa nunca salió. Cuando el taller cerró y bajaron las persianas del garaje, Chapa no estaba entre los empleados que salieron. Amparándose en una amenaza potencial a la vida, la policía irrumpió en el taller sin orden, pero no encontró rastro de Chapa. Una investigación interna concluyó que la trama y la vigilancia de la SCC llegaron al conocimiento de Chapa y miembros de su banda. Chapa fue sacado voluntariamente o a la fuerza del taller en el maletero del coche que algún cliente vino a recoger después de una reparación. Chapa nunca volvió a ser visto, a pesar de una orden de detención activa por no presentarse a una vista judicial en relación con su acusación por drogas.

Con Chapa desaparecido y Harris y su equipo bajo investigación interna por la actuación con el sospechoso, la investigación perdió su impulso y se estancó. El equipo se dismanteló y el caso pasó por una serie de detectives de la SCC a lo largo de los años. Finalmente, se volvió reactivo más que proactivo. Cada vez que se detenía por alguna razón a un miembro de La Raza, los detectives a cargo del caso lo interrogaban en relación con el incendio del Bonnie Brae. Estos esfuerzos se revelaron inútiles y el caso finalmente se enfrió.

El dorso de la carpeta que Bosch estaba revisando contenía un gran organigrama doblado que detallaba la jerarquía de La Raza de Pico-Union en torno a 1993. Sus bordes se cuartearon y se rasgaron en parte al desdoblarlo por primera vez en años. Soto se inclinó para mirarlo con Bosch.

—¿Lo has mirado antes? —preguntó Bosch.

—No, nunca lo había visto —dijo ella.

El diagrama mostraba los nombres y fotos de los cabecillas de la banda. La mayoría de las fotos estaban tomadas en las detenciones. El gráfico también señalaba qué hombres estaban encarcelados en 1993 y cuál era su área de responsabilidad en la banda: venta de drogas, transporte, producción, armas, músculo, etcétera.

—Esto podría ser un punto de partida —sugirió Bosch.

—¿Cómo? —preguntó Soto.

—Estudiaremos estos nombres. Algunos estarán muertos, pero apuesto a que otros estarán en prisión. Podemos usarlo. Ir a verlos, ofrecerles la luz del día. Alguno podría picar. Si alguien de esa banda hizo esto, alguien tiene que saberlo. Si encontramos a alguien que esté buscando una forma de salir del corral podríamos tener suerte.

—Me pregunto por qué Whittaker y Dubose no lo hicieron.

—Porque son vagos. Si un caso no tiene ciencia, pasan al siguiente. No tienen necesidad de salir de la oficina.

Bosch empezó a doblar con atención el gráfico sin causar más daño.

—No seas como ellos —continuó—. Si quieres ser una buena detective, levanta el trasero y sal a la calle.

—Lo haré, Harry —dijo Soto—. Lo prometo.

El piloto anunció que estaban iniciando el descenso hacia Dallas. Bosch decidió guardar las carpetas y descansar la vista. Todavía tenía mucho que estudiar, incluidos los sobres que contenían todos los artículos de periódico sobre el caso. Todo eso tendría que esperar hasta la próxima vez que tuviera tiempo para el caso Bonnie Brae.

—¿Qué pasa con Chapa? —preguntó—. ¿Crees que está vivo o muerto?

—Muerto, seguro —dijo Soto—. De lo contrario ya habría aparecido. Probablemente está enterrado en el desierto.

Bosch se limitó a asentir. Pensaba que Soto seguramente tenía razón. Chapa no desapareció de ese garaje por voluntad propia. No existía la lealtad en una banda una vez que se olía en el agua la sangre del chivato.

El avión descendió hacia Dallas y Bosch cambió de tema.

—¿Te gusta la barbacoa? —preguntó.

—Supongo —dijo Soto—. A veces.

No era una respuesta entusiasta. Bosch se limitó a asentir.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Hay un sitio en la terminal DFW que se llama Cousin's —contestó—. Es bueno. Me parece que me pasaré antes del siguiente vuelo.

—Creo que te veré en la puerta. ¿Está bien?

—Claro. ¿Has mirado la biblia antes de separarnos? ¿Algo sobre Tulsa?

Bosch se refería a un diario de la unidad en el cual los detectives contribuían con informes sobre las ciudades que habían visitado en sus investigaciones, señalando

lugares recomendables para comer y dormir dentro de los límites de las dietas del departamento. También contenía pistas en relación con la policía y la judicatura locales. La unidad llevaba casi diez años en funcionamiento y no había ningún estado de la unión que no estuviera cubierto. La biblia estaba llena de consejos e incluso se hablaba de recaudar fondos para publicarla. La llamaban *Plato especial azul. Guía del policía para investigaciones, bares y donuts*.

—Sí —dijo Soto, al tiempo que abría una libreta—. Desayuno en un sitio que se llama Jimmy's Egg, comida en Mahogany, pero eso me suena a bar de estriptis. Otro sitio que se llama Brownie's tiene buenas tartas.

Bosch sonrió.

—Tartas, eso tuvo que ponerlo Rick Jackson antes de retirarse. Siempre fue un hombre de tartas.

—Tienes razón. Fue Jackson.

—¿Hay algo sobre el departamento de policía?

—Sí, Jackson menciona a un tipo que trabajaba en la policía de Tulsa. Ricky Childers. Es supervisor del turno de noche en el departamento, al menos lo era hace dos años. Jackson escribió «buena gente».

—Vale, entonces acudiremos a él.

Formaba parte del protocolo de viajes de la Unidad de Casos Abiertos que los detectives visitaran a los agentes locales y explicaran qué estaban haciendo en la ciudad y adónde pensaban ir. Por lo general, se trataba de una simple muestra de cortesía y a los detectives de Los Ángeles se les permitía hacer su trabajo. A veces los locales preferían o exigían que uno de los suyos los acompañara. Y, en ocasiones, los visitantes de Los Ángeles necesitaban ayuda local para encontrar a alguien o facilitar una detención. Como le había explicado a Soto, Bosch había aprendido por experiencia que avisar de su llegada inminente podía ocasionar problemas.

Los agentes locales podían adelantarse, empezar a vigilar a los objetivos y de manera involuntaria ponerles sobre aviso o asustarlos. También había habido casos en los que la policía local simplemente había arrestado al sospechoso antes de que Bosch llegara allí, privándolo así de la posibilidad de hablar con él sin que estuviera oficialmente detenido y solicitara un abogado. También cabía la posibilidad remota de que el objetivo al que Bosch iba a buscar estuviera relacionado con el agente al que estaba llamando por teléfono. Bosch habló en una ocasión con un detective de San Luis en preparación para un viaje allí con la finalidad de llevar a cabo una detención por homicidio. Cómo iba a saber que estaba tratando con un hombre relacionado por matrimonio con la persona a la que Bosch pretendía detener. Bosch no se enteró de esa relación hasta que llegó allí y descubrió que el sospechoso había huido la noche anterior.

—Desde entonces, nunca más —le dijo Bosch a Soto—. Ahora siempre voy sin avisar.

Llegaron a la comisaría central del Departamento de Policía de Tulsa poco antes de las ocho de la tarde. Antes se habían registrado en un hotel cercano, porque no tenían claro qué depararía la noche y Bosch no quería perder la reserva si no llegaban al hotel hasta después de medianoche.

El agente uniformado a cargo de la entrada no pareció impresionado por sus placas del Departamento de Policía de Los Ángeles, pero accedió a llamar al despacho de detectives y preguntar si Childers estaba disponible.

Tuvieron suerte. Childers estaba en comisaría y le dijo al agente que los enviara arriba.

Bosch y Soto tomaron el ascensor para subir una planta y en la entrada de la sala de detectives se encontraron con otro mostrador. No había nadie allí y esperaron un minuto hasta que un hombre abrió la puerta de atrás.

—¿Cómo está Rick Jackson? —preguntó.

—Se acaba de retirar —respondió Bosch—. Y allí donde esté seguramente está jugando a golf.

—Eso espero.

El detective tendió la mano por encima del mostrador.

—Ricky Childers. Me pusieron al mando de esto anoche.

Se estrecharon las manos y Bosch le pasó a Childers su placa en lugar de limitarse a mostrarla como había hecho abajo. Soto hizo lo mismo. Era una muestra de respeto.

—¿Han llamado antes? —preguntó Childers—. El capitán no me ha dejado nada.

—No, acabamos de llegar —informó Bosch—. Esta mañana hemos encontrado una pista sobre un tipo con el que tenemos que hablar y hemos subido a un avión. No hemos tenido ocasión de llamar antes.

Childers asintió, pero Bosch no estaba seguro de que creyera la historia. El detective parecía un hombre capacitado y experimentado. Tenía unos cuarenta y cinco años y se mantenía en buena forma. Hablaba arrastrando las palabras. Lucía un poblado bigote que le bajaba por las comisuras de la boca y le daba un aura extra de pistolero del antiguo Oeste. Bosch suponía que Childers lo sabía y lo fomentaba. Iba en mangas de camisa y llevaba el arma en un cartuchera de hombro. Eso también ayudaba a dibujar la imagen.

—¿De quién estamos hablando? —preguntó.

—Un testigo de un caso en el que estamos trabajando —contestó Bosch—. Un caso de asesinato. Hemos de hablar con él otra vez, porque creemos que podría no haber contado todo lo que sabía.

—Se calla cosas, ¿eh? —dijo Childers—. Eso no está bien. ¿Este tipo tiene nombre?

—Ángel Ojeda —dijo Soto—. Tiene treinta y nueve años y creemos que lleva aquí nueve o diez años.

Le pasó a Childers una hoja con una copia del último carnet de conducir de Ojeda en California.

—¿Nueve o diez años? —dijo Childers—. ¿Están reabriendo un caso?

—Algo así —explicó Bosch—. La pista que tenemos de este tipo es que vino aquí a trabajar en un bar llamado El Chihuahua. ¿Lo conoce?

—Oh, claro, lo conocemos. En Garnet, en East Tulsa. Eso es Little Mexico.

—¿Qué clase de bar es?

—Es un antro con una mesa de billar. La patrulla se pasa varias veces por semana para deshacer peleas. ¿Dice que este tipo trabaja allí?

—Es información de hace casi diez años. Es solo nuestro punto de partida.

—Los llevaré allí si quieren. Pero vamos a la brigada antes a ver si tenemos algo de este señor Ojeda. ¿Pronuncio bien la jota, detective Soto?

—Muy bien —dijo Soto.

Childers señaló hacia una portezuela al extremo del mostrador y los hizo pasar. Trabajar en casos abiertos había llevado a Bosch a oficinas de detectives de todo el país. Había algo común en todas ellas. La sala de brigada de Tulsa podría haber estado en Seattle, Baltimore o Tampa. Escritorios repletos, filas de archivadores, carteles de personas en busca y captura en todas las paredes y puertas. La sala estaba casi desierta por la hora. Bosch vio a un policía uniformado en una mesa y a un

detective en otra. Childers los condujo a su propio cubículo.

—Cojan una silla.

Bosch y Soto fueron a buscar sillas de escritorios vacíos y las acercaron. Todos se sentaron y Childers apagó una radio con reloj de su escritorio en el que sonaba música *country* a volumen bajo. Parecía algo como Hank Williams Jr.

—A ver qué tenemos de este tipo —dijo Childers.

Mirando la fotocopia del carnet de conducir, Childers escribió información en su ordenador de sobremesa. Bosch supuso que estaba buscando en una base de datos interna que le diría si el camino de Ojeda se había cruzado en alguna ocasión con la policía de Tulsa. Soto ya había mirado los ordenadores nacionales antes de salir de Los Ángeles y no había resultados.

Childers pulsó la tecla «Retorno» y levantó las manos como si acabara de realizar un truco de magia. Al cabo de unos segundos aparecieron tres palabras en lo alto de la pantalla.

No hay resultados.

—Vaya —dijo Childers—. Si ha estado trabajando en El Chihuahua habría salido como testigo, víctima, informante o algo. ¿Están seguros de que su información es buena?

—Era buena hace diez años —afirmó Bosch—. Tal vez se cambió de nombre. ¿Qué sale si solo busca El Chihuahua?

—¿Tienen toda la noche?

Childers escribió el nombre del bar y esta vez en pantalla apareció que había 972 resultados.

—Y esto solo se remonta siete años —aclaró—. Antes trabajábamos en papel. ¿Quieren sentarse aquí y mirar todo esto? Les dejaré hacerlo.

Bosch pensó un momento en cuál sería la mejor forma de usar su tiempo y en cómo estrechar el foco de la búsqueda informática. Soto se le adelantó.

—Yo digo que vayamos al bar. A ver si está ahí. Para eso hemos venido.

—Buena idea —dijo Childers.

Bosch asintió.

Childers condujo. Little Mexico se encontraba al este, a veinte minutos de coche del centro. Estaba oscuro, pero las aceras estaban bien iluminadas y Bosch no vio lo que esperaba. Las calles eran anchas, con hierba en las medianas. Había casas, iglesias y tiendas con espacio alrededor. También había tiendas cerradas. Bosch vio un coche patrulla aparcado en una gasolinera fuera de servicio. Tuvo que buscar mucho rato antes de ver algún grafiti.

—Vaya —dijo—. Este es su barrio hispano.

—Sí —dijo Childers.

Bosch había cedido a Soto el asiento delantero y viajaba atrás. Eso le permitiría sentarse junto a Ojeda si lo encontraban y lo llevaban a comisaría para interrogarlo.

Childers hizo primero una pasada lenta por delante de El Chihuahua. A Bosch le pareció que había sido un Pizza Hut. Todavía tenía el tejado rojo, pero habían pintado las ventanas y había diversos carteles de madera contrachapada pintados a mano colgados de la fachada. Anunciaban en español cervezas, chicharrones y deportes. Al extremo de un palo, un cartel iluminado exhibía el nombre del bar y un dibujo de la raza de perro que llevaba el nombre del estado mexicano de Chihuahua. El animal mostraba los dientes y tenía guantes de boxeo en las patas delanteras levantadas, listo para pelear.

Eran casi las diez y el aparcamiento estaba lleno. Varios hombres se agolpaban en el exterior, a ambos lados del edificio, sosteniendo botellas y fumando.

—Eso ya es una infracción —comentó Childers—. No se puede beber en la calle en Oklahoma.

—Bien —dijo Bosch—. Podemos usar eso.

Childers aparcó a un lado de la calle cuando pasaron. Miró por el retrovisor a Bosch, porque sabía que Harry llevaba la voz cantante en el equipo que formaba con Soto.

—¿Cuál es el plan? —preguntó.

Bosch pensó un momento.

—Hemos pasado un Shamu en la gasolinera abandonada —dijo—. ¿Podemos usarlo en esto?

—¿Shamu? —preguntó Childers.

—El negro y blanco. Parecía que el tipo estaba poniendo multas.

—Shamu, como la ballena de San Diego. Me gusta eso. Sí, puedo llamarlo.

—Vale, lo traemos. Entramos todos y echamos un vistazo. Si vemos a nuestro hombre, hacemos que el agente de uniforme le pida que salga porque tenemos un problema con la bebida en la vía pública. Si eso funciona, lo metemos en el coche y Lucy y yo nos ocupamos a partir de ahí. No mencionamos Los Ángeles y usamos sus placas.

Childers asintió.

—Bien pensado.

Buscó la radio de la policía entre los asientos y se comunicó con la central para dar orden de que el coche patrulla más cercano acudiera al punto donde se encontraban. Después, desconectó y bajó el micrófono.

—¿La gente va a ser muy hostil? —preguntó Bosch.

—No tendría que pasar nada —dijo Childers—. Pero no va a haber muchas mujeres ahí dentro. La detective Soto podría generar... revuelo, no sé si me explico.

—Podré soportarlo —dijo Soto—. No he venido aquí para esperar en el coche.

El tono no invitaba al debate.

—Por mí, bien —zanjó Childers.

Esperaron diez minutos a que apareciera el coche patrulla. Childers hizo luces cuando lo vio acercarse por Garnet, y el coche cruzó al carril contrario para aparcar ventanilla del conductor junto a ventanilla del conductor. Era una patrulla de un solo hombre, típica de ayuntamientos con falta de recursos. Childers conocía al agente, pero no se molestó en presentar a Bosch y Soto, salvo para explicarle que eran de Los Ángeles. Expuso el plan de Bosch y el agente dijo que estaba listo.

Childers dio media vuelta y siguieron al coche patrulla hasta el bar. No había espacios libres en el aparcamiento. Pasaron por delante del bar, lo rodearon por detrás y luego por el otro lado. Se detuvieron cerca de la puerta, donde había un grupo de hombres de pie, bebiendo y fumando. A la mayoría de ellos probablemente ya los habían incordiado por beber fuera, porque, en cuanto vieron el coche patrulla, se apresuraron a volver a entrar.

Todos bajaron de los coches y se dirigieron a la puerta. Bosch oyó la música vibrante procedente del bar. Se colocó a la izquierda de Soto. Era una forma rutinaria para ellos de acercarse a una puerta donde no sabían qué podía haber detrás. Él era zurdo y ella diestra. Esa era la forma más segura de acercarse.

El agente uniformado medía al menos metro noventa y era fornido. Su contorno parecía aún mayor por el chaleco antibalas que llevaba bajo el uniforme. Entró en el bar el primero y empezó a abrir paso entre la multitud. Soto atrajo las miradas, como se esperaba. Bosch aprovechó esa circunstancia para examinar todas las caras, buscando una que se asemejara a la foto de diez años antes del carnet de conducir de Ojeda en California.

Tuvo suerte. Casi de inmediato, localizó a un hombre que parecía Ojeda detrás de la barra situada a la derecha de la sala. Parecía ser uno de los tres camareros, pero no estaba tomando comandas ni abriendo botellas de cerveza. Estaba apoyado contra una barra posterior, junto a la caja registradora, observando la sala abarrotada. Enseguida se fijó en Bosch y reparó en la cara blanca en un mar de rostros hispanos. Bosch supo en ese instante que probablemente lo había identificado como policía, pero dudaba que Ojeda —si es que era Ojeda— supiera que era un policía de Los Ángeles.

En ese momento, Bosch y Soto ya no caminaban uno junto al otro. La senda a través del gentío era demasiado estrecha y se movían en fila india. Soto era mucho más baja que Bosch y su visión quedaba completamente obstaculizada por la multitud. La música electrónica de baile con un ritmo latino atronaba desde los altavoces. Había pantallas planas en lo alto de las paredes y encima de la barra en las que se veía fútbol y boxeo. El olor a marihuana en el aire era inconfundible.

Bosch se inclinó hacia delante y habló en voz alta al oído de Soto.

—Está aquí. Detrás de la barra. Díselo a Childers.

El mensaje se transmitió por la fila y, cuando la pequeña tropa llegó al lado de la barra, el agente de patrulla ya tenía sus instrucciones. Hizo una seña al hombre que estaba junto a la caja y le dijo que necesitaban que saliera. El hombre dudó, haciendo un gesto hacia la multitud, como diciendo que tenía que ocuparse del negocio. El

corpulento agente se inclinó más sobre la barra y le dijo algo que resultó convincente. El hombre levantó la parte plegable de la barra y salió. Hizo una seña a uno de los camareros y se dirigió a la puerta más cercana. El agente de patrulla lo redirigió a la puerta por la que habían entrado Bosch y compañía, y todos cruzaron otra vez la sala del bar y salieron.

Fuera del bar, el hombre en el que Bosch se había fijado pasó de inmediato al ataque, dirigiendo sus protestas al hombre uniformado, aunque seguramente sabía que los de traje estaban al mando.

—¿Por qué me están acosando? Tengo trabajo aquí.

—Señor, cálmese —dijo el agente de uniforme—. Tenemos un problema que hemos de...

—¿Qué problema? No hay ningún problema.

Bosch estaba seguro de que se trataba de Ojeda y se alegró de que hablara inglés.

—Kevin, deja que hable con el hombre —dijo Childers.

El agente retrocedió y Childers se acercó, colocándose delante de la cara del camarero.

—¿Cómo se llama, señor?

—¿Por qué? ¿Por qué he de decirle mi nombre?

—Porque tenemos un problema gordo aquí, señor, y si no empieza a cooperar se va a hacer más gordo. ¿Cómo se llama?

—Francisco Bernal. ¿Vale?

—¿Lleva identificación, Francisco Bernal? ¿Carnet de conducir?

—No conduzco. Vivo detrás de la barra.

—Muy bien. ¿Tarjeta verde entonces? ¿Pasaporte?

El hombre miró a Soto con expresión de asco por el hecho de que participara de esa intimidación. Sacó la cartera y de ella un trozo de papel doblado. Se lo entregó a Childers, quien abrió el papel y lo miró con rapidez antes de pasárselo a Bosch. Se hizo a un lado para que Bosch pudiera ocuparse a partir de ahí.

Bosch observó el documento y el agente de patrulla le ayudó enfocando con su linterna. Era una fotocopia de una tarjeta de residencia permanente que identificaba al hombre como Francisco Bernal. Técnicamente, un portador de una tarjeta verde estaba obligado a llevarla encima en todo momento. Pero la realidad era que una tarjeta de residencia permanente era preciosa y difícil de reemplazar si la perdías o te la robaban. La mayoría de la gente llevaba fotocopias y guardaba los originales a salvo. Estas copias, por lo general, eran aceptadas por la policía, pero Bosch también sabía que era más fácil falsificar una fotocopia que una tarjeta verde.

Mientras Bosch examinaba el documento, varios clientes del bar salieron a ver qué estaba ocurriendo. Childers se movió agresivamente hacia ellos, señalando la puerta y ordenándoles que volvieran a entrar. Todos obedecieron con rapidez.

Bosch levantó la mirada del documento y observó al hombre que todavía creía que era Ángel Ojeda.

—Sabe que es una falta no llevar el original, ¿no?

El hombre negó con la cabeza en ademán de frustración.

—Eso es una estupidez —dijo.

Bosch se acercó a él y le mostró una hoja de papel doblada que él mismo llevaba.

—¿Esto también es una estupidez? —preguntó.

El hombre cogió el papel de la mano de Bosch y lo desdobló. Era la fotocopia del carnet de conducir de California con la vieja foto de Ojeda. Bosch captó un destello de reconocimiento en los ojos del camarero. Eso confirmó que era Ojeda.

—Acaba de mentir a un agente de policía —dijo—. Tiene lo que creo que es un documento de identidad y de inmigración falso. ¿Sabe en qué clase de problema se ha metido?

Bosch dio un paso atrás y señaló con la cabeza al agente de patrulla.

—Espóselo, Kevin —dijo.

El agente de patrulla apagó su linterna y se puso manos a la obra.

Así como todas las salas de brigada le parecían iguales a Bosch, lo mismo le sucedía con las salas de interrogatorios: siempre austeras, cubos brillantemente iluminados para infundir impotencia en aquellos que esperaban a ser interrogados. De esta surgían el compromiso y la cooperación. Bosch había dejado que Ojeda se consumiera durante casi una hora antes de entrar en la sala. El plan era que Harry lo intentara primero. Si eso no funcionaba, Soto lo sustituiría y trabajaría al testigo desde un ángulo diferente. Ella estaría observando el intento de Bosch en otra sala.

Ojeda estaba sentado a una mesa pequeña. Al verlo en la luz fría de la sala, Bosch se dio cuenta de que era un hombre atractivo con un buen pelo negro, piel suave y constitución delgada. Había cautela o tristeza en sus ojos oscuros. Cuando Bosch retiró la silla para sentarse frente a él, arrojó la fotocopia de Ojeda de una supuesta tarjeta verde en la mesa.

—¿Cómo quiere que lo llame, Ángel o Francisco? —preguntó.

—Quiero que llame a un abogado —respondió Ojeda—. Conozco mis derechos. Bosch asintió.

—Tiene derecho a un abogado, pero ¿sabe lo que ocurre cuando llama a un abogado? Lo meten en el calabozo, avisamos a Inmigración y no hay fianza en el mundo para eso.

Una expresión de dolor apareció en el rostro de Ojeda.

—Sí —dijo Bosch—. Lo hemos comprobado con Inmigración y sabemos que su fotocopia es falsa. Puede limpiarse el trasero con ella, no sirve para otra cosa.

La mayor parte era un farol. Las posibilidades de conseguir una confirmación de Inmigración en un viernes casi a medianoche en Tulsa eran prácticamente nulas. Sin embargo, Bosch estaba seguro de que Ojeda no poseía una tarjeta verde válida bajo el nombre de Francisco Bernal. Una tarjeta legítima habría implicado una comprobación de huellas dactilares por parte de Inmigración, lo cual habría revelado su nombre verdadero.

—Lo que ocurre es que después de que esté en prisión durante más o menos un mes, finalmente tendrá una vista ante un juez —continuó—, pero no hay mucho que pueda hacer cuando ha falsificado papeles. No hay defensa para eso, amigo mío. Así que lo embarcan de vuelta a Chihuahua.

Dejó que eso calara un momento antes de continuar.

—Por eso tengo que preguntarle, ¿de verdad quiere manejar esto así? En ese caso, solo diga que sí con la cabeza y lo llevaré al calabozo e incluso le dejaré una moneda de un cuarto de dólar para que llame a ese abogado que no puede ayudarle.

Ojeda cruzó los brazos. Le habían quitado las esposas antes de meterlo en la sala. Era una pequeña insinuación de que querían algo de él, de que podría haber una negociación. Obviamente, la insinuación había sido demasiado sutil, porque él pidió un abogado desde el primer momento.

—Solo yo puedo ayudarle —dijo Bosch.

Ojeda ya estaba empezando a ver la jugada.

—¿Qué quiere? —preguntó.

Bosch se agachó y sacó la placa de su cinturón. Entonces la dejó en la mesa para que Ojeda pudiera leerla. Todavía con los brazos cruzados, se inclinó hacia delante al hacerlo.

—¿Los Ángeles? ¿Por qué está aquí?

—Sabe por qué, Ángel.

—No. No he estado en Los Ángeles desde...

—Orlando Merced está muerto.

Ojeda levantó la cabeza para mirarlo. No lo sabía, no se había enterado.

—Murió hace tres días y murió por culpa de esa bala que tenía en la columna. La bala que le dispararon a usted.

Ojeda se enderezó en la silla y miró a Bosch.

—Hace diez años nos mintió, Ángel. Mintió por omisión. ¿Sabe lo que significa? Que no nos dijo toda la verdad, que no nos contó todo lo que sabía.

—No sé nada.

—Sí, lo sabe todo. No nos lo contó y...

—¡No!

—... es obstrucción a la justicia. Pero eso fue entonces. Ahora es un asesinato, y si no nos ayuda estará colaborando con un asesino, y eso es completamente diferente. Eso es lo que se llama complicidad *a posteriori*. Cómplice de asesinato. Y eso significa que no lo enviarán a Chihuahua antes de que cumpla condena en una prisión de California.

—No, esto es una locura.

—¿Quién le disparó, Ángel? ¿Quién lo hizo huir a Oklahoma y cambiarse el nombre?

Ojeda negó con la cabeza como si estuviera tratando de impedir que las palabras de Bosch entraran en sus oídos.

—Nadie me hizo hacer nada. Se equivoca. Cambié mi nombre porque mi tío tenía el bar y quería que viniera y actuara como su hijo. Así que tomé su nombre, eso es todo.

Bosch se estiró sobre la mesa y recogió la placa. Se la sujetó en el cinturón. Era un movimiento que le daba tiempo para pensar qué dirección tomar. Pensó en el nombre del registro del Hotel Mariachi y sabía que podía ganar un poco de tiempo con eso.

—¿Quién es Rodolfo Martín? —preguntó.

Ojeda negó con la cabeza otra vez y pareció confundido.

—No lo sé. Nunca había oído ese nombre.

—Estaba en el hotel del otro lado de la plaza. Disparó y usted lo vio. Lo tenemos en vídeo, Ángel. Por eso huyó. Vio al hombre con el arma y vio que lo apuntaba.

¡Merced recibió ese balazo!

—No. No vi a nadie. Yo...

—¿Quién es Rodolfo Martín?

—¡No lo sé!

Bosch se calmó y continuó en un tono más tranquilo.

—Tiene que empezar a contarme toda la historia o no podré ayudarle. Cuénteme lo que pasó.

Por primera vez, Ojeda asintió en lugar de negar con la cabeza. Bosch supo entonces que iba a funcionar. Iba a sincerarse. Esperó y, finalmente, Ojeda habló con la cabeza baja y la mirada fija en la mesa.

—Cuando era músico tenía mujeres. Mujeres bonitas. Tengo mujeres ahora en el bar, pero no son iguales.

No era lo que Bosch esperaba oír, pero asintió. Lo creía. Ojeda era un hombre sumamente atractivo y músico, al menos entonces. La hija de Bosch le había hablado no hacía mucho de un estudio que había encontrado en Internet que informaba de que las mujeres eran más propensas a dar su número de teléfono a un hombre que se acercaba a ellas con el estuche de un instrumento musical que a un hombre con un maletín.

—Vale.

—Y entonces estuve con la mujer que no debía y ocurrió todo esto.

Bosch había esperado que se tratara de drogas y no de una mujer.

—Entiendo, hábleme de la mujer. ¿Quién era? ¿Dónde la conoció?

Ojeda se rascó la nuca al hablar.

—Hicimos un bolo. Fue en una casa grande. Era como un castillo en la montaña y había una gran cena en honor a alguien especial con mucha gente. La conocí allí. Al final, cuando estábamos guardando los instrumentos, salí a echar un cigarrito. Ella estaba allí y fumamos. Me dio su número de teléfono y me dijo que debería llamarla.

—¿Y lo hizo?

—Era hermosa. La llamé.

—¿Estaba casada?

Ojeda asintió.

—Estaba casada con el dueño de la casa. Un hombre muy poderoso. Muy rico. La gente decía que era el rey del cemento. Era su casa.

—Estaba casada con este rey con un castillo, pero quería que la llamara.

Bosch no lo planteó como una pregunta, sino resumiendo sucintamente la historia de Ojeda y subrayando su aparente absurdidad.

—Ella me dijo (eso fue después), me dijo que se sentía sola, pero que no podía marcharse porque su marido era peligroso. Era muy poderoso y tenía todo el dinero. Le hizo firmar un papel por eso.

—Un contrato prematrimonial. ¿Cuándo fue exactamente ese bolo donde la conoció?

—No lo sé. No lo recuerdo.

—¿Cuánto antes del disparo?

—No estoy seguro. Pero, sí, antes. Evidentemente.

—¿Estaba con la nueva banda? ¿Los Reyes Jalisco?

—Sí, con ellos.

—Vale, entonces ¿seis meses antes del ataque? ¿Un mes?

—Unos tres meses. Más o menos.

—¿Y está diciendo que empezó una aventura con esta mujer?

Ojeda asintió.

—¿Cuánto duró?

—Ah, muchas semanas.

—¿Y el marido lo descubrió?

Otro asentimiento.

—Vino a mi casa y me amenazó. Dijo que me mataría si no lo dejaba..., eh, con su mujer.

—¿Lo dejó?

Ojeda apartó la mirada y luego negó con la cabeza.

—No. La quería mucho.

La última parte sonaba falsa, como si formara parte de un sistema de excusas que Ojeda había reunido y alimentado durante diez años. Era una cuestión de amor, se había dicho a sí mismo, no de deseo carnal, no del deseo de cualquier hombre de coger lo que tiene a mano. Su deseo, en última instancia, destruyó la vida de un hombre. Tenía que existir una razón válida.

—¿Y a ella? ¿A ella le dijo que lo dejara?

—Lo hizo, pero no lo dejamos.

Ojeda inclinó la cabeza como reconociendo que su decisión había tenido consecuencias fatales.

—¿Cuánto tiempo pasó entre que el marido le advirtió y el día que hirieron a Merced en la plaza?

—No mucho. ¿Un mes?

—No me lo pregunte. Dígamelo. ¿Cuánto tiempo?

—Un mes.

Bosch se recostó y miró a Ojeda, tratando de valorar lo que estaba oyendo y la veracidad de la historia.

—¿Cómo se llamaba ella?

—María.

—El nombre completo.

—María Broussard. Pero era mexicana. Se apellidaba Fuentes antes de casarse.

—¿Y el nombre del marido?

—Bruce.

—Bruce Broussard. ¿Está seguro?

—Así lo llamaba ella.

—Vale, ¿y dónde estaba esa gran casa donde se hizo la fiesta? El castillo.

—En la montaña. Ocupaba toda la ladera.

—¿Cuál era la dirección?

—No lo sé. Solo estuve una vez. Y estaba en la parte de atrás de la furgoneta cuando fuimos.

—Las otras veces, cuando estaban juntos, ¿se veía con ella en otro sitio?

—Sobre todo en hoteles. Una vez vino a mi casa.

—¿Qué hoteles?

—Muchos hoteles, en todas partes. Nos vimos una vez en el Universal. Y ese hotel del centro con ascensores de cristal en el exterior del edificio.

—¿Sabía quién era desde el principio? Quiero decir, que estaba casada y que aquella era su casa.

Ojeda dudó.

—No mienta —dijo Bosch—. Si me miente una vez sobre cualquier cosa relacionada con este asunto, tendremos un gran problema.

—Sí, lo sabía —respondió Ojeda.

—¿Los otros músicos de la banda sabían lo de usted y ella?

—No, era secreto. Solo ella y yo.

—¿Cómo lo descubrió su marido?

—No lo sé.

—¿Se lo dijo ella?

—No. Creo que la siguió. O hizo que alguien la siguiera.

—¿Quién es Rodolfo Martín?

—Le he dicho la verdad. No lo conozco.

Bosch sabía que el nombre muy probablemente era falso. No das tu verdadero nombre cuando te registras en una habitación de hotel para usarla como nido de francotirador. Pasó a otra cosa.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con María Broussard?

—Hace diez años. Después del día que dispararon a Orlando, la llamé y le dije que sabía lo que había ocurrido. Luego nunca volví a verla.

—¿Le contó que sabía que la bala que recibió Merced estaba destinada a usted?

—Sí.

—¿Qué dijo ella?

—Dijo que no me creía. Dijo que yo era un mentiroso. Así que eso fue todo.

Bosch no había tomado notas. Sabía que Soto estaba observando y escribiendo y que Childers había preparado una cámara.

Tenía una pregunta final por el momento.

—Ha dicho que la fiesta en la que la conoció era para una persona muy especial. ¿Quién era?

—No recuerdo su nombre. Se presentaba a la alcaldía y en la cena cobraban a la

gente para recaudar fondos.

Bosch se quedó sentado y miró a Ojeda. De pronto, comprendía mejor las razones de que hubiera desaparecido y cambiado de nombre. Tanto si había obedecido al amor como si solo se trataba de un deseo humano básico, sus elecciones lo habían llevado a las aguas oscuras donde se arremolinan la política y el asesinato.

—¿Era Armando Zeyas el que estaba en la cena? ¿Era él el hombre especial?

Ojeda negó con la cabeza.

—No, no era él.

—¿Está seguro? ¿Recuerda lo que he dicho de mentir?

—Estoy seguro. No era él. A él lo conozco. Tocamos en su boda. Fue otra persona que quería ser alcalde. Era un tipo blanco.

Uno de los oponentes de Zeyas. La relación no era tan directa, pero Bosch todavía sentía que las aguas oscuras iban subiendo.

Bosch encontró a Soto sentada en la sala de vídeo, donde había observado la entrevista de Ojeda. Estaba sola. Tenía una bolsa abierta de patatas fritas de la máquina. Eso le recordó a Bosch que no había comido desde el sándwich de carne de Dallas.

—¿Dónde está Ricky?

—Se ha ido hace una media hora. Ha dicho que tenía cosas de las que ocuparse, pero que estaría cerca por si lo necesitábamos. Muy bien ahí dentro.

Bosch agarró la bolsa y metió la mano para coger una patata. Soto no protestó.

—Gracias.

—Ricky se ha quedado hasta que has convencido a Ojeda. Ha dicho que eras un auténtico inquisidor y que no necesitabas su ayuda. ¿Qué significa eso?

Bosch se encogió de hombros.

—No lo sé. Parece demasiado joven para haber estado en Vietnam.

—¿Qué significaba eso en Vietnam? Mi abuelo estuvo en Vietnam.

—¿Tu abuelo? Eso me hace sentir bien.

Soto le quitó la bolsa de patatas, fingiendo enfado por el hecho de que no se la hubiera devuelto.

—Cómprate una, hay máquinas en el pasillo. Mi abuelo era mucho mayor que tú y pasó la vida en los Marines, lo creas o no. ¿Qué significaba?

—Estaban esos tipos de la CIA a los que llamaban «inquisidores». Pero ellos usaban lo que llamaban métodos y herramientas de interrogación «mejorados».

—¿Quieres decir helicópteros? Sí, mi abuelo contó algunas historias.

Su recuerdo amenazó con desencadenar los de Bosch y era lo último que necesitaba en ese momento. Volvió a centrar la discusión en el tema.

—¿Cuánto de esa última parte de la entrevista has escrito en tus notas?

—Todavía nada.

—Bien. Vamos a mantenerlo *off the record* por ahora.

—¿Por qué?

—Porque es una puerta caliente y hemos de tener cuidado. Nunca abres la puerta de una habitación en llamas. Te acercas con cautela y... —Se detuvo cuando se dio cuenta de lo que estaba diciendo—. Lo siento, no quería...

—No pasa nada —le tranquilizó Soto—. Lo entiendo. Podemos mantenerlo fuera del informe, pero ¿qué pasa con el vídeo? ¿No querrás borrarlo?

—No, llevamos el vídeo, pero el capitán no lo mirará. Solo leerá nuestro informe y no quiero que conozca esa parte todavía.

—Entendido.

—Bien. ¿Qué pasa con el nombre? Bruce Broussard. ¿Has oído hablar de él? Soto negó con la cabeza.

—Me suena, pero no sé de qué —dijo ella—. ¿A ti?

—No.

—Parece un pez gordo, el rey del cemento. ¿Crees a Ojeda? Lo de que él y la mujer del marido rico se enamoraran.

Bosch pensó un momento y luego asintió.

—Por el momento sí. Podría haber amor por parte de él. ¿La mujer? Todavía no lo sé. Pero no hablemos de esto con nadie. Nada en los informes, nada a tus amigos, ni aunque lleven placa. Primero descubramos más sobre María Broussard.

—¿Qué le dirás al capitán? Querrá saber qué ha conseguido con el dinero de enviarnos aquí.

—Escribiré los informes y dejaré al margen el nombre de Broussard por el momento. Sé cómo hacer que dé la impresión de que ha merecido la pena el gasto. Hemos de intentar coger un avión a primera hora de la mañana.

—Buscaré en Internet. ¿Qué pasa con Ojeda?

Bosch tuvo que pensar en eso un momento. Dejar marchar a Ojeda siempre podía resultar en que volviera a huir. Era un riesgo que tendrían que correr. Retenerlo por falsificar un documento de identidad y tarjeta verde era una buena forma de poner a un potencial testigo contra la acusación. Señaló al equipo de grabación que se alineaba a un lado de la sala.

—Tenemos el vídeo de la entrevista. Cogemos eso y escribimos una declaración. Una declaración que incluya la historia completa. Le hacemos que la firme y luego lo dejamos en libertad. Lo mantenemos todo fuera del expediente por ahora. Por si acaso.

—Por si acaso... ¿qué?

—Cualquier cosa.

El sábado por la mañana, Bosch y Soto tomaron el primer avión a Dallas, donde la compañía aérea los había puesto en listas de espera para los siguientes tres vuelos a Los Ángeles. Habían pasado poco más de doce horas en Tulsa y en total habían gastado menos de mil dólares de las arcas municipales. Considerando la información que les había proporcionado Ojeda, Bosch pensaba que el gasto estaba más que justificado.

Tuvieron suerte en Dallas y encontraron sitio en el primer vuelo. Después redoblaron la suerte cuando el capitán del avión, que había sido rutinariamente informado de que dos agentes policiales armados estarían en el vuelo, les ofreció asientos de primera clase, aunque en filas separadas. Bosch se sentía avergonzado con su bolsa de Cousin's en un entorno tan lujoso, donde el auxiliar de cabina le explicó que se serviría una comida de cortesía. Cuando vio a un soldado con ropa de camuflaje dirigiéndose por el pasillo hacia la parte posterior del avión, Harry le pasó la bolsa de Cousin's y le dijo que era el mejor sándwich de carne que probaría nunca. El soldado cogió la bolsa.

—Ya lo veremos, señor —dijo—. Soy de Memphis.

Bosch asintió. Una vez había pasado una semana en Memphis en un caso y un detective local lo había llevado cada día a un restaurante de barbacoas diferente.

—¿Con salsa o seco? —preguntó al soldado.

—Seco, señor.

—¿El Rendezvous?

—Exacto, señor.

Bosch asintió y el soldado continuó por el pasillo. La mujer que estaba sentada detrás le preguntó si iba a regalar algo más y Harry se puso colorado.

Bosch estaba en la tercera fila de la cabina y Soto en la primera. El piloto se había asegurado de que tenían asientos de pasillo para que pudieran actuar y moverse con rapidez en caso de que se presentara un problema. No era la primera vez que Bosch recibía ese trato. La mayoría de las tripulaciones que había encontrado agradecían una presencia armada cerca de la cabina.

Mientras esperaban por un retraso menor antes de la partida, Bosch se puso auriculares y escuchó música que había descargado de un documental sobre el saxofonista Frank Morgan. El filme incluía un concierto de homenaje en San Quintín, donde Morgan había permanecido encarcelado durante años antes de su regreso al mundo del *jazz*. La banda de tributo estaba compuesta por músicos que habían trabajado con Morgan o lo habían admirado, y el homenaje dio como resultado una actuación formidable. Bosch escuchó dos veces seguidas el estándar de Dizzy Gillespie *The Champ*. Su parte favorita era el momento en que Delfeayo Marsalis y Mark *el Predicador* Gross alternaban solos de trombón y saxo.

Después de que el avión despegara, Bosch paró la música y se puso a trabajar. Él

y Soto se habían repartido los expedientes y él todavía tenía los archivos de la investigación del incendio del Bonnie Brae. Sentado junto a una mujer que parecía una joven ejecutiva de Hollywood, a Bosch le preocupaba abrir las carpetas y posiblemente revelar fotos de víctimas en la escena o posterior autopsia. Decidió sacar de una de las carpetas el sobre más grueso de la cobertura del caso en los medios y empezó a leer los artículos de prensa sobre el incendio letal.

El paquete estaba lleno de recortes doblados y amarillentos, tan frágiles como el organigrama jerárquico de la banda que había desplegado el día anterior. Los papeles se rasgaban por los pliegues pese a que Bosch los abría despacio y con cuidado. Era algo que ocurría a menudo cuando revisaba archivos viejos, y tenía la costumbre de pegar las partes separadas en papel de carnicero —siempre había un rollo en la sala de brigada— con el fin de limitar la desintegración y poder volver a doblar los recortes.

Como cabía esperar, el incendio del Bonnie Brae recibió una tremenda cantidad de atención del *Los Angeles Times*. El contenido del paquete de los medios podía dividirse en dos. La primera mitad contenía artículos sobre el incendio y lo ocurrido inmediatamente después y la segunda reunía artículos sobre la investigación que parecían haberse publicado a intervalos casi regulares: seis meses después, un año, cinco años y diez años después. Aparentemente, los editores del periódico o bien habían perdido una oportunidad de hacer un artículo a los veinte años o consideraban que ya no era noticiable. El último artículo del paquete era el del décimo aniversario.

Después de determinar lo que tenía, Bosch empezó por el principio. El primer día, el *Times* estaba dedicado casi por completo al incendio. Desplegó una primera página entera que contenía tres fotos y el inicio de tres artículos. En el bloque de fotos había otras dos imágenes más pequeñas que mostraban a residentes saliendo apresuradamente del edificio de apartamentos lleno de humo y a dos mujeres que se abrazaban en la calle, con las caras tiznadas de hollín, expresión de angustia absoluta y el rastro de las lágrimas. La imagen principal, más grande, situada a la derecha de las otras dos y en el centro, era de un bombero que salía del edificio con una niña en brazos, cuyos miembros colgaban lánguidos y aparentemente sin vida. El bombero no había esperado a salir del edificio para empezar las medidas de reanimación cardiorrespiratoria. Estaba insuflando aire en la boca de la niña mientras salía del edificio. Bosch leyó el pie de foto, pero este no identificaba al bombero ni a la niña y no decía si la niña había sobrevivido. Miró otra vez la foto con atención y luego dos filas más adelante, donde apenas podía distinguir la coronilla de Soto por encima del respaldo del asiento. Se preguntó si sería ella la niña de la foto.

Se había fijado en que, desde que había empezado a trabajar con ella, habían contado con muchos pequeños golpes de suerte. Solo en las últimas cuarenta y ocho horas en el caso se había sentido afortunado varias veces, desde que les tocara como jueza de guardia para las órdenes de registro Sherma Barthlett, siempre benévola con la policía, a que Ricky Childers estuviera en la comisaría de Tulsa cuando ellos

llegaron o conseguir asientos de primera clase en su vuelo de regreso. Sentía en muchos aspectos que estaba en racha y eso desafiaba la ley de porcentajes, que decía que unas veces se gana y otras se pierde. Todo eso hizo pensar a Bosch en si la suerte era algo aleatorio o algo que podía acompañar a alguna persona a lo largo de toda su vida, convirtiéndola incluso en superviviente de un incendio letal o de un tiroteo mortífero a las puertas de una licorería. Tal vez *Lucky Lucy* era más que un apodo. Y tal vez la suerte que llevaba consigo era contagiosa.

—Vaya, eso sí que es una noticia vieja.

Bosch se volvió. La mujer sentada a su lado estaba mirando la página amarillenta y cuarteada que él sostenía. Bosch sonrió y asintió con torpeza.

—Sí, supongo que sí —convino.

—¿Qué está haciendo? —preguntó la mujer.

Bosch la miró.

—Lo siento —se disculpó ella—, soy un poco cotilla. Parece interesante.

—Solo estoy revisando algo que ocurrió hace mucho tiempo.

—Ese incendio. —La mujer señaló las fotos de la primera página del periódico.

—Sí —dijo Bosch—, pero no puedo hablar de eso. Es una cuestión privada.

—¿Puede decirme solo esto? —insistió la mujer—. ¿Esa niña sobrevivió?

Bosch miró la foto un momento ante de responder.

—Sí. Tuvo suerte.

—Y tanto.

La mujer volvió a leer su guion y Bosch se centró en los artículos de la primera página. En el rincón superior derecho estaba el que contenía lo esencial de lo ocurrido; al menos en la medida de lo que se conocía en el día del incendio. Había un aparte a una columna con el titular:

Las guarderías ilegales proliferan

Bosch suponía que el propósito del artículo era mostrar una relación causal entre el incendio y las muertes ocurridas en la guardería del sótano del edificio. Presumiblemente, un local homologado tendría múltiples vías de salida en el caso de un incendio, y los niños habrían escapado, pero el tono del artículo parecía dar a entender que los niños de alguna manera habían propiciado sus propias muertes al estar en una guardería ilegal.

El tercer artículo era una investigación del registro de inspecciones de salud y seguridad del complejo de doscientos diez apartamentos, que estaba repleto de infracciones en la última década. El artículo también destacaba que el complejo pertenecía a una inmobiliaria que poseía varios grandes edificios más en la zona, los cuales también ofrecían alquileres bajos y acumulaban numerosas infracciones de las

leyes de salud y seguridad. El artículo, escrito antes de que se supiera que el incendio fatal había sido provocado, parecía tener la intención de preparar al lector para la eventual conclusión de que el fuego se había iniciado porque se había pasado por alto alguna norma.

Los artículos continuaban en el interior, donde había más despieces de una columna y dos páginas de fotografías de la escena. Bosch vio también un recuadro bordeado de negro que enumeraba los nombres de todos los periodistas que trabajaban en la cobertura del fuego por parte del periódico. Bosch contó veintidós nombres y eso le hizo añorar el viejo *Los Angeles Times*. En 1993 era grande y poderoso: gruesos ejemplares llenos de anuncios y artículos producidos por un equipo de algunos de los mejores y más brillantes periodistas en su campo. En la actualidad, el periódico parecía haber pasado unas sesiones de quimioterapia: delgado, inestable y consciente de que lo inevitable no podría retrasarse eternamente.

Bosch tardó casi una hora solo en leer los artículos y estudiar las fotografías de la sección A. Nada de lo que leyó le dio ninguna idea para manejar el caso de una manera diferente. El único lugar donde la cobertura del *Times* se acercaba a lo que finalmente sería el foco de la investigación original era un artículo que hacía un perfil del barrio y mencionaba La Raza como la banda dominante de Pico-Union. Citaba una fuente policial anónima que calificaba Bonnie Brae Street de mercado de drogas donde abundaban la cocaína en roca y una heroína de México negra como el alquitrán.

Bosch se fijó en que Soto se estaba levantando de su asiento con su ordenador abierto. Enseguida dobló el periódico y lo guardó debajo de la pila de otros recortes por si acaso ella no quería ver las fotografías.

Soto se acercó a la fila de Harry, con su ordenador portátil. Vio la pila de recortes de periódico amarillentos.

—¿Estás leyendo todo eso? —preguntó.

—Sí —confirmó él—. Nunca se sabe, en ocasiones sacas alguna idea. Ves una cita de alguien o lo que sea. He escrito algunos de los nombres de personas que estaban allí ese día, periodistas y residentes. Podría valer la pena llamar por teléfono y ver qué recuerdan.

—Vale.

Bosch señaló con la cabeza al ordenador de Soto.

—Bueno, ¿qué pasa?

Soto dejó el ordenador encima de los recortes de periódico para que Harry pudiera ver la pantalla.

—Estoy usando el wifi y creo que he encontrado a Broussard.

Bosch se volvió en su asiento para bloquear la posible mirada curiosa de su compañera de fila y miró la pantalla. Se dio cuenta de que estaba viendo la versión digital del *Los Angeles Times*. Era un artículo fechado nueve años antes sobre el nombramiento de Charles *Brouss* Broussard a la Comisión de Parques y Recreación

por el recién elegido alcalde Armando Zeyas. Era un breve, porque la comisión que supervisaba los parques de la ciudad no generaba grandes noticias. El perfil de Broussard lo describía como un hombre de negocios de la ciudad que había sido un importante benefactor de políticos locales durante muchos años. La foto que acompañaba el texto era una imagen tomada en la noche de la elección del alcalde y mostraba a Zeyas con su brazo en torno a los hombros de Broussard. Cerca había una mujer sonriente que se identificaba como María Broussard. Era mucho más joven que su marido.

—Buen trabajo —dijo Bosch sin mirar a Soto.

Inclinó la pantalla del ordenador otra vez para poder ver mejor la foto. Estudió a Broussard con atención. Era un hombre corpulento, de unos cuarenta años en el momento de la foto y un traje de aspecto caro. Lucía una barba poblada y salpicada de gris, como si un chorro de lejía se hubiera filtrado desde las comisuras de su boca y hubiera dejado un rastro de pelo blanco hasta la mandíbula.

Soto se inclinó para no tener que hablar en voz alta.

—Pero Ojeda dijo que el acto para recaudar fondos donde conoció a María no era por Zeyas —dijo.

Bosch asintió. Era una discrepancia en la historia.

—O bien Ojeda ha mentado, o bien Broussard cambió de bando —concluyó—. Hemos de descubrir qué pasó.

La víspera habían llegado cada uno en su coche al LAX, porque desconocían las circunstancias de su retorno y Soto vivía al sur del aeropuerto en Redondo Beach, mientras que Bosch vivía en la dirección opuesta, en las colinas con vistas al paso de Cahuenga.

Aterrizaron a las 9.30, y al caminar hacia las puertas de salida de la terminal 4, discutieron la agenda y acordaron que se reunirían en la oficina a la mañana siguiente a las ocho y trabajarían medio día. El plan era perfecto para Bosch, porque el sábado era sagrado para que su hija recuperara horas de sueño. Si nadie la molestaba, dormiría hasta mediodía y luego querría desayunar. Bosch podría trabajar cuatro buenas horas en sus casos antes de reunirse con Maddie.

Cruzaron los carriles de recogida del aeropuerto, entraron en la estructura del aparcamiento y luego separaron sus caminos. Bosch estaba excitado. El corto viaje había sido extremadamente provechoso en términos de recogida de información y había dado un nuevo impulso al caso. Hasta el vuelo de regreso había sido productivo. Soto había identificado al siguiente objetivo de la investigación, Charles Broussard.

Mientras Bosch iba conduciendo por Century Boulevard después de salir del aeropuerto, pensó en algo que decidió que no debería esperar, ni siquiera hasta la mañana siguiente. Sacó su teléfono y llamó al número de su hija. Maddie respondió de inmediato.

—¿En qué andas? —preguntó él.

—Acabo de levantarme —dijo Maddie.

—¿Tienes algún plan para hoy?

—Deberes.

—Es un día hermoso. Tendrías que salir a divertirte.

—¿Quieres decir que ya has vuelto?

—Acabo de aterrizar. Pero puede que tenga que pasar por comisaría. Estaré en casa antes de comer.

—Papá, dijiste que volverías el domingo.

—Dije que pensaba que estaría en casa el domingo. ¿Qué hay de malo en volver a casa un día antes?

—Tengo una cita esta noche porque pensaba que no estarías aquí.

—¿Te refieres a una cita en casa? —No logró eliminar el tono de preocupación.

—No —dijo ella con rapidez—. Quiero decir que le dije que sí a este chico, porque creía que no estarías en casa. Lo llamaré y le diré que he cambiado de opinión.

—No, mira, no lo hagas. Sal. Diviértete. ¿Quién es el chico? ¿Cómo se llama?

—No lo conoces. Se llama Jonathan Pace y lo conozco de los exploradores.

—¿No será el sargento al mando?

Se había producido un escándalo en una ocasión y Bosch la había avisado.

—No, papá, ¡qué asco! Tiene diecisiete años, como yo.

—Pero ¿sabe que tu padre es policía?

No era la primera cita de su hija, aunque tampoco había tenido muchas. Bosch quería que Maddie informara a todos sus pretendientes de que su padre era un detective de policía que siempre llevaba pistola: enviaba un mensaje bien claro.

—Sí, sabe exactamente quién eres y qué haces. También quiere ser detective.

—¿En serio? Parece que es un buen partido. ¿Cuándo te vas?

—Hemos quedado en el Grove a las siete para ver una película.

—¿Solos?

—No, con otros exploradores.

—¿Chicos y chicas?

—Sí.

—Vale, estaré en casa antes de que te vayas. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Hay una librería allí al lado de los cines. ¿Por qué no vais también allí?

—Papá.

Habían alcanzado un nivel donde ella podía simplemente decir «papá» y Bosch lo interpretaba como un sinónimo de «basta». Era una de esas ocasiones.

—Perdona, creía que los libros eran divertidos.

—Es sábado por la noche. No vamos a ir a leer a una librería. Queremos divertirnos un poco. Leemos libros toda la semana en el instituto. He de leer para hacer los deberes ahora mismo.

—Está bien, entendido. ¿Jonathan Pace participará en la operación del martes?

—Sí, todos.

—Vale. Entonces puede que lo vea.

—Papá, ¡ya has dicho que no ibas a venir! Sería una vergüenza que mi padre tuviera que venir a controlarnos como si fuéramos niños.

—Vale, vale, mensaje recibido. No estaré allí si no quieres que vaya. Ten mucho cuidado esta noche. Te veré dentro de un rato.

Después de colgar, Bosch llamó a información telefónica para conseguir el número de la sala de redacción del *Times*. La operadora estableció la conexión y mientras él esperaba que transfirieran la llamada, giró en la rotonda de acceso a la 405 Norte. En función de cómo fuera esa llamada, o bien tomaría la autovía por el paso de Sepúlveda hasta Mulholland, o bien se dirigiría al este por la 10 hacia el centro y el EAP.

Respondió alguien que no se identificó.

—Sala de redacción.

—Sí —dijo Bosch—. Estoy buscando a Virginia Skinner.

—Tiene el día libre hoy. ¿Quiere dejarle un mensaje?

—¿Puede transmitírselo? No tengo su número aquí. He de hablar con ella hoy y

seguro que ella querrá hablar conmigo.

Hubo una breve pausa y luego una respuesta.

—Lo intentaré, pero no puedo prometerle nada. ¿Cuál es el mensaje?

Bosch dio solo su nombre de pila y su número, y el mensaje era que Skinner tenía que llamarlo ese día o se perdería la historia.

—¿Nada más?

—Nada más.

Bosch colgó. Virginia Skinner era una de las pocas periodistas veteranas del *Times* que quedaban en la sala de redacción. Bosch la conocía porque veinte años antes, cuando Skinner tenía casi treinta y había conseguido un puesto en el *Times* después de trabajar hasta entonces en periódicos menores, la pusieron en la crónica policial. Skinner no tenía especial interés en esos asuntos, pero era el punto de partida y ella era lo bastante buena para saber que cuanto mejor lo hiciera, más deprisa ascendería al siguiente nivel.

Skinner tenía razón y era buena, y en dos años pasó al siguiente nivel, que era el ayuntamiento. Ocuparse de la política y el Gobierno local y del estado era lo que ella siempre había deseado y allí se había quedado hasta la fecha. Virginia se había especializado en hacer perfiles políticos en los que normalmente desnudaba a los candidatos y aniquilaba sus opciones de ser elegidos.

Pero, durante esos primeros dos años, Bosch le cogió cariño por su precisión y justicia. Skinner se había cruzado en su camino en varios casos, y él había hablado con ella *off the record* sin salir nunca escaldado. En los años siguientes, tuvieron un contacto mínimo, pero siempre había algún que otro caso donde la policía y la política se cruzaban. Ella llamaba y él le contaba lo que sabía y lo que podía decir. A Bosch desde luego no le gustaba la idea de ser la fuente de ningún periodista, pero al menos nunca había tenido motivos para desconfiar de Virginia Skinner. Tenía su número de teléfono, pero estaba escondido en su escritorio. No era tan estúpido como para llevarlo en la lista de contactos de su teléfono. Si su teléfono caía alguna vez en malas manos y se revelaba que tenía una conexión directa con ella, las ramificaciones en el departamento podrían poner en peligro su carrera. A los mandos no les gustaba que se simpatizara con la prensa, y menos con el *Los Angeles Times*.

Mientras conducía, Bosch trató de recordar la última vez que había hablado con Skinner y sobre qué. No fue capaz. Probablemente habían pasado dos o tres años.

Ella no lo había llamado cuando llegó al punto de la autovía donde debía decidir qué camino tomar. Puesto que su hija estaría fuera esa noche, podía cambiar el orden de las cosas e ir a casa para pasar un rato con ella. Luego volvería al EAP para trabajar de noche. Sopesó esa decisión mientras se acercaba a los carriles del desvío en dirección este y entonces lo salvó el teléfono. Una llamada entrante que ponía «número privado». Puso el teléfono en altavoz y respondió.

—Harry, soy Ginny Skinner. ¿Qué es tan importante un sábado?

—Gracias por llamar. Empecemos por decir que todo esto es *off the record*. No

puedes escribir nada de esto.

—No sé de qué se trata, así que es difícil que lo acepte.

Era la trampa típica con todos los periodistas. No estarían de acuerdo en contener algo hasta que supieran de qué se trataba. ¿Y si después de saber cuál era la historia decían que no podían guardársela? Bosch tenía que elegir con cuidado sus palabras.

—Bueno, ¿sabes que trabajo en Casos Abiertos?

—Sí, y también leo mi propio periódico. Sé que estás en el caso del mariachi.

Bosch frunció el ceño. Esperaba que ella no supiera en qué caso estaba.

—Estoy trabajando en muchos casos, Ginny. Ya lo sabes.

—Bueno, al grano, pues, Harry. Es sábado y hace buen día. Mañana cumpla cincuenta y quiero tomarme un margarita antes de que eso ocurra. ¿Qué quieres?

—¿En serio? ¿Tú? ¿Cincuenta?

—Sí, de verdad, y es todo lo que tengo que decir. Ni siquiera debería haberlo mencionado. ¿Qué necesitas?

—Bueno, vosotros escribís sobre finanzas de campaña y todo eso. ¿Guardáis todos esos registros de elecciones pasadas?

—Depende de hasta cuándo quieras remontarte y de qué elecciones se trate. ¿De qué estamos hablando aquí?

—Me gustaría ver la lista de donaciones de las últimas tres elecciones a la alcaldía.

Pensó que, al extender la red que estaba lanzando, sería más difícil que ella descubriera cuál era su verdadero objetivo.

—Oh —dijo ella—. Es mucho. Tenemos todo eso informatizado, pero no estás pidiendo buscar una aguja en un pajar, sino todo el pajar. Tendrás que contarme lo que quieres de verdad, Harry. Has de ser más específico.

Bosch consideró colgar y esperar hasta el lunes para conseguir la información que necesitaba por los canales apropiados. Pero su urgencia para mantener el caso en movimiento se impuso y trató una vez más de llegar a un acuerdo.

—No puedo ser más específico si no aceptas que sea *off the record*. Por ahora. Desde luego, serás la primera en enterarte cuando se llegue a algo.

—¿Y es político? Me ocupo de política, no de crimen.

Bosch se metió en un atasco en los ocho carriles de la autopista cuando el tráfico llegó a la bifurcación de la 110. Pensó que tal vez había un acto en el centro de convenciones. Era temprano para un partido o un concierto en el Staples.

—Las dos cosas —dijo.

—Política y crimen, siempre es una buena historia —dijo Skinner—. Acepto. Estamos *off the record* total. No utilizaré nada de lo que me cuentes hasta que me des el visto bueno.

Bosch estaba casi satisfecho.

—Ni siquiera se lo cuentas a tu editor —dijo él—. No se lo dices a nadie.

—No confío en mi editor —lo tranquilizó ella—. Se lo contaría a todos en la

reunión y actuaría como si fuera información suya. Aceptado.

Bosch hizo una pausa. Era el punto de no retorno con un periodista. Sentía que podía confiar en Skinner, pero las salas del EAP estaban sembradas de cadáveres de policías que pensaron que podían confiar en periodistas.

Lentamente, Bosch se dirigió a la 110. Su salida estaba a poco más de un kilómetro, pero podría tardar quince minutos en llegar allí con semejante atasco.

—¿Estás ahí, Harry?

—Sí, estoy aquí. Mira, esto es lo que quiero. ¿Conoces a un tipo llamado Charles Broussard?

—Por supuesto. La gente lo llama Brouss, como Bruce Springsteen. Es un hombre de dinero. Tiene una empresa que pone todas esas barreras de hormigón en la autopista cuando hay obras y siempre hay obras. ¿Qué pasa con él?

—¿Lo conoces personalmente?

—No, pero puede que haya hablado una o dos veces con él por una cita o algo. Era íntimo de Zeyas durante ese régimen. Creo que está a malas con el ayuntamiento ahora porque apostó por el caballo equivocado la última vez. Ahora lo entiendo. Broussard era íntimo de Zeyas, y Zeyas era íntimo de ese mariachi al que dispararon. Escribí sobre ese tipo durante la primera campaña. Me asignaron a Zeyas, ¿recuerdas?

—Mira, no te precipites. ¿Puedes reunirte conmigo ahora? Quiero saber a quién financió Broussard en las últimas campañas. Y quiero saber de Broussard. Cualquier cosa que conozcas de él.

—¿Vernos ahora? ¿No podemos hacerlo el lunes?

—Si espero hasta el lunes, no te necesitaré, Ginny. Puedo conseguirlo yo mismo entonces.

Esta vez fue Skinner quien se tomó su tiempo.

—Vamos —le instó Bosch—. Haz esto y te invitaré a un margarita por tu último día de cuarentona. Tienen que hacer buen margarita allí en el Pueblo.

—Es tentador —dijo ella por fin—. Vale, te veo en la entrada de Spring Street a la una.

Bosch miró su reloj. Faltaban casi dos horas.

—Allí estaré —dijo.

El *Times* estaba situado frente al EAP, en Spring Street. Los dos edificios se encontraban tan cerca que Harry una vez tuvo un supervisor que corría las cortinas de las ventanas de la oficina porque estaba convencido de que los periodistas del *Times* lo observaban desde el otro lado de la calle. Bosch aparcó en el garaje subterráneo del EAP, pero no subió a la sala de brigada. Decidió hacer un poco de ejercicio y caminó por la calle 1 hacia Mariachi Plaza. No tenía ningún propósito concreto, pero siempre se sentía bien volviendo a escenas del crimen durante una investigación. Lo llamaba «escuchar la escena». Había matices y pequeños detalles que podían captarse incluso años después del crimen. Además, había una sensación fantasmagórica, una especie de presencia de aquellos que habían sido asesinados. Bosch siempre lo sentía, tanto si alguien más lo hacía como si no.

La temperatura en el centro de la ciudad era muy agradable, mucho más alta que en el momento en que había salido de la terminal del LAX, al borde del gélido Pacífico. Bosch disfrutó de un agradable paseo por la 1 y a través de Little Tokyo, con el sol calentándole los hombros. Cuando cruzó el puente de la calle 1 se fijó en que alguien había atado un ramo de flores a una de las farolas del centro del puente. Había un corazón de cartulina en la que se leía «RIP Vanessa». Por alguna razón, Bosch sacó el móvil e hizo una foto del triste pequeño homenaje a una mujer, o probablemente una joven, que había saltado para encontrar la muerte. Las cámaras que habían situado en el puente obviamente no detenían a todos los que querían saltar.

Bosch se acercó a la barandilla y se inclinó a mirar. Se preguntó si Vanessa había lamentado su decisión durante esos últimos instantes de la caída al vacío.

Miró su reloj y siguió adelante. Unas manzanas más allá estaba Mariachi Plaza. Como era sábado, el pequeño espacio público triangular estaba repleto de mariachis, paseantes y vendedores de comida y flores. Se dio cuenta de que la plaza habría estado así de activa el día que dispararon a Orlando Merced. El asesino tenía que haberlo planeado. Contaría con más camuflaje, más pánico, más gente corriendo en todas direcciones un sábado. ¿Eso había formado parte del plan?

Bosch cruzó la calle 1 y empezó a avanzar entre la multitud. Al menos dos de los grupos estaban tocando, pero no parecía una competición. Daba la impresión de que los mariachis estaban calentando motores para las actuaciones que esperaban realizar durante la tarde y la noche.

Bosch vio que la puerta de la librería estaba abierta y había un grupo dentro. Leyó la pancarta que colgaba junto a la puerta.

Los Ángeles es como tu cerebro:
solo usas el 20%.
Imagina si lo usáramos todo.

Harry se volvió hacia la boca del metro, porque había tardado más de lo esperado en el trayecto de ida y no quería llegar tarde a la reunión con Skinner. Su plan era tomar la línea dorada para volver a cruzar el puente. Bajaría en la estación Little Tokyo y caminaría el resto del camino. Eso le ahorraría quince minutos.

Pero, cuando Bosch se acercaba a la escalera mecánica, alguien lo llamó desde atrás. Se volvió y vio que era Lucy Soto.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

—Iba a preguntarte lo mismo —dijo ella.

Bosch se encogió de hombros y se inventó una mentira. No quería decirle a Soto que iba hablar con una periodista sobre Broussard. Todavía no.

—Solo quería ver la plaza en sábado. El mismo día del disparo. Quería captar alguna sensación. Escucharla.

—Yo también.

Bosch asintió. Supo en ese momento que Soto sería una buena detective.

—¿Ibas a bajar al metro? —preguntó.

—Sí —dijo—. He aparcado en el EAP y he venido caminando. El metro me ahorrará la mitad del camino.

—No me digas que Harry Bosch tiene tarjeta de metro.

Soto estaba siendo sarcástica, burlándose un poco de sus maneras de hacer de la vieja escuela. El metro era nuevo en la evolución de la ciudad y a los conductores más veteranos de Los Ángeles les resultaba difícil adaptarse a usarlo.

—La verdad es que sí —dijo—. Nunca se sabe cuándo la vas a necesitar.

—¿Y si te llevo? He aparcado allí.

Soto señaló a la fila de furgonetas que pertenecían a los mariachis. Cada una tenía el nombre del grupo y un número de teléfono pintado en los paneles laterales. Al final de la fila había un coche rojo de dos plazas con la capota abierta.

—No es mala idea. Creo.

El coche era pequeño y bajo. Bosch tuvo que colocarse de costado antes de sentarse poco a poco.

—Me siento como si estuviera en un kayak —dijo.

—Ja ja, tranquilo —dijo Soto—. Es divertido. Estoy seguro de que a tu hija le encantaría uno así.

—No la dejaría. Hace falta una barra antivuelco.

—Anda, no te muevas mucho, llegaremos en cinco minutos.

—No hay manera de moverse aquí.

Soto arrancó, propulsando a Bosch contra su asiento y reposacabezas. Pasó el semáforo en Boyle y aceleró hacia el puente de la calle 1. Bosch tenía ganas de sonreír, pero logró contenerse.

—Bueno, aún no me has dicho nada del Bonnie Brae —gritó Soto.

Bosch la miró. Los ojos de su compañera estaban ocultos detrás de unas gafas de sol con protección para el viento en los laterales.

—Porque no he terminado de revisarlo —le respondió—. Empecé con los recortes en el avión hoy, pero me queda mucho por leer.

Soto asintió.

—Está bien. Cuando puedas.

El semáforo estaba en rojo en Alameda, y Bosch no tuvo que gritar una vez que el coche se detuvo.

—No hay ninguna garantía de que haya algo con lo que trabajar —dijo—. Te hablé de visitar a algunos de esos tipos en prisión para ver si se han ablandado. Pero eso es complicado. Saben que, solo con que corra el rumor de que están cooperando, podrían terminar muertos en el patio. Será difícil encontrar a alguien dispuesto a arriesgarse a eso.

—Lo sé —dijo Soto, con un atisbo de derrota en su voz.

—Veremos —concluyó Bosch.

Condujeron el resto del camino en silencio y, al cabo de dos minutos, Soto dobló en Spring y aparcó delante del EAP. Soto no se dio cuenta de que estaba dejando a Bosch más cerca de su destino —el *Times*— de lo que ella había pensado. Bosch se levantó con cautela y bajó del coche.

—Gracias por traerme. ¿Te vas a casa ahora?

Ella asintió y sonrió.

—Me voy a casa.

—Te veo mañana, pues.

—Sí. Hasta mañana.

Soto arrancó y Bosch observó hasta que el coche giró un par de manzanas más adelante antes de cruzar Spring hasta la acera del edificio del *Times*.

Había una entrada en la esquina de Spring y la 2. Bosch entró y vio a Virginia Skinner en la antesala, escribiendo en su móvil. Parecía distinta de como la recordaba de la última vez que la había visto en persona al menos dos años antes. Era por el pelo y las gafas. Los dos cambios le quedaban bien.

—Ginny.

Ella levantó la cabeza y sonrió.

—Harry.

—Lo siento si te he hecho esperar.

—No, para nada, llegas justo a tiempo. Estaba tan intrigada por tu llamada que he venido antes para sacar algo de material y he bajado en cuanto he terminado. ¿Quieres subir?

—Claro.

Bosch estaba un poco nervioso. En todos sus años de tratar con periodistas del *Times*, nunca había estado en la sala de redacción. Un acuerdo permitía a todos los empleados del EAP entrar en el edificio del *Times* y usar la cafetería de la primera planta, simplemente mostrando sus tarjetas de identidad. Bosch era un usuario frecuente de esa cortesía, porque solo había máquinas de *snacks* en el EAP, pero la

sala de redacción era un territorio nuevo e imponente. Bosch se alegró de que fuera sábado. Tanto en el EAP como en el edificio del periódico había poca gente. Cuanta menos gente lo viera cruzar la línea gris, mejor.

La sala de redacción en la tercera planta era casi tan grande como la sala de brigada del otro lado de la calle. Y estaba igual de vacía. Skinner llevó a Bosch a su cubículo, que se parecía mucho al de él. Miró a su alrededor y vio la misma clase de decoraciones en los escritorios, los nombres escritos en la parte de atrás de las sillas y pilas desordenadas de papeles y carpetas.

—¿Qué pasa? —preguntó Skinner.

—Nada —dijo Bosch—, es que nunca había estado aquí arriba antes.

—Es solo una sala de redacción. Y parece una ciudad fantasma. Coge una silla de aquel escritorio. Nadie trabaja allí ya.

Los comentarios de Skinner aludían al estado de la industria de la prensa en su conjunto y del *Times* en particular. Bosch había oído que casi la mitad de la sala de redacción estaba vacía y el periódico trataba de ajustarse a la caída en ventas y la migración de lectores a Internet.

Acercó la silla y se sentó al lado de Skinner, que ya estaba cargando pantallas llenas de números en el ordenador.

—Dijiste que estabas interesado en las pasadas tres elecciones. ¿Por dónde quieres empezar?

—Por el principio.

—Es lo que pensaba y es lo que tenemos aquí. Estás específicamente interesado en Charles Broussard, y aquí se ve que personalmente, corporativamente y con donaciones en especie estaba asegurando la jugada.

Bosch se inclinó hacia la pantalla del ordenador, pero lo que estaba mirando no tenía mucho sentido para él.

—¿Cómo? —preguntó.

—Donó el máximo a dos candidatos —dijo Skinner—. Zeyas, que finalmente ganó, y Robert Inglin, que fue eliminado antes de la segunda vuelta.

Bosch conocía el nombre de Robert Inglin. Era un antiguo concejal y eterno candidato a las municipales. Había nacido en Woodland Hills y contaba con el enorme respaldo del valle de San Fernando cuando participaba en unas elecciones.

—¿De qué clase de donaciones en especie estamos hablando? —preguntó.

—Para saber eso tendríamos que sacar registros el lunes —dijo Skinner—. Pero normalmente lo que quiere decir es que patrocinó actos para recaudar fondos para los candidatos.

—Como una cena.

—Exactamente. Broussard pone la casa, el personal y la comida, y todo eso hay que declararlo como donación. Más o menos se ve en las cifras. Broussard hizo una donación en especie a Inglin el 12 de enero de 2004. Luego miras a otros donantes y tienes un montón de donaciones de doscientos cincuenta dólares cada uno en la

misma fecha. Obviamente, era una cena para Inglin, y costó doscientos cincuenta dólares el cubierto.

Bosch sacó su libreta y anotó la fecha. Creía que era la fecha en que Los Reyes Jalisco tocaron en una cena de recogida de fondos en la casa de Broussard, el día que Ángel Ojeda conoció a María Broussard. Si eso podía confirmarse, decía mucho de la veracidad de lo declarado por Ojeda. Sería importante si Bosch y Soto llegaban al punto de acudir a la fiscalía con el caso para buscar acusaciones contra alguien.

—Entendido —dijo—. Entonces ¿cuándo dio Broussard el dinero a Zeyas?

Skinner bajó por la pantalla.

—Puso su dinero en Zeyas después —dijo ella—. La primera donación en mayo, justo antes de la segunda vuelta.

Skinner movió el dedo por una línea en la pantalla. Bosch se inclinó para ver y luego anotó la fecha y la cantidad en la libreta.

—¿Eso era el máximo? —preguntó él.

—Hasta ese punto, sí —dijo Skinner—. Lo máximo que podía donar.

Bosch se recostó y miró sus notas. Entre que Broussard respaldó al máximo a Inglin en enero y luego a Zeyas en mayo, Orlando Merced recibió un disparo el 10 de abril. Bosch reflexionó sobre ello. Realmente Broussard estaba asegurando la jugada y apoyando a dos candidatos por igual, o había cambiado su lealtad de Inglin a Zeyas. Y en ese caso, ¿por qué?

—¿Qué más, Harry? —preguntó Skinner.

—¿Qué pasó en las siguientes elecciones? —respondió.

Skinner se puso a trabajar en el ordenador y sacó cifras económicas de las elecciones de 2008. Escribió una búsqueda de las donaciones de Broussard y luego estudió los resultados un momento antes de hablar.

—Estuvo con Zeyas otra vez —dijo ella—. El máximo otra vez.

—¿Se aseguró la jugada? —preguntó Bosch.

—¿Quieres decir si donó a otros candidatos?

Bosch asintió. Skinner miró la pantalla un momento antes de llegar a una conclusión.

—Contribuyó en muchas otras elecciones —dijo ella—. En ocasiones, a dos candidatos enfrentados. Pero cuando llegó a Zeyas nunca dobló después de esa primera elección para alcalde. Lo apoyó solo a él.

—Entiendo —dijo Bosch—. Zeyas ahora se presentará a gobernador. ¿Ha empezado a recibir donaciones? ¿Puedes ver si Broussard sigue apoyándolo?

—Eso son datos del estado, así que tardará un poco más...

Skinner cargó otra pantalla de números y los estudió.

—Sí —confirmó al fin—. Sigue siendo uno de los contribuyentes principales, financió la campaña exploratoria de Zeyas para gobernador.

Bosch asintió y tomó unas cuantas notas.

—¿Algo más? —preguntó Skinner.

—Creo que me sirve —dijo Bosch—. Gracias.

—Me debes un margarita. Pero lo cambiaría por que me cuentes qué está pasando.

Bosch se quedó un momento en silencio mientras pensaba cómo responder. Tenía que darle algo, porque, si no lo hacía, ella podría actuar por su cuenta, y eso sería desastroso si llamaba la atención de Charles Broussard.

—Mira —dijo al fin—, dame un día con lo que me has contado y hablamos. No quiero que hagas nada por tu cuenta. Podría ser peligroso.

Skinner contuvo una sonrisa.

—Ahora he mordido el anzuelo. Has de contarme algo, Harry. ¿Por favor, por favor?

—Mira, no puedo. Has sido muy útil hasta aquí y estoy en deuda contigo por eso, pero necesito comprobar unas cuantas cosas antes. ¿Qué haces mañana? Puedo..., oh, no importa, es tu cumpleaños. Lo había olvidado.

—Mañana no hago nada. ¿Crees que quiero que la gente sepa que tengo cincuenta? En este mundo es una invitación a que te jubilen. No tendría que habértelo dicho.

Bosch contuvo una sonrisa. Se dio cuenta de que se sentía atraído por ella. El trabajo lo era todo para Skinner. A Bosch le gustaba esa parte de ella.

—Mira —dijo—. Cenemos mañana y ni siquiera mencionaremos que es tu cumpleaños. Para entonces creo que podré continuar esta conversación, siempre que sigamos *off the record*.

Ella lo miró con suspicacia.

—La cena, el cumpleaños..., ¿todo *off the record*?

—Sí, todo. Pero ha de ser pronto. Tengo una hija y trabaja hasta las ocho y media. Así que quedamos a las seis y media o siete. ¿Trato?

Ella no dudó.

—Trato.

Bosch cogió todas las carpetas del caso Bonnie Brae y se las llevó a casa el sábado por la noche. Decidió que los pasos dados en el caso Merced requerían de toda su atención. No podía seguir saltando de un caso a otro. Terminaría la revisión de la investigación del incendio mortal y por la mañana le contaría a Lucy Soto sus opiniones finales antes de pasar a Merced y concentrarse en Charles Broussard. Ahora que aparentemente había una dirección clara, el caso Merced lo exigía.

Antes de ponerse a trabajar, se despidió de su hija, diciéndole que habría preferido conocer al joven con el que iba a verse en el centro comercial de Grove. Maddie repuso que estaban en el siglo XXI y le recordó que no era una cita solo con él, sino que varios de los exploradores de la División de Hollywood iban a reunirse para cenar y ver una película. Esto atemperó a Bosch, pero no dejó salir a Maddie sin que le diera un abrazo y le prometiera enviarle mensajes de texto regularmente, salvo durante la película, una cinta de ciencia ficción protagonizada por Matthew McConaughey.

Después de que Maddie se fuera, Bosch se puso a trabajar. Se preparó un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada, apiló los expedientes del caso Bonnie Brae en la mesa del comedor y puso un disco de Ron Carter que no había escuchado en mucho tiempo. El disco se titulaba *Dear Miles* y Bosch suponía que la grabación de 2007 estaba inspirada por el tiempo que el bajista había pasado en la banda de Miles Davis en la década de 1960. Bosch no lo había elegido por el origen ni por los temas de Davis que contenía. Estaba buscando ritmo, y la vibrante línea de bajo de Carter al frente del cuarteto sin duda se lo aportaría. Necesitaba repasar el material del Bonnie Brae esa noche y luego volver al caso Merced con un impulso innegable. Ron Carter ayudaría con eso.

Continuó en el punto donde lo había dejado. Sacó la pila de artículos de periódico, pero esta vez, libre de las restricciones de los ajustados confines de un asiento de avión, extendió los artículos que había leído en la gran mesa rectangular con la esperanza de que exhibir todas las fotos y los titulares le ayudara en algo. Buscaba una idea o tal vez un detalle de una foto que se le hubiera pasado o una palabra de un titular que inspirara una conexión no vista.

Todavía estaba con los artículos del primer día, leyendo las noticias de la sección A del *Times*. El tema *Seven Steps to Heaven* le ayudó a pillar el ritmo y enseguida se había comido la mitad de su sándwich y había pasado a los artículos del primer día en la sección B. Estos se centraban en el elemento humano de la tragedia. Había breves descripciones de las jóvenes víctimas que habían perecido y un extenso perfil de Esther *Esi* González, la profesora de la guardería que perdió la vida tratando de proteger a los niños del humo y las llamas. Una foto fechada un año antes del incendio mostraba a la mujer abrazando a un niño en la guardería. El texto que la

acompañaba parecía contrarrestar el artículo de primera página que criticaba la proliferación de centros no homologados en la ciudad y describía a la mujer como una profesional de confianza que se sacrificó en un intento de salvar a los niños. Bosch pensó que los periodistas que habían escrito los dos artículos no habían comparado notas. Uno escribía sobre un trágico error en el sistema y el otro de una heroína surgida de ese sistema. Se le ocurrió que tal vez se trataba del intento del periódico de proporcionar una cobertura equilibrada.

El artículo saltaba a la siguiente página, pero Bosch no pudo encontrar el recorte en la pila restante de papel de periódico arrugado. Entonces dio la vuelta a la hoja de la sección B que había estado leyendo y halló la continuación en el dorso. Encajaba perfectamente en el recorte.

Terminó el artículo y sintió una nueva urgencia de resolver el caso. La pérdida de los niños era una tragedia espantosa, desde luego. Pero fue el perfil completo de Esi González lo que transmitió a Bosch el horror del crimen.

Volvió a mirar la foto de la mujer y releyó la historia. Cuando le dio la vuelta para leer la continuación, otra noticia captó su atención. No estaba relacionada con el incendio del Bonnie Brae. Era una columna que contenía breves policiales. Se fijó en el primero.

Atraco a mano armada en una casa de cambio de cheques

Dos hombres fuertemente armados y enmascarados irrumpieron el viernes en una casa de cambio de cheques en Wilshire Boulevard y golpearon a los empleados antes de huir con las reservas de efectivo de la entidad, informó la policía de Los Ángeles.

El osado atraco matinal se produjo en el EZBank, en la concurrida esquina de Wilshire y Burlington. El detective del Departamento de Policía de Los Ángeles Augustus Braley manifestó que los atracadores llegaron a las 10.30 en un sedán oscuro. Los dos hombres armados dejaron el coche con las puertas abiertas y entraron en la sede de la compañía de pago de cheques.

Braley, de la Unidad de Delitos Graves, explicó que los atracadores llevaban pasamontañas y dispararon con sus armas a las cámaras del interior del local para inutilizarlas. Se cree sobre la base de las descripciones de los testigos que llevaban rifles de asalto AR-15. Los atracadores actuaron con tanta rapidez que sorprendieron al vigilante de seguridad que estaba en el vestíbulo del negocio. Uno de los sospechosos lo golpeó repetidamente con la culata de su arma hasta tirarlo al suelo. Otro de los hombres armados apuntó entonces a la cabeza del vigilante con un arma y amenazó con matarlo si otros empleados no abrían una puerta de acero y les permitían pasar al otro lado del mostrador protegido con un vidrio antibalas. Una vez detrás del mostrador, los atracadores obligaron a dos empleados a vaciar una caja y tres cajones con efectivo de una cantidad de dinero no revelada. Los atracadores salieron entonces corriendo del local y huyeron en el vehículo de fuga.

Braley declaró que empleados del establecimiento habían activado una alarma silenciosa cuando los atracadores entraron en el local, pero el atraco ocurrió con tanta rapidez que los sospechosos ya se habían ido cuando la policía respondió.

Los detectives investigan la posibilidad de que el atraco esté relacionado con otros producidos en Los Ángeles en meses recientes. Dos hombres que blandían armas similares y ocultos con pasamontañas robaron otro servicio de pago de cheques en Paramount hace seis semanas. Braley no dijo si se sospechaba que ese atraco estaba relacionado con el del viernes.

El vigilante de seguridad, de quien la policía no desveló el nombre, fue tratado por el personal de la ambulancia sobre el terreno.

Joel Bremmer, de la redacción del *Times*

Bosch leyó el artículo otra vez. Se dio cuenta de que el aviso del incendio y el atraco se produjeron el viernes 1 de octubre de 1993 con una diferencia de solo quince minutos.

—Día de la Madre —dijo Bosch para sus adentros.

Se levantó y se acercó a la estantería del salón. Los estantes contenían sobre todo sus discos, CD y algunos de los DVD que su hija había coleccionado en el curso de los años. Pero había una vieja guía Thomas Brothers de Los Ángeles que probablemente había recorrido más de trescientos mil kilómetros en los coches de Bosch a lo largo de los años. Todavía llevaba una guía actualizada en su coche, pero más que nada confiaba en el GPS que sobre todo manejaban sus compañeros.

Puso la guía sobre la mesa y pasó páginas hasta llegar a la que mostraba la zona de Pico-Union y el inicio de Wilshire Boulevard, que conducía hasta el Pacífico. Con un lápiz marcó la ubicación del incendio del Bonnie Brae, entre las calles 7 y 8, y luego la ubicación del atraco al EZBank en Wilshire y Burlington. Como sospechaba, ambos lugares estaban cerca. El atraco ocurrió dos manzanas y media al norte y una manzana al oeste del Bonnie Brae Arms. La distancia podía recorrerse en menos de dos minutos.

Bosch se sentó, estudió el mapa y pensó en las posibilidades. «Día de la Madre» era la forma de referirse al día que los cheques de las ayudas gubernamentales llegaban a los buzones, normalmente, el primero de cada mes. La expresión se debía a que a menudo los jóvenes del barrio iban a visitar a sus madres el día que estas recibía el cheque del Gobierno.

Jerga callejera aparte, Bosch sabía que negocios como el EZBank llenarían sus cajas y cajones de efectivo para estar preparados para ocuparse del aumento regular de ingresos de cheques que se producía el Día de la Madre. El artículo del *Times* no decía cuánto dinero se había robado en el atraco, pero Bosch sabía que, si el caso lo había asumido la Unidad de Delitos Graves, la cifra tenía que superar los cien mil dólares.

Conocía a Gus Braley de los años noventa, pese a que nunca había trabajado con él. Delitos Graves tal como era entonces ya no existía y estaba seguro de que Braley se había jubilado antes del cambio de siglo.

Bosch silenció la música, sacó su teléfono y repasó su lista de contactos. Solo conocía a un tipo que hubiera estado en Delitos Graves, el recientemente retirado Rick Jackson. Tenía el número de móvil de Jackson y esperaba que no lo hubiera cambiado: sabía que muchos policías cambiaban de número cuando entregaban la placa. Marcó el número y Jackson respondió después de dos tonos.

—Rick.

—Soy Harry Bosch. ¿Todavía te acuerdas de mí?

Jackson rio.

—¿Qué pasa, hermano? —preguntó.

Esta vez fue Bosch el que rio.

—¿Cuánto hace que te retiraste? ¿En los noventa? Si dijera algo así delante de mi compañera, pensaría que acabo de salir de una máquina del tiempo.

—Me encantan los noventa, Harry. ¿Qué estás haciendo?

—¿Qué estoy haciendo? Estoy trabajando un sábado por la noche y me preguntaba si conociste a Gus Braley.

—Claro. El viejo Gus. Era un hijo de puta. Un tío duro.

—¿Sigue vivo?

—Oh, sí. Me he apuntado a ese grupo de detectives retirados y quedamos para comer una vez al mes. No voy siempre, pero lo he visto allí. Creo que viene de Palm Springs. ¿Qué pasa con él?

—Estoy mirando uno de sus viejos casos y quiero preguntarle un par de cosas. ¿Tienes un teléfono suyo actual?

—Sí, espera. He de mirar en mis contactos en el teléfono para verlo. Lo leeré en voz alta y luego volveré al teléfono, ¿vale?

—Sí. Con lo bien que iban las agendas.

—Y tanto.

Bosch esperó mientras Jackson miraba su lista de contactos y luego decía el número en voz alta. Bosch lo anotó en el borde de la página del plano de Pico-Union.

—¿Lo tienes? —preguntó Jackson después de volver a acercarse el móvil a la boca.

—Lo tengo —dijo Bosch—. Gracias. Bueno, ¿cómo va ese hándicap?

Bosch sabía muy poco de golf, pero sabía que era una pregunta que se hacía a menudo.

—Muy bien —dijo Jackson—. Jugar mucho y practicar es..., bueno, casi perfecto. He bajado a un dígito.

Bosch no tenía ni idea de lo que eso significaba y no sabía qué decir.

—¿Nos echas de menos? —preguntó, yendo en una dirección nueva—. ¿Echas de menos el trabajo?

—Todavía no. Y no creo que lo haga. ¿Cuánto tiempo te queda, Harry?

—No lo sé. Poco más de un año, creo. Trato de no pensar en eso.

—Deberías probar el golf. Te llevaré un día.

—Sí, golf. Te avisaré.

Bosch no podía ni imaginarlo, sobre todo por los pantalones cortos que había visto que se ponían los golfistas. No tenía pantalones cortos.

—Oye —dijo, cambiando de tema—, vimos a Ricky Childers en Tulsa. Buen tipo, te manda saludos.

—¡La biblia! —exclamó Jackson—. La biblia siempre sirve. ¿Probasteis un trozo de tarta en la ciudad?

—No, no hubo tiempo para tarta.

—Da igual, te digo, deberían vender ese libro a un editor. No os olvidéis de mí si hay *royalties*.

—No te preocupes, te tocará un trozo de la tarta.

Ambos hombres rieron. Bosch entonces le dio las gracias a Jackson y prometió mantener el contacto. Después de colgar, Bosch marcó de inmediato el número que Jackson le había proporcionado.

Braley no respondió y la llamada fue al buzón de voz. Bosch dejó su nombre y su número y dijo que necesitaba hablar con él sobre un caso suyo de 1993. Luego repitió su número y colgó.

Cogió el lápiz y repiqueteó en la mesa. La revisión no iba como había pensado. Había algo ahí. El caso tenía un cabo suelto y no podía dejarlo estar. Esperaba recibir noticias de Braley pronto.

Volvió a subir el volumen de la música a tiempo de oír *Stella by Starlight* y regresó al trabajo que tenía delante. Enseguida terminó de leer los artículos de periódico. Después de diez días de varios artículos diarios, la atención se desvaneció y la cobertura se limitó a poco más que puestas al día superficiales de una investigación que no iba a ninguna parte. A continuación, empezó con los otros expedientes del caso, revisando con rapidez las autopsias y las fotos de los niños y los dos adultos muertos. Las fotos eran tan horribles como tristemente repetitivas, pero Bosch sabía que no podía apartar la mirada. Pensó en los nombres tatuados en el brazo de Lucy Soto y los relacionó con los niños de las fotografías. No necesitaría un tatuaje para recordarlo.

Al cabo de una hora de la revisión, Bosch trató de llamar otra vez a Braley, pese a que había dejado un mensaje y sabía que el detective retirado contestaría cuando lo recibiera. Por eso le sorprendió que respondiera la llamada.

—¿Sí?

Bosch silenció otra vez la música con el mando a distancia.

—¿Gus? ¿Gus Braley?

—Sí, ¿quién es?

—Soy Harry Bosch. De Robos y Homicidios. Te he dejado un mensaje antes.

—Lo he recibido, sí.

Bosch hizo una pausa.

—Bueno, ¿ibas a llamarme?

—Sí, sí, iba a llamarte. Solo estaba sentado aquí pensando en el 93, y preguntándome de qué caso estabas hablando. Fue un año complicado.

—El atraco en el EZBank en Wilshire. ¿Lo recuerdas?

—El EZBank... Sí, lo recuerdo. Día de la Madre. Dos tipos con AR-15.

—Eso es. Estoy trabajando desde casa esta noche, sin acceso al ordenador y tratando de ponerme al día. ¿Alguna vez detuvisteis a alguien por eso?

Hubo una pausa.

—Bosch. Me acuerdo de ti. Eras poli de homicidios. ¿Qué te importa una atraco de efectivo de hace veintiún años?

—Tienes razón. Soy poli de homicidios. Ahora trabajo en casos abiertos y estoy revisando un caso que podría ser obra de tus chicos. Entonces ¿alguna vez hicisteis detenciones, Gus? ¿Algún sospechoso?

Hubo unos pocos segundos de silencio mientras Braley le daba vueltas a la cuestión.

—¿Cómo has conseguido este número si estás trabajando desde casa un sábado por la noche?

—Me lo ha dado Rick Jackson. Puedes llamarlo si quieres. Te dirá que soy buena persona.

—No sé, tío. Sábado por la noche, has de reconocer que es un poco raro. ¿Quién trabaja en sábado por la noche en casos abiertos?

Braley todavía usaba jerga policial de los años noventa.

—Raro o no, Rick responderá por mí. ¿Puedes ayudarme, Gus?

Bosch esperó. Sabía que las posibilidades de obtener un archivo digital o en papel de un atraco de veintiún años antes no eran buenas. El atraco ya había prescrito y era improbable que el departamento hubiera guardado un archivo físico. Solo se escanearon los casos con estatus de acusación viable cuando el departamento pasó por un masivo proceso de tamizado y purga en la transición hacia los archivos digitalizados. Bosch necesitaba que Braley le ayudara.

—Nunca lo resolvimos —reconoció Braley al fin.

—¿Qué es lo que recuerdas? —preguntó Bosch.

—Apuesto a que recuerdas los que nunca resolviste, ¿no? Bueno, a mí me pasa lo mismo. Vaya que sí. Yo investigaba atracos y tú asesinatos, pero los casos abiertos no los olvidas.

—Desde luego. ¿Cuánto se llevaron en el atraco?

—Recuerdo hasta los centavos. 266.300 dólares.

Bosch silbó en voz baja.

—Estás de broma. ¿En ese barrio?

—El Día de la Madre ingresaban trescientos o cuatrocientos cheques. Eso suma.

—Y estos tipos con las AR-15 lo sabían.

—Bueno, no hacía falta ser un genio para adivinarlo, pero pensamos que probablemente tuvieron ayuda de alguien de dentro. Nunca logramos confirmarlo. Nuestro sospechoso pidió un abogado antes de lo que tardas en decir «Tiene derecho a guardar silencio».

—¿El vigilante de seguridad?

—¿Cómo lo has adivinado?

—No lo sé. Por algo que leí en el periódico.

—Pensaba que no tenías el archivo.

—No lo tengo. Es una larga historia, Gus, pero lo único que tengo es un recorte de periódico del primer día, y después de leerlo estaba pensando que, si yo tuviera que confiar en alguien de dentro, sería en el vigilante. ¿Recuerdas su nombre?

—No. Rodney esto o lo otro, es lo único que recuerdo. Era blanco y los dos atracadores eran blancos y el que hablaba no tenía acento. Este tal Rodney también se tiraba a la chica de la caja. Lo descubrimos. Y ella fue la que les abrió la puerta.

—¿Crees que también estaba metida?

—No, porque ella fue la que pulsó la alarma silenciosa antes de que la obligaran a abrir. En cuanto vio tipos con pasamontañas bajando del coche ahí delante, pulsó la alarma. Eso la eliminaba, en nuestra opinión. Pero la interrogamos a fondo de todos modos y la descartamos. Solo abrió la puerta porque pusieron un arma en la cabeza de su novio. Así que nos centramos en él, pensando que podría haberla engañado. Sabía que ella abriría la puerta cuando lo viera todo golpeado y con el arma en la cabeza. Pero no salió nada. Tal vez Rodney lo preparó, y tal vez no.

—¿No surgieron más sospechosos?

—Entonces no. Pero, cuando esos dos tipos la emprendieron a tiros en North Hollywood en la televisión nacional unos años después, les echamos un vistazo. Eran blancos, trabajaban en pareja, usaban pasamontañas y llevaban AR-15.

Brale se estaba refiriendo al tristemente célebre tiroteo de 1997 delante de la sucursal del Bank of America en North Hollywood. Dos hombres fuertemente armados y con chalecos antibalas se enzarzaron con la policía durante casi una hora en lo que fue el enfrentamiento más violento jamás visto por la policía en suelo estadounidense. Se retransmitió en directo por televisión a todo el mundo. Cuando terminó, se habían disparado tres mil balas, dieciocho policías y ciudadanos estaban heridos de bala y los dos atracadores terminaron muertos. La tarde sangrienta todavía era analizada al detalle por cada promoción de reclutas que salía de la academia de policía. Y el caso provocó que se revisaran los tipos y la potencia de las armas que los agentes del departamento podían llevar encima y en sus vehículos. Ese día, dio la impresión de que toda la fuerza policial había sido superada en potencia de fuego por dos atracadores de bancos.

Bosch había estado allí. El continuado tiroteo atrajo a centenares de agentes y detectives de toda la ciudad. Bosch y su compañero de entonces, Jerry Edgar, habían

respondido al código 3 de la comisaría de Hollywood y habían llegado a la barricada en Laurel Canyon Boulevard justo cuando se dispararon los últimos tiros y se dio la señal de que no había peligro. Luego fueron asignados a la contención de la escena del crimen y la enorme investigación que siguió al tiroteo.

—¿Qué ocurrió con eso? —preguntó Bosch.

—Nunca hicimos la conexión —confesó Braley—. Pero no por no intentarlo. Deja que te cuente una historia de esos dos tipos. En octubre del 93 (solo unas semanas después del atraco en el EZBank), los detuvieron a los dos en Glendale. Los pararon en un simple control de tráfico por actividad sospechosa en torno a un banco y el agente vio armas bajo una manta en el asiento de atrás. Tenían un puto arsenal en el coche, incluidos dos AR-15, y estaban a punto de atracar el banco. Los acusaron de intento de robo y los dos fueron a prisión un par de años.

Bosch tenía una idea de hacia dónde iba la historia.

—¿Nunca os enterasteis? —preguntó.

—Ni una palabra —dijo Braley—. Glendale se lo guardó y no nos enteramos hasta el 97, cuando saltó la mierda en el Bank of America. Así que entonces volvimos al caso de Glendale y fue entonces cuando vimos que usaron AR-15 un mes después de nuestro golpe y pensamos, su puta madre, aquí tenemos algo. Pero ¿sabes qué?

—No estaban los AR-15.

—Exacto. Glendale hizo una hoguera con armas confiscadas en el 96 y los AR terminaron fundidos. Nunca tuvimos ocasión de ver si coincidían con los de nuestro caso.

Había amargura en la voz de Braley, y era comprensible. Bosch sabía que no era la primera vez, y desde luego no sería la última, en la que la falta de comunicación entre agencias policiales dejaba que se filtraran cosas entre las rendijas. En 1993, apenas había un control informatizado de armas o casos. La revolución digital en las fuerzas del orden que ayudaría a establecer conexiones entre casos de forma más segura y más inmediata estaba a punto de empezar.

—Así que nunca lo cerramos —dijo Braley—. Entonces se retiró mi compañero, Jimmy Corbin, y seis meses después yo también colgué la placa. Nadie vino a recoger el testigo porque Delitos Graves estaba cambiando y a nadie le importaba un carajo. Ya sabes cómo fue.

—Sí.

Delitos Graves como brigada de elite de atracos se disolvió y la designación de la unidad se aplicó después a la unidad encargada de todas las investigaciones relacionadas con el terrorismo y la recogida de información de inteligencia. Historia al margen, había algo que molestaba a Bosch sobre la mención de los atracadores de North Hollywood. Algo que no conseguía situar o recordar.

Lo dejó estar por el momento.

—¿Puedo hacerte un par de preguntas más, Gus? —preguntó.

—Claro —dijo Braley—. Me gusta esto, Bosch. Bueno, pensar en casos. No lo

eché de menos cuando me retiré, pero luego sí. Ahora me siento aquí y me cocino al sol todo el puto día.

Bosch tomó mentalmente nota de esta queja para su propia referencia futura y siguió adelante.

—¿Recuerdas el nombre de la chica que abrió la puerta a estos tipos? ¿Recuerdas algún nombre más?

—No, lo siento. Solo recuerdo a Rodney. La chica era mexicana, del barrio. La necesitaban allí para ayudar a traducir. El otro tipo que estaba allí era ucraniano. ¿Cómo se llamaba? Empezaba con B. Boiko, eso es. Max Boiko.

—Entonces estaban el vigilante de seguridad, la chica y el ucraniano. ¿Alguien más?

—No. Era por la mañana y las cosas no empezaban a calentarse allí hasta después de que se entregaba el correo en el barrio hacia las doce. Tenían más personal previsto para la tarde.

—Vale, ¿y el ucraniano? ¿Lo investigasteis?

—Investigamos a todos, Bosch. Fuimos minuciosos. Pero el ucraniano era socio de un grupo que tenía dos o tres establecimientos de esos en la ciudad. No logramos que resultara. Ya sabes, ¿por qué iba a robar su propio dinero? Estaba muy por encima del límite del seguro por ser Día de la Madre. Tuvo una pérdida significativa, para nosotros no tenía sentido.

—Vale.

—Pero escucha esto: también se acostaba con la chica.

—¿Con la traductora?

—Sí, la mexicana. Se los zumbaba a los dos. Recuerdo que el ucraniano estaba casado y estaba más preocupado por eso que por el dinero que se habían llevado. Me dijo que perdería más en el divorcio si eso se sabía.

Bosch registró todo esto y se preguntó si algo de ello había motivado en parte el atraco. Era difícil captar las sutilezas de un caso veintiún años después y sin un archivo delante.

—Bien —dijo—. Volviendo al atraco, este artículo de periódico dice que tenían el coche de fuga justo en la puerta.

—Sí, para poder bajar y entrar enseguida.

—Sé que estos tipos dispararon a las cámaras, pero tiene que haber algo de vídeo de antes de que eso ocurriera.

—Sí, teníamos vídeo. Unos cinco o diez segundos, así que supimos el modelo de coche, pero eso fue todo. Suponíamos que era robado de todos modos.

—Entiendo. Pero ¿recuerdas de qué lado llegaron? El EZBank estaba en la esquina noroeste de Burlington y Wilshire, ¿llegaron de Wilshire o de Burlington?

Braley no respondió de inmediato. Tenía que revisar con atención sus bancos de memoria.

—Mira, no pondría la mano en el fuego —respondió al fin—, pero creo que

llegaron por Burlington y aparcaron delante de la puerta. Eso dejaba el lado del pasajero del coche a poco más de un metro de la puerta delantera del cajero. Un tipo bajó del lado del pasajero y fue directo a disparar a las cámaras. El conductor bajó y estaba entrando detrás de él cuando todo se puso negro.

—Entonces ¿habrían llegado desde la 6 por Burlington?

—Sí.

Bosch lo consideró. La ruta desde el Bonnie Brae Arms al EZBank podría haber incluido doblar al sur en Burlington desde la calle 6.

—Vale, lo siguiente —continuó—. ¿Qué recuerdas de cuánto duró el robo? Primero, destrozan las cámaras; después, forcejean con el vigilante de seguridad, en serio o no; luego, el periódico dice que les obligaron a abrir la caja y tres cajones de efectivo. ¿Cuánto tardaron en todo eso?

—La parte más larga fue la caja —contestó Braley—. Tuvieron que obligar al director, porque solo él conocía la combinación. Hicieron otra vez lo mismo, solo que esta vez apuntaron con el arma a la chica y le dijeron al director que abriera la caja si no quería ver la sangre de ella en las paredes. Así que él abrió la caja, pero tuvo que intentarlo varias veces porque estaba asustado y no acertaba con la combinación.

—Y luego los cajones de efectivo. ¿Cuánto tiempo en total?

Otra vez silencio mientras Braley ponía a prueba su memoria.

—Diría que no más de seis minutos, y en realidad es mucho para esta clase de golpes.

—Sí. Y has dicho que la chica pulsó la alarma silenciosa enseguida.

—Sí, lo hizo bien. En cuanto vio parar un coche con dos tipos con pasamontañas pulsó la alarma. Eso se grabó en el vídeo antes de que destruyeran las cámaras. La chica reconoció la situación y pulsó la alarma. Sin dudarle, sin retraso. Por eso estábamos convencidos de que no estaba implicada.

Bosch asintió. Veía la lógica y la conclusión a la que Braley había llegado.

—¿Cuánto tiempo pasó hasta que llegaron agentes a la escena?

—Pasó mucho tiempo. El tiempo de respuesta fue de algo así como ocho o nueve minutos. Todo el mundo estaba ocupado con un gran incendio en Pico-Union. Recuerdas el Bonnie... Espera un momento, es eso, ¿no? Es el caso que estás investigando.

—¿Alguna vez lo miraste, Gus?

—¿Te refieres a si el incendio fue una distracción del atraco? Sí, Jimmy y yo pensamos en ello. Pero no encajaba. Ni siquiera después de que dijeran que fue provocado. Lo estudiamos otra vez y era una cuestión de bandas del barrio. Un asunto de drogas. Estábamos buscando a dos tipos blancos y no encajaba.

—¿Alguien de Conspiración Criminal acudió a vosotros para estudiar vuestro caso?

—No que yo recuerde. No.

Esta vez fue Bosch quien se quedó en silencio. Pensó en los dos casos. El

incendio y el atraco a mano armada se habían producido de forma casi simultánea y a tres manzanas y media de distancia. La perspectiva del tiempo en ocasiones permitía a Bosch ver con más claridad. Ninguna prueba del caso Bonnie Brae señaló nunca directamente a que el incendio estuviera relacionado con una banda o con drogas. Era un simple rumor convertido en evangelio por los medios y los miembros de la comunidad. Pero lo que aparentemente se pasó por alto con facilidad veintiún años antes no podía volver a descartarse ahora.

—Acabo de recordar algo del tipo que creíamos que era el cómplice interno —dijo Braley.

—Sí, ¿qué es? —preguntó Bosch.

—Como la mayoría de estos polis de alquiler, quería ser policía, pero no era lo bastante bueno. Se presentó con el *sheriff* y después con nosotros. Lo aceptaron en la academia, pero luego lo expulsaron.

—¿Descubriste por qué?

—Sí, recuerdo que pensé que era extraño, porque se estaba tirando a la chica de detrás del mostrador y ella era marrón como la melaza. Era mexicana y a él lo echaron por una discusión racial con un compañero de clase. Otro mexicano.

—¿Cuánto tiempo antes del robo fue eso?

—Mierda, ¿quieres que te haga todo el trabajo? No lo recuerdo. Un par de años, al menos.

Bosch pensó en este último elemento de información de Braley. Se preguntó si todavía habría un registro en la academia o en la oficina de personal municipal relacionado con el vigilante de seguridad llamado Rodney. Necesitaría el apellido antes de intentar descubrirlo. Otra cosa que daba que pensar era la aparente contradicción de que Rodney tuviera un problema racial en la academia y luego se liara con una latina.

—Muchas gracias, Gus —dijo por fin—. Me has ayudado.

—Eh, llámame si descubres algo —dijo Braley—. Me gustaría saberlo.

—Concedido, Gus.

Bosch llegó a la sala de brigada a las ocho el domingo por la mañana y encontró a Soto ya sentada en su sitio. Antes de que pudiera contarle la teoría que había surgido la noche anterior sobre el caso Bonnie Brae, ella giró en su silla y empezó a hablar con excitación sobre sus propios hallazgos en el caso Merced.

—Ayer, después de irme de Mariachi Plaza, fui al valle a ver a Alberto Cabral. Me dejó mirar el calendario de la banda del 2004, y encontré el encargo de Broussard. Era una cena de recaudación de fondos...

—... para Robert Inglin.

Soto parecía anonadada.

—¿Lo sabes?

—Sí, lo sé.

Bosch no sabía si enfurecerse con ella por hablar con un potencial testigo sin él o admirarla por su pasión e impulso en el caso, hasta el punto de dedicarle gran parte de su tiempo libre.

—Deberías habérmelo dicho, Lucy. Hablar con un testigo como ese... Un montón de cosas pueden ir mal. Los testigos pueden convertirse en sospechosos, y a veces son amigos de los sospechosos y se dan la vuelta y vomitan todo lo que acabamos de contarles. Hay que tener cuidado, y al menos deberías haberme dicho adónde ibas para que pudiera decidir si te acompañaba o no.

—Era mejor que fuera sola. Se sinceró sin ti delante. Y hablando en español.

—Esa no es la cuestión. La cuestión es que debería saber lo que estabas haciendo y dónde estabas. La próxima vez, mándame un mensaje, nada más.

Soto asintió, con la mirada baja.

—Entendido —dijo, y, después de una pausa, preguntó—: Bueno, ¿cómo sabías lo de Inglin?

Bosch dejó la pila de carpetas que llevaba en su mesa, apartó su silla y la giró para ponerse cara a Soto. Se sentó.

—Bueno, no hablé con un potencial testigo de ello. Lo saqué de los registros de financiación de campaña.

—¿En sábado?

—Tengo una amiga con acceso.

Ella lo miró con suspicacia, pero enseguida se aplacó.

—¿Descubriste algo más?

—Sí. En ese mismo año electoral, Broussard pasó de financiar al máximo a Inglin en enero a ponerlo todo en Zeyas en mayo. Y se quedó con Zeyas en las siguientes elecciones y es un pilar fundamental de su llamada campaña exploratoria para la oficina del gobernador.

—¿Qué le hizo cambiar? El disparo a Merced estuvo justo en medio de eso.

Bosch la señaló.

—La pregunta del millón.

Soto se sentó muy recta.

—Oh, Dios mío, acabo de pensar en algo. Una de las llamadas de Sarah en la línea de información.

Giró en su escritorio y cogió la pila de informes de llamadas que Holcomb le había traído. Pasó las páginas hasta que encontró lo que estaba buscando.

—Aquí está —dijo—. La llamada se recibió el miércoles por la noche a las doce y nueve minutos: «Una mujer dice que el alcalde sabe quién mató a Orlando Merced». Nada más. La llamada fue anónima, pero el registro anotó el número. ¿Quieres que llamemos y a ver quién contesta?

—¿De verdad crees que Zeyas encargó el asesinato de un mariachi?

La pregunta paralizó a Soto. Que Bosch lo dijera en voz alta hizo que sonara a locura.

—Solo iba a llamar y ver qué tiene que decir —dijo ella al fin.

—Adelante. Pero es cosa tuya. No me metas en esto.

—Vale, no lo haré.

Sacó su móvil para llamar.

—¿Tienes el número bloqueado? —preguntó Bosch con rapidez.

—Sí, está bloqueado.

Soto marcó el número de la hoja de información y realizó la llamada. Bosch la observó mientras ella escuchaba.

—No responden —dijo—. Dejaré un mensaje.

—Usa el número de información. No le des tu número.

Soto asintió.

—Hola, soy la detective Soto del Departamento de Policía de Los Ángeles y este mensaje es para la mujer que llamó sobre el disparo a Orlando Merced. Por favor, vuelva a llamarnos, porque queremos hacer un seguimiento de su llamada.

Soto dejó el número de colaboración ciudadana, dio las gracias a la comunicante anónima y colgó.

—No cuentes con volver a saber nada de ella —dijo Bosch—. Los casos se construyen con paciencia y pequeños pasos, Lucy. No a fogonazos.

—Lo sé.

—Vamos a cambiar de tema un poco. Hay algo que te quiero enseñar. —Se recostó en su escritorio y sacó un recorte de periódico de la carpeta superior del caso Bonnie Brae. Se lo entregó—. Es un perfil del *Times* de la señora González. Supongo que la recuerdas.

—Sí, claro.

Bosch notó que la mirada de Soto se clavaba en Esther González.

—Dale la vuelta —dijo.

Ella miró a Bosch, confundida.

—La continuación. Dale la vuelta.

Soto lo hizo, y Bosch acercó su silla y tocó con el dedo el breve sobre el atraco al EZBank.

—Léelo.

Bosch le dio tiempo y, cuando ella levantó la mirada, dijo:

—Hablé con Gus Braley anoche y me contó lo que recuerda del caso. Él...

—Podemos sacar el expediente. Pero ¿qué estamos buscando?

—No habrá ningún expediente. Este caso lo pasarían por la trituradora en la purga digital. Ley de prescripciones. Nunca presentaron acusaciones contra nadie. Pero los viejos diarios de robos de Delitos Graves están ahora en la oficina del capitán de Robos Especiales. Miraremos allí. Normalmente, los nombres de las víctimas están en las entradas. Es allí donde tenemos que empezar.

—¿Empezar qué?

—Braley dijo que en su momento pensó que hubo colaboración interna, pero nunca pudo demostrarlo. Eso significa que uno de los nombres de las víctimas en el diario del atraco podría ser el infiltrado. Lo localizamos y hablamos del Bonnie Brae. El asesinato no prescribe.

—Espera un momento. ¿El Bonnie Brae? ¿Qué...? Me estoy perdiendo.

Bosch asintió. Comprendió que se estaba moviendo demasiado deprisa y con información que Soto no tenía.

—El atraco se produjo quince minutos después de que se anunciara el incendio — explicó—. Estaba a tres manzanas y media. Fue planeado de forma muy cuidadosa y requería primero pasar detrás de un vidrio antibalas y obligar a los empleados a abrir una caja y tres cajones de efectivo. Requería tiempo. Y estoy pensando que podrían haber conseguido ese tiempo con algo que desviara la atención de la policía.

—El incendio.

—Exactamente. Ahora mismo no puedo probar nada... Braley dijo que incluso lo consideraron en su momento y descartaron la idea. Pero eso fue cuando se creía que el fuego había sido accidental; luego se atribuyó a bandas y drogas. Y como los sospechosos del atraco eran blancos, no vieron la conexión con un edificio sin salidas de incendio en Pico-Union donde solo vivían hispanos. Dejaron de lado la idea entonces, pero creo que tenemos que retomarla ahora.

Soto se quedó sentada en silencio, asintiendo con la cabeza muy despacio mientras al parecer examinaba el escenario en su mente. Entendió lo que Bosch quería decir. Lo miró.

—Entonces ¿qué hacemos?

Bosch se levantó.

—Bueno, primero miramos los diarios de Robos.

Cruzaron la sala de brigada hasta una puerta que daba a la sala de brigada adjunta, la de la sección de Robos Especiales. Estaba desierta y la oficina del capitán estaba cerrada. Bosch miró en la oficina oscurecida a través del cristal situado junto a la puerta. Vio los estantes que contenían los diarios de robos, con las tapas de cuero

resquebrajadas y gastadas.

—¿Deberíamos llamar a mantenimiento y ver si pueden abrirnos la puerta? —preguntó Soto.

—No lo harán —dijo Bosch.

Miró la cerradura. Sabía que sería fácil de forzar. No se ponía mucho énfasis en la seguridad dentro de una comisaría de policía.

—Ve al pasillo. Si alguien baja del ascensor, avisa.

—¿Qué vas a hacer?

—Ve.

Mientras Soto se dirigía hacia la puerta que daba al pasillo, Bosch avanzó entre los módulos de detectives, observando los escritorios. Vio uno con un imán que aguantaba diversos clips. Cogió dos y se dirigió a la oficina del capitán, enderezando uno de los clips por completo y doblando ligeramente el extremo del otro. No tenía sus ganzúas, porque estaban en su chaqueta e iba vestido de manera informal para lo que pensaba que sería un domingo por la mañana de hojear ficheros.

Bosch se agachó delante de la cerradura y se puso manos a la obra. Solo tardó un minuto en abrir la puerta. Entró, tiró los clips en la papelería de al lado del escritorio y pasó a los estantes de diarios. En las tapas de los diarios encuadernados se especificaban los años que contenían. Durante las últimas cuatro décadas, cada año requería su propio volumen. Bosch enseguida encontró el diario correspondiente a 1993 y se lo llevó. Salió de la brigada de Robos y se acercó a un rincón donde había una fotocopidora. Pasó el diario hasta la fecha del atraco del EZBank y encontró su entrada, solo un tercio de página.

Hizo una fotocopia, volvió sobre sus pasos, dejó el diario otra vez en su sitio y cerró la puerta al salir de la oficina del capitán. Leyó la página de entrada del diario mientras caminaba hacia la puerta del pasillo. Era solo información elemental, pero constaban los nombres y fechas de nacimiento de las tres víctimas, incluido un vigilante de seguridad llamado Rodney Burrows.

Era todo lo que Bosch necesitaba.

Soto estaba de pie junto a la cristalera, mirando al Civic Center. Imperaba la tranquilidad de un domingo por la mañana. El sol se alzaba en el cielo y dibujaba la silueta del ayuntamiento. Monolítico, seguía siendo el edificio más reconocible de la ciudad, y el que conservaba más secretos.

—Lo tengo —dijo Bosch.

Le entregó la fotocopia a Soto al pasar a su lado para dirigirse otra vez a la Unidad de Casos Abiertos. Ella lo siguió, leyendo la pequeña entrada por el camino.

Cuando llegaron a su módulo, ella ya tenía una idea, pero era la idea equivocada.

—Comprobaré estos nombres y empezaremos a hacer visitas —dijo—. ¿Con quién quieres empezar? ¿Con el vigilante? Dice que es Rodney Burrows.

Bosch negó con la cabeza mientras se sentaba.

—No visitaremos a nadie hasta que sepamos más sobre el caso y sobre ellos —

corrigió él—. Burrows no soltó prenda cuando lo presionaron en el 93, así que no hay razón para creer que lo vaya a hacer ahora. Hemos de encontrar algo que los chicos de Robos no tuvieran la última vez. Algo que nos dé ventaja. No nos acercaremos a ellos hasta que tengamos eso.

—Muy bien —dijo Soto—. Empezaré por buscar antecedentes. ¿Qué más?

—A Burrows supuestamente lo echaron de la academia antes de conseguir un trabajo de poli de alquiler. Todavía podría haber un expediente sobre él si tenemos suerte.

—Vale, lo miraré.

Bosch examinó las carpetas de su escritorio y eligió una. Se la pasó a Soto.

—Otra cosa —empezó—. Ese libro tiene la lista de residentes del Bonnie Brae. Hablaron con todos ellos. Estudia los nombres de esa lista. Coge a esas tres personas que estaban en el EZBank cuando se produjo el atraco y encuentra una conexión con el Bonnie Brae.

Las cejas de Soto mostraron su confusión.

—Si el incendio fue para despistar, eligieron ese sitio por una razón —explicó Bosch—. Porque conocían los accesos, sabían dónde estaba el bajante de la basura. Sabían que podían echar una bomba incendiaria por ese conducto, provocar el fuego en el sótano y crear una distracción. No creo que hubiera nada aleatorio en esto. Lo conocían bien. Uno de ellos lo conocía. Uno de ellos había estado ahí. Hay una conexión y has de encontrarla o no tendremos nada para acudir a ellos.

Esta vez Soto asintió.

—Entendido —dijo—. ¿Crees que sabían que había una guardería en el sótano?

—No lo sé, pero lo descubriremos.

Estaba a punto de volverse hacia su escritorio, pero recordó que tenía algo más para compartir.

—Eras solo una niña, pero ¿recuerdas el tiroteo de North Hollywood en el 97? —preguntó.

—No lo recuerdo de cuando era una niña, pero lo estudiamos en la academia. Todo el mundo lo conoce. ¿Por qué?

—Bueno, Gus Braley dijo que en un momento investigaron a esos dos tipos por el EZBank, pero no pudieron establecer la conexión.

—Guau.

—Sí.

Bosch vio un momentáneo destello de lo que sabía que era decepción en el rostro de Soto. Los atracadores de North Hollywood estaban muertos, y Soto de repente tenía que considerar la posibilidad de que su búsqueda del culpable del incendio del Bonnie Brae podía conducir a esa clase de conclusión: ningún juicio o castigo, solo el conocimiento de que los responsables ya estaban muertos y fuera del alcance de la ley.

—¿Crees que podrás soportarlo si esto acaba así? —preguntó.

—Bueno, no tendría elección —dijo.

Bosch asintió y Soto pareció sacudirse la decepción.

—¿Estuviste allí ese día? ¿En el tiroteo? Oí que enviaron a todo el mundo que no estaba ocupado.

Bosch asintió.

—Fui desde Hollywood. Pero llegué cuando el tiroteo estaba terminando. Me gusta decir que llegué allí a tiempo para que me demandaran.

—¿Qué significa eso?

—La familia de uno de ellos demandó al departamento y a unos cuantos de nosotros diciendo que dejamos que el tipo se desangrara en la calle. La denuncia afirmaba que los detectives se negaron durante más de una hora a que accediera una ambulancia para tratarlo y que murió de sus heridas por culpa del retraso.

—¿Ganaron?

—No, terminó en juicio nulo y se olvidó. Nunca volvió a juzgarse.

—¿Entonces?

—Entonces ¿qué?

—¿Se impidió que llegara la ambulancia? De esa parte nunca hablaron en la academia.

—Era todavía un entorno hostil y confuso. No sabíamos si había más hombres armados. Contuvimos a la ambulancia hasta que supimos que era seguro para ellos. Entretanto, unos pocos de nosotros tal vez le mencionáramos al tipo que estaba tirado en la calle que lo mejor para todos los implicados podría ser que se desangrara. Mira, teníamos policías heridos en todas partes. No creo que nadie fuera demasiado compasivo con ese tipo del suelo. Nos aseguramos de que se tratara a todos los policías antes de que un médico se acercara a él.

Ella frunció los labios y asintió. Lo entendía.

—Es verdad que nadie murió en nuestro lado, pero cuatro de los policías que recibieron un disparo ese día no volvieron nunca al servicio —dijo Bosch—. Quedaron muy jodidos, o física o psicológicamente.

—Lo sé. Eso sí nos lo dijeron en la academia.

Soto parecía estar pensando en algo y Bosch supuso que era un recuerdo del tiroteo que acabó con la vida de su compañero. Se dio cuenta de que la comparación era inevitable. Había estado bajo el fuego. Y eso suponía una conexión con el tiroteo de North Hollywood, aunque este hubiera ocurrido antes de que ella fuera policía.

—Bueno —dijo Bosch—, ¿por qué no te ocupas del EZBank? Yo trabajaré en Merced. Llevaremos los dos casos al mismo tiempo. Así el capitán no se pone ansioso y nadie más lo sabe.

Soto asintió.

—Gracias, Harry.

—No me lo agradezcas todavía. Estamos trabajando con pistas poco sólidas en los dos casos.

—De todos modos, no tenías que hacer esto.

—Pero tú sí. Y sé lo que es eso.

—Algún día tendrás que contármelo.

—Lo haré.

Volvieron a sus escritorios y se pusieron a trabajar.

Bosch volvió a centrar su atención en la investigación de Merced. Lo primero que hizo fue introducir el nombre de Charles Broussard en el ordenador para ver si por casualidad había tenido problemas con la justicia antes. No creía que fuera el caso, o los políticos no se acercarían ni a él ni a su dinero, al menos públicamente. La búsqueda no dio resultados: Broussard no tenía antecedentes, ni siquiera una multa por exceso de velocidad.

Bosch anotó el domicilio de Broussard que figuraba en su carnet de conducir y pensó que correspondía a la dirección de Mulholland Drive donde Ángel Ojeda había conocido a María Broussard y su aventura había empezado.

A continuación, Bosch hizo una búsqueda en el catastro del condado de Los Ángeles y encontró varias parcelas propiedad de Broussard, empezando por la dirección de Mulholland Drive. También había locales comerciales en Pacoima y City of Industry, que Bosch suponía que estaban relacionados con la fabricación de hormigón que Virginia Skinner y Ojeda habían mencionado. Encontró otra dirección residencial en la Pacific Coast Highway de Malibú. Una casa en la playa. En total, Broussard tenía a su nombre propiedades que Bosch calculaba que estaban valoradas en más de veinte millones de dólares solo en el condado de Los Ángeles.

Bosch dejó los registros de propiedad y trasladó sus pesquisas informáticas al registro de sociedades. Después de introducir el nombre de Broussard, obtuvo resultados en varias actas de constitución, algunas antiguas pero la mayoría de ellas actuales. Un negocio en el que Broussard figuraba como presidente y director ejecutivo se llamaba Broussard Concrete Design. Bosch sabía que era la empresa que proporcionaba las barreras de hormigón utilizadas en proyectos de construcción de carreteras. Había visto BCD grabado en barreras en autopistas hasta donde alcanzaba su memoria.

Broussard aparecía como agente o miembro del consejo en varios negocios más registrados en el estado de California. Ninguno de estos captó inmediatamente la atención de Bosch, pero los anotó todos junto a sus direcciones.

Una de las empresas liquidadas provocó la curiosidad de Bosch. Broussard constaba como presidente de una corporación ya disuelta llamada White Tail Hunting Ranch and Range en el condado de Riverside, justo en el límite con el condado de Los Ángeles y no muy lejos de la propiedad de Broussard en City of Industry.

Bosch copió la información, aunque los registros del estado indicaban que el coto de caza y campo de tiro solo había existido durante cuatro años y la sociedad se había disuelto en 2006, al venderse la propiedad. Lo que esto significaba para Harry era que Broussard era cazador o al menos conocía a cazadores. Gun Chung había identificado el rifle utilizado para disparar a Orlando Merced como un rifle de caza.

Eran las once en punto y Bosch quería estar en casa cuando su hija se despertara. Empezó a cerrar su ordenador y miró a Soto por encima del hombro. Su compañera

estaba enfrascada en su propia pantalla.

—He de irme —dijo—. Quiero estar un poco con mi hija hoy.

—No hay problema —lo tranquilizó ella—. Voy a quedarme un rato.

—¿Tienes algo?

—Todavía no. ¿Tú?

—Sí, eso creo. En el momento del disparo a Merced, Broussard poseía un coto de caza y campo de tiro en Riverside.

Soto apartó la mirada de su ordenador y miró directamente a Bosch.

—Así que probablemente conocía a un centenar de tipos que podrían haber disparado —dedujo ella.

—Eso estaba pensando —dijo Bosch.

—Está bien. Has dicho «poseía». ¿Ya no?

—Lo vendió unos dieciocho meses después del disparo a Merced.

—Y después de que saltara del barco de Inglin al de Zeyas.

Bosch asintió. Las posibilidades se estaban extendiendo y oscureciendo al mismo tiempo.

—Hasta mañana —dijo.

—Vale, Harry. Hasta mañana.

El tráfico estaba despejado en la 101 de camino a casa y Bosch llegó en poco tiempo. Salió de la autopista en Barham y luego tomó Cahuenga hasta el giro que lo llevaría colina arriba. Había dos caminos de subida: Mulholland Drive a la izquierda y su calle, Woodrow Wilson Drive, a la derecha. Giró a la izquierda, decidiendo usar el tiempo que se había ahorrado en la autopista para echar un vistazo a la casa de Broussard.

Mulholland cabalgaba las crestas de las montañas que partían la ciudad por la mitad. El domicilio de Broussard estaba en el lado norte de la calle, con vistas al valle de San Fernando. Sin embargo, cuando Bosch pasó junto a su dirección, no vio ninguna casa, solo una entrada con un sendero vallado. Este descendía y desaparecía del borde de la carretera. Una manzana más allá, Bosch aparcó en la salida del aparcamiento de un mirador de los parques de la ciudad. Bajó del coche y caminó otra vez por Mulholland. Cuando volvió a la puerta de Broussard siguió con la mirada un sendero de hormigón que descendía serpenteando hasta una estructura de aparcamiento con puertas de garaje de doble anchura hecha de marcos de aluminio y vidrio tintado. Bosch tardó un momento en darse cuenta de que el garaje de seis coches era, en realidad, la planta superior de un casa de múltiples niveles que trepaba por la ladera. Toda la casa estaba descaradamente construida en hormigón sin rebozar. Bosch sabía que a esa clase de diseño lo llamaban chic industrial.

Bosch puso su pie en el guardarraíl al lado de Mulholland y simuló apoyarse y atarse el zapato. Mientras estudiaba la casa, vio cámaras en las esquinas del garaje y en lo alto de la verja. La propiedad sin duda era una fortaleza. Nadie entraba sin que lo invitaran. Nadie se acercaba sin ser visto. Bosch se preguntó de qué se estaba

protegiendo Broussard.

Sacó el pie del guardarraíl y se dirigió otra vez a su coche.

Bosch se encontró a Maddie despierta. Estaba sentada en el sofá viendo la tele y comiendo cereales de un bol. Eran las doce y cuarto.

—Hola, cariño.

—Papá.

—Pensaba que íbamos a comer o a desayunar.

—Sí, pero no podía esperar. Esto es como un aperitivo.

Bosch se sentó en la silla, frente al sofá. Maddie todavía iba en pijama, pantalones lisos y una camiseta que decía «The 1975». Bosch sabía que era el nombre del grupo que le gustaba. El año anterior, había comprado entradas para que ella y sus amigas fueran a verlos en el Henry Fonda.

—¿Qué te apetece hacer? —preguntó Harry.

—No lo sé —dijo ella—. Algo fuera.

Bosch asintió.

—¿A qué hora entras hoy?

—A las cinco y media.

Bosch miró su reloj. Su plan iría justo de tiempo. Siguió adelante de todos modos.

—Estaba pensando que hay un campo de tiro en Riverside al que quiero echar un vistazo. ¿Qué te parece? Hace mucho que no disparas.

Unos años antes, Madeline había ganado premios en varias competiciones de tiro. Sin embargo, su dedicación había disminuido cuando su agenda empezó a llenarse cada vez más con clases y actividades voluntarias. Su creciente interés en los chicos también suponía una distracción.

—Sí, bien —dijo ella—. ¿Dónde está Riverside?

—Esa es la cuestión. Está al este, en el siguiente condado —dijo—. Tendríamos que salir pronto para que puedas llegar a tiempo a Meals on Wheels.

—Solo he de cambiarme. ¿Está bien si hago los deberes en el coche?

—Claro. Ve a vestirte y yo sacaré las pistolas.

Al cabo de quince minutos estaban en el coche. Bosch había cogido la pistola de competición de Maddie así como la Glock Model 30 que él llevaba en el trabajo y el Kimber Ultra que usaba anteriormente. Como el campo de tiro White Tail formaba parte de un coto de caza, Bosch suponía que estaría preparado como galería para armas largas, pero no poseía un rifle ni una escopeta. Si era necesario, preguntaría si podía alquilar un arma al llegar allí.

El tráfico del domingo era relativamente fluido y no tardaron mucho en llegar. Aun así, el trayecto les llevó más de una hora, incluida la parada para comer en West Covina. Maddie hizo deberes y habló poco, salvo cuando usó su teléfono para buscar restaurantes de comida rápida. La tarea se había complicado desde que había dejado

de comer carne roja ese mismo año. La comida rápida casi siempre significaba hamburgueserías In-N-Out. Maddie eligió un lugar llamado Johnny's Shrimp Boat, que estaba en Glendora, al lado de la autovía 10. Ella pidió langostinos fritos y Bosch arroz al chile. La comida era excelente y Maddie dejó a un lado los libros escolares mientras comían en el coche aparcado.

—Bueno, ¿cómo fue anoche? —preguntó Bosch.

—Estuvo bien —dijo ella—. Divertido. Y la película era muy buena.

—¿Este Jonathan Pace fue un caballero?

—Sí, papá. Es un chico majísimo.

—¿Cuántos fuisteis?

—Bueno, al final solo fuimos Jon y yo.

—Pensaba que habías dicho que era un grupo.

—Se suponía que tenía que serlo, pero pasan cosas. La gente no apareció. Así que fuimos Jon y yo, pero todo fue bien, ¿vale?

—Si para ti está bien, para mí también.

Bosch recogió los cartones de comida para llevar y los tiró en la papelera del aparcamiento. Cuando volvieron al coche, se terminó la conversación cuando ella volvió a los libros y él condujo hasta Riverside.

La sociedad original estaría disuelta, pero el White Tail Hunting Ranch and Range todavía funcionaba bajo el mismo nombre en las afueras de una población llamada Hemet. La galería de tiro se hallaba en un coto privado en las estribaciones de la montaña de San Jacinto. Delante estaba el campo de tiro al aire libre y varios edificios anexos, entre ellos, una oficina, una casa de dormitorios y un granero donde despellejar y eviscerar los animales cazados. Bosch entró en la oficina con su hija y se encontró con un muro de fotos que mostraba cazadores y sus presas. Había ciervos, cabras montesas y muchas fotos de cazadores con sus rifles posando junto a jabalíes abatidos.

—Oh, Dios mío —susurró Maddie al ver una foto del enorme colmillo torcido y el morro de un jabalí muerto.

Bosch le hizo una seña para que se callara cuando un hombre salió de una oficina lateral al mostrador. Llevaba ropa de trabajo y una gorra con una visera raída y el logo de Smith & Wesson en ella.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó.

—Sí, mi hija y yo pasábamos por aquí y hemos visto esto —dijo Bosch—. ¿Hace falta ser socio para disparar en la galería?

—Sí, pero vendemos entradas de un día. Veinticinco dólares.

—¿Tienen galería corta? Tenemos pistolas.

—Claro.

—Entonces denos una licencia de día.

Bosch pagó el importe y firmó el contrato que estipulaba las normas de uso. Llevaron sus armas y cajas de munición a la galería. La galería corta tenía posiciones

de disparo bajo techo. Eligieron una galería de doce metros y se pusieron las orejeras. Bosch cargó el arma de su hija y dejó que comenzara ella. Maddie erró los primeros tiros, pero con el segundo cargador empezó a afinar y mostrar sus viejas maneras. Bosch había llevado unos prismáticos que guardaba en la guantera. Controló la diana mientras ella disparaba y le cantó los resultados. Ya no tenía que preocuparse por su puntería.

Maddie usó las tres pistolas y disparó mucho más que Harry. Finalmente, Bosch se sentó en un banco detrás de la posición de tiro y se limitó a observarla al tiempo que examinaba el lugar.

—Papá, ¿no quieres disparar más?

—No, está bien. Prefiero mirar.

—¿Hay otra razón para que hayamos venido aquí?

—Más o menos. Te lo contaré después.

Solo había otras tres personas disparando en la galería y todos estaban en las posiciones de rifle, que estaban separadas de las de corto alcance y sin proteger. Bosch estudió a los hombres. Dos iban decididamente juntos y el otro iba solo. Los tres utilizaban mira telescópica y exhibían una familiaridad con el entorno que llevó a Bosch a concluir que no eran usuarios de un día, sino socios.

Después de cuarenta minutos, Maddie había acabado toda la munición. Bosch cogió una escoba de un estante de herramientas y se la pasó. Le pidió que recogiera todos los casquillos para que pudieran reciclarlos. Dijo que la esperaría en la oficina, donde iba a hablar con el encargado.

Bosch entró en el despacho y se acercó a la pared de fotos de trofeos. Estaba estudiando las fotos, buscando un cazador que pudiera llevar un rifle de caza Kimber, cuando el hombre volvió a salir de la trastienda.

—¿Lo han pasado bien? —preguntó.

—Sí —dijo Bosch—. Gracias. Quería preguntarle por la caza. ¿También se puede venir a cazar con permiso de un día?

—Para cazar hace falta un pase de dos días, aunque solo cace uno. Tiene que traer también su permiso para jabalíes y ciervos.

—Entendido.

Bosch volvió a las fotos. Habló sin apartar la mirada del hombre.

—Mi hija está recogiendo los casquillos y ya nos vamos.

—Tienen el pase del día, quédense todo lo que quieran.

—Había estado aquí antes, ¿sabe? Hace unos diez o doce años. Vine con Brouss cuando abrió, y cacé un jabalí. Pensaba que tal vez podría estar mi foto en alguna parte.

—Hace mucho tiempo. Esas fotos (si queda alguna) están en el otro lado de la puerta.

—Gracias.

Bosch pasó a la zona del lado derecho de la puerta y empezó a mirar.

—No queda demasiado de entonces —comentó el hombre—. El señor Broussard se llevó un montón de fotos cuando vendió esto. Sacó de la pared todas las fotos con Dave. Supongo que no quería el recordatorio.

Bosch mantuvo la mirada en las fotos y la voz despreocupada.

—¿Un recordatorio de qué?

—Del accidente. Por eso lo vendió. No quería que se lo recordara.

Ahora Bosch se volvió de la pared de fotos y miró al hombre.

—¿Qué clase de accidente fue?

El hombre lo miró un momento antes de responder.

—No hace falta hurgar en las heridas. El señor Broussard me vendió esto y no hemos tenido problemas desde que me hice cargo. Basta con eso.

—Lo siento. Mi hija dice que no tendría que ser tan curioso.

—Es una chica lista, si quiere saber mi opinión. Y tiene muy buena puntería, he estado mirando.

—Desde luego.

Bosch llegó a la sala de brigada a las siete de la mañana del lunes y se encontró a Soto en su mesa. Se fijó en que llevaba la misma ropa que el día anterior.

—¿Has estado aquí toda la noche?

—Estaba trabajando en el nexo y he perdido la noción del tiempo. He dormido unas horas abajo. No valía la pena ir a casa y volver.

Bosch asintió. Había un cuarto con camastros en la planta del garaje disponible para los primeros que llegaban. El cuarto estaba abierto a agentes hombres y mujeres, pero que Bosch supiera nunca lo había usado una mujer. Continuaba asombrado por el compromiso de Soto con los casos y con el trabajo.

—¿Nexo? —preguntó.

—Así es como llamo a esta búsqueda de una conexión entre los tres del EZBank y los apartamentos del Bonnie Brae —dijo.

—¿Has encontrado algo?

—Todavía no. Pero solo voy por la mitad de la lista de inquilinos. Con suerte terminaré hoy.

Bosch dejó sus archivos en el escritorio y se sentó pesadamente en su silla. Soto interpretó su lenguaje corporal.

—¿Qué te pasa?

Bosch negó con la cabeza y sacó un trozo de papel doblado de uno de los archivos. Se lo pasó. Era una impresión de un artículo del *Riverside Press-Enterprise* fechado el 23 de marzo de 2005. Era un artículo breve y Soto lo leyó con rapidez.

—¿Qué significa? —preguntó.

—Creo que significa que Broussard borró todas sus huellas —dijo—. No vamos a pillarlo.

—No lo entiendo. No hay nombres aquí. ¿Fue un accidente?

—Según el artículo. Sacaré el expediente del *sheriff* hoy.

—¿De dónde ha salido esto?

—Ayer fui a la galería de tiro que tenía Broussard. Practiqué un poco con mi hija. El tipo que ahora es el dueño y director de la galería mencionó que se lo compró a Broussard después del accidente.

Bosch señaló con la cabeza el papel que Soto tenía en la mano.

—Mi hija lo encontró en los archivos digitales del periódico. No hay nombres, pero el hombre que dirigía la galería de tiro de Broussard murió en un accidente de caza. El titular dice: «Cazador mata a su mejor amigo en un accidente de caza». ¿Qué te apuestas a que cuando saque el expediente el cazador es Broussard?

—¿No hubo más artículos después de este?

—Eso es otra cosa. No salió nada más después de ese breve. En mi opinión, alguien con dinero frenó esto.

Soto asintió al ir asimilándolo.

—¿Por qué estás tan seguro de que fue Broussard?

Bosch separó las manos.

—Bueno, si suponemos que el que disparó en Mariachi Plaza salió de la galería de tiro de Riverside, entonces, o bien lo preparó el tipo que dirigía el local, o fue él quien disparó. De una manera o de otra, era la conexión con Broussard y ahora esa conexión ya no está. Lleva nueve años muerto. —Señaló la hoja otra vez como si eso probara sus palabras.

—Tiene que haber... —empezó Soto—. Todavía tenemos a Ojeda.

—No nos basta —dijo Bosch—. Ningún fiscal se metería en esto con lo que tenemos. Se reirían de nosotros en la cara. No tenemos ninguna prueba. Ningún arma, ningún testigo directo, ningún...

Bosch se detuvo cuando se le ocurrió algo.

—¿Qué? —preguntó Soto.

—No es gran cosa —dijo—. Pero, cuando consiga el nombre del tipo que dirigía la galería (el hombre que trabajaba allí ayer lo llamó Dave), buscaré su nombre en el ordenador del ATF. A ver si tenemos suerte y descubrimos que poseía un Kimber Montana. No será suficiente para llevarnos a la puerta del fiscal, pero será otra pieza.

Bosch le pidió la hoja a Soto y regresó a su escritorio. Pensó en los próximos movimientos. Hacer una consulta en otra agencia policial era una cuestión delicada, sobre todo cuando estaba tan cerca de Los Ángeles. Había invariablemente conexiones y relaciones entre los dos departamentos: una polinización cruzada de personal que podría causar dificultad para alguien que llamaba a ciegas. Era siempre preferible hacer una entrada a través de una persona conocida, utilizar una vía lateral mejor que una directa.

Bosch disponía de varios contactos entre los que elegir. A lo largo de los últimos años en que había trabajado en la Unidad de Casos Abiertos, había habido varios casos con vínculos con el condado de Riverside, y lentamente había llenado el espacio de la letra R en su lista de contactos mental. Decidió probar con Steve Bennett, un investigador de personas desaparecidas en el Departamento del Sheriff del Condado de Riverside. Bosch no llamaba por una persona desaparecida, pero sabía que Bennett llevaba mucho tiempo en el departamento, había trabajado en varios puestos diferentes de investigador y sabría dónde y cómo buscar lo que Bosch necesitaba.

Después de intercambiar los clásicos «cuánto tiempo sin vernos» y otras galanterías, Bosch preguntó a Bennett si podía buscar información del accidente fatal ocurrido nueve años antes en el White Tail Hunting Ranch. Bennet dijo que, disponiendo de la fecha exacta del disparo, no tardaría mucho en conseguir el registro y verificar la situación. Le dijo a Bosch que lo llamaría en cuanto tuviera algo. Harry también le pidió que mantuviera discreción sobre sus indagaciones. Nadie más tenía que saberlo.

Bosch colgó y le dijo a Soto que iba a ir al Starbucks, a una manzana de distancia

por la calle 1. Era lunes y quería empezar la semana con algo mejor que lo que salía de la máquina del vestíbulo del EAP.

—Mira, todo sale de una máquina, Harry —respondió Soto—. Algunos sitios son más bonitos que otros, nada más.

—Cierto —aceptó Bosch—. Pero de vez en cuando me gusta el toque humano del café preparado a mano.

Era una frase que había tomado de su hija. Soto no reaccionó.

—Bueno, ¿quieres algo o no?

—No, gracias. He ido hace una hora a por el toque humano.

—Bien.

Bosch salió del edificio y estaba a medio camino de la cafetería cuando sonó su móvil. Era Bennett que le devolvía la llamada desde el condado de Riverside.

—Harry, no tengo mucho —le informó—. Cerraron esto muy deprisa. Una verdadera tragedia, parece. Un tipo mató a su mejor amigo cuando lo confundió con un ciervo o un jabalí o algo entre los matorrales.

Bosch se acercó a un banco en una parada de autobús para poder sentarse, aguantó el móvil entre la oreja y el hombro y tomó algunas notas.

—Bien —dijo—. ¿Tienes los nombres del que disparó y la víctima?

—El que disparó era Charles Andrew Broussard. Es Bravo-Romeo...

—Ya sé cómo se escribe. ¿Cuál es el nombre de la víctima?

—David Alexander Willman. Edad, cuarenta y dos. Era el director del establecimiento y Broussard era el propietario. Dice que era su mejor amigo desde el instituto en Hemet. Estaban cazando y se separaron en un sitio llamado Rampa del Jabalí. Lo describen como un cañón estrecho en el coto de caza. De alguna manera, Willman apareció donde Broussard no pensaba que pudiera aparecer. Broussard creyó que era un jabalí que estaban persiguiendo y le disparó desde treinta metros. La herida le atravesó el cuello. Willman murió allí mismo. Desangrado.

Bosch anotó unas cuantas palabras que alentarían su recuerdo del resumen.

—¿Qué arma usaba Broussard? —preguntó.

—Eh, vamos a ver aquí..., una Encore Pro Hunter —dijo Bennet—. Era una 308.

—¿Y Willman? ¿Dice qué llevaba?

—Eh... No hay nada aquí sobre el arma de Willman, Harry.

—De acuerdo, ¿algún inventario sobre el informe?

—Solo el arma de Broussard.

Había sido una vana esperanza que el rifle de Willman se citara o se conservara como prueba.

—¿Quién lo investigó? —preguntó.

—Bill Templeton —dijo Bennett—. Sigue en el departamento. Ahora es capitán.

—¿Lo conoces?

—Lo conozco, pero, en realidad, no lo conozco. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí.

Bosch tuvo que pensar un momento al formular la siguiente pregunta. Un autobús se detuvo en la acera y Harry tuvo que levantarse y alejarse de la parada para escapar del ruido.

—¿Estás en la calle, Harry? —preguntó Bennett.

—Sí, he ido a buscar café —dijo Bosch—. Escucha, Steve, ¿conociste a Templeton como investigador? Me estoy preguntando si era la clase de detective que cerraría un caso deprisa por pereza o si era de esos a los que puedes animar a que cierren un caso.

Hubo un largo silencio antes de que Bennett respondiera.

—Es difícil decirlo por este informe y nunca trabajé directamente con él. Pero he oído que Templeton juega al golf y antes de dar un golpe lanza un poco de hierba al aire para ver de dónde sopla el viento.

Bosch comprendió el significado. Templeton podría no haberse resistido si lo animaron a cerrar rápidamente la investigación del accidente, sobre todo si la orden venía de arriba.

—Harry, ¿quieres el número de informe de Seguridad Laboral? —preguntó Bennett—. El informe no está aquí, pero tiene que existir. Tengo un número.

Bosch regresó al banco del autobús para poder anotar el número. También preguntó la fecha de nacimiento y la dirección de Willman, así como los datos de su viuda, Audrey. Luego dio las gracias a Bennett por su rápida ayuda.

—Guárdate lo que te he dicho del golf —dijo Bennett—. No quiero tener a Templeton encima.

—Claro —aseguró Bosch—. Te debo una.

Después de colgar, Bosch dio media vuelta y se dirigió otra vez al EAP sin pasar por el Starbucks. Ya no necesitaba el impulso de la cafeína.

De nuevo ante su ordenador, Bosch buscó a David Alexander Willman en las bases de datos judiciales y no encontró nada. Willman no tenía antecedentes hasta donde Bosch podía determinar.

A continuación, Harry abrió el sitio de registro de armas de la ATF e hizo una búsqueda de Willman. Aunque este estaba muerto, la base de datos contendría cualquier transacción de armas que hubiera efectuado legalmente. Esta vez Bosch obtuvo resultados. Willman figuraba como vendedor de armas cuya licencia federal había caducado seis años antes, al no renovarse después de su muerte.

Bosch suponía que vender armas iba de la mano de dirigir un coto de caza y una galería de tiro. La búsqueda en los registros de la ATF también produjo información de varias transacciones en los ocho años anteriores a su muerte. Willman había comprado y vendido decenas de armas. Bosch examinó la lista y encontró las compras de dos rifles diferentes Kimber Model 84. Willman los había adquirido en 2000 y 2002, mucho antes de que Orlando Merced hubiera recibido el disparo con un arma como esa.

Harry fue después a los informes de ventas de Willman y descubrió que solo uno

de los dos rifles se había revendido. Eso significaba que, en el momento de su muerte, Willman poseía un Kimber Montana. No significaba que estuviera en posesión del arma, pero estaba registrada a su nombre.

De todos modos, Bosch se sentía animado. Pensaba que podría tener una pista sobre el arma homicida. Habían pasado nueve años desde la muerte de Willman. El rifle podría haber desaparecido hacía mucho. Si Willman no se deshizo de él después del disparo a Merced, probablemente, Broussard se encargó de ello después de matar a Willman. Bosch sabía que era una simple conjetura, pero tenía que reconocer que había una posibilidad de que Willman hubiera sido listo y se hubiera quedado con el rifle como elemento de presión frente a su amigo Broussard. Podría haberle dicho que se había deshecho de él y haberlo escondido en alguna parte por si las cosas se torcían.

Bosch anotó el número de serie del rifle en su libreta y luego empezó una nueva búsqueda informática, esta vez en el catastro del condado de Riverside. Cuando tuvo lo que necesitaba se volvió hacia Soto.

—Voy a ir a Riverside —dijo.

Ella apartó la atención de su ordenador para mirarlo.

—¿Por qué?

—Me han llamado de allí. Broussard fue el que disparó ese día. Mató a su amigo David Willman y se consideró un accidente. Pero Willman poseía un arma y compró un Kimber Montana que nunca vendió. Podría estar allí.

—¿Dónde?

—Todavía no lo sé. Tengo la dirección de donde vivía Willman, pero su mujer vendió la casa dos años después de su muerte y compró otra mejor. Ella está en Rancho Mirage. Estaba pensando en empezar por ahí. A lo mejor tengo suerte y todavía tiene el arma.

Soto lo pensó un momento antes de decir:

—Voy contigo.

—¿Y el nexo?

—Puede esperar. No vas a ir a buscar un arma sin tu compañera.

Bosch asintió.

—¿Te gusta el arroz al chile? —preguntó—. Conozco un buen sitio para parar a medio camino.

El trayecto se prolongó mucho más que la salida que Bosch había compartido con su hija el domingo. Para empezar, las autopistas estaban mucho más concurridas y Rancho Mirage se encontraba casi una hora más al este, en el valle de Coachella. Él y Soto discutieron los dos casos que estaban trabajando activamente y los movimientos que planeaban hacer. La fe de Bosch en que el rifle con el que habían disparado a Orlando Merced podría continuar en manos de la familia de David Willman era un hilo investigativo válido que merecía la pena seguir, pero desde luego no podrían obtener orden de registro de la casa familiar de Willman. Él y Soto tendrían que llamar a la puerta y esperar la cooperación o algo que impulsara una causa probable.

Pararon en West Covina para comer temprano arroz al chile y luego la conversación se fue diluyendo durante la segunda mitad del trayecto. Los pensamientos de Bosch vagaron del caso a la cena con Virginia Skinner de la noche anterior. La conversación había sido agradable e interesante. Incluso se había entreabierto la puerta a algo más —al menos desde la perspectiva de Bosch— y era excitante pensar adónde podría llevarlo eso. Bosch tenía que reconocer que sus posibilidades del que podría ser el último idilio de su vida iban reduciéndose con el paso del tiempo. Sus esperanzas de que Hannah Stone pudiera haber sido ese idilio final se habían perdido el año anterior. El hijo de Hannah estaba en prisión, condenado por violación en una cita. Cuando Bosch se negó a defenderlo en una vista de libertad provisional, Hannah terminó abruptamente la relación y dejó a Bosch preguntándose si los motivos de ella no se habían centrado desde el principio en la situación de su hijo.

Al pensar en Virginia Skinner, Bosch se dio cuenta de que había una excitación secreta en la posibilidad de una relación por el hecho de que ella trabajara en la prensa. Una aventura con una periodista estaría tan cargada de complicaciones que resultaba obviamente desaconsejable, y ese riesgo aumentaba la excitación. Hicieran lo que hiciesen, tendría que ser en secreto. En el departamento se vería como equivalente a acostarse con el enemigo. Solo cuatro carriles de Spring Street separaban el EAP del edificio del *Los Angeles Times*, pero entre las dos instituciones se alzaba un muro invisible que era el doble de alto que el ayuntamiento. Bosch tendría que ser muy cuidadoso si empezaba una relación. Virginia Skinner también.

—¿Enseñaste a tu hija a disparar?

Soto había planteado la pregunta, sacando a Bosch de sus pensamientos. Ella obviamente había estado meditando sobre lo que Harry le había contado de sus actividades del domingo por la tarde.

—Ah, sí.

—Es un poco inusual, ¿no crees?

—Bueno, mira, hay pistolas en la casa y todo eso. Quería que aprendiera como una cuestión de seguridad. La llevé un par de veces a disparar y la verdad es que era

buena. Un talento natural. Tiene un montón de cintas y unos cuantos trofeos en su habitación. Y ahora, lo creas o no, dice que quiere ser policía.

Soto asintió. Bosch se preguntó si ella estaba estableciendo alguna clase de conexión entre el hecho de que Maddie estuviera aprendiendo a disparar y su propia experiencia durante el tiroteo que acabó con la vida de su compañero.

—Me gustaría conocerla —dijo Soto.

Bosch asintió.

—Me gustaría que la conocieras —convino él.

—¿Dónde está su madre? —preguntó.

—Murió hace unos años —dijo—. Fue entonces cuando vino a vivir conmigo.

—Y empezó a disparar.

—Sí.

Ninguno de los dos dijo nada más hasta que llegaron a Rancho Mirage.

La casa a la que se había mudado Audrey Willman tras la muerte de su marido se hallaba en una urbanización privada llamada Desert View Estates. Bosch mostró su placa al vigilante de la verja y encontró la casa dos minutos más tarde. La construcción tenía tres plantas y se alzaba en medio de dos mil metros cuadrados de terreno, rodeada de casas y propiedades de tamaño similar. Había una rotonda con un jardín de roca en el centro en torno a un árbol de Josué. Bosch y Soto se acercaron a la puerta y esperaron después de tocar el timbre.

—¿Sabes por qué se llaman árboles de Josué? —dijo Soto.

Bosch miró al árbol central, con sus múltiples ramas extendidas como un candelabro.

—La verdad es que no —dijo.

—El nombre se lo pusieron los mormones —dijo ella—. Les recordaba la escena de la Biblia donde Josué levanta las manos al cielo para rezar.

Bosch asintió reflexivamente y en ese momento la gran puerta de roble se abrió tras él. Al volverse, vio a una asistenta uniformada, que los hizo esperar fuera mientras ella cerraba la puerta e iba a preguntar si la señora Willman quería hablar con ellos. Esto molestó a Bosch, porque sabía que el vigilante sin duda había llamado antes a la casa para advertir de la llegada de los detectives. La señora Willman ya debería estar avisada para recibirlos.

Al menos estaban a la sombra. El calor seco del desierto comenzaba a poder con Bosch. Notaba los labios resecaos y empezando a resquebrajarse. Estudió la artesanía de la puerta y luego su atención vagó a las molduras machihembradas del techo interior de la cochera. Le recordó la gran discrepancia de valor entre la propiedad de David Willman en el momento de su muerte y la de la casa a la que se había trasladado la viuda.

—Te digo una cosa —dijo—. O Willman tenía un seguro brutal o hubo un pago en alguna parte. Esta no es la clase de lugar donde termina un guía de caza.

—Probablemente ella demandó a Broussard —sugirió Soto—. Homicidio

imprudente o algo.

Bosch asintió para manifestar que estaba de acuerdo cuando la puerta se reabrió por fin. Esta vez apareció una mujer de unos cincuenta años que se identificó como Audrey Willman. Era alta y delgada y llevaba un montón de joyas de oro.

—¿Puedo ayudarles, detectives? —preguntó.

Bosch se decidió por un enfoque directo.

—Estamos investigando un asesinato en Los Ángeles que podría estar relacionado con la muerte de su marido. ¿Podemos entrar?

—Lleva muerto casi diez años. ¿Cómo podría tener que ver con un asesinato en Los Ángeles?

—No podemos explicárselo si no nos deja entrar.

La mujer les permitió pasar y se reunieron en un salón. Bosch y Soto se acomodaron en un sofá frente a Audrey Willman, que se sentó en lo que parecía una butaca antigua de cuero.

—Bueno —dijo ella—. Explíquense.

—Cuando su marido murió, poseía varias armas de fuego —empezó Bosch.

—Por supuesto que sí —dijo Willman—. Era un vendedor con licencia. Compraba y vendía armas.

—Eso lo entendemos. Lo que estamos tratando de determinar es el paradero de una de las armas que poseía entonces.

Audrey Willman se inclinó ligeramente adelante, con las cejas juntas en un gesto de sospecha.

—¿Están de broma? —preguntó.

—No, señora —dijo Bosch, invocando al fantasma de Joe Friday con su rostro inexpresivo—. No estamos de broma. Tenemos que saberlo. ¿Qué ocurrió con las armas que poseía su marido después de su muerte?

Ella levantó las manos como para señalar que la respuesta era obvia y no valía la pena el viaje de dos horas y media desde Los Ángeles.

—Las vendí. Lo vendí todo, todo legalmente. Después de lo que ocurrió, ¿cree que iba a querer tener armas cerca?

Esa era la oportunidad que Bosch estaba esperando.

—¿Qué ocurrió exactamente? —preguntó—. Solo tengo el resumen de la oficina del *sheriff* de Riverside. ¿Cómo fue que su marido terminó muerto a manos de su mejor amigo?

Willman hizo un gesto de desdén con la mano.

—El *sheriff* de Riverside sería el último lugar al que iría a averiguar lo que ocurrió —dijo.

Bosch esperó, pero Willman no dijo nada más.

—Bueno, ¿puede contarnos su versión de lo que ocurrió?

—Me encantaría, pero no es posible —dijo Willman—. Hubo un litigio. Lo demandé, pero no puedo hablar de ello.

La mujer hizo un gesto con las manos hacia el techo y su opulento entorno. La indicación estaba clara. Había recibido una suma cuantiosa por un acuerdo extrajudicial, pero el silencio formaba parte del trato.

—¿Está diciendo que había una cláusula de confidencialidad en el acuerdo?

—Así es.

—Bien, lo entiendo. ¿Puede decirme qué fue lo que alegó en el pleito antes de que hubiera un pacto y un acuerdo de confidencialidad?

Willman negó con la cabeza.

—No puedo decir ni una palabra de nada.

Describió un movimiento circular en el aire con una mano como para dar a entender la irrevocabilidad de su posición en el tema.

Bosch asintió. No parecía haber forma de hablar del litigio con ella, así que volvió a las armas.

—Muy bien, entendido. Volvamos a las armas que dice que vendió. El arma en cuestión nunca se registró después de una venta. Sigue a nombre de su marido en el ordenador de la ATF.

—No puede ser. Lo vendí todo legalmente. Ted Sampson lo hizo. Compró el rancho y usó su propia licencia de compraventa para venderlo todo.

Bosch supuso que Ted Sampson era el hombre con el que había hablado el día anterior en la oficina del White Tail.

—Bueno, con esta arma en particular, no hay registro de que se haya vendido a nadie. Era un rifle de caza Kimber. El modelo Montana. ¿Le suena familiar?

—Ningún arma me suena familiar. Odio las armas. No tengo armas en esta casa. Cuando me trasladé aquí dejé todo eso atrás. Pero mantengo un inventario detallado, porque antes de todo esto... —Movi6 la mano otra vez para señalar todo lo que el acuerdo judicial le había aportado—, pensaba que el dinero de esas armas podría ser lo 6nico que me quedara. Eso y una p6liza de seguros de veinticinco mil d6lares.

—Bien —dijo Bosch—. Entonces si Ted no vendió esta arma en particular, ¿d6nde estaría?

La mujer negó con la cabeza, como desconcertada.

—¡No tengo ni idea! El garaje de la casa vieja era su sala de armas, pero lo vaciamos. Estoy segura de eso. No qued6 nada all6 cuando Ted termin6 y yo hice inventario de todas las armas que sacamos.

—¿Todavía tiene ese inventario?

Willman pens6 un momento.

—Pues creo que s6.

—¿Podemos verlo, se6ora Willman? Podr6a ser importante.

—Esperen aqu6. Est6 en mis archivos de impuestos. Estoy segura.

Se levant6 y cruz6 la sala hasta unas puertas correderas con cortinas. Estas se abr6an a un estudio donde Bosch alcanz6 a ver un escritorio, estanter6as y una bicicleta est6tica situada delante de una televisi6n de pantalla plana. Willman cerr6 la

puerta a su espalda.

Tardó cinco minutos en volver. Bosch y Soto establecieron contacto visual, pero sin hablar en ningún momento. Ambos sabían que el inventario, si la viuda de Willman todavía lo tenía, podía ser una pieza sólida para conectar pruebas si la investigación alguna vez presentaba cargos sin contar con el arma homicida.

Cuando Willman salió del estudio, llevaba un bloc de hojas amarillas con varias páginas dobladas sujetas con una cinta elástica.

—Lo he encontrado.

Al acercarse, Willman sacó la goma elástica, pero esta se había vuelto quebradiza con los años y se partió en su mano. La mujer se sentó y empezó a pasar páginas y a estudiarlas una por una. Al llegar a la cuarta, se detuvo.

—Aquí están las armas.

Entregó el bloc a Bosch. Harry sacó su libreta, donde había escrito el número de serie del Kimber Model 84 que David Willman había poseído, según los registros de la ATF. Soto se inclinó para mirar la libreta y luego estudió la lista. Había dieciocho rifles y pistolas en ella, junto a las cantidades recibidas por sus ventas. Ninguna se describía como marca Kimber y ninguno de los números de serie coincidía con el número que Bosch tenía en sus notas. El Kimber de Willman nunca se había vendido. Bosch se fijó en que la lista también contenía dos bandoleras de munición, pero no se vendieron con ninguna de las armas de la lista.

—¿Puede prestarnos esto, señora Willman? —preguntó Bosch.

—Preferiría que no se lo llevaran —respondió—. Puedo hacerle una copia. Tengo una fotocopidora.

—Sería mejor que tuviéramos el documento original. Podemos darle un recibo y se lo devolveremos cuando ya no lo necesitamos.

—No lo entiendo. ¿Para qué lo quieren?

—Podría ser una parte importante de la investigación. Si el arma se utilizó en el homicidio que estamos investigando, necesitamos documentar su origen. Este inventario nos ayuda a demostrar que el arma desapareció hace al menos nueve años, cuando usted documentó las armas que su marido tenía en su poder en el momento de su muerte.

—De acuerdo —dijo Willman a regañadientes—. Puede llevárselo, pero quiero hacer una copia y quiero que me devuelvan el original.

—Se lo devolveremos —aseguró Bosch—. Se lo prometo.

—Le extenderé un recibo —dijo Soto.

Mientras Soto se ocupaba del recibo, Bosch planteó a Willman una pregunta que había estado reteniendo hasta el final de la entrevista.

—¿Qué arma llevaba su marido el día del accidente?

Willman hizo un ruido de incredulidad antes de responder. No parecía que fuera dirigido a Bosch, sino que más bien respondía a alguna emoción sobre el contenido de la pregunta. Era una pequeña confirmación de la sospecha de Bosch de que la

demanda que ella había presentado y que había jurado mantener en secreto no era una demanda rutinaria por homicidio imprudente. Suponía que Audrey Willman había alegado que la muerte de David Willman no había sido un accidente.

—Llevaba su escopeta de calibre 20, como siempre —dijo.

—¿Una escopeta para cazar un jabalí? ¿Eso era normal?

—Él no estaba cazando el jabalí. Lo hacía el otro hombre. Dave era el guía. El otro hombre le había pedido que lo guiara. Así que llevaba una escopeta por si un jabalí salía del bosque y embestía. La usaría para derribar al animal.

La mujer no mencionó el nombre de Broussard. Bosch se preguntó si eso formaba parte del acuerdo judicial o si simplemente no podía mencionar el nombre del hombre que había matado a su marido. Intentó una vez más reventar el cerrojo al procedimiento legal.

—Si sabe alguna cosa de su marido y Charles Broussard que no estuviera en la demanda, estaremos encantados de escucharlo.

Audrey Willman miró a Bosch un buen rato y luego negó con la cabeza.

—No puedo hablar de él en ningún sentido —dijo ella—. Ni siquiera puedo pronunciar su nombre. ¿Pueden hacer el favor de darme el recibo y marcharse? Tengo cosas que hacer.

Casi, pensó Bosch. Casi se había sincerado.

Salieron de la casa quince minutos más tarde y Bosch guardó el bloc de notas en su maletín. En lugar de conducir hacia la autovía 10, que los llevaría a Los Ángeles más deprisa, Bosch puso rumbo a Hemet.

—¿Adónde vamos? —preguntó Soto.

—A la casa donde vivía Willman —dijo Bosch.

—¿El arma?

Asintió.

—Solo es una corazonada. Tiene que estar en alguna parte. Quiero ver el garaje que Audrey dijo que su marido usaba para guardar las armas.

—¿No crees que la tiene Broussard? ¿No es por eso que se sentía a salvo para eliminar a Willman?

—Puede ser. O tal vez Willman le dijera después del disparo en el Mariachi Plaza que se había deshecho de ella. Broussard podría haber pensado que estaba a salvo.

—Pero ¿Willman se la quedó? ¿La escondió en algún sitio?

Bosch asintió.

—Puede ser. Como una póliza de seguro. Tal vez la escondió en algún sitio donde su mujer no miró después de que Broussard lo matara.

Soto también asintió para indicar que aceptaba esa posibilidad.

—Vale. ¿Necesitamos una orden de registro?

Bosch negó con la cabeza.

—No si nos invitan a entrar.

Circularon en silencio durante un rato hasta que Soto planteó una pregunta.

—¿Qué opinas de Audrey? Me parece que quería hablarnos de esa demanda.

—Sí. Creo que se siente culpable.

—¿De qué?

—Cogió el dinero y se calló. Sabe que el dinero, la cantidad que fuera, era la forma de que Broussard quedara impune. Con el tiempo tiene que ser difícil convivir con eso. No importa lo elegante que sea tu casa. Todo procede de dinero turbio. De todos modos, hemos de encontrar otra forma de conocer los detalles de la demanda, tal vez hablar con la fiscalía para ver qué se puede hacer para romper el acuerdo de confidencialidad.

—Desde luego que me encantaría leerlo.

Llegaron a Hemet en media hora. Por el camino, Bosch recibió una llamada del capitán Crowder, que quería una actualización de la situación de la investigación. Bosch le dijo que estaban siguiendo una pista sobre el arma homicida y esperaba tener algo sólido de lo que informar más tarde o por la mañana. Por el momento, el capitán se contentó con eso y colgó sin hacer más preguntas.

El lugar donde vivían los Willman antes de la muerte de Dave a manos de Broussard era una casita modesta en un barrio de clase media. Estaba recién pintada y

tenía un patio bien cuidado y un garaje de dos plazas. Los registros de propiedad que Bosch había consultado decían que la casa pertenecía a un tal Bernardo Contreras.

Una mujer de unos treinta años salió a abrir cuando Bosch llamó a la puerta. Al parecer estaba embarazada de al menos siete meses.

—¿Señora Contreras?

—¿Sí?

Bosch sacó su placa y se identificó a sí mismo y a Soto.

—Somos investigadores de homicidios y estamos buscando un arma que podría estar relacionada con un caso en el que estamos trabajando —dijo Bosch.

La mujer se puso una mano en el vientre prominente como para proteger al hijo no nacido incluso de la palabra «arma».

—No lo entiendo —dijo—. No tenemos armas en esta casa.

—No estamos hablando de su marido —dijo Bosch—. Estamos aquí porque el hombre que vivía aquí antes sí las tenía.

—¿El hombre que mataron?

—Sí, el hombre que mataron. Era vendedor de armas y estamos buscando una de ellas.

—Eso fue hace mucho tiempo. Mi marido y yo compramos esta casa...

—Lo sabemos. Por eso queremos pedirle un favor. Esperamos que esté dispuesta a ayudarnos con la investigación.

La mujer miró con suspicacia a Bosch y mantuvo una actitud cautelosa.

—¿Qué quieren?

—Queremos mirar en su garaje.

—¿Por qué quieren mirar en mi garaje?

—Porque el anterior propietario (el hombre que murió) guardaba al menos parte de sus armas allí. Queremos echar un vistazo y asegurarnos nosotros mismos de que el arma que estamos buscando no está aquí.

—Hace seis años que vivimos aquí. Creo que habríamos encontrado un arma si la hubiera dejado.

—Lo más probable es que tenga razón, señora Contreras. Pero somos policías y hemos de verlo por nosotros mismos para poder descartarlo. Además, esta arma, si está ahí, estaría escondida.

La mujer dejó caer la mano de su vientre y pareció relajarse un poco. Bosch pensó que tal vez había empezado a sentir curiosidad.

—¿Necesitan una orden de registro o algo parecido? —preguntó.

—No, si nos invita a buscar —dijo Bosch.

La mujer lo pensó un momento antes de darles el visto bueno.

—Abriré la puerta —ofreció—. Pero tenemos muchas cajas allí. Son cosas que almacenamos y no quiero que las miren.

—No se preocupe, señora Contreras. No vamos a examinar su propiedad.

La mujer dio un paso atrás y cerró la puerta. Bosch y Soto se acercaron al garaje

por un camino de piedras y esperaron allí. La puerta no tenía ninguna ventana y Bosch supuso que se trataba de una medida de seguridad tomada por Willman cuando había guardado armas en el garaje.

La puerta empezó a elevarse lentamente. La señora Contreras estaba esperando dentro, con la mano colocada sobre su vientre.

Bosch entró y miró alrededor. Era un garaje estándar de dos plazas, con una mesa de trabajo que ocupaba una de las dos y estanterías y un calentador de agua en la pared del fondo. Ninguna de las paredes estaba revocada, dejando a la vista la estructura de madera y el aislamiento. El constructor o el primer comprador de la casa habían decidido recortar gastos.

Había un coche compacto junto a la mesa de trabajo, y Bosch comprendió que la señora Contreras aparcaba en el garaje mientras que su marido dejaba el coche en el sendero de entrada o en la calle.

El garaje tenía vigas a la vista y una plataforma de almacenaje en el techo. Había varias cajas apiladas allí. Bosch las señaló.

—¿Esas cajas de allí arriba son tuyas?

—Sí, son nuestras. El garaje estaba completamente vacío cuando nos mudamos aquí. Si hubiera habido un arma la habríamos visto.

A ambos lados de la mesa de trabajo había armarios de acero con cerraduras y pasadores adicionales para cerrojos. Los armarios estaban montados en los tablones de la pared e iban de extremo a extremo.

—Eso son muebles de armas —dijo Bosch—. ¿Estaban aquí cuando se mudaron?

—Sí, la señora Willman los dejó aquí cuando compramos la casa.

—¿Están cerrados?

—No, no los cerramos —dijo Contreras—. Pueden mirarlos.

Bosch abrió los armarios y vio que se utilizaban para almacenar trastos. No había armas. Se subió a una escalera de mano que estaba al lado de la mesa de trabajo para mirar por encima de los armarios. Había polvo e insectos muertos encima, pero ningún arma.

Bosch se acercó a la mesa de trabajo. Había un tornillo de banco con un agarre acolchado montado en un extremo y un segundo tornillo más pequeño montado en medio de la mesa de metro ochenta. Se acercó y percibió un olor tenue a lubricante y disolvente, dos materiales que cualquier vendedor de armas tendría a su disposición.

—¿Esta mesa también estaba aquí? Los tornillos están puestos para sostener un rifle mientras limpias el cañón o añades una mira.

—Sí, la mesa también la dejaron aquí y decidimos usarla. Aunque ocupa mucho espacio. Mi marido tiene que aparcar en el sendero, pero no le importa. Le gusta trabajar aquí los sábados.

Bosch se limitó a asentir. Estaba mirando la mesa, su superficie de trabajo manchada de aceite. Obviamente, era de fabricación casera, construida con tablones y madera de contrachapado. Tenía una superficie de trabajo encima y un estante debajo.

Ambas superficies eran de contrachapado de dos centímetros y medio, sostenidas por debajo con tablonés. Era una construcción torpe, pesada, que en ese momento contenía diversas herramientas eléctricas y manuales.

Bosch puso la mano en la mesa para apoyarse y se agachó para mirar debajo de la superficie de trabajo. En el rincón del grueso marco, vio un arma sujeta en la parte inferior con bridas de plástico.

—Hay un arma ahí debajo —dijo—. Una pistola.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la señora Contreras.

Bosch sacó un par de guantes de goma del bolsillo de la chaqueta y se los puso. A continuación, sacó su teléfono y se agachó para tomar fotos de la pistola, usando el *flash* para iluminar la superficie interior de la mesa. Después, cogió un cúter de las herramientas dispuestas encima de la mesa y lo usó para cortar las bridas de plástico.

Cogió el arma y se levantó para mirarla con Soto. Era una Glock P17. La señora Contreras se inclinó para estudiarla también ella, y su rostro adoptó una expresión de inquietud.

Al cabo de un momento, Bosch le pasó el arma a Soto, que también se había puesto guantes de látex, y empezó a quitarse la chaqueta. Para mirar debajo del estante, iba a tener que tumbarse en el suelo manchado de aceite. La señora Contreras se fijó en lo que estaba haciendo y sacó una lona de uno de los estantes del fondo del garaje. Empezó a desdoblarla y extenderla en el suelo.

—Use esto, que se va a estropear la ropa —sugirió.

Enseguida Bosch estaba en el suelo, valiéndose del brillo de la pantalla de su teléfono para iluminar los rincones de la parte inferior del estante. Había otra arma de fuego —en este caso un arma larga— y tomó fotos otra vez antes de pedir el cúter para cortar las bridas de plástico.

Entregó el arma pesada a Soto y se levantó.

—Oh, Dios mío —dijo la señora Contreras, que en ese momento ya estaba protegiendo al niño no nacido con las dos manos.

El arma no era un Kimber Model 84. Bosch la reconoció como una ametralladora M60 de la época de Vietnam. Los soldados la llevaban con cinturones de munición en bandolera al surcar la selva. Había dos bandoleras en el inventario de armas y municiones vendidas por la mujer de Willman después de su muerte. Ahí estaba el arma con la que iban los cinturones. Bosch se preguntó si Willman había escondido la ametralladora y la Glock porque eran robadas o porque tenían valor de recuerdo.

—¿Es eso lo que estaba buscando? —preguntó la señora Contreras.

—No —dijo Bosch.

Le cogió el arma a Soto, porque se dio cuenta de que le estaba pesando. Los que llevaban la M60 por la selva de Vietnam tenían una relación de amor-odio con ella. La llamaban «el puerco» cuando tenían que cargarla en patrulla. Pero, pesada o no, era la mejor arma que podías tener en tus manos en un combate. Bosch la colocó con cuidado en las mandíbulas de los dos tornillos de banco.

Dio un paso atrás desde el banco y miró una vez más en el garaje. Se sentía animado por haber encontrado las dos armas. No eran lo que estaba buscando, pero demostraban que Willman tenía armas ocultas. Apoyaba su esperanza de encontrar el Kimber Montana.

Su atención se centró en las vigas del techo.

—Puede subir ahí si quiere —dijo la señora Contreras, que ya apoyaba plenamente la búsqueda de armas en una casa donde pronto criaría a un niño.

Había una escalera extensible de fibra de vidrio en un estante, al otro lado del garaje. Bosch la cogió, con cuidado de no tocar el coche, y la llevó hasta la mesa de trabajo. La extendió y la apoyó contra una de las vigas y luego la sostuvo con firmeza mientras Soto subía primero. Él la siguió y se encontraron agachados debajo de un falso techo, en una planta improvisada construida con tablonces extendidos entre las vigas.

Bosch buscó posibles escondites, pero en realidad no había en las vigas ningún lugar donde ocultar un rifle o cualquier otra arma. Estaba a punto de renunciar a la búsqueda cuando Soto lo llamó desde el borde de la plataforma. Bosch se agarró de uno de los puntales del tejado para mantener el equilibrio.

Soto señaló a través de la abertura entre dos de las vigas a uno de los armarios de acero para armas. Bosch no vio lo que ella quería que viera.

—¿Qué?

—Detrás del armario —indicó Soto—. Está fijado a los tablonces, pero hay espacio entre ellos.

Soto tenía razón. Había más de un palmo entre cada uno de los tablonces colocados en vertical en la pared. Cada uno de los espacios estaba cubierto de cintas de aislante térmico, pero estas podrían haber sido retiradas con facilidad detrás de los armarios de armas para crear un escondrijo lo bastante grande para un rifle. Bosch no se había dado cuenta de esa posibilidad cuando había mirado antes por encima de los armarios.

—Hemos de desmontar los armarios —dijo.

Tardaron media hora en vaciar cada uno de los armarios y luego Bosch —usando las herramientas de Bernardo Contreras— aflojó los tornillos que fijaban el primer armario de acero a los tablonces. Para terminar la faena, tuvo luego que pasarle la llave inglesa a Soto mientras él intentaba sostener el pesado armario de acero.

Trabajando desde la escalera, Soto quitó los cuatro tornillos aflojados y Bosch notó que el peso caía sobre él. Era demasiado.

—¡Cuidado!

Dejó que el armario se deslizara por los tablonces hasta el suelo, donde golpeó el cemento con un estruendo.

—¿Todo el mundo está bien?

Mientras las dos mujeres confirmaban que se encontraban perfectamente, Bosch miró al lugar de la pared donde había estado el armario. Efectivamente, había un espacio vertical de diez centímetros de profundidad entre los dos tablones. Habían clavado un trozo de madera entre los tablones verticales para crear un soporte inferior al escondite. No había ninguna pistola allí, pero sí una espada en su funda. Bosch la sacó para examinarla. Estaba cubierta de polvo. Parecía una espada de samurái con una hoja ligeramente curvada que había permanecido brillante y limpia en su funda.

Bosch apoyó la espada contra la mesa de trabajo y continuó con el siguiente armario de armas.

Después de aprender del primero, solo tardó diez minutos en aflojar los tornillos del siguiente armario. Pidió a Soto que se colocara en la escalera. Esta vez sabía qué esperar y se sirvió de todo su peso para dejar que el armario se deslizara lentamente por la pared. Oyó que Soto anunciaba que había un arma en el segundo escondite antes incluso de enderezarse.

Era un rifle. La adrenalina de Bosch se disparó. Quería cogerlo y ver si era un Kimber, pero esperó mientras Soto lo fotografiaba con su móvil antes de bajarlo. Soto se acercó para ayudarle a examinarlo en busca de la marca.

—Necesito mis gafas —dijo Bosch.

—¡Ahí! —dijo Soto con excitación, señalando el lado izquierdo del seguro del rifle—. Kimber Model 84. Tiene que ser este.

Soto localizó el número de serie a la izquierda de la marca y preguntó a Bosch si tenía el número en sus notas. Bosch le pasó el arma y fue a buscar su chaqueta, que la señora Contreras estaba sosteniendo, para coger sus gafas de lectura y su libreta. Abrió la libreta por la página donde había anotado el número de serie y se lo leyó en voz alta a su compañera.

—Exacto —dijo Soto con voz temblorosa.

Habían encontrado el rifle que David Willman no había vendido. El siguiente paso consistiría en determinar si era también el rifle utilizado para disparar a Orlando Merced.

Bosch se puso la chaqueta y miró los dos armarios de acero en el suelo del garaje. Era imposible que pudiera volver a colocarlos en su lugar.

—Señora Contreras, vamos a tener que llevarnos estas armas —dijo.

—Háganlo, por favor —les rogó—. Mi marido no se lo va a creer.

—Bueno, puede que su marido no se alegre mucho, porque no voy a poder levantar esos armarios y volver a colocarlos.

—No se preocupe. Él y sus amigos pueden hacerlo. Pasan mucho tiempo aquí, y esto será una gran historia para contar.

—Eso me hace sentir mejor. Ahora vamos a extenderle un recibo.

Dejaron las armas en el maletero del coche, colocándolas sobre una manta que Bosch mantenía en su equipo de vigilancia. Después le dieron las gracias a la señora Contreras y le entregaron el recibo.

Finalmente, se dirigieron hacia Los Ángeles. Había una excitación casi palpable en el coche. Bosch había empezado el día sintiendo que habían llegado a un callejón sin salida en el caso, porque Broussard había tomado la medida definitiva para protegerse. Sin embargo, horas después, la situación era muy diferente. Tenía lo que creía que se confirmaría como el arma del crimen en su maletero. El caso había dado un giro radical.

Bosch miró su reloj y supuso que serían casi las cinco cuando llegaran a la ciudad. Sacó su teléfono y llamó al laboratorio de balística. Preguntó por Gun Chung.

—¿Cuánto tiempo vas a estar ahí? —preguntó Bosch.

—Estoy disponible hasta las cuatro —dijo Chung—. ¿Qué pasa?

—Tenemos el arma de los mariachis. O eso creemos. Pero no llegaremos a tiempo. Estamos volviendo de Riverside.

—¿Tardaréis mucho?

—Llegaremos cerca de las cinco.

—Está bien. Esperaré. Tráela ahora y haré la comparación.

—¿No tendremos que esperar turno?

—Estaré fuera de servicio. Puedo hacer lo que quiera.

—Te lo agradezco, tío. Estaremos allí lo antes posible. ¿Puedes hacerme otro favor?

—¿Qué?

—Llama a Huellas y a ver si puede venir alguien. Puede que encontremos algo.

—Veré qué puedo hacer.

Bosch colgó y le dijo a Soto que irían directamente al laboratorio, donde Gun Chung estaba dispuesto a esperarlos para hacer una comparación entre la bala extraída de la columna de Orlando Merced y una bala disparada con el rifle que llevaban en el maletero.

—Digamos que coincide —dijo Soto—. Que tenemos el arma homicida.

—Sí —dijo Bosch.

—Examinemos el escenario. Quiero intentar ver cómo funcionará esto.

Bosch asintió. Era un buen ejercicio hasta cierto punto. El detective nunca quería crear un escenario y luego estudiar las pruebas para que encajaran. Aun así, empezar con la conjetura de que acababan de recuperar el arma homicida conducía a algunas conclusiones inalterables.

—Bueno, volvemos a nuestra teoría original basada en las pruebas balísticas y de vídeo —dijo.

—Que la bala que hirió a Merced estaba destinada a Ojeda —dijo Soto.

—Exacto. A partir de ahí tenemos la confirmación de que el arma pertenecía a David Willman. ¿Disparó él? Eso no lo sabemos. ¿Tenía la capacidad? Sí. ¿Conocía a alguien al que podría haber dado su arma para que pudiera disparar? Creo que eso también sería un sí.

Bosch siguió conduciendo durante unos minutos, mascullando la historia en su

cabeza antes de continuar.

—Vale, entonces, si trazamos una línea entre Ojeda y Willman, ¿quién más se cruza?

—Broussard.

—Broussard. Conocía a Willman desde pequeño y trabajaba con él.

—Y su mujer estaba teniendo una aventura con Ojeda.

Bosch asintió.

—Tal y como yo lo veo desde su punto de vista, Broussard advierte a Ojeda que se aleje de su mujer, pero Ojeda no le hace caso. Así que Broussard acude a Willman y le dice: «Necesito que me hagas un favor». Willman acepta el trabajo y busca a alguien que dispare o decide ocuparse él mismo. Supongo que esto último; regla de oro: cuanta menos gente en una conspiración, mejor.

—De acuerdo. Me quedo con Willman.

—Willman dispara, pero hiere a Merced en lugar de a Ojeda. Todo se tuerce. Ahora saben que, si matan a Ojeda, se les echarán encima, porque no hay forma de que la policía continúe pensando que es otro ataque aleatorio o relacionado con bandas. Sabrán que hay algo ahí. Así que a Broussard no le queda otra opción que decirle a Willman que lo deje, al menos por el momento.

—Entretanto, Ojeda se queda el tiempo suficiente para hacer su declaración falsa a los policías y se marcha de la ciudad.

—Así que el disparo al final cumple con su cometido. Hieren a quien no deben, pero el objetivo igualmente desaparece.

—Y Willman se convierte en un cabo suelto para Broussard. Un tipo que conoce el secreto.

—Has de preguntarte por qué Willman accedió a ir a cazar con Broussard ese día. Tenía que haberle dicho que tenía una póliza de seguro.

—Tenía el arma.

—Broussard de alguna manera pensó que estaba a salvo, que el arma no iba a aparecer y relacionarlo todo, con él en medio.

Soto se sentó completamente de perfil para mirar a Bosch al establecer la siguiente conexión.

—¡Era la bala! Estaba en la columna de Merced. Pensó que, como Merced había sobrevivido y no iban a sacarle la bala, el as en la manga de Willman no era tan valioso como él pensaba. No importaba que conservara el rifle, porque no había ninguna bala con la que compararlo, porque estaba en la columna vertebral de Merced. No había forma de demostrar que era el arma de la que había salido el disparo.

Bosch asintió.

—Willman pensó que estaba a salvo dándole a Broussard un arma y saliendo al bosque con él. Pero no lo estaba.

Se quedaron un rato en silencio. Bosch examinó la teoría una vez más y no vio

ninguna fisura. Era una hipótesis, pero se sostenía. Funcionaba, pero eso no significaba que se correspondiera con la realidad. Todo caso tenía preguntas sin responder y cabos sueltos en lo referente a motivos y acciones. Bosch siempre pensaba que si empezabas con la hipótesis de que el asesinato es una acción irracional, ¿cómo podías encontrar una explicación completamente razonable? Era esa certeza lo que le impedía ver películas y telefilmes sobre detectives. Le parecían irreales en su forma de mostrar lo que quería el público: todas las respuestas.

Levantó la mirada a las señales de la autopista. Estaban acercándose a la salida de Cal State, donde Gun Chung los esperaba en el laboratorio.

La hipótesis del caso adquirió un grado superior de validez después de que Gun Chung identificara positivamente el rifle Kimber como el arma que disparó la bala que había estado alojada en la columna vertebral de Orlando Merced durante diez años.

Después de que el arma fuera procesada para encontrar huellas dactilares, Chung disparó una bala del Kimber al tanque de balas del laboratorio, la recogió con una red y la comparó en el microscopio doble con el proyectil extraído durante la autopsia de Merced. La bala original estaba muy dañada. Aun así, Chung tardó menos de diez minutos en determinar un resultado positivo sobre el que podría declarar con seguridad en un juicio.

Bosch pidió a Chung que también disparara balas de la M60 y la pistola en el tanque, y que buscara los perfiles digitales de las balas en la base de datos de proyectiles en cuanto tuviera ocasión. Las otras dos armas podrían no tener nada que ver con el caso Merced, pero merecía la pena verificarlas. Willman las había ocultado por alguna razón. Las dos armas adicionales eran cabos sueltos que había que atar.

La espada samurái también tendría que examinarse y rastrearse si era posible. Pero ese no era el dominio de Chung. Bosch pensaba obtener información de robos de espadas y crímenes que implicaran el uso de tales armas en cuanto se liberara de las investigaciones presentes y tuviera tiempo.

Cuando Bosch y Soto volvieron al EAP, no había nadie en la brigada a quien informar. Crowder y Samuels ya hacía mucho que se habían ido a casa. Casi todos los demás detectives también se habían marchado. Bosch guardó las tres armas y la espada recuperadas en Hemet en la cámara acorazada situada en el sótano. Pensaba buscar la M60 y la Glock en las bases de datos de la ATF a la mañana siguiente.

Cuando fue a su cubículo, Soto estaba leyendo el último grupo de informaciones ciudadanas que Sarah Holcomb había dejado en su mesa.

—¿Ha llamado alguien para decir que disparó un hombre llamado Dave Willman? —preguntó Bosch—. ¿Y que Charles Broussard le encargó hacerlo?

—Ojalá —dijo Soto.

Bosch se sentó a su escritorio. Estaba cansado. Últimamente conducir agotaba sus energías.

—¿Algo más ahí? —preguntó.

—No mucho. Nuestra dama anónima que cree que el exalcalde conoce todas las respuestas ha vuelto a llamar, pero Sarah no estaba y la mujer ha dejado un mensaje que decía lo mismo: hablen con Zeyas. Sarah comprobó el número esta vez y era de un móvil no registrado, de usar y tirar.

—No me sorprende. Si no tiene ciudadanía, no tendrá identificación ni cuenta

bancaria para comprar un móvil legal. La mayoría de los ilegales de esta ciudad usan esos móviles. Son baratos y se encuentran en cualquier bodega de la ciudad.

Soto estaba llamando al número otra vez, sosteniendo el teléfono fijo junto al oído mientras continuaba la conversación.

—He de decir que su persistencia me da que pensar.

—¿Qué piensas? ¿Que el exalcalde estuvo implicado en el disparo a Merced?

—No, eso no. Es muy descabellado. Pero quién sabe, tal vez sepa algo.

—Vale, entonces te toca preguntar a ti: «Señoría, es sobre una llamada anónima». A ver si mantienes la medalla al valor después de eso.

—Lo sé. Es una locura.

—No es una locura. Es solo imprudente hasta que surja algo que lo apoye, y no creo que eso ocurra.

Soto colgó el teléfono.

—Ha ido al buzón otra vez.

Bosch acercó su silla a la de su compañera y dijo que quería cambiar de tema y discutir los pasos siguientes. Era ineludible que recopilaran perfiles completos tanto de Broussard como de Willman. Harry utilizó su estatus de veterano y eligió ocuparse de Broussard mientras Soto se encargaba de Willman. También dijo que creía que era el momento de acudir a la fiscalía a hablar con un fiscal de tramitación sobre lo que tenían y lo que se necesitaba para llevar el caso a juicio. Intentaría organizar eso para el día siguiente, con la esperanza de que les tocara John Lewin o algún otro fiscal de los que él consideraba a la altura de la tarea. Lewin siempre buscaba formas de trabajar con investigadores para presentar cargos en casos viables. Algunos de sus colegas de la decimoséptima planta del ETP parecían más interesados en buscar razones para no llevar los casos a juicio.

—¿Qué pasa con el Bonnie Brae? —preguntó Soto cuando Bosch hubo terminado.

—Creo que tendrá que esperar —dijo Bosch—. Al menos por ahora. Hemos de aprovechar el impulso que tenemos con Merced. Además, hemos de suponer que Broussard está trabajando contra nuestra inercia. Tiene que saber que Merced ha muerto y que ahora tenemos la bala. Podría estar vigilándonos. Así que es mejor dedicar nuestro tiempo a Merced y movernos con rapidez.

Soto parecía decepcionada, pero aceptó la decisión de Bosch.

—¿Y si me ocupo de ello en mi tiempo libre? —preguntó.

Bosch pensó un momento.

—Nunca te diría que no investigues algo por tu cuenta —dijo—. Los llaman casos *hobby* por aquí, aunque no parece la mejor descripción de ese caso y de lo que significa para ti. Comprendo que quieras mantener el impulso que tienes. Completar el nexos y todo eso. Solo quiero asegurarme de que mantienes la concentración en Merced.

—Lo haré, Harry. Lo prometo.

—Bien, entonces haz lo que tengas que hacer.

De camino a casa, Bosch otra vez subió por Mulholland en lugar de por Woodrow Wilson para poder pasar muy despacio por delante de la casa de Charles Broussard. No estaba seguro de qué esperaba conseguir. Las posibilidades de ver al sospechoso —sí, Bosch había llegado a un punto en que lo consideraba sospechoso— eran casi inexistentes. Aun así, Bosch se sentía atraído por la fortaleza de hormigón donde Broussard se había ocultado de la exposición pública y la ley durante tanto tiempo.

Esta vez estaba oscuro cuando Bosch llegó al giro del mirador septentrional. Las señales decían que el aparcamiento estaba cerrado desde el anochecer hasta el amanecer, pero había coches aparcados y gente en el promontorio, examinando la inmensa alfombra de luces del valle de San Fernando. Bosch bajó del coche y miró a su derecha a lo largo de la cresta. Veía el borde delantero de la casa de hormigón que sobresalía más que las construcciones situadas entre ella y el mirador. Bosch vio luces encendidas detrás de aquellas ventanas que llegaban del suelo al techo y, en el nivel más bajo, al pie de la ladera escarpada, una piscina azul iluminada con forma de riñón. No vio actividad humana en ninguna parte.

Bosch se sentó en un banco y disfrutó de la vista como los otros turistas del promontorio. Sin embargo, él pensaba en el asesinato y en la clase de gente que pagaba a otros para matar a sus competidores y enemigos. Los narcisistas definitivos que pensaban que el mundo solo giraba en torno a ellos. Se preguntó cuántos había entre los millones de luces que brillaban a través de la neblina.

Bosch oyó una voz autoritaria y al volverse se encontró con un vigilante de parques que ponía la luz de la linterna en las caras de la gente y les decía que tenían que marcharse o los denunciaría por entrar sin permiso. Estaba actuando como un bravucón maleducado y llevaba un sombrero de ala ancha que subrayaba su autoridad. Cuando vino a azuzarlo a él, el único que no se había escabullido hasta el desvío del aparcamiento, Bosch levantó su placa y le dijo que estaba trabajando.

—Aun así tiene que irse —dijo el vigilante—. El parque está cerrado.

Bosch leyó el nombre del vigilante en la placa del uniforme: Bender.

—Para empezar, apárteme esa luz de la cara. En segundo lugar, estoy en un caso y estoy vigilando una casa y este es el único sitio desde donde puedo verla. Me iré en diez minutos.

Bender bajó la luz. Daba la impresión de que no estaba acostumbrado a que lo desafiaran.

—¿En serio le hacen llevar ese sombrero? —preguntó Bosch.

Bender lo estudió un momento y Bosch lo miró a la cara. En el brillo de las luces de abajo, Bosch vio que le pulsaban las sienes.

—¿Tiene un nombre que acompañe esa placa?

—Claro. Soy Bosch. División de Robos y Homicidios. Gracias por preguntar.

Bosch esperó. Su turno.

—Diez minutos —dijo Bender—. Volveré a comprobarlo.

Bosch asintió.

—Eso me hace sentir mejor.

El vigilante se alejó caminando hacia la escalera que conducía al aparcamiento, y Bosch centró su atención otra vez en la fortaleza de hormigón. Se fijó en que la luz de la piscina se había apagado. Se levantó y se acercó al borde del mirador. Había una barrera de seguridad que le llegaba a la altura del muslo. Al apoyarse y asomarse más, consiguió un mejor ángulo de visión de la mansión de Broussard. Sacó unos prismáticos pequeños del bolsillo de la americana y estos le permitieron ver a través de algunas de las ventanas iluminadas. Vio un salón con grandes pinturas abstractas en paredes de seis metros y una cocina donde una mujer se estaba moviendo detrás de una encimera. Al parecer estaba vaciando el lavavajillas. Tenía cabello oscuro, pero en realidad Bosch no podía verla bien. Supuso que era María Broussard, la mujer cuya indiscreción conyugal había puesto en marcha todo.

Sonó el teléfono de Bosch y le sorprendió. Se apartó del precipicio y se guardó los prismáticos en el bolsillo. Atendió la llamada. Era Virginia Skinner.

—Para empezar, gracias por la cena de anoche —dijo—. Fue muy agradable y me divertí.

—Yo también. Deberíamos repetir.

Virginia Skinner hizo una pausa momentánea mientras registraba el significado de la frase de Bosch y continuó:

—La otra cosa es ¿sigues interesado en Charles Broussard?

Bosch miró la casa de Broussard un momento antes de responder.

—¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, porque era un lunes tranquilo, y he estado buscando entre toda la basura que se acumula en mi escritorio: comunicados de prensa, invitaciones políticas y todo eso. La verdad es que solo estaba mirando para ver qué podía tirar y sacar de mi escritorio, y me he encontrado con un comunicado de prensa de un acto de recaudación de fondos que Broussard coorganiza mañana para el comité exploratorio de Zeyas.

—¿Mañana? ¿En su casa?

—No, este es en el Beverly Hilton. Ni siquiera dice que Zeyas vaya a asistir, pero es de suponer que aparecerá para decir unas palabras.

—¿Hace falta alguna clase de entrada o invitación para ir?

—Bueno, para mí no. Soy periodista. De lo contrario son quinientos el cubierto.

—¿Vas a ir?

—Probablemente no... A menos... Si vas tú, a lo mejor.

Bosch pensó en la situación. Su hija tenía la operación encubierta esa noche del martes. No quería que Bosch la avergonzara acompañándola, pero su plan era estar allí y vigilarla sin que ella lo supiera. Creía que el sargento al mando no estaría tan

vigilante como él, ni mucho menos.

—¿A qué hora es?

—A las siete en el salón Merv Griffin.

—Puede que esté cerca. Podría pasarme y echar un vistazo. ¿Qué te parece si te lo digo mañana?

—Claro. Entonces ¿todavía estás interesado en él?

—No puedo hablar del caso. Tenemos un acuerdo, ¿recuerdas?

—Por supuesto. No escribiré nada hasta que me des el visto bueno. Así que puedes contarme cualquier cosa y confiar en que no lo use.

Bosch empezó a caminar hacia la escalera del aparcamiento. La conversación de repente se había vuelto extraña con el resumen preciso de Skinner del acuerdo al que habían llegado antes de cenar la noche anterior. Después de eso, no lo habían vuelto a mencionar.

—¿Harry? ¿Estás ahí?

—Sí, estoy aquí. Estoy ocupado. Mañana te llamo y te digo si voy a esa historia.

—Como quieras. Hablamos mañana.

Bosch colgó y se guardó el teléfono. Estaba a punto de bajar los escalones a su coche, pero miró atrás hacia la casa de Broussard. Esta vez vio a una figura de pie en uno de los balcones. Volvió al borde del promontorio y sacó los prismáticos una vez más.

Había un hombre en la terraza, vestido con lo que parecía una bata abierta encima de unos pantalones cortos y una camiseta. Se distinguía el brillo tenue de un cigarrillo en una mano. Era de constitución fuerte y tenía barba poblada.

Y parecía que estaba mirando a Bosch.

Maddie estaba en la mesa del comedor, sentada en el sitio que Bosch utilizaba para trabajar. Tenía el portátil abierto y parecía que estaba ocupada con algún trabajo escolar.

—Hola, peque, ¿qué hay para cenar? —preguntó Harry. Se agachó y la besó en la frente.

—No lo sé —dijo ella—. Te toca.

—No, anoche habría sido tu turno y se salta porque estabas en Meals on Wheels.

—No, no funciona así. Es demasiado complicado. Has de saber qué días son tuyos, el lunes te toca.

Bosch sabía que su hija tenía razón, porque ya lo habían discutido antes. Sin embargo, le había desconcertado la confrontación de larga distancia con el hombre que creía que era Charles Broussard. Bosch había sido el primero en apartar la mirada y regresar a su coche.

—Pues no he pensado en nada —dijo—. ¿Adónde quieres que llame? ¿O quieres que vaya a buscar algo?

—¿En Poquito Más?

—Por mí, bien. ¿Quieres lo de siempre?

—Sí, por favor.

—Volveré enseguida.

Poquito Más estaba justo debajo de su casa, al pie de la colina. Con un buen tiro, Bosch podría dar en el techo del restaurante con una piedra desde su terraza trasera. En ocasiones, desde esa misma terraza se olían los aromas del restaurante mexicano. Pero llegar allí era otra cuestión. Bosch tenía que descender por la sinuosa Woodrow Wilson y luego tomar Cahuenga Boulevard durante más de un kilómetro hasta el restaurante. Era una de las extrañas contradicciones de la ciudad. No importaba lo cerca que algo pareciera estar, seguía estando lejos.

Mientras esperaba que prepararan su pedido, recibió una llamada del capitán Crowder.

—¿Conoce a un vigilante de parques llamado Bender?

Bosch frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Lo he conocido hoy.

—Sí, bueno, no le ha gustado el encuentro.

—¿Está de broma? ¿Me ha denunciado Dudley Do-Right?

—Mañana necesito que escriba un memorando de su versión de la conversación.

—Claro.

—¿De verdad se ha burlado del sombrero de ese tipo?

—Sí, capitán, algo así.

—Harry, Harry, Harry... Vamos, ya sabe que estos tipos no tienen ningún sentido del humor.

—Cada día se aprende algo, capitán.

—¿Qué estaba haciendo ahí de todos modos?

—Solo contemplando la vista.

—Bueno..., no creo que esto vaya a ninguna parte, pero escríbame este memorando.

—Lo haré.

—¿Alguna novedad sobre Merced desde que hablamos?

Bosch aún no estaba preparado para sacar a relucir el nombre de Broussard. Lo dejó al margen.

—Recuperamos el arma —dijo.

—¡Qué! —exclamó Crowder—. ¿Por qué no me lo había dicho?

—No estaba cuando volvimos. Iba a ponerle al día por la mañana.

—¿Dónde estaba?

—Escondida en la casa de un muerto.

—¿Quiere decir que el que disparó está muerto?

—Eso parece.

—Eso está bien. Significa que no hay juicio. Podemos cerrar esto con un gran

lazo rosa esta semana.

—Todavía no, capitán. Si este tipo disparó, alguien se lo ordenó. Es al que queremos.

La mujer de detrás del mostrador cantó el número de Bosch. Su cena para llevar estaba lista.

—¿Sabemos quién es? —preguntó Crowder.

—Estamos trabajando en eso —contestó Bosch—. Mañana sabré más.

Bosch tenía la sensación de que Crowder quería más información, pero Harry sabía que era un conducto directo con la décima planta del EAP. Bosch no podía permitirse que el nombre de Broussard circulara en una planta donde había más políticos que policías. Crowder se ablandó.

—Vale, Harry —accedió—. Mañana. Quiero saber todo lo que sepa.

—De acuerdo, capitán —dijo Bosch.

Colgó y cogió la bolsa de comida del mostrador.

El martes por la tarde, Bosch y Soto se sentaron en la sala de espera de la Oficina del Fiscal del Distrito, en la decimoséptima planta. Pasaron veinte minutos antes de que les permitieran ver a un fiscal de tramitación. Bosch pensó que la espera era porque había pedido específicamente que fuera John Lewin quien revisara su caso. Pero no les asignaron a Lewin. Les tocó un joven triunfador llamado Jake Boland, que había colgado orgullosamente su diploma de la Universidad de Harvard en la pared de su despacho de tres por tres. Iba en mangas de camisa después de una mañana ajetreada examinando casos; la chaqueta del traje estaba en un colgador en la parte de atrás de su puerta. Bosch y Soto se sentaron uno al lado del otro delante del escritorio de Boland.

—No estamos aquí en calidad oficial —dijo Bosch.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Boland—. Soy fiscal de tramitación. Vamos a presentar cargos.

—No sabemos si hemos llegado a ese punto. Eso es lo que quiero que nos diga. Pero no quiero que lo presente en el registro ni que lo trate como una petición de acusación, porque, si la rechaza y luego presentamos cargos, el abogado defensor va a sacar delante de un jurado que este caso fue inicialmente rechazado por la fiscalía. Así que digamos que solo estamos aquí para pedir consejo.

Boland se recostó como si se distanciara de los detectives y su caso.

—Entonces no puedo dedicarles mucho tiempo. Tengo que tramitar casos. Y al final, eso es lo que se mira aquí. Si no tramito casos, no conseguiré ese puesto en el tribunal que estoy esperando.

—Pero tiene que tramitar buenos casos. De lo contrario, nunca llegará al tribunal.

—Mire, ¿puede simplemente decirme lo que me quiera contar para que pueda pasar al siguiente? Tenemos una sala de espera con detectives que quieren que presentemos cargos. Sé que podría ser una idea nueva para ustedes dos, pero, lo crean o no, ocurre.

En ese momento, Bosch sintió ganas de estirarse sobre la mesa y agarrar a Boland por su delgada corbata granate, pero mantuvo la compostura. Turnándose con Soto, empezaron a contar al joven fiscal lo que tenían, incluidos los acontecimientos fundamentales de la mañana; a saber, que las otras armas halladas escondidas en la mesa de trabajo de David Willman habían sido conectadas por Gun Chung con asesinatos en Las Vegas y San Diego. Uno cometido antes del disparo a Merced y el otro después. Además, las huellas dactilares sacadas del arma homicida de Merced la tarde anterior coincidieron con las de David Willman.

Cuando hubieron terminado, Boland se recostó de nuevo y esta vez tamborileó con un bolígrafo contra su barbilla levantada mientras consideraba la historia que le acababan de contar.

—Así pues, tienen a este sicario en ese coto de caza y armas que lo relacionan

con tres muertes —dijo—. ¿Y ninguna relación entre las muertes?

Bosch negó con la cabeza.

—¿Aparte de la posesión de todas las armas homicidas? No. El caso de Las Vegas fue un *deejay* de rap al que ametrallaron en su coche como a Tupac Shakur. La policía lo consideró un asunto de bandas, pero probablemente fue un ajuste de cuentas por algún negocio. El de San Diego fue probablemente un marido que eliminó a su mujer para cobrar el seguro. Eso fue lo que se sospechó en su momento, pero el marido tenía coartada y los policías no tenían pistas, hasta que hemos llamado hoy.

Boland interrumpió un momento el tamborileo.

—¿Qué pasa con la espada?

—No hay nada sobre eso todavía.

—¿Cómo sabía esa gente que podía acudir a Willman por estos crímenes? ¿Alguna idea? Quiero decir, ¿se anunciaba en Internet o qué?

—No lo sabemos todavía, pero las agencias implicadas están en ello.

Boland asintió.

—Por cierto, ¿tenían una orden de registro para buscar esas armas? —preguntó.

—No —dijo Bosch—. Nos invitó a buscar una de las actuales propietarias.

Boland frunció el ceño.

—Aun así tendrían que haberla pedido para que no haya dudas.

—No hay dudas —insistió Bosch—. La señora que vive allí no tenía nada que ver con el caso. Compró la casa de los herederos de Willman hace seis años. ¿Por qué íbamos a necesitar la firma de un juez para buscar en un garaje cuando la propietaria dijo «por favor, háganlo», y las armas que encontramos obviamente fueron abandonadas por el anterior propietario?

—Porque, en caso de duda, mejor llevar una orden. Vamos, detective. Eso es básico.

—Pero no había ninguna duda. La búsqueda fue limpia. ¿Está seguro de que fue a Harvard?

La cara de Boland se puso escarlata.

—Detective, ¿sabe qué más es básico? —logró decir—. No insultar al fiscal si quiere que presente cargos.

—Si actuara como fiscal, no habría ningún insulto. Y no le pido que lleve el caso. Le estoy preguntando qué nos falta, qué necesitamos. No le estoy pidiendo que se mee en lo que ya tenemos.

Soto puso la mano en el brazo de Bosch, tratando de calmarlo. Boland tendió la mano en un gesto de calma.

—Mire —dijo—. Empecemos otra vez. Sean cuales sean los detalles del registro, vivimos con eso, y creo que lo que tienen aquí es un caso contra un sicario muerto. Pero no tienen un caso contra Broussard ni contra nadie más. Ni por asomo.

—La mujer de Broussard estaba teniendo una aventura con el pretendido objetivo

—dijo Soto.

—¿Quién lo dice? —preguntó Boland.

—Tenemos al testigo y esta historia cuadra —respondió—. Además de eso, el tipo que disparó era socio de negocios de Broussard. Era su mejor amigo desde el instituto. ¿Está diciendo que eso no basta?

Boland dejó el bolígrafo y se inclinó hacia delante.

—En serio, no basta —dijo—. Si seguimos adelante con esto, puede contar con que pasen un montón de cosas. Lo primero de todo, puede contar con que Broussard tendrá una coartada a prueba de bombas. Apuesto a que estaba en otro estado con diez testigos con él. Así es como hacen las cosas estos tipos. Segundo, puede esperar que su mujer lo niegue todo: la aventura, a este Ojeda, que su marido pudiera hacer nunca algo semejante. Ella será una testigo sólida de la defensa. Y, tercero, puede esperar que su testigo (Ojeda) se eche atrás antes incluso de que suba al estrado. Lo encontrarán antes y lo sobornarán o lo asustarán. Una de dos.

Soto negó con la cabeza en un gesto de frustración. Boland continuó desmantelando el caso delante de ellos.

—No tienen nada que diga que Broussard pagara a Willman por hacer esto o se lo pidiera. Como he dicho, podrían condenar a Willman, pero está muerto. Necesitan una conexión directa entre Broussard y el crimen, no solo que Broussard y Willman se conocieran desde el instituto. Eso no prueba nada en un tribunal.

—¿Y la muerte de Willman? —preguntó Bosch.

Boland se encogió de hombros.

—El condado de Riverside la consideró un accidente. Seguridad Laboral dice que fue un accidente. Lo que quiero decir es que, a menos que pueda demostrar lo contrario, no es una ayuda para nuestra causa. Probablemente, ni siquiera es admisible.

—¿Qué hay del acuerdo al que llegó Broussard con la viuda de Willman? ¿Tenemos alguna probabilidad de romper ese pacto de confidencialidad?

—Probablemente, no. Estas armas que encontró no tienen nada que ver con ese caso, ¿no?

Bosch negó con la cabeza a regañadientes. A nadie le gusta que le digan que no tiene lo suficiente, y menos cuando el que lo dice es un capullo pomposo. Pero Bosch finalmente logró separar la molesta personalidad de Boland de lo que estaba diciendo. Harry comprendió que el joven fiscal probablemente tenía razón. Todavía no tenían caso. Soto estaba a punto de protestar por el rechazo, pero esta vez fue Bosch quien se estiró para ponerle la mano en el brazo y detenerla.

—Entonces ¿qué necesitamos? —preguntó.

—Bueno, una confesión firmada siempre viene bien —dijo Boland—. Pero, siendo realistas, me gustaría alguien o algo que nos meta dentro de la conspiración. Es una pena que Willman esté muerto, porque si estuviera vivo podríamos hacer un careo entre los dos sospechosos y ver quién hablaba primero. Pero eso, obviamente,

no va a ocurrir.

Bosch sabía que la valoración del caso que hacía Boland era certera. Resultaba deprimente pensar que Broussard podría haberse protegido con éxito de que lo acusaran de la muerte de Merced.

—Bien —dijo—. Veremos qué podemos hacer.

—Buena suerte. Y créanme, no me gusta dinamitar los casos. Prefiero presentar cargos. Pero como ha dicho al principio necesito tramitar buenos casos, que se puedan ganar, o me quedaré en este despachito el resto de mi carrera.

Bosch se levantó. Por más repelente que fuera la personalidad de Boland, sabía que los mismos aspectos de seguridad en sí mismo, zalamería y capacidad de proyectar y crear la estrategia de un caso lo convertirían en un fiscal sólido cuando finalmente consiguiera presentarse ante un juez.

Bosch y Soto entraron por Spring Street en el EAP. Su siguiente parada sería la oficina del capitán, donde él y su teniente llegaban tarde a la actualización del caso prometida. Considerando la respuesta de Boland a sus esfuerzos hasta el momento, Bosch sabía que la siguiente reunión no iría mucho mejor. El capitán Crowder le había dicho esa mañana que estaba recibiendo mucha presión de la décima planta y necesitaba resultados. Bosch había pedido el resto del día, y en ese momento estaban en el punto en el que Crowder estaría esperándolos porque la décima planta lo estaba esperando a él.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Soto.

—Creo que puedo ocuparme de ellos —dijo Bosch.

—¿Qué hacemos luego?

—No estoy seguro aún. ¿Qué opinas de que les diga que vamos a meter presión a Broussard a ver cómo reacciona?

—¿Qué clase de presión?

—Todavía estoy pensando. Tal vez ir a verlo, tal vez un artículo en el periódico.

—Si vas a verlo, probablemente pedirá un abogado en el acto.

—Si lo hace, también será algo revelador.

—¿Qué diría un artículo en el periódico?

—No lo sé. Tal vez que lo investigamos como sospechoso. Sin mencionar nombres. Tal vez divulguemos que tenemos el arma homicida.

—Eso desde luego haría saber a Broussard que estamos cerca.

—Y ese es el riesgo. ¿Queremos enseñar nuestras cartas? Es un movimiento desesperado. ¿Estamos ahí ya? No lo sé.

Bosch odiaba la idea de actuar a la desesperada. Un movimiento así dejaba el siguiente en manos ajenas. Significaba perder el control de la investigación: involucrar a los medios, lo cual siempre era arriesgado, y esperar la reacción del sospechoso, que nunca estaba garantizada y no podía anticiparse por completo.

Bosch lo había visto funcionar de maravilla y también espantosamente mal. Había participado en un caso donde el equipo al mando alentó la publicación de un artículo

que aseguraba que el operativo se estaba centrando en un sospechoso de ser violador y asesino en serie. Anunciaron una prueba que sabían que haría que el sospechoso fuera consciente de que se estaban centrando específicamente en él: que el hombre al que estaban buscando era un marido y padre respetable con un trabajo administrativo. Las llamadas al 911 empezaron a llegar poco después. El hombre cogió a su jefe y se metió en un cuartito de suministros con unas tijeras en el cuello del rehén. La policía actuó, pero demasiado tarde para evitar el asesinato y suicidio que se produjo en el cuartito. Simplemente, no había forma de saber qué ocurriría si Broussard descubría que la investigación de Merced se estaba acercando a él.

Bosch pensó en el acto de recogida de fondos programado para esa noche en el Beverly Hilton. Posiblemente podrían presionar a Broussard, sin tener que recurrir a los medios. Como mínimo podrían ver de cerca por primera vez al hombre al que creían responsable de la muerte de Merced.

—Tú decides, Harry —dijo Soto—. Yo estaré contigo.

—¿Qué haces esta noche?

—¿Esta noche? No lo sé. ¿Quieres ir a casa de Broussard?

—No, pero organiza un acto de recogida de fondos en un hotel. Estaba pensando en ir y echarle un vistazo, tal vez que él nos vea. Puedo intentar usarlo para contener a Crowder un día más. Decirle que nos veremos mañana.

—Eso suena a plan. Me apunto.

—Pues vamos.

Caminaron el resto del camino en silencio.

El Beverly Hilton era un inmenso complejo hotelero con varias entradas y muchos salones de tamaños diferentes para celebrar bodas, actos políticos para recaudar fondos y otras reuniones. Bosch lo había visitado en varias ocasiones a lo largo de los años, tanto por razones profesionales como personales. Él y Soto dejaron el coche en el garaje sin recurrir al aparcacoches y entraron caminando en el vestíbulo principal, donde se abrieron paso entre la multitud que se acumulaba para asistir a diversos actos y siguieron las señales hasta la escalera mecánica que conducía a los salones de banquetes. Por el camino, Bosch se fijó en varios vigilantes de seguridad del hotel vestidos con *blazer* azul y apostados a lo largo del vestíbulo. Todos llevaban auriculares y escudriñaban a la multitud. Supuso que Zeyas estaba atrayendo a algunos pesos pesados a su cena de quinientos dólares el cubierto.

En la segunda planta caminaron por un largo pasillo con entradas a las diversas salas de baile. El salón Merv Griffin era en realidad una gran sala de baile situada al final del pasillo, con dos puertas dobles que ya estaban abiertas. En la pared entre ambas puertas había un cartel de tres metros de alto que mostraba una foto en blanco y negro de Armando Zeyas estrechando manos y departiendo con un círculo de partidarios sonrientes. La foto se había tomado con una lente de ojo de pez, lo cual daba a la imagen resultante una sensación exagerada de que Zeyas se alzaba en el centro de la gente. Bosch se detuvo horrorizado al ver el eslogan impreso sobre el círculo de personas de todas las edades, sexos y razas:

¡Todo el mundo cuenta o nadie cuenta!

ZEYAS 2016

Debajo del cartel había una larga mesa cubierta por una tela y, tras esta, tres mujeres sentadas que esperaban para recibir a la gente y recoger su dinero para la candidatura de Zeyas al puesto de gobernador. Dos hombres musculosos se habían apostado a ambos lados de la entrada a la sala de baile.

Bosch no quiso delatar su identidad de inmediato y dirigió a Soto hacia la izquierda de la mesa de recepción. Recorrieron un corto pasillo hasta unas puertas de cristal que conducían a un balcón. Bosch sabía de otras ocasiones que lo utilizaban los fumadores.

—¿Adónde vamos? —preguntó Soto al franquear las puertas.

—Ventaja estratégica —dijo Bosch—. Tratemos de demorarlo lo más posible.

Salieron al balcón con vistas a Wilshire Boulevard, que estaba repleto de coches. El hotel estaba situado en el cruce de dos grandes avenidas: Wilshire y Santa Monica, un cruce donde siempre había embotellamientos.

Bosch apoyó los codos en el borde del balcón y miró el tráfico. En otros tiempos

se habría encendido un pitillo.

—¿Cuál es nuestra ventaja? —preguntó Soto.

—No saben quiénes somos —dijo Bosch—. No quiero mostrar la placa de buenas a primeras. Luego sería más complicado movernos.

—Pensaba que queríamos echar un vistazo a Broussard y tal vez dejar que nos viera.

—Exacto. Pero queremos ser sutiles. Hacerlo pensar. Que se haga preguntas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Creo que sí.

Soto dio la espalda a la vista y examinó la enorme fachada del edificio.

—Así que es aquí donde murió Whitney Houston —dijo.

—Sí —confirmó Bosch—. En una bañera.

—Tocaron una de sus canciones en la graduación de mi instituto.

—¿Cuál?

—*Greatest Love of All*.

Bosch asintió.

—¿Adónde fuiste? ¿A Garfield?

—No, entonces yo estaba en el valle de San Fernando. Me gradué en el San Fernando High de Pacoima.

—Me había olvidado de que vivías allí.

—¿Y tú?

—Fui al Hollywood High, pero no me gradué. Fui al ejército pronto y tuve que sacarme el título para adultos cuando volví.

—Ah, sí. Vietnam. ¿Fuiste a la universidad?

—Sí, al City College, un par de años. Luego ingresé en el departamento. ¿Adónde fuiste después del instituto?

Soto sonrió y negó con la cabeza. Estaba avergonzada por lo que iba a responder.

—A Mills. Es una escuela para chicas de Oakland.

Bosch silbó.

—Bien.

Como a su hija le faltaba un año para ingresar en la facultad, estaba familiarizado con la mayoría de centros universitarios, sobre todo los de California. Mills era una escuela universitaria en la que era difícil entrar, y pagarla era más difícil todavía.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo ella—. ¿Cómo una chica de Pacoima termina en Mills?

—Más bien ¿cómo una chica de Mills termina en el departamento de policía?

Soto asintió. Buena pregunta.

—Bueno, recibí un montón de dinero de becas y elegí Mills porque entonces quería ser abogada. Derechos civiles, asistencia jurídica gratuita, derechos de los inquilinos, cosas así. Pero, cuando salí de Los Ángeles, empecé a darle vueltas a las cosas, y pensé que ser policía, bueno, que tal vez fuera la mejor manera de ayudar a mi comunidad.

Bosch asintió, aunque sabía que estaba omitiendo algo.

—Y estaba el caso Bonnie Brae —dijo Bosch.

Soto asintió a su vez.

—También estaba eso —confirmó, y dejó la conversación en ese punto.

Bosch volvió a considerar qué esperaba conseguir al asistir a la cena de recaudación de fondos. Aparte de echar un vistazo a Broussard, no tenía ningún otro plan. Era como un entrenador examinando al equipo rival. Tal vez Bosch calibraría al hombre en el que se estaba concentrando. Pero, ahora que estaban ahí, trataba de pensar en cómo iban a ingeniárselas para entrar en el salón Merv Griffin y observar a Broussard. Harry estaba empezando a darse cuenta de que no había sido una gran idea. Ese nivel de política siempre implicaba un alto grado de seguridad. Su idea de mezclarse entre la gente y entrar en todas partes no era realista. Estaba considerando abandonar y dirigirse a Hollywood para vigilar a su hija desde la distancia.

—Eh, ¿Harry? —dijo Soto.

—¿Qué? —respondió.

—Creo que estamos a punto de perder la ventaja estratégica.

Bosch apartó su atención del tráfico. Vio que Soto estaba mirando a lo largo del balcón. Siguió la dirección de la mirada de su compañera y vio una puerta a casi veinte metros. Dos hombres con esmoquin acababan de salir y se inclinaban contra el viento al intentar encender cigarrillos. Cuando se enderezaron, Bosch vio que uno de ellos era Connor Spivak, la mano derecha del candidato Zeyas. El otro hombre le sonaba familiar a Bosch. Era grande y con barba poblada.

—¿Ese es...? —preguntó Soto.

—Broussard —dijo Bosch—. Creo que sí.

Bosch solo había visto fotos de Broussard y había atisbado la figura oscura en el balcón de su casa la noche anterior.

—Nos ha visto —dijo.

Spivak los había localizado y él y el otro hombre estaban caminando hacia ellos.

—¿Cuál es nuestro motivo para estar aquí? —preguntó Soto entre dientes.

—Yo me ocuparé —dijo Bosch—. Sígueme la corriente.

Spivak estaba sonriendo al acercarse. El otro hombre caminaba un poco más despacio e iba unos pasos por detrás.

—¿Detectives? —dijo Spivak—. Pensaba que eran ustedes dos. ¡Qué sorpresa!

Estrechó las manos a los dos.

—¿Qué les trae por aquí?

—Bueno —dijo Bosch—, nos hemos enterado de la cena de esta noche y hemos pensado en pasarnos y tal vez hablar con el candidato un momento. Hay que tenerlo informado de la investigación, ya que está poniendo su dinero.

—Es usted muy considerado. Estará impresionado. Pero todavía no ha llegado. Tenía que hacer una parada en una sinagoga en Westwood y luego pasará después de la cena para decir unas palabras aquí. —Miró su reloj—. Seguramente tardará más de

una hora, pero estaré encantado de transmitirle la información.

Bosch miró a Broussard y luego otra vez a Spivak.

—Oh, por supuesto —dijo Spivak—, hemos de ser discretos. Por cierto, él es uno de los generosos anfitriones de esta noche, Charles Broussard.

Broussard tendió la mano primero a Bosch. Harry se la estrechó, manteniendo contacto visual con el hombre al que creía responsable de la muerte de Orlando Merced.

—Mis amigos me llaman Brouss.

Soto estrechó su mano a continuación.

—Hacen ustedes un buen trabajo en circunstancias muy difíciles —dijo Broussard—. Les deseo todo lo mejor. Tengan cuidado.

—Gracias —dijo Soto.

—Brouss, tal vez puedas esperarme dentro —sugirió Spivak.

—No hay problema —accedió Broussard—. Una última calada y vuelvo a la política, como de costumbre.

Bosch le sonrió y Spivak rio demasiado fuerte.

Broussard inclinó la cabeza y soltó humo en el aire. Luego tiró el cigarrillo y lo pisó. Le dio un puñetazo juguetón en el brazo a Spivak.

—Te veo dentro, Chispas —le dijo. Luego se dirigió a Bosch y Soto—: Es un placer conocerlos.

Broussard empezó a caminar por el balcón hacia la puerta por la que él y Spivak habían salido.

—Aquí estamos un poco entre bastidores —explicó Spivak—. Nos hemos escabullido.

—¿Cuánto cuesta ser el anfitrión de una cena así? —preguntó Bosch.

—Cien mil —respondió Spivak sin dudar.

Bosch silbó.

—Puede permitírselo —dijo Spivak—. ¿Ha dicho que tienen novedades en el caso Merced, detective?

—Sí, para el candidato —dijo Bosch—, ¿cuáles son las posibilidades de pasar cinco minutos con él cuando llegue aquí?

—He de serle sincero, no muchas. En cuanto llegue aquí, ha de subir al escenario. Luego, en cuanto lo baje del escenario, nos vamos al aeropuerto y lo dejaré en un avión. Tiene un desayuno de oración por la mañana en San Francisco.

—¿Qué pasó con el «Todo el mundo cuenta o nadie cuenta»? ¿No podemos retenerlo cinco minutos?

Spivak negó con la cabeza como si lamentara no tener una respuesta mejor.

—Lo siento, detectives —dijo—. No es una buena noche. Pero puedo transmitirle cualquier información que quieran darle. Mantendré la confidencialidad. Solo se lo diré a él.

Bosch inclinó la cabeza atrás y adelante como si sopesara la opción de utilizar a

Spivak de intermediario.

—Puede esperar —dijo por fin—. Solo dígame al candidato que mejor que tenga el talonario preparado.

Bosch hizo un movimiento hacia la puerta.

—Entonces ¿se están acercando? —preguntó Spivak.

Bosch lo miró, percibiendo el tono de excitación en su voz.

—Eso es para el candidato —dijo—. No para todo el mundo. ¿Entendido? No quiero que termine en un discurso esta noche o en un periódico mañana.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Spivak—. Completamente confidencial.

Bosch y Soto lo dejaron allí y volvieron a las puertas por las que habían salido. Spivak se dirigió a su propia puerta.

—¿Crees que se lo dirá a Broussard? —preguntó Soto una vez que estuvieron otra vez dentro del edificio.

—No lo sé —dijo Bosch—. Puede ser.

—Ojalá pudiera estar ahí para verlo.

—Vamos. Quiero pasarme por la comisaría de Hollywood.

Recorrieron el corto pasillo y vieron que ya no había nadie en la mesa instalada a las puertas de la sala de baile. El banquete había empezado y las mujeres de la recepción ya habían entrado. Los vigilantes de seguridad también se habían ido, probablemente, para tomar posiciones al otro lado de las puertas durante el banquete.

Bosch miró a su alrededor y vio que en ese momento no había nadie presente, salvo él y Soto. Enseguida se colocó detrás de la mesa de recepción y descolgó el cartel de la pared. Empezó a enrollarlo en un tubo estrecho.

—Harry, ¿qué estás haciendo? —preguntó Soto en un susurro urgente.

—Me robó la frase —dijo Bosch—. La estoy recuperando.

Bosch terminó de enrollar el cartel y se volvió para dirigirse al pasillo. Ya casi estaban junto a la escalera mecánica cuando Virginia Skinner apareció doblando la esquina. Iba con la cabeza baja mientras trataba de sacar algo voluminoso de su bolso.

—¿Ginny?

Ella levantó la mirada y se detuvo para no chocar con Bosch.

—Harry, estás aquí.

Bosch pasó el cartel enrollado a su compañera. Luego sacó la llave del coche.

—Toma —le dijo a Soto—. Ve a buscar el coche y me recoges delante.

—Claro —dijo ella.

Después de que Soto desapareció por la escalera mecánica, Bosch volvió a centrar su atención en Skinner.

—Pensaba que habías dicho que no cubrías estas cosas —dijo él.

—Y yo pensaba que ibas a avisarme si venías —dijo Skinner.

—Ha sido una decisión de última hora y no pensaba quedarme, por eso no te he llamado.

—Para mí también ha sido una decisión de última hora —dijo Skinner—. Tienes razón, no me ocupo de estas cosas. Normalmente, no. Pero he pensado que podría pasarme y poner un párrafo o dos en mi columna. Ya es *vox populi* que Zeyas va a presentarse. Lo de la campaña exploratoria es una cuestión semántica.

—Así que no tiene nada que ver conmigo o con lo que hemos estado hablando.

—No, nada. Tenemos un trato y lo cumplo. Lo prometo.

—Muy bien.

—¿Qué es esa cosa enrollada que le has dado a tu compañera? ¿Es tu compañera? Es joven.

Bosch no sabía a qué pregunta responder primero.

—Sí, es mi compañera. El departamento siempre empareja jóvenes y viejos. Y eso enrollado era solo un recuerdo.

—¿Un recuerdo de qué?

—Nada. No importa.

—¿Has visto a Broussard aquí?

—Sí, lo he visto. En realidad, me lo han presentado por casualidad. Estaba con Spivak.

—Uf, Spivak. El único tipo en el entorno de Zeyas que no soporto. Demasiado empalagoso. Creo que a Zeyas le iría mejor sin él, sobre todo ahora que va a escala estatal. Spivak no es un tipo de primera. Es un tipo local de base que ha alcanzado su máximo nivel de incompetencia. En mi opinión.

—Broussard lo llamó Chispas.

—Sí, viene de lejos. Escribió un programa electoral para un candidato una vez. Defendía sustituir la inyección letal por la silla eléctrica. Su tesis era que representaba un disuasivo mejor. La idea obviamente fracasó, pero la gente empezó a llamarlo Chispas después de eso.

Bosch asintió.

—Bueno —dijo—. Tengo que irme.

—Y yo debería entrar —dijo Skinner.

—Nos vemos.

—Sí. Harry, recuerda que el trato es de doble vía. Mejor será que tenga noticias tuyas antes que nadie.

—No te preocupes. Cuando llegue el momento, las tendrás.

Bosch bajó los peldaños de la escalera mecánica de dos en dos. Cuando pasó por las puertas automáticas al círculo de aparcacoches, Soto estaba esperándolo en el Ford. Bosch subió y ella arrancó.

—¿Quién era la mujer del vestíbulo? —preguntó Soto.

—Oh, solo una amiga —dijo Bosch—. Una periodista.

—Parece que quiere ser algo más que amiga.

—¿En serio? No me había fijado.

Después de dejar a Soto en su coche en el EAP, Bosch se dirigió otra vez a Hollywood. Sintonizó el canal táctico de la división en el escáner de su coche y enseguida descubrió dónde se encontraba la operación contra la venta de alcohol a menores en la que participaban los exploradores de la comisaría. El presente objetivo era una tienda abierta las veinticuatro horas en La Brea, al sur de Sunset. Bosch se acercó pero no demasiado. Su Ford sin identificar sería fácilmente reconocido como vehículo policial y, si Bosch echaba a perder la operación, el bochorno para su hija sería máximo.

Bosch pasó las siguientes dos horas básicamente escuchando la radio de la policía mientras la operación se desarrollaba en diversos puntos de Hollywood. No se efectuaron detenciones. Se realizarían más adelante, cuando los resultados de la operación se presentaran a la fiscalía para presentar cargos contra individuos en concreto o contra los poseedores de licencias de los negocios.

Cuando oyó al supervisor sobre el terreno diciendo el código que ponía fin a la operación, Bosch se dirigió a casa. Tomó Laurel Canyon hasta Mulholland y luego se dirigió al este. Esa ruta le permitió pasar a escasa velocidad junto a la casa de Broussard de camino a la suya. Una vez más, se detuvo en el mirador y observó la casa de hormigón, pero no vio ninguna luz encendida y no había nadie en los balcones de atrás. Hasta la luz de la piscina estaba apagada.

Bosch logró salir del mirador sin encontrar al vigilante de parques Bender y llegó a casa antes que su hija. Le envió un mensaje de texto para preguntarle a qué hora llegaría, pero ella entró al cabo de cinco minutos. Bosch le preguntó cómo había ido la noche y no dejó entrever que conocía la respuesta porque había sido un vigilante fantasma de la operación.

—Ha ido muy bien —comentó ella—. Me he puesto un aro falso en la nariz. Ha sido divertido.

—¿Cuántos te han vendido alcohol? —preguntó.

—Todos. No era aleatorio. Todos los locales ya habían sido multados o había habido quejas. Un tío muy viscoso me ha dicho que solo me vendería el paquete de seis si iba detrás del mostrador y le hacía sexo oral. ¿No es repugnante?

—Sí.

Bosch no había oído eso cuando monitorizaba el canal táctico. En ese momento decidió dejar de hacer preguntas y darle un abrazo a su hija.

—Estoy orgulloso de ti —reconoció.

—Gracias, papá. Sabes, estoy agotada y tengo clase mañana —dijo.

—Pues vete a dormir.

—Voy. Buenas noches.

—Buenas noches.

Harry vio que su hija se dirigía al pasillo que conducía hacia los dormitorios.

—Eh, Mads.

Ella se volvió y lo miró.

—¿Qué es «viscoso», por cierto?

—No lo sé. Viejo, siniestro, asqueroso.

Bosch asintió.

—Lo que pensaba. Buenas noches.

—Buenas noches.

Una vez más, Soto llegó a la sala de brigada antes que él. Bosch estaba empezando a pensar que le estaba lanzando un reto: a ver quién estaba más consagrado al trabajo, quién podía llegar antes y quedarse más tiempo. Ninguno de sus anteriores compañeros había sido así. Estaba impresionado.

Soto no se fijó en él hasta que oyó el ruido del maletín en su escritorio. Entonces giró en su silla y lo miró con ojos como platos y una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Harry! ¡He encontrado el nexo!

—¿Del Bonnie Brae?

—Sí, del Bonnie Brae. He venido temprano y he vuelto a mi lista de inquilinos. Tenías razón. Hay una conexión entre el Bonnie Brae y el EZBank. Una grande.

Bosch acercó su silla y se sentó delante de ella.

—Cuéntamelo.

Ella hizo un gesto hacia la carpeta abierta en su escritorio.

—Bueno, he estado revisando la lista de inquilinos desde el 93, he empezado por la planta baja y por fin, en la tercera planta, he encontrado algo. Apartamento 3-G. Una mujer llamada Stephanie Pérez vivía en un apartamento de dos dormitorios.

—¿La recuerdas de entonces? ¿La conocías?

—No, el edificio era demasiado grande y yo era una niña. No conocía a ningún adulto aparte de mis padres y las mujeres de la guardería, como la señora Esi.

Bosch asintió.

—Vale, perdona que te haya interrumpido. Continúa.

—El caso es que interrogaron a Stephanie Pérez. Los del departamento de bomberos y la SCC hablaron con todo el mundo y los resúmenes están en la carpeta 3. Los interrogadores usaron un sistema numérico del uno al cinco para evaluar a cada persona como testigo y el valor de su información, cinco era la puntuación más alta en cada categoría. Stephanie Pérez era uno-uno. Así que hablaron con ella y enseguida la olvidaron, porque no sabía nada. Tenía veinticuatro años entonces, soltera, y trabajaba de cajera en un supermercado Ralphs. No estaba fichada por pertenecer a ninguna banda y estaba trabajando la mañana del incendio.

—Vale.

—Pero vivía sola en un apartamento de dos habitaciones y cuando le preguntaron por la habitación vacía dijo que su compañera de piso se había mudado un mes antes y estaba intentando encontrar a otra.

Bosch en un acto reflejo se adelantó al relato.

—Y alguien del EZBank vio el apartamento para alquilarlo.

—No, pero yo también pensé que quizá fuera una posibilidad. Así que he contactado con Stephanie Pérez para ver si recordaba algo. Tenían un protocolo para todas esas entrevistas con los inquilinos que incluía tomar los números de identidad y fechas de nacimiento. Ha sido fácil encontrarla.

—¿Dónde está?

—Sigue en el barrio, pero vive en un edificio de Wilshire. También sigue trabajando en el mismo Ralphs, aunque ahora es encargada de sección y se casó, se divorció y tiene dos hijos.

—¿Cuándo la has llamado?

—Hace media hora. He esperado hasta las siete.

Bosch le lanzó una mirada. Hacer una llamada tan temprano era arriesgado. Cualquiera podría enfadarse si lo despiertan para hablar de algo ocurrido hace más de dos décadas. Soto captó su preocupación.

—No, no le ha importado —explicó—. Ya estaba despierta y preparándose para ir a trabajar.

—Has tenido suerte —dijo Bosch—. ¿Qué te ha contado?

—Se mudó justo después del incendio, así que nunca volvió a alquilar el segundo dormitorio. Y antes del incendio todavía no había entrevistado a nadie. Solo había puesto un anuncio en *La Opinión*.

—Entonces ¿la compañera de piso que se marchó es la conexión?

—Exactamente. Su antigua compañera de piso era Ana Acevedo, que trabajaba en el EZBank, la que abrió la puerta.

Bosch asintió. Era una muy buena pista y conexión. De inmediato comprendió que el impulso había pasado del caso Merced a la investigación del Bonnie Brae. Tendrían que deslizarse sobre esa ola y eso requeriría convencer al capitán Crowder, lo cual podría no resultar fácil.

—¿Hay más? —preguntó—. ¿Qué más te ha contado?

—La cosa mejora, Harry —dijo Soto—. Porque confirma cosas que ya sabemos. Stephanie Pérez era la inquilina del apartamento. Dice que había pedido a Ana que se marchara porque estaba con dos novios, y uno de ellos era blanco y parecía peligroso y tenía la costumbre de decir cosas racistas aunque salía con Ana. Stephanie no quería estar en medio de algo así, sobre todo si el chico blanco descubría lo del otro novio, porque pensaba que era la clase de hombre que podría ponerse violento. Advirtió a Ana de la situación varias veces, pero ella no hizo nada al respecto. Así que Stephanie le dijo a Ana que tenía que irse y ella se mudó, un mes antes del incendio.

Bosch recordó el nombre que había leído de la página del diario de casos que había sacado de la oficina del capitán de Robos Especiales.

—¿Rodney Burrows?

—Eso creo. No recordaba nombres, pero cuando le he dicho Rodney ha dicho que sí, que uno de ellos se llamaba Rodney. Le he dicho si era Rodney Burrows, pero no podía recordar el apellido. Dice que mirará una rueda de fotos si se la llevo al supermercado hoy.

—Vale, ¿qué hay del otro novio?

—Lo mismo. Le he dicho «Maxim Boiko» y ella recordaba Max, pero no el

apellido. También mirará fotos.

—¿Habló de cuánto tiempo llevaban estos tipos en el apartamento? ¿Se quedaban allí, sacaban la basura, cosas así?

—No he entrado en detalles; esa pregunta sobre la basura es buena. La impresión que me ha dado es que esos tipos se quedaban a dormir y por eso se asustó Stephanie. Tenía miedo de que uno pudiera venir y sorprender a Ana cuando estaba con el otro.

—Bien.

Bosch pensó unos momentos en el escenario. Parecía la conexión que estaban buscando.

—Creo que estamos en el buen camino, Harry —dijo Soto.

Bosch asintió. Pero en su mente todavía rebotaban otras posibilidades.

—¿Alguna vez pensó que Ana podría haber provocado el fuego? Como venganza de que la echaran del apartamento.

—No se lo pregunté. Deberíamos.

Harry asintió otra vez.

—Bueno —dijo—, vamos a preparar fotos y empezamos con Stephanie Pérez en Ralphs. Vamos a darnos prisa. Mejor que salgamos de aquí antes de que llegue el capitán y pida una puesta al día de Merced.

—Vamos.

—Por cierto, ¿miraste si alguno de estos tipos del EZBank tiene antecedentes?

Soto asintió.

—Empecé las búsquedas de direcciones e historiales el sábado después de que recibiéramos el expediente. Acevedo y Boiko están limpios. Pero Burrows fue a la prisión federal en 2006 por evasión de impuestos.

—¿Evasión de impuestos?

—Sí. No presentó declaraciones durante seis años en los noventa y los federales lo pillaron. Llegó a un acuerdo para limitar su condena y lo enviaron a Lompoc. Cumplió veintidós meses.

—Bien. ¿Algo más?

—Es lo único que he encontrado.

—¿Dónde vive ahora?

—Oh, es una especie de rata del desierto. Vive en un lugar llamado Adelanto. Vi su casa en Street View. Parece un agujero rodeado de vallas en medio de ninguna parte.

Bosch asintió. Direcciones recónditas, evasión de impuestos, expulsado de la academia de policía por una denuncia de insensibilidad racial, Bosch estaba empezando a formarse una imagen de Rodney Burrows.

—¿Pediste el expediente del caso de impuestos? —preguntó.

—No, no he tenido tiempo —respondió Soto a la defensiva—. Ayer estuvimos todo el día con Merced.

—Ya sé, ya sé —dijo Bosch—. Solo preguntaba. ¿Y una foto de ficha policial de

los federales?

—Eso está en línea. Solo me falta imprimirla.

—Vale, con Acevedo y Boiko tendrás que usar las fotos del carnet de conducir, porque no tienen antecedentes.

—Está bien, pero ¿no serán fotos actuales? ¿Y si no puede hacer una identificación de hace veinte años? Stephanie dijo que no había visto a ninguna de esas personas desde entonces.

Bosch pensó un momento, sopesando el riesgo. Cualquier cosa que intentaran y no diera resultado podría salir a relucir y perjudicarles en un juicio.

—Aun así, quiero que Pérez vea las fotos. Prepara eso y haré una llamada a alguien que conozco en el edificio federal, a ver si podemos echar un vistazo al archivo sobre el informe de presentencia de Burrows. Quiero empezar a completar un perfil.

—Vale.

—El capitán estará aquí a las ocho. En marcha.

—Vamos.

—Y Lucy, esto es muy bueno.

—Gracias.

Bosch empezó a empujar su silla otra vez hacia su escritorio, pero se detuvo y miró a Soto.

—Sabes, tengo que decirte que te subestimé. Hace dos semanas no estaba seguro de que esta unidad fuera para ti. Ahora no me cabe duda.

Ella no dijo nada. Bosch asintió y se volvió hacia su escritorio.

Abrió la lista de contactos de su teléfono y llamó al número de móvil de Rachel Walling en el FBI. Tenían que haber pasado al menos dos años desde la última vez que había hablado con ella. Esperaba que el número todavía fuera válido y que ella respondiera a la llamada. También esperaba que todavía estuviera asignada a la oficina de Los Ángeles. Con el FBI, nunca se sabía. Un día estabas en Los Ángeles y al día siguiente en Miami, Dallas o Filadelfia. Recordó que, antes de Los Ángeles, Walling había estado asignada en Minot, Dakota del Norte.

Walling respondió la llamada.

—Bueno, bueno, bueno. Harry Bosch. El hombre que solo llama cuando necesita algo.

Bosch sonrió, se merecía la regañina.

—Rachel, ¿cómo te va?

—Todo bien. ¿Y tú?

—No puedo quejarme, salvo que están a punto de quitarme la alfombra de debajo de los pies aquí. Estoy en el plan de jubilación postergada.

—Al menos puedes quedarte hasta que tengas... ¿cuántos? ¿Sesenta y cinco?

—Eh, espera. ¡Todavía no soy tan viejo!

—Lo sé, lo que estaba diciendo es que por aquí nos echan a los cincuenta y siete.

No hay ningún plan aquí.

—Eso no es justo. Pero, bueno, aún te quedan un par de décadas hasta que tengas que empezar a preocuparte.

Casi vio su sonrisa.

—Muy bueno, Harry. Tienes que necesitar algo de mí.

—Bueno, solo llamaba para ver cómo te va, pero, si de verdad necesitas que te pida algo, entonces te pediré si tienes a alguien del fisco que pueda mirar un viejo caso para mí.

Hubo una pausa, pero no duró demasiado.

—Sabes que Hacienda no habla con nadie, ni siquiera con nosotros. ¿Qué clase de caso es?

—Evasión de impuestos en el 2006. Al tipo le cayeron dos años. Ahora vive en el desierto y me parece que podría ser uno de esos tipos «ista». Extremista, separatista, supervivencialista, supremacista, elige. Aparte de eso, no pagó impuestos durante seis años. Eso no es un descuido. Es una elección.

—Bueno, si es todo eso, entonces es más probable que formáramos parte del caso. ¿Qué necesitas? ¿Todavía trabajas en Casos Abiertos?

—Sí. Creo que este tipo formó parte de un equipo de tres hombres que se llevó un cuarto de millón de dólares en el atraco de una casa de cambio de cheques en el 93. Creo que era el hombre infiltrado. Quiero saber de él, pero también me gustaría saber con quién se relacionaba entonces.

—¿Quién murió?

—Nadie en el atraco, pero estoy investigando un incendio que empezó a unas manzanas de distancia para desviar la atención. Murieron nueve personas, la mayoría niños. Creo que fue antes de que vinieras a Los Ángeles, Rachel. Todavía estabas en Dakota del Norte.

—No me lo recuerdes. Dame lo que tienes y veré qué puedo encontrar.

Bosch dudó, pero solo un momento. Ese era el punto en el que era vulnerable. Había expuesto su investigación en términos generales. Si le daba el nombre y los detalles, no había nada que le impidiera a ella estudiar el caso y posiblemente arrebatarlo al departamento. Pero era Rachel Walling. Se conocían desde hacía mucho tiempo. Bosch se sentía a salvo.

—Rodney Burrows —dijo.

—Tienes un número de caso, fecha de nacimiento, ¿algo más?

—Espera un segundo.

Bosch giró en su silla, tapó su teléfono y pidió a Soto la información de Burrows. Ella sacó la libreta donde había anotado la información, y Bosch destapó el teléfono y se la leyó a Walling.

—¿Y tienes asociados conocidos?

—Ninguno. Eso es lo que espero conseguir de ti.

Bosch se volvió de nuevo hacia su escritorio, mirando el reloj de la pared al

hacerlo. Sabía que tenían que salir de la sala de brigada si no querían enfrentarse con Crowder por el caso Merced. Se levantó.

—Vale —dijo—. ¿Necesitas algo más?

—Sí —dijo Walling—, necesito desayunar y vas a estar en deuda conmigo por esto. ¿Qué tal si nos vemos a las nueve en el Dining Car?

Bosch pensó en lo que estaban planeando con Stephanie Pérez en Ralphs. El supermercado no estaba lejos del Pacific Dining Car. También se daba la circunstancia de que se había saltado el desayuno en un intento infructuoso de llegar antes que Soto a la sala de brigada por la mañana.

—¿Qué tal a las diez?

—Demasiado tarde. Nueve y media.

—Creo que puedo llegar. ¿Está bien si voy con...?

—Ven solo, Bosch. No necesito conocer a otro poli.

—Eh, vale. Claro.

Pero se dio cuenta de que ella ya había colgado.

De camino al supermercado Ralphs, Bosch iba al volante, como de costumbre. Conducía en silencio mientras sopesaba los movimientos que deberían hacer en la investigación recién revitalizada. Creía que iban a contar con una oportunidad y tenían que aprovecharla. Se dirigían a una situación en la que tendrían que poner a Rodney Burrows en la sala de interrogatorios y poder con él. En ese momento, tenían poco con lo que hacerlo. No había testigos ni pruebas físicas. Solo tenían los horarios y proximidad de las cosas. Era una corazonada.

—Vamos a revisar esto un minuto antes de que entremos a hablar con ella —dijo.

—Vale —dijo Soto.

—Bueno, podemos situar a Ana Acevedo, una empleada del EZBank, en el Bonnie Brae Arms hasta un mes antes del incendio.

—Bien.

—Y ella estaba liada con Maxim Boiko y Rodney Burrows, ambos también en el EZBank.

—Sí.

—Entonces empecemos por ahí con Pérez. Necesitamos que confirme que estas son las tres personas de que estamos hablando y hemos de asegurarnos de que Ana tenía a sus novios en el apartamento de manera regular. Hemos de situar a este Rodney Burrows en el Bonnie Brae.

—Eso lo tenemos. Por eso echó a Ana. Dice que la cosa iba a acabar mal y no quería que eso ocurriera en el apartamento.

—Bien, de acuerdo, hemos de confirmarlo con ella. Confirmarlo del todo. Queremos que él sacara la basura. Hemos de establecer su conocimiento del complejo de apartamentos.

—Entendido.

—También necesitamos saber de Ana y descartar la posibilidad de que iniciara el fuego.

—Por venganza. Sí.

—Y quiero que hagas tú esta entrevista. Ya has hablado con ella y has establecido contacto. También vivías allí entonces y puedes usarlo si lo necesitas.

—Vale. Hemos hablado en español antes.

—Está bien, adelante. Yo me quedaré al margen y si se me ocurre alguna pregunta te llevaré aparte.

—Bien.

—Un par de cosas más. Queremos saber cómo conoció a Ana Acevedo. Ya sabes, ¿cómo llegaron a compartir piso? Y luego queremos saber si tuvo alguna interacción continuada en los últimos veinte años con cualquiera de estas personas.

—Ya me ha dicho que no, pero se lo preguntaré otra vez.

Bosch miró y vio que Soto estaba anotando sus preguntas en una libreta que era como la que llevaba él. La libreta era nueva. No se había fijado antes.

Cinco minutos más tarde habían estacionado en el aparcamiento de Ralphs, en la esquina de la 3 y Vermont. Estaba sorprendentemente lleno para la hora que era. Bosch supuso que mucha gente del turno de noche pasaba por el supermercado al salir del trabajo.

En la oficina del supermercado, preguntaron por Stephanie Pérez y los dirigieron a la verdulería, la sección de la que ella estaba al cargo. Pérez era una mujer bajita y regordeta, que llevaba un chaqueta de servicio blanca que le quedaba grande. Aunque había hablado antes con Soto parecía nerviosa de que los detectives aparecieran en su puesto de trabajo. Soto preguntó si había un lugar privado donde hablar y ella los llevó a una sala de descanso en la parte de atrás del establecimiento. Era demasiado pronto para que hubiera alguien tomándose un descanso, así que tenían el espacio para ellos.

Pérez preguntó si le parecía bien que hicieran la entrevista en español y Bosch asintió a Soto para dar su beneplácito. Como la testigo se sintiera más cómoda, esa era la regla. Soto a su vez preguntó si le permitía que grabaran la conversación y Pérez dio su aprobación. Soto puso su teléfono en la mesa de descanso y abrió la aplicación de la grabadora. Bosch tomó mentalmente nota para decirle a Soto que no era necesario pedir permiso para grabar una entrevista.

Las mujeres empezaron a hablar y Bosch trató de seguir la conversación. Podía entender el español mucho mejor de lo que podía hablarlo, pero enseguida perdió el hilo. Solo reconocía palabras sueltas y luego se distrajo cuando su teléfono empezó a vibrar. Lo sacó del bolsillo para mirar la pantalla y vio que llamaba el capitán Crowder. Dejó que saltará el contestador y se centró otra vez en la conversación que no comprendía.

Al cabo de veinte minutos, Soto se volvió hacia Bosch.

—Le gustaría ver las fotos ahora —dijo.

Bosch pensó un momento. Era una decisión importante. Si Pérez no podía identificar a los empleados del EZBank, podría suponer luego un problema. Era el momento de tomar la decisión al respecto y Soto se la estaba dejando a él.

—Vale —dijo al fin—. Vamos a hacerlo.

Soto había llevado un pila de carpetas que contenían tres juegos de seis fotos. Cada conjunto contenía una foto de uno de los empleados del EZBank en cuestión junto con cinco fotos seleccionadas al azar de personas de la misma edad y raza. Las fotos se encontraban en ventanitas cortadas en una cartulina. Empezaron con la fácil. Ana Acevedo. Soto no había conseguido encontrar un carnet de conducir actual de ella en California ni en ninguno de los estados vecinos. Aunque eso era preocupante en sí mismo, porque el presente paradero de Acevedo era desconocido, también significaba que Soto había usado una foto de carnet de la época del atraco al EZBank. Probablemente, sería la identificación más fácil para Pérez.

Soto abrió una carpeta que contenía fotos de seis mujeres latinas. En dos segundos, Pérez puso el dedo en la foto de Acevedo.

—Es Ana —dijo.

—De acuerdo —dijo Soto.

Sacó la foto del marco de cartulina y pidió a Pérez que la firmara por la parte de atrás para confirmar su elección. Soto la devolvió a la carpeta y la dejó en el lateral de la mesa. Abrió la siguiente carpeta, que contenía imágenes de seis hombres de origen eslavo. Pérez se inclinó y estudió las seis fotos antes de tocar la foto de Max Boiko.

—Este es Max —dijo.

Soto repitió el mismo proceso e hizo que Pérez firmara la foto que había seleccionado.

Solo quedaba el premio gordo. Soto abrió el último grupo de seis fotografías y lo colocó delante de Pérez sin decir ni una palabra. Sabía que era importante no hablar ni comunicar mediante lenguaje corporal nada que pudiera animar o confirmar al testigo. Eso podía resultar en una identificación inválida a ojos de un juez y un jurado.

Pérez una vez más se inclinó hacia delante y estudió las fotos, esta vez de seis hombres blancos de cuarenta y tantos años. Todos de origen estadounidense. Bosch sabía que existían toda clase de teorías sobre identificación interétnica y que el proceso en el que se habían metido era frágil en cuestiones relacionadas con la precisión. Lo mejor que podían hacer era presentar las fotos, no decir nada que pudiera dirigir la identificación y, simplemente, esperar. Si ella hacía una identificación, los abogados podrían cuestionarla después.

Pérez estudió las fotos durante casi un minuto y luego lentamente puso el dedo debajo de una de las fotos.

—Él —dijo—. Este es Rodney.

Bosch y Soto establecieron contacto visual y luego Soto pidió a Pérez que firmara la foto que había elegido. Era la foto de Rodney Burrows.

—He de llamar al capitán —le dijo Bosch a Soto—. Termina aquí, yo te esperaré en el coche.

Bosch dio las gracias a Pérez por su tiempo y cooperación, cruzó el supermercado y se dirigió al coche. Por el camino, escuchó el mensaje que Crowder le había dejado en el teléfono.

«Harry, soy el capitán Crowder. Quiero mi actualización y no me joda. Llámeme. Ahora».

Bosch se puso al volante y encendió el motor. Era una mañana fría y quería la calefacción. Llamó a la línea directa del capitán.

—¿Dónde está, Harry? —dijo Crowder a modo de saludo.

—En la calle —dijo Bosch—. Ha surgido algo.

—No quiero oír eso. Quiero oír la puesta al día del caso Merced. ¿Qué tiene para mí? Espero que valga la pena.

En cuanto Soto llegó al coche, los dos se pusieron al día y Bosch se dirigió hacia el EAP. Soto resumió la entrevista con Stephanie Pérez y él contó su conversación con Crowder. El capitán se había enfadado en un primer momento al oír que la investigación de Merced se había estancado temporalmente, pero luego se aplacó cuando supo que Bosch y Soto estaban progresando en el caso mucho mayor del Bonnie Brae, gracias a una pista que había salido de una llamada anónima a la línea ciudadana de Merced.

—Hablando de Crowder —dijo—. Tengo que dejarte en el EAP mientras voy a desayunar. Crowder ha dicho que Relaciones con los Medios ha aprobado una entrevista contigo y un periodista de *La Opinión*. Ha pasado más de una semana desde que Orlando Merced murió y quieren publicar una puesta al día. Le he dicho que lo preparara ahora para que tengamos el resto del día. Encárgate mientras yo me reúno con mi amiga federal.

—Vale —dijo Soto—. ¿Cuánto le digo al periodista?

Bosch tomó el puente de la 110 y miró hacia abajo mientras consideraba la pregunta de Soto. Los diez carriles estaban congestionados.

—Bueno, no menciones el nombre de Broussard.

—Bien. ¿Y el rifle?

Bosch no estaba seguro.

—Pregúntale a Crowder —dijo—. Que decida él. Si lo publicamos podría agitar las cosas y meter presión a Broussard.

—Está bien, se lo preguntaré. ¿Crowder sabe lo de Broussard?

—He omitido eso de mi puesta al día.

—¿Sabe que estamos buscando a alguien?

—He omitido también eso.

—Entendido.

—Bien. Entretanto, si no vuelvo cuando hayas terminado, trata de confirmar la localización de Ana Acevedo. Podríamos estar más interesados en Burrows, pero hemos de hablar con Acevedo para atar la historia. Y también con Boiko.

—Vale.

—Por cierto, ¿le has preguntado a Pérez si alguna vez pensó que Ana provocó el fuego?

—Sí, y me ha dicho que no. Dice que Ana no era una buena compañera de piso, pero era una buena persona. Dice que nunca habría hecho algo así.

Bosch pensó en esta respuesta. Estaban investigando la posibilidad de que, buena o no, Ana Acevedo tuviera una implicación directa con el incendio o al menos con los hombres que lo provocaron, así como con el atraco relacionado.

—Harry —dijo Soto—, ¿quieres que re programe mi sesión con la psiquiatra?

Bosch salió de sus pensamientos y miró a Soto. Lo había olvidado. Era miércoles

y Soto tenía su sesión regular con la doctora Hinojos en Ciencias del Comportamiento.

—Sí —dijo Bosch—. A ver si puedes saltarte la sesión esta semana. Tenemos muchas cosas en marcha. No perdamos el impulso.

—La llamaré.

—Y yo volveré en una hora. Tal vez sepamos más de Burrows para entonces.

—¿Quién es el contacto con el que vas a encontrarte?

—Es una agente de la Unidad de Inteligencia. Lanzan la red y luego analizan.

—Pensaba que era una mujer. Tu voz ha cambiado por completo cuando hablabas con ella por teléfono antes. Es como cuando hablas con tu hija. Te pones simpático.

Bosch la miró. No sabía si darle las gracias por su percepción o decirle que se ocupara de sus asuntos.

—Sí, bueno. Hay una historia.

—Y quiere que la veas a solas.

—Ella es así. Hablará más si voy solo.

—Lo que mejor funcione, Harry.

Bosch asintió. Estaba contento de dejar atrás una discusión sobre Rachel Walling.

—Vale, volvamos un minuto a Stephanie Pérez antes de que bajes del coche. A través de ella situamos a las tres personas del EZBank en el Bonnie Brae.

—Eso es absolutamente sólido. Tenemos identificaciones de fotos y su opinión de Burrows, que confirma actitudes racistas.

—Vale, ¿qué pasa con Ana? ¿Cómo se conocieron ella y Pérez? ¿Cuánto tiempo compartieron el apartamento antes de que Pérez la obligara a mudarse?

—Stephanie ha dicho que vivieron juntas un año y la conoció después de poner un anuncio de que necesitaba compañera de piso en el tablón de anuncios de la lavandería del complejo.

—¿Ana ya vivía allí?

—No, pero había vivido de niña. Volvió a visitar amigos, vio la noticia y contactó con Pérez. Dijo que quería vivir allí, porque conocía el sitio y podía ir a pie al trabajo. No tenía coche.

Bosch asintió. Todo eso era bueno. En su resumen anterior de la entrevista con Pérez, Soto también había dicho que Burrows pasó al menos dos noches por semana en el apartamento con Acevedo durante un período de tres meses hasta el momento en que a ella le pidieron que se marchara. Boiko no la visitaba tan a menudo, pero también se quedaba a dormir alguna vez. Cuando Pérez empezó a quejarse de la situación, Acevedo reaccionó haciendo que ambos hombres se implicaran en ocuparse del apartamento. Eso incluía tareas como tirar la basura.

Todo esto se basaba en lo que Stephanie Pérez recordaba de veintiún años antes, pero era positivo en términos de inercia del caso. Lo que Bosch y Soto necesitaban era conseguir más información por medio de Acevedo, Burrows y Boiko.

—Tenemos que encontrar a Ana Acevedo —dijo Bosch.

—Te lo he dicho. Estoy en ello.

Se pararon en un semáforo en la 1 y Hill, a unas manzanas del EAP.

—Gus Braley decía que el vídeo mostraba que pulsó la alarma antes de que los atracadores entraran —dijo Bosch—. Sobre esa base, decidieron entonces que no formaba parte de la trama.

—¿Estás pensando lo contrario?

—Todavía no. Pero ahora estoy viendo el vídeo desde otro punto de vista.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, si sabes que tienes una cámara enfocándote, probablemente sabes que si activas la alarma tendrás casi garantizado que no te considerarán sospechoso.

Soto pensó en ello un momento y asintió.

—Entiendo —dijo.

—Por eso necesitamos encontrarla y hablar con ella —afirmó Bosch—. Dices que desapareció. Ningún carnet de conducir, ningún registro, paradero desconocido. Eso no me gusta.

—A mí tampoco. ¿Crees que está muerta? Tal vez la usaron y la enterraron en el desierto.

Bosch asintió. Era una posibilidad.

—La otra cosa es que no tenemos ni idea de los dos atracadores —dijo—. Las tres personas de las que estamos hablando estaban en el EZBank. No cometieron el atraco.

—Ni provocaron el incendio.

—Si una de estas personas es el contacto, nos conducirá a los otros dos.

—¿Podemos rebobinar y simplemente hablar de cómo ocurrió todo?

El semáforo se puso verde y Bosch arrancó.

—Tienes a los dos tipos en el coche —dijo—. La primera parada es el Bonnie Brae. Uno de ellos baja y tira el coctel molotov en el bajante de la basura.

—Se prende el fuego, luego se dirigen al banco —dijo Soto.

—Exacto. Tienen un escáner en el coche, aparcan cerca del objetivo y esperan a la respuesta por el incendio. Cuando oyen «todas las unidades», entran en el banco. O tal vez no son tan sofisticados. Solo aparcan y esperan a oír las sirenas. Cuando oyen la gran respuesta, entran, actúan y tienen tiempo de huir antes de que la policía pueda responder.

Bosch paró el coche delante del EAP. Soto bajó y se volvió a mirarlo.

—Creo que funciona —dijo.

Bosch asintió.

—Te veo en una hora.

Rachel Walling estaba esperando a Bosch en un reservado del salón de atrás del

restaurante, en la calle 6. Era la zona reservada a los contumaces y los habituales. Con tres mesas redondas para grupos grandes y otras tres para grupos más pequeños, la sala estaba a plena capacidad y Bosch reconoció la mitad de las caras del ayuntamiento. No estaba seguro de quiénes eran todos, pero como mínimo tenían puestos de nivel medio o no estarían desayunando a las nueve en un día laborable.

Rachel Walling no parecía haber envejecido ni un día desde la última vez que él la había visto: mentón pronunciado, piel del cuello tersa, cabello castaño con atisbos de negro. Sus ojos eran lo que siempre había cautivado a Bosch. Oscuros, penetrantes, inescrutables. Notó una vibración al acercarse a ella, un recordatorio de lo que podría haber sido. Hubo un tiempo en que tuvo a esa mujer; luego las cosas se torcieron. En lo que respectaba a las mujeres de su vida, no lamentaba muchas cosas. Pero Rachel era una de ellas.

Ella sonrió y dejó a un lado el periódico doblado que había estado leyendo cuando él se metió en el reservado.

—Harry.

—Siento llegar tarde.

—No llegas tan tarde. ¿Están pasando cosas?

—Empezando.

Walling señaló el periódico que había dejado a un lado.

—Estabas en el periódico la semana pasada con la muerte del mariachi. ¿Puedo preguntar qué relación tiene Rodney Burrows con eso?

—En realidad, no. Tengo otros casos. Ya sabes cómo es.

—Claro. Solo tenía curiosidad por el encaje de este.

—No, como te he dicho por teléfono estoy interesado en el incendio que mató a todos esos chicos. ¿Has podido conseguirme algo? Veo el periódico, pero no veo ninguna carpeta.

Rachel sonrió como para esquivar el insulto.

—Sabes que no damos archivos. No somos de los que compartimos.

El camarero vino con una cafetera y Bosch hizo un gesto para pedir una taza. El camarero preguntó si sabían qué iban a pedir o querían la carta. Bosch no había necesitado una carta en el Pacific Dining Car en veinticinco años. Miró a Rachel.

—¿Vamos a comer o esto va a ser corto y dulce? —preguntó.

—Vamos a comer —dijo ella—. Te lo he dicho. Tengo hambre.

Pidieron sin el menú y el camarero se marchó. Bosch dio un sorbo al café caliente y luego clavó en Walling una mirada que decía que era hora de dar.

—Bueno —dijo—. Rodney Burrows...

Walling asintió.

—Vale, este es el trato —dijo ella—. Has acertado con Rodney Burrows y estuvo mucho tiempo en nuestro radar, pero luego lo condenaron por evasión de impuestos y no ha hecho nada desde entonces. Al menos eso creemos. Así que tengo que saber si el FBI va a quedar en evidencia por algo que estés haciendo tú.

Bosch negó con la cabeza, enfáticamente.

—No a menos que el FBI la cagara en el 93. Esto es estrictamente una investigación de un caso antiguo. Este tipo vive en Adelanto ahora y que yo sepa ha estado callado como un ratón.

—Vale, confiaré en ti con eso.

—Entonces dime qué tenéis. ¿Cuándo entró en el radar del FBI?

—Bueno, a mediados de los noventa empezamos a vigilar a un montón de tipos como él. Ya sabes, simpatizantes de milicias, Posse Comitatus, Identidad Cristiana, todos esos grupos de odio antigubernamentales. En el espacio de dos años tuvimos Waco y Ruby Ridge. Le sumas a eso los disturbios del 92 aquí mismo en Los Ángeles, y más o menos tienes esta llamada a las armas que atrae a un montón de estos moradores de los márgenes. Algunos de ellos, como nuestro tipo, creían que los disturbios eran la primera advertencia de una guerra racial inminente. Si añades a eso las posiciones habituales antigubernamentales, acumulación de armas para defender tu tierra y un montón de esas fidelidades a «ismos» que has mencionado antes, tienes un movimiento más o menos definido. Vimos que eso ocurría en muchos lugares del país. Obviamente, hubo muchos casos que no captaron nuestra atención: el atentado de Oklahoma City ocurrió en el 95.

—Entonces ¿qué hay de Burrows?

—Él y algunos de sus compañeros majaderos formaron algo que llamaron VBA. Eran unas siglas que significaban Voces Blancas de América. Formaron parte de esta asociación nacional de grupos que querían cerrar fronteras y prepararse para defender la nación blanca cuando empezara la guerra racial.

—¿No predicaba lo mismo Charlie Manson en su época?

—Sí. Pero, igual que alguien tendría que haber vigilado a Manson entonces, nosotros empezamos a vigilar a Burrows y su grupo.

—¿Cuándo?

—No llegamos a ellos hasta el 94, cuando empezaron a poner panfletos en los parabrisas de Los Ángeles y San Diego.

—Muy bonito. Mi caso fue un año antes que eso.

—Lo sé. No puedo ayudarte directamente ahí. Me has preguntado qué teníamos de Burrows y es todo del 94 en adelante.

—¿Qué estaban haciendo además de imprimir panfletos?

—Poco más. Tenían un complejo cerca de Castaic. Disparaban sus armas, entrenaban reclutas y escuchaban un montón de *speed metal*. El típico grupo de odio, mucha retórica y poco más. Lo más audaz que hicieron fue imprimir un manifiesto racista y repartir folletos que invitaban a la gente a una jornada de puertas abiertas en el campo de adiestramiento. Los mantuvimos bajo vigilancia, teníamos información de la casa club y determinamos que era gente de mucho ruido y pocas nueces. No empezarían la guerra, solo vitorearían cuando llegara.

—¿Un infiltrado? ¿Teníais micrófonos?

—No, teníamos un chivato. Pillaron a uno de los miembros de VBA por otra cosa y accedió a informar.

—¿De dónde salió el dinero para este complejo? ¿Estos tipos trabajaban? ¿En qué?

—Los resúmenes que he leído antes de venir aquí los describían como bien financiados, pero la fuente de esa financiación no se determinó. Estos tipos eran vigilantes de seguridad y conductores de camiones de largo recorrido. Eso no explicaba su financiación.

—El atraco del que estoy hablando reportó doscientos sesenta mil. Y unos meses después hubo otro que podría estar relacionado.

—Bueno, eso podría explicarlo, pero no vi nada al respecto en los resúmenes.

—¿Burrows era el líder?

—No, solo era una abeja obrera. VBA lo inició un tipo llamado Garret Henley, que era un camionero de largo recorrido. Fue el reclutador inicial.

Bosch sacó su libreta para anotar el nombre.

—No podrás hablar con él —dijo Walling—. Murió hace doce años. Se suicidó después de que lo condenaran por evasión de impuestos. Sabía que iba a ir a la cárcel. Así es como llegamos a la mayoría de estos tipos: dejan de pagar impuestos.

—¿Quién más? —preguntó Bosch—. ¿Quiénes eran los asociados conocidos de Burrows? Mi caso implica a él y dos atracadores.

Walling se estiró y desdobló el periódico que había dejado al lado. Por primera vez, Bosch vio que ella había tomado notas en los bordes de las columnas. Walling leyó sus propias notas y luego cerró el periódico otra vez.

—Los resúmenes decían que había dos hermanos que podrían ser íntimos de Burrows. Matt y Mike Pollard. Además, si estás buscando un conductor de fuga, había un aspirante a piloto llamado Stanley Nance en el grupo. Su apodo era *Nascar* Nance. Tal vez fuera su chófer.

A Bosch le gustaba todo esto. Parecía encajar. Walling captó su entusiasmo.

—Bueno, antes de que te pongas a bailar encima de la mesa, he hecho una búsqueda rápida de los tres tipos y no te va a gustar lo que encontré —dijo.

—¿Qué? —preguntó Bosch.

—Bueno, *Nascar* Nance conduce en el gran oval del cielo. Se mató en el 96 al chocar con el pilar de un puente a ciento cincuenta kilómetros por hora. Y los dos Pollard fueron enviados a prisión federal por evasión de impuestos, pero solo uno salió vivo. A Mike Pollard lo enviaron a Coleman, que está en Florida, y allí lo acuchillaron en la biblioteca de la prisión en el 2006. El caso nunca se resolvió y se sospechaba que tenía una motivación racial.

—¿Y el otro?

—Matt Pollard cumplió condena en Lewisburg y salió en condicional en 2009. Tuvo cinco años de libertad vigilada y se presentaba a una oficina federal en Filadelfia. Pero terminó la condicional hace dos meses y su paradero actual se

desconoce. A estos antigubernamentales recalcitrantes les gusta quedarse por debajo del radar. Evitan carnets de conducir, Seguridad Social, pagar impuestos, etcétera.

Bosch frunció el ceño y recordó que Ana Acevedo también había desaparecido, pero entonces pensó en algo que parecía una discrepancia en relación con los hombres de VBA.

—Burrows no fue a prisión hasta el 2006 —dijo—. Y solo fue veintidós meses.

—¿Qué quieres que te diga? El proceso es lento —dijo Walling—. No conozco todos los detalles de cada caso, pero fueron a por estos tipos uno por uno y Burrows fue el último, supongo.

Eso no le cuadraba a Bosch.

—Vale, pero Burrows fue al club de *country* de Lompoc —dijo—. ¿Cómo es que le tocó Lompoc y a los Pollard Lewisburg y Coleman? Esos son sitios duros. Parece que con Burrows tuvieron clemencia.

Walling asintió.

—Habría que sacar los tres casos y ver por qué se manejaron de manera distinta. No me pediste que hiciera eso. Preguntaste por Burrows. Quién sabe, tal vez sus delitos no eran tan amplios. Además, aceptó un trato y tal vez los otros dos fueron a juicio. Un montón de cosas podrían explicar la discrepancia.

—Lo sé, lo sé, me estoy preguntando si tuvo una recompensa por ser el informador confidencial todos esos años antes.

Walling negó con la cabeza.

—No había nada en el archivo que miré que dijera nada de ayuda sustancial proporcionada por el acusado —dijo.

—Eso no significa que no ocurriera —dijo Bosch.

—En todo caso, ahora estás preguntando cosas que me superan. No tengo acceso a listas de informadores confidenciales. Por razones obvias, están bajo llave.

—¿Anotaste alguno de los números de caso? Podría hablar con el fiscal.

—Tengo los números.

—¿Y el agente del caso que se ocupó de VBA? ¿Quién era?

—Nick Yardley. Sigue en la oficina de Los Ángeles.

—¿Crees que hablaría conmigo?

—Es posible, pero has de recordar que Burrows fue a prisión por un delito fiscal. Técnicamente, nosotros solo asistiríamos. Nick podría abandonarte con ellos y, si eso ocurre, puedes olvidarte. Los agentes de Hacienda no hablan con policías locales.

—Lo sé.

—Si hablas con Nick, no le digas que has hablado conmigo. Dile que tu información sale del archivo del tribunal.

—Por supuesto.

El camarero vino con la comida en ese momento. Bosch quería irse y seguir en movimiento con el caso, pero sabía que si era rudo con Rachel ella podría no volver a ayudarle nunca. No quería correr ese riesgo.

Empezaron a comer y él probó a charlar.

—Bueno, ¿cómo le va a Jack ahora? —preguntó.

Jack era Jack McEvoy, el antiguo periodista del *Times* con el que Rachel llevaba varios años. Bosch conocía bien a McEvoy.

—Le va bien —dijo ella—. Es feliz, y afortunado considerando el mercado del periodismo.

—¿Todavía trabaja en esa web de investigación?

—Hace poco se cambió a otra. Se llama Fair Warning. Son investigaciones y artículos de protección al consumidor. Deberías echarle un vistazo. El Gobierno, los periódicos, nadie cuida ya del ciudadano común. Hacen cosas interesantes en la web. Y a él le encanta el trabajo otra vez.

—Es fantástico. La buscaré. ¿Fair Warning punto com?

—Punto org. Es sin ánimo de lucro.

—Vale, echaré un vistazo.

Bosch pensó en preguntarle sobre la cuerda floja en la que estaba en el FBI por tener una relación con un periodista, pero, antes de decir nada, notó que le vibraba el teléfono en el bolsillo. Dejó el tenedor y lo miró. Era un mensaje de texto de Soto.

Lista.

Un recordatorio no tan amable de que el caso estaba esperando. Miró a Walling, que se estaba tomando su tiempo untando queso en un *bagel*.

—¿Tienes que irte? —dijo sin levantar la cabeza.

—Más o menos —dijo Bosch.

—Pues no te preocupes por mí. Vete.

—Gracias, Rachel. Por todo. Pagaré la cuenta al salir.

—Gracias, Harry.

Bosch cogió el panecillo de su plato y empezó a salir del reservado.

—No olvides esto —dijo Rachel.

Le pasó el periódico a través de la mesa. Bosch lo cogió y se levantó.

—Dile a Jack que es muy afortunado.

—¿Qué? ¿Te refieres al trabajo?

—No, Rachel, me refiero a ti.

Bosch no quería arriesgarse a pasar por la sala de brigada y que lo interceptaran Crowder o Samuels. Prefirió enviarle un mensaje de texto a Soto y esperarla en el mismo sitio donde la había dejado una hora antes. Ella tardó menos de diez minutos en salir del EAP y cruzar la plaza. Llevaba su iPad.

Soto entró en el coche, pero Bosch no arrancó. Necesitaban concebir un plan para el resto del día, y él también quería saber qué le había dicho ella a Crowder en relación con los dos casos.

—Vale, ¿dónde estamos? —preguntó.

—He hecho la entrevista. Ha sido fácil —dijo Soto—. El periodista no era muy incisivo y lo único que le he dado ha sido el arma. Estaba encantado con eso. El capitán y el teniente también estaban satisfechos y tenemos el visto bueno con el caso Bonnie Brae.

—¿Qué le has contado a Crowder de eso?

—Solo que estamos investigándolo como una maniobra para desviar la atención del atraco al EZBank y que era un ángulo que los investigadores iniciales no exploraron. Le he dicho que teníamos una conexión sólida entre las dos escenas y que nos pondríamos en marcha para confirmarla.

—Perfecto. Ahora tenemos a Burrows y Boiko fichados. Todavía desconocemos el paradero de Ana Acevedo, ¿no?

Soto negó con la cabeza en un gesto de decepción.

—No puedo encontrarla. He probado con todo el *software* y las bases de datos. Auto Track, Tráfico, Lexis/Nexis, servicios básicos, registros de votación, alquileres de coches, todo.

—¿Crees que está muerta?

—Si lo está, no se registró la defunción en ningún sitio que pueda encontrar.

—Tal vez solo ha cambiado de nombre.

Bosch lo dijo con esperanza, aunque cada vez más estaba empezando a creer que Ana Acevedo había sido asesinada y enterrada en algún sitio donde nunca la encontrarían. Si Burrows y los otros dos atracadores la utilizaron, se convirtió en una carga en cuanto terminó el robo. Las muertes del Bonnie Brae probablemente la transformaron en un lastre demasiado pesado.

—No sale nada en los lugares habituales —informó Soto—. Licencias de matrimonio, petición de cambio de nombres. Si cambió el apellido, no lo hizo legalmente o se fue a hacerlo muy lejos.

—Tal vez a México.

—Bueno, si lo hizo, nunca volvió a renovar un carnet de conducir o abrir una cuenta bancaria o contratar televisión por cable. Simplemente desapareció y, que yo sepa, nadie denunció su desaparición. Al menos en este estado.

Considerando su trabajo en solo la última semana, Bosch no tenía motivos para

dudar de la concienzuda búsqueda de Ana Acevedo por parte de Soto.

—Muy bien —aceptó—. Tal vez saquemos ventaja de eso. Vamos a por Burrows y Boiko y decimos que la estamos buscando. Esa será nuestra estrategia con ellos.

Soto asintió.

—Me gusta —dijo—. ¿A por quién vamos primero?

—Voto por Burrows —opinó Bosch—. Por lo que acabo de oír en el desayuno, es él. El dinero del EZBank podría haber servido para financiar un grupo supremacista blanco en el que participaba entonces.

—Menudo tipo. No puedo esperar a oírlo.

—Sí. Todo un ciudadano.

Bosch se incorporó a la 1 y se dirigió a Los Angeles Street para tomar la autovía. Tenían dos horas de camino por el desierto de Mojave hasta Adelanto. Había tiempo más que suficiente para contarle a Soto todo lo que Walling le había explicado sobre Rodney Burrows.

Adelanto estaba cerca de la autovía 15, a medio camino de Las Vegas. Mientras conducía, Bosch permanecía callado y contemplativo, mientras que Soto usaba su iPad para continuar su búsqueda de Ana Acevedo. La última década había supuesto una explosión en la disponibilidad de sitios digitales que podían utilizarse para encontrar gente. Pese a que casi todos ellos utilizaban los identificadores básicos como nombre, fecha de nacimiento y número de la Seguridad Social, todavía había un amplio abanico de formas de aplicar esos identificadores. Algunos sitios se basaban más en propiedades inmobiliarias, otros confiaban más en datos bancarios o legales. El resumen era que el investigador prudente no se limitaba a solo uno o dos de esos buscadores para llegar a resultados concluyentes. Siempre había otra base de datos que consultar.

Como Soto de cuando en cuando maldecía o murmuraba cosas como «¡No es ella!» o «¿No me vas a dar una alegría?», Bosch poco a poco iba comprendiendo la gravedad de la situación en la que se había metido. Antes de esa mañana, el caso Bonnie Brae parecía una posibilidad lejana y abstracta y alentar a Soto y ayudarla estaba consolidando su vínculo como compañeros. Ahora, gracias al buen trabajo de Soto, estaban a punto de confrontar al hombre que bien podría ser responsable de las muertes de nueve personas, incluidos los amigos de infancia de Soto. Se dio cuenta de que no debería dejar que ella se acercara a ese hombre, pero las circunstancias que había puesto en movimiento lo hacían inevitable. Iba a verse obligado a tener tanto cuidado con Soto como con Burrows, si los dos se juntaban.

—¿Qué tal estás, Lucy? —preguntó.

Soto estaba mirando la pantalla de su iPad. Miró a Bosch, y él devolvió la vista a la carretera.

—Llevas toda la mañana conmigo —dijo ella—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Es solo que, mira, Burrows podría ser el culpable. Vas a estar tranquila, ¿eh?

—Estaré tranquila, Harry. No te preocupes.

Bosch apartó la mirada de la carretera otra vez para observarla un buen rato.

—¿Qué? —dijo ella.

—Solo quiero estar seguro de que no tengo que preocuparme por ti —dijo.

—Harry, soy policía y actuaré como policía. Completamente profesional. No voy a volverme loca con este tío. Se trata de justicia, no de venganza.

—Hay una línea fina entre las dos cosas. Solo estoy diciendo que si intentas algo estaré encima de ti en un segundo. ¿Entendido?

—Sí, entiendo. ¿Puedo volver a trabajar ahora? —Levantó el iPad como parte de la pregunta.

—Claro. Pero yo marcaré el camino con este tipo. Quiero jugar la carta de la persona desaparecida con él, ver si podemos conseguir que nos hable de Ana. Será el punto de partida.

—Parece un plan.

—De acuerdo, pues.

La dirección de Rodney Burrows correspondía a un barrio de casas pequeñas en parcelas estrechas pero profundas. No había árboles ni matorrales. Bosch ni siquiera vio un jardín en todo el vecindario. Todo parecía arrasado por el fuego, polvoriento y yermo bajo el sol del desierto.

El hogar de Burrows estaba rodeado por una valla coronada por alambre de espino, que probablemente no era tan diferente de la que había rodeado la prisión federal donde Burrows había cumplido condena. Bosch se preguntó si este habría reparado en la similitud.

Al examinar el complejo con alambradas, Bosch sí captó esa ironía. Burrows, como muchos otros con sus mismas creencias y prácticas, muy probablemente se había alejado más de cien kilómetros de la ciudad y se había instalado en el desierto, porque quería alejarse de todo lo que creía que estaba mal en la sociedad y sus grandes centros urbanos. Según su punto de vista, los problemas se reducían a cosas como la inmigración y el exceso de población por el crecimiento de las minorías que erosionaban la infraestructura y vivían de los subsidios del Gobierno. Así que se había largado, como decían en los círculos de poder blanco, en busca de espacios abiertos y caras blancas. Encontró Adelanto y estableció allí su hogar, solo para descubrir que la pequeña población no era diferente de la gran ciudad. Era un microcosmos, una cucharada hundida en el caldero y sacada con la misma mezcla de ingredientes. Adelanto era una población donde las minorías sumaban mayoría, y por eso a Bosch no le extrañaba que Burrows se hubiera rodeado de una alambrada de metro ochenta, su último recurso para aislarse del mundo. Y la guinda de la ironía era que Adelanto era una palabra en español.

Bosch aparcó el Ford para poder sacar la mano por la ventanilla y pulsar el timbre. En el interfono había un teclado, una lente de cámara y un botón de llamada.

El aparato estaba sujeto a un palo debajo de un cartel que decía «Cuidado con el perro» y otro que mostraba la silueta negra de un arma sobre las palabras «No llamamos al 911».

Bosch se sintió incómodo en cuanto vio la configuración, porque permitiría a Burrows controlar la situación en términos de contacto inicial y confrontación. Soto también estaba incómoda.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—No podemos hacer gran cosa —dijo Bosch—. Vamos a ver si logramos que abra.

Bosch se estiró a través de la ventanilla del coche y pulsó el botón de llamada para establecer contacto. Tuvo que llamar una segunda vez antes de recibir respuesta. La voz del interfono era la de un hombre enfadado.

—¿Qué quiere?

Bosch mostró su placa a la cámara, pero intencionadamente la sostuvo de manera que uno de sus dedos cubría las letras grabadas que decían Los Ángeles.

—Policía, señor. Necesitamos que salga, por favor.

—¿Por qué quieren que haga eso?

—Tenemos una investigación y necesitamos que nos ayude, señor.

—¿Qué clase de investigación?

—Señor, ¿puede hacer el favor de salir?

—No hasta que sepa qué ocurre.

—Es el caso de una persona desaparecida, señor. Solo serán unos minutos.

—¿Quién ha desaparecido? No conozco a nadie en el barrio. Pueden desaparecer todos por lo que a mí respecta.

La situación no iba bien. Bosch decidió jugar fuerte.

—Señor, tiene que venir aquí. Si se niega, vamos a tener un problema.

Hubo una larga pausa antes de que la voz reapareciera en el interfono.

—Calma. Tardaré unos minutos.

—Gracias, señor.

Bosch retrocedió del interfono lo suficiente para poder abrir la puerta y salir del coche. Puso la palanca del cambio automático en P y miró a Soto. Todavía no estaba seguro de cómo iba a reaccionar ella al ver al hombre que podría ser responsable de la tragedia de su infancia, si no de su vida.

—Vale, voy a salir, y lo esperaré en plan relajado —dijo Bosch—. Tú te quedas en el coche. Te haré una señal si te necesito.

—Como quieras —dijo Soto—. ¿Qué vas a hacer?

—Todavía no estoy seguro. Improvisaré sobre la marcha.

—Suená bien.

Bosch se soltó el cinturón y bajó del coche. Caminó hasta la parte delantera del Ford y se apoyó en la rejilla del radiador, con las manos en el capó para equilibrarse. La casa estaba a unos cincuenta metros del sendero. Enseguida vio que se abría la

puerta del garaje y una camioneta que habían aparcado de culo empezaba a dirigirse por el sendero hacia la puerta. La puerta automática que Bosch tenía delante comenzó a abrirse al acercarse la camioneta. Había un hombre al volante y un perro en el asiento de al lado. Luego Bosch vio un rifle en un armario instalado detrás de la cabeza del conductor. Bosch empezó a preocuparse, pero no lo mostró. La camioneta se detuvo a cinco metros de la verja y el hombre la dejó al ralentí al bajar. Bosch oyó que le decía al perro que se portara bien.

Lo primero que vio Bosch cuando el hombre cerró la puerta de la camioneta fue que tenía una cartuchera estilo oeste en su cinturón, sujeta en torno al muslo derecho. Llevaba una pistola en ella. El arma provocó una rápida escalada de tensión y Bosch se olvidó de la pose relajada y se apartó de la parte delantera de su coche. Señaló al hombre y emitió una orden.

—¡Alto ahí, señor!

El hombre se paró en seco y miró a su alrededor como si estuviera confundido por las circunstancias. Era más bajo de lo que Bosch esperaba. Por alguna razón, sus adversarios siempre eran grandes en su imaginación, y luego, las más de las veces, no estaban a la altura de lo que él esperaba. Burrows tenía un cuerpo musculoso y vestía camisa lisa y tejanos. Tenía una barba pelirroja poblada y llevaba una gorra de John Deere.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Señor, ¿por qué lleva un arma en la cartuchera? —gritó Bosch.

—Porque siempre lo hago y tengo derecho a ir armado en mi propia casa.

—¿Cómo se llama, señor?

—Rodney Burrows y puede dejar de llamarme señor a cada momento.

—De acuerdo, señor Burrows, quiero que con la mano izquierda saque el arma de la cartuchera y la ponga en el capó de su camioneta.

Tal vez notando algo en el tono de voz de Bosch, el perro empezó a ladrar y pasó al asiento del conductor para estar más cerca de su amo.

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó Burrows—. Estoy en mi propiedad.

—Por mi seguridad, señor —respondió Bosch—. Quiero el arma en el capó de la camioneta.

Al señalar la camioneta, Bosch provocó otro paroxismo de ladridos del perro. El animal empezó a moverse atrás y adelante en la cabina de la camioneta, saltando de un asiento a otro. Bosch oyó que la puerta del pasajero del Ford se abrió detrás de él y supo que Soto estaba saliendo, pero no quería apartar los ojos del hombre armado que tenía delante.

Cuando vio que Burrows empezaba a levantar las manos, con las palmas hacia fuera, supo que Soto había sacado su arma.

—¡Señor! —gritó Soto en voz alta y tensa—. ¡Deje el arma en el capó!

—Soto, me ocupo yo —dijo Bosch—. Baja el arma.

—¡Señor! —repitió ella, sin hacer caso a Bosch—. ¡El arma!

—Vale, vale —dijo Burrows—. Lo estoy haciendo.

Empezó a mover la mano derecha hacia la cartuchera.

—¡La izquierda! —gritó Bosch—. Con la mano izquierda.

—Lo siento —dijo Burrows como si tal cosa—. La izquierda. Dios.

Retiró el arma de la cartuchera con su mano izquierda y la tiró en el capó de la camioneta. Golpeó ruidosamente en el acero y provocó que el perro incrementara su volumen y animación.

—*Lola*, calla —gritó Burrows.

La perra no obedeció. Con la pistola en el capó de la camioneta, Bosch se sintió lo bastante a salvo para mirar a Soto. Estaba detrás de la puerta delantera derecha en posición de combate, empuñando el arma con las dos manos y con los brazos apoyados en el marco de la ventanilla, todavía apuntando al centro de la masa corporal de Burrows.

—Soto, calma —dijo Bosch—. Yo me encargo.

—Yo te cubro, compañero —replicó ella.

—Tranquila —dijo Bosch en voz pausada—. Guarda el arma.

Esperó a que Soto obedeciera, luego se volvió hacia Burrows y dio un paso adelante, colocando su cuerpo en la línea entre Burrows y Soto.

Bosch apartó a Burrows de la camioneta y lo condujo hacia el coche. Lo apoyó en el capó y empezó a cachearlo en busca de otras armas. Miró por encima del hombro a Soto con expresión dura.

—Un consejo —le dijo a Burrows—. Cuando la policía llame a su puerta, no responda con una pistola en la cintura y un rifle en la camioneta.

—No sé qué está haciendo —protestó Burrows—. Estoy en mi propia tierra. Tengo todo el derecho a...

—Es un convicto en posesión de un arma de fuego —dijo Bosch—. Ahí se acaba su tontería.

—No reconozco su ley.

—Vaya, me alegro. Pero la ley lo reconoce a usted. ¿Tiene alguna otra arma?

—Tengo un cuchillo —dijo Burrows—. En el bolsillo de atrás. Esto es una tontería. Es un acoso gubernamental. ¡Y este capó está ardiendo!

Bosch no respondió. No le importaba lo caliente que estuviera el capó. Le quitó el cuchillo. Era una navaja. Pulsó el muelle y salió una hoja de diez centímetros. La levantó para que Soto la viera y pudiera negar cualquier afirmación de que Bosch mismo se la había colocado. Harry cerró la navaja y la puso en el capó del coche, deslizándola para que quedara fuera de su alcance.

Bosch apoyó su peso en Burrows, apretándole el pecho contra el capó. Notó el calor del que se había quejado Burrows. Luego, en una maniobra muy practicada, mantuvo un antebrazo en la columna del hombre para inmovilizarlo mientras sacaba las esposas del cinturón y enganchaba una en la muñeca izquierda de Burrows.

—Eh, ¿qué está haciendo? —preguntó Burrows.

Bosch tiró del brazo izquierdo de Burrows hacia atrás y cambió el peso de su cuerpo al otro antebrazo para poder llevar la muñeca derecha atrás y terminar de esposarlo. A continuación, levantó a Burrows otra vez y le hizo dar la vuelta.

—No puede hacer esto —dijo Burrows—. No puede detenerme en mi propiedad.

—Se equivoca —dijo Bosch—. Ahora mando yo, Burrows. ¿Hay alguien más en la casa?

—¿Qué? No, nadie.

—¿Algún otro perro además del que está en la camioneta?

—No. ¿Qué es esto? ¿Qué quiere?

—Se lo he dicho. Quiero hablar de una persona desaparecida.

—¿Quién?

—Ana Acevedo.

Bosch observó su reacción para ver cuánto tiempo tardaba Burrows en reconocer y recordar el nombre. Tardó unos segundos.

—No la he visto en años.

—Bien. Hablaremos de eso. Ahora tiene que tomar una gran decisión, Rodney. ¿Quiere que entremos y hablemos aquí? ¿O quiere ir a Los Ángeles con nosotros y lo hacemos en comisaría?

—¿Son de Los Ángeles?

—Sí. Creo que había olvidado mencionarlo. ¿Quiere responder preguntas aquí o allí?

—¿Qué tal si llamo a mi abogado y no me pregunta nada de nada?

—Eso sería una elección. Lo llevaremos a Los Ángeles y le conseguiremos un teléfono en cuanto lleguemos allí. Se lo prometo.

—No, ahora. Aquí. Mi abogado está aquí. Los Ángeles es una cloaca. No quiero volver allí nunca.

—Entonces decida. Hable con nosotros aquí o llame a su abogado desde Los Ángeles. Estoy seguro de que podrá sacarlo por la mañana, después de una noche en el zoo.

Burrows negó con la cabeza y no dijo nada. Bosch sabía que estaban muy cerca de que pudiera interpretarse que Burrows había pedido un abogado.

—De acuerdo —dijo Bosch.

Apartó a Burrows del capó y empezó a dirigirlo hacia la parte de atrás del coche.

—Llamaremos a control de animales por el perro —dijo.

Inmediatamente Burrows se tensó y trató de detenerse.

—Vale, vale —dijo—. Podemos entrar, pero no sé nada de Ana Acevedo.

—Veremos —dijo Bosch.

—¿Y mi perra? ¿Y mi camioneta?

Bosch miró la camioneta, que seguía en marcha. La perra tenía las patas delanteras en el salpicadero y estaba mirando intensamente a Bosch.

—No les pasará nada —dijo.

Giró a Burrows hacia la casa, manteniendo una mano en la parte superior de su brazo. Con la otra hizo una seña a Soto para que recogiera la pistola y el cuchillo.

—Tiene que cerrar la verja —protestó Burrows—. Si no, entrarán.

—¿Quién? —preguntó Bosch.

—La gente de fuera. Los chicos de la calle.

—¿Cómo la cerramos?

—Hay un mando en la camioneta.

—No vamos a abrir la camioneta.

—La perra es inofensiva. Solo le gusta ladrar.

—Vale, abriré la camioneta. Pero, solo para que lo sepa, si la perra me ataca le pegaré un tiro.

—No lo hará.

Bosch hizo una seña a Soto para que pudiera tomar el control de Burrows mientras él se acercaba a la camioneta. Sacó su arma y la mantuvo a un costado. Abrió la puerta y fue recibido por un paroxismo de ladridos, pero la perra retrocedió hacia la puerta del pasajero. Bosch metió la mano y pulsó el botón de un mando a distancia fijado al parabrisas. La puerta del complejo de Burrows comenzó a cerrarse.

—*Lola*, baja —gritó Burrows.

La perra saltó de la camioneta y pasó junto a Bosch como una exhalación. Para cuando él levantó el arma, el animal ya estaba en el suelo al lado de Burrows.

—Buena chica —dijo Burrows—. ¿Puede apagar el motor? La gasolina no es barata aquí.

—No es barata en ninguna parte —dijo Bosch.

Entró en la camioneta y apagó el motor, luego cogió el rifle del armero.

Bosch mantuvo a Burrows esposado hasta que estuvieron dentro de la casa y la hubo recorrido en su totalidad para confirmar que no había nadie más dentro. Encontró una mesa y sillas en la cocina y sentó a Burrows frente a una pared adornada con una bandera nazi. Dejó las dos armas en una encimera, luego regresó a Burrows, le quitó las esposas y ocupó una silla al otro lado de la mesa. Soto se colocó a la derecha, junto a las armas. El fregadero estaba a rebosar de platos sucios y vasos. Soto abrió la aplicación de grabación y colocó su teléfono en la encimera, mientras Burrows exageradamente se frotaba las muñecas para desentumecerlas.

La perra fue al bol situado junto a la puerta trasera y empezó a lamer agua ruidosamente. Esperaron hasta que el ruido remitió.

—¿De qué raza es? —preguntó Bosch.

—En parte pitbull y en parte rottweiler —dijo Burrows.

Bosch señaló la bandera con la cabeza.

—A juego con la bandera, ¿eh? —dijo.

Burrows no respondió. La perra encontró un lugar junto a la puerta, dio dos vueltas en círculo y luego se tumbó.

—¿Vive aquí solo? —preguntó Bosch.

—Sí —dijo Burrows—. ¿Podemos saltarnos la charla? Quiero terminar con esto.

—Claro. ¿De dónde sacó las armas?

—De una feria de armas en Tucson. Todo legal. Vivía allí entonces.

—Salvo que olvidó mencionar que había estado en la cárcel.

—Las compré a un ciudadano particular y no tenía que preguntar. Además, mi abogado está pidiendo al tribunal que se elimine esa condena de mi registro. Cumplí la condena y completé la condicional.

—Sí, buena suerte con eso. ¿Tiene algún arma más en la casa?

Burrows no respondió de inmediato.

—No mienta —dijo Bosch—. O pondremos esto patas arriba.

—Tengo una escopeta al lado de mi cama —dijo Burrows—. Me sorprende que no la haya visto cuando ha recorrido la casa. Solo he dudado porque me ha preguntado por armas en la casa. También tengo un Colt 45 en la guantera de la camioneta, pero no me ha preguntado por el vehículo.

Bosch hizo una señal a Soto y ella salió de la cocina para recoger las armas. Harry verificó que había dejado su teléfono grabando en la encimera y volvió con Burrows.

—De acuerdo, ahora voy a leerle sus derechos.

—¿Qué quiere decir? ¿Pensaba que solo íbamos a hablar?

—Sí. Pero todavía no me he decidido respecto a las armas de fuego. La navaja también es ilegal. Vamos a ver cómo conducimos esto y vamos a hacerlo todo bien.

Bosch sacó su cartera sin apartar la mirada del hombre que tenía delante. Luego bajó la vista y leyó a Burrows sus derechos de una tarjeta que guardaba allí.

—¿Entiende estos derechos que acabo de leerle? —preguntó.

—No reconozco esos derechos —dijo Burrows.

—No me importa si los reconoce. ¿Entiende lo que acabo de leerle?

—Sí, pero no...

—Apuesto a que ahora paga sus impuestos.

—Bajo protesta.

—Muy bien, lo mismo da. Estos son sus derechos según el Gobierno de este país. Puede protestar a ese Gobierno, pero estas son las reglas. ¿Quiere proceder con la entrevista o quiere meterse en la parte de atrás del coche y que vayamos a Los Ángeles?

—Comprendo mis derechos. Hablaré con usted sin la presencia de mi abogado.

—Bien, estamos progresando. ¿Dónde está Ana Acevedo?

Burrows físicamente se recostó hacia atrás en su asiento como si la brusquedad de Bosch fuera un objeto sólido con el que le hubieran golpeado.

—Mire, es lo que he estado tratando de decirle desde el comienzo —protestó—. No tengo ni idea de dónde está. No he visto a esa chica en veinte años.

—¿Cuándo y bajo qué circunstancias la vio por última vez?

Antes de que pudiera responder, Soto volvió a entrar en la cocina. Dejó las dos nuevas armas que había recogido con las otras y recuperó su posición junto a la encimera.

Bosch se volvió hacia Burrows y repitió su pregunta.

—Háblenos de la última vez que vio a Ana Acevedo.

—No... Estamos hablando de los noventa. ¿Cómo voy a recordar exactamente...?

—Pero usted vivía con ella. Debería poder recordar cuándo...

—No. ¿Quién le ha dicho eso? Yo nunca...

Su voz se fue apagando.

—¿Nunca qué? —preguntó Soto—. ¿Nunca viviría con una latina?

Bosch le lanzó a Soto una mirada para que se contuviera. Quería mantener a Burrows con la guardia baja y la mejor manera de hacerlo era tener a una sola persona controlando el interrogatorio.

—Si no vivía con ella, al menos la visitaba en el Bonnie Brae —dijo—. Tenemos testigos.

—Sí, sí, eso es cierto —reconoció Burrows—. La visitaba allí. No vivía allí. Nunca viví allí y nunca viví con ella.

El plan era usar a Ana Acevedo para conseguir que Burrows reconociera cosas que podrían usarse contra él en un caso que incluyera el incendio del Bonnie Brae. Bosch acababa de marcar la primera y más importante de las casillas. Burrows acababa de admitir que había estado en el Bonnie Brae para visitar a Acevedo. Era un primer paso en el camino de establecer familiaridad con el edificio. El camino terminaba con Burrows reconociendo que sabía dónde estaba el bajante de la basura.

—Entonces ¿cuál era exactamente su relación con ella?

—Ella y yo trabajábamos juntos y fue ella la que me buscó. Iba contra las normas, pero ella me persiguió y tuvimos un lío. Todo duró menos de seis meses.

Soto hizo un ruido de desdén con la boca. Bosch no le hizo caso.

—¿Está hablando de la casa de cambio de cheques? —preguntó—. ¿Iba contra las normas de allí?

—Sí, los dos trabajábamos allí —dijo Burrows—. Durante un año. Yo me encargaba de la seguridad. Luego ella dejó el trabajo y me dejó a mí y nunca volví a verla. Juro que fue así.

—¿Por qué se marchó?

—Hubo un atraco. Me agredieron y a ella la amenazaron con un arma en la cabeza. Una AR-15. Ella se asustó y no quiso volver a trabajar allí. Tuvo síndrome postraumático o algo así, aunque lo llamaban de otra forma entonces. Y nunca la volví a ver. Me visitó una vez en el hospital después del atraco y eso fue todo.

—¿Adónde fue?

—Se lo acabo de decir, no lo sé.

—Y nunca trató de encontrarla.

—No. No estaba..., mire, era solo sexo. No estábamos enamorados. Lo dejé estar.

—¿Sus colegas de VBA sabían de ella?

Un destello de sorpresa apareció en los ojos de Burrows. Bosch conocía el grupo VBA. Burrows no respondió, pero Bosch insistió.

—¿Se lo contó? —preguntó—. ¿Alardeó con los chicos de la casa club de que se tiraba a una mexicana? ¿Cómo la llamaban, «mona de frontera»?

—No, no se lo dije —dijo Burrows—. No se lo dije a nadie y no la llamaba así.

Bosch lo miró un buen rato, valorándolo, pensando en qué camino tomar a continuación.

—¿Cuántas noches pasó en el Bonnie Brae? —preguntó.

—No lo sé —dijo Burrows—. Treinta, cuarenta. Iba mucho. Estábamos...

—¿Estaban..., qué? ¿Enamorados?

—No, ni hablar. No era amor.

—¿Dejaba ropa allí?

—Sí, dejaba algunos uniformes de trabajo allí para tenerlos.

—¿Lavaba ropa, sacaba la basura?

—Ayudaba, sí. Eso no significa que estu...

—¿Sacaba la basura de una mujer a la que no amaba?

—Mire, está tergiversando esto por completo.

—¿Cómo? ¿Sacaba la basura o no?

—Sacaba la basura, pero eso no significaba nada y no importa, porque no he sabido nada de ella en veinte años y no sé dónde coño está.

Bosch hizo una pausa. Dejó que las cosas se calmaran, aunque estaba eufórico porque tenía todo lo que necesitaba de Burrows.

—¿Cómo se gana la vida ahora, Rodney? —preguntó.

—Conduzco un camión de repuestos —dijo Burrows.

—¿Qué repuestos?

—Repuestos de coches americanos.

—¿Dónde está Ana Acevedo? ¿Qué hizo con ella?

—¿Qué? ¡No hice nada! ¡No sé dónde está!

Lo gritó y la perra levantó la cabeza del suelo.

—¿Sabe qué? —dijo Burrows—. Ya no me importa. Solo lléveme a Los Ángeles. Quiero ver a un abogado.

Empezó a levantarse, pero Bosch estaba esperando el movimiento. Se incorporó de golpe, se estiró por encima de la mesa y volvió a sentar a Burrows poniéndole una mano en el hombro.

—Siéntese. Y no se levante hasta que se lo diga.

Bosch oyó el murmullo grave de la perra desde el umbral.

—Está violando mis derechos civiles —protestó Burrows—. No puede entrar en mi casa, en mi propiedad, y decirme lo que tengo que hacer.

Bosch miró a Soto y le hizo una señal hacia el teléfono. Burrows había pedido un abogado, así que la entrevista técnicamente había acabado. Soto apagó la aplicación de grabación.

Bosch se volvió hacia Burrows.

—Es gracioso cómo siempre terminan diciendo lo mismo —dijo—. No quieren saber nada de este país y sus leyes y luego de repente quieren que juguemos con las mismas reglas que niegan.

—Quiero a mi abogado.

—Nos ha invitado a su casa, señor Burrows. Tenía elección y ha decidido invitarnos a pasar. Si dice que quiere un abogado, entonces terminaremos con esto ahora mismo, lo llevaremos a Los Ángeles y lo acusaremos.

Burrows puso los codos en la mesa y se tapó la cara con las manos.

—O —continuó Bosch— puede simplemente hablarnos del atraco en el EZBank.

Burrows negó con la cabeza como si no tuviera elección.

—Dos tipos —dijo—. Entraron, dispararon al aire y me golpearon con la culata de un arma. Tuve una fisura craneal y una conmoción y no recuerdo nada después de eso. Pero lo que me contaron era que me tenían en el suelo y pusieron la pistola en mi cabeza para pegarme un tiro a menos que alguien abriera la puerta de seguridad.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Bosch.

—Ana abrió la puerta. Ya había activado la alarma silenciosa. Sabía que la policía estaba en camino, así que abrió la puerta. Entonces llegaron los atracadores y les obligaron a abrir la caja fuerte y los cajones de dinero.

—¿A quién obligaron a abrir la caja?

—El director de la oficina estaba allí con ella. Fue él.

—¿Cómo se llamaba?

—Eh, se llamaba... No lo recuerdo. Era como un nombre ruso.

—¿Quiere decir ucraniano?

—Lo que fuera.

—¿Era Maxim?

—Sí, eso es. Lo llamábamos Max.

—También se follaba a Ana, ¿verdad?

Otra vez se mostró sorprendido.

—No, eso es mentira —dijo Burrows—. Eso no fue lo que ocurrió.

—¿Está seguro?

—Lo habría sabido.

—¿De verdad? Ha dicho que no vivía con ella. No estaba allí cada noche. Acaba de decírmelo.

—Pero lo habría sabido.

—¿Cuántos días a la semana estaba allí?

—Tres o cuatro veces. Habrían sido más, pero no le caía bien a su compañera de piso. Pero no había nadie más.

—Así que lo que está diciendo es que después de este atraco Ana Acevedo dejó su trabajo y a usted al mismo tiempo.

—Eso fue lo que ocurrió. Tenía estrés postraumático.

—Entiendo lo del trabajo, pero ¿usted?

—Dijo que yo le recordaba lo que ocurrió en la tienda.

—¿Qué tienda?

—El sitio donde trabajábamos. El EZBank. Lo llamábamos «la tienda».

—¿Cuándo fue la siguiente vez que vio a Ana después de que se marchó?

—¿Cuántas veces se lo tengo que decir? Vino al hospital a despedirse. Nunca volví a verla.

—Así que lo dejó. ¿Cómo lo trató la policía después del robo?

—Sí, eso es lo que deberían investigar. Esos cabrones trataron de colgármelo todo a mí. Dijeron que yo lo preparé. Como si parte del plan maestro fuera que me abrieran el cráneo como un huevo.

—¿Lo detuvieron?

—Nunca me acusaron. ¿Sabe por qué? Porque no tuve nada que ver en eso. Tenía una puta conmoción y esos tipos me estaban diciendo mientras estaba en la cama del hospital que lo había preparado todo. ¡Qué estupidez!

Bosch no respondió. Estaba valorando la situación. Había marcado todas las casillas que había venido a marcar. Podían situar a Burrows, según sus propias palabras, en el Bonnie Brae y certificar que conocía el bajante de la basura: había sacado la basura. Era el momento de afilar la cuchilla, la hora de apuntarla a Burrows. Miró otra vez a Soto y ella asintió ligeramente. La grabadora estaba otra vez en marcha. La viabilidad legal sería cuestionable, pero Bosch quería que esa parte se grabara de todos modos.

—Hábleme del incendio —dijo.

Burrows parecía confundido.

—¿Qué incendio? —preguntó.

—El del Bonnie Brae.

—¿El incendio de ese mismo día? No sé nada de eso. Ana ya no vivía allí. Su compañera de piso la había echado. Ese incendio lo provocaron los pandilleros que mandaban en la calle. Como el año anterior con los disturbios, esta gente quemaba sus propios barrios, mataba a sus propios niños. ¿Es jodido, eh? Quiero decir, eso era lo que pensábamos.

En su visión periférica, Bosch vio que Soto se apartaba de su posición relajada contra la encimera. Bosch se volvió y le lanzó otra mirada que la hizo retroceder. No era el momento de airear emociones personales y chocar con el racista. Tenían una misión, y cuanto más tiempo hablara Burrows, más cerca estaban de lograrla.

—Explique eso —le pidió a Burrows—. ¿De quién está hablando? ¿De qué se trataba?

—De VBA —respondió Burrows—. Lo vimos venir. Solo es cuestión de tiempo.

—¿Antes de la guerra racial?

—Podría llamarlo así. Pero no importa cómo lo llame, está llegando.

—¿Cuál de los hermanos Pollard hizo la bomba incendiaria?

—¿Qué bomba incendiaria?

—La que tiraron en el bajante de la basura del Bonnie Brae.

Burrows parecía aturdido, sin palabras.

—Antes de que atracaran el EZBank —completó Bosch.

—Está loco —dijo Burrows—. Éramos completamente no violentos. Nunca le hicimos daño a nadie. No puede acusarnos de eso. De hecho, entonces ni siquiera los conocía. Eso fue después.

Bosch se inclinó sobre la mesa.

—Tonterías. Uno no dice simplemente: «Creo que ahora me apuntaré a una guerra racial». Los conocía y todos sabían lo que querían. Y necesitaban el dinero para construir esa pequeña casa club en Castaic.

—¡No! Está loco. Y se acabó, no voy a hablar más. O me llevan y me acusan o se largan de mi propiedad. ¡Ahora!

Bosch se levantó e hizo una seña a Burrows para que se levantara.

—Entonces, levántese.

—¿Por qué? ¿Qué está haciendo?

—Vamos a Los Ángeles.

—Oh, venga, no van a hacerme eso.

—Levántese, por favor.

—¡Hemos hablado! ¡He ayudado! ¿Qué quieren? No sé nada de Ana Acevedo. No tengo nada que ver con ese incendio y no tienen ninguna prueba de eso. Conocí a los Pollard un año después, en Castaic.

Bosch rodeó la mesa y se acercó a Burrows. Soto se le unió para dejar claro el

mensaje físico.

—Vale, vale —dijo Burrows, levantando las manos—. Lo entiendo, lo entiendo. No les importa nada la verdad. Solo quieren un chivo expiatorio y ese soy yo. Siempre soy el objetivo más fácil.

—Exacto —dijo Bosch—. Lo ha entendido.

Burrows se levantó y Soto se colocó detrás para ponerle las esposas.

Bosch lo sacó de la casa mientras Soto cargaba con las armas. Cerraron la puerta con la perra dentro y recorrieron el sendero. En la camioneta, Bosch abrió la puerta y usó el mando a distancia para abrir la verja.

Pusieron a Burrows en la parte de atrás del Ford y las armas en la manta del maletero. Bosch luego hizo una seña a Soto para que se acercara a la camioneta y pudieran hablar sin que Burrows pudiera oírlos.

—¿Qué opinas? —preguntó.

—Creo que es un capullo racista como ya sabíamos —dijo Soto—. ¿Tú qué opinas?

—Eso lo es, seguro. Pero creo que no es el contacto interior.

—¿Por qué? Él mismo se sitúa en el Bonnie Brae. Reconoce que sabía dónde estaba el bajante de la basura. Tenía acceso. Tenía motivo. Y podría no importarle nada quién pudiera resultar herido allí.

Bosch hizo una larga pausa y luego miró al Ford. Daba la impresión de que Burrows tenía la cabeza baja. Bosch no podía verlo.

—No es tanto lo que he oído —explicó al fin—. Es lo que he visto. Las lecturas que he captado. Dice que no sabía lo de Boiko y Ana. No sabía mucho.

—¿Y qué? ¿Le crees?

—Lucy, llevo casi cuarenta años interpretando a la gente. Llegas a un punto en que te fías de tu instinto. Mi opinión es que no es él.

Ella cruzó los brazos con fuerza ante su pecho.

—Ojalá yo fuera tan buena interpretando a la gente. ¿Alguna vez te has equivocado?

—Claro que me he equivocado. Nadie es perfecto. Pero eso no cambia lo que siento ahora mismo.

—Entonces ¿qué quieres hacer? ¿Dejarlo en libertad? Llevaba una pistola en la cadera como si fuera un vaquero.

—No, no quiero dejarlo suelto. Quiero entregarlo al *sheriff* de San Bernardino por posesión de armas y dejar que ellos se ocupen. Luego nos largamos de aquí y vamos al siguiente.

—Boiko.

—Sí. Y luego Ana. Todavía necesitamos encontrarla. Y mira, no estoy diciendo que descartemos a Burrows. Todavía tenemos las redes en el agua. Tal vez encontremos algo que cambie nuestra visión de él. Pero por ahora...

Volvió a mirar al Ford. Burrows se había enderezado y Bosch podía verlo

mirándolos a través del parabrisas.

—¿Quieres que llame al *sheriff*?

—Sí, adelante. Diles que será mejor que traigan a los de control de animales.

Soto asintió con aire sombrío.

—Sí, Harry.

Esperaron casi una hora a que viniera un coche patrulla del Departamento del Sheriff de San Bernardino. Luego tardaron otra media hora en explicar la situación y transferir la custodia de Burrows al reticente agente del *sheriff*. Cuando volvieron a la autovía, había pasado la mayor parte de la tarde y Bosch sentía el nerviosismo inherente a perder el tiempo en un callejón sin salida. Soto, por su parte, guardaba silencio. Mantenía la mirada en la pantalla de su iPad y no decía nada.

—¿Tienes hambre? —preguntó Bosch—. Podemos parar en algún sitio.

—No, después de esto, no —dijo Soto—. Vamos a hablar con Boiko.

—Vale, ¿adónde? ¿North Hollywood?

—Sí, pero no a su casa. Probablemente estará trabajando. Ahora es director general del EZBank, y tienen la sede central en North Hollywood, en Lankershim y Oxnard.

—Entendido.

El cuartel general de la cadena de pago de cheques resultó ser un edificio sin identificar en una manzana de pequeños negocios industriales en Oxnard. Tardaron casi dos horas en llegar allí, y una vez más Bosch tuvo que aparcar el coche junto a la verja y mostrar su placa a una cámara.

Esta vez la verja se abrió sin problemas y Bosch entró y aparcó. Antes de bajar del coche, ordenó a Soto que pusiera en marcha la aplicación de grabación de su teléfono y se asegurara de que se grababa todo si tenían la oportunidad de hablar con Boiko. Los dos detectives bajaron del coche y entraron por una puerta marcada solo con la palabra «Entrada». Esta daba acceso al centro de operaciones del negocio, que esencialmente vendía dinero en efectivo a través de una cadena de centros de distribución. Había una pequeña sala de espera con paisajes genéricos en las paredes, una recepcionista sentada tras una mesa y un vigilante de seguridad uniformado de pie junto a una puerta. Bosch se fijó en que la puerta no tenía manija ni pomo.

—Hemos venido a ver a Maxim Boiko —dijo Bosch.

La recepcionista miró un calendario en su oficina y frunció el ceño.

—¿Tiene una cita? —preguntó.

Bosch detectó un ligero acento. De Europa oriental. Sacó su placa otra vez y se la mostró a ella.

—Esta es mi cita —dijo—. Dígale a Max que es sobre el atraco.

Ella mantuvo la expresión al coger el teléfono y hacer la llamada. Luego habló brevemente en un idioma que Bosch supuso que era ucraniano. Después de recibir instrucciones, la mujer colgó y miró al vigilante de seguridad.

—Llévalos a la oficina del señor Boiko —dijo.

El vigilante se volvió y miró a una cámara montada sobre la puerta. Saludó con la cabeza, se produjo un zumbido electrónico y la puerta se abrió. El vigilante la sostuvo para Soto y Bosch, y entraron en un mecanismo de seguridad donde esperaron a que

se cerrara la primera puerta antes de que se abriera la siguiente. Desde allí, el vigilante los condujo a lo largo de un pasillo con varias puertas hasta una oficina que contenía dos escritorios adosados frente a un muro de pantallas de vídeo en las que se veían los interiores de las casas de cambio y las operaciones dentro de la central. Bosch se fijó en que en una de las pantallas estaba sintonizada CNN Internacional. Encima del banco de monitores había un cartel rojo y blanco que decía «¡Quitad las manos de Ucrania!» y un *collage* de fotos que mostraban combates en las calles entre tropas rusas e insurgentes ucranianos con pasamontañas. Bosch vio una foto de un hombre que utilizaba una honda para disparar un proyectil hacia tropas fuertemente armadas.

Uno de los escritorios estaba vacío y detrás del otro se sentaba un hombre de unos cincuenta años con cabello negro peinado hacia atrás con gomina y claros signos de alopecia. Señaló con la cabeza al vigilante de seguridad para indicarle que ya no se le necesitaba.

—¿Maxim Boiko? —preguntó Bosch.

—Sí, soy yo —dijo el hombre—. ¿Están aquí por el atraco de Van Nuys o el de Whittier?

Boiko todavía tenía un marcado acento a pesar de las décadas que llevaba en Los Ángeles. Bosch suponía que Van Nuys y Whittier eran las localizaciones de atracos más recientes de sucursales del EZBank. En el camino desde el desierto, Soto había compartido parte de su investigación sobre Boiko y el negocio. El EZBank ya contaba con treinta y ocho establecimientos en la zona de los tres condados y más de dos tercios de ellos se concentraban en la conurbación de Los Ángeles.

—Ninguno de los dos —dijo Bosch—. Queremos hablar de Westlake. 1993. ¿Lo recuerda?

—Cielo santo —dijo Boiko—. Sí, lo recuerdo. Estuve allí. ¿Han encontrado a esos cabrones que me robaron?

Bosch no respondió. De manera exagerada, miró alrededor a la pequeña sala como si buscara un sitio para sentarse. No había otras sillas además de las dos de detrás de los escritorios y Boiko ocupaba una de ellas.

—¿Hay algún sitio donde podamos sentarnos y hablar? —preguntó Bosch.

—Sí —contestó Boiko—. Por supuesto. Síganme.

Boiko los acompañó otra vez al pasillo. Cruzaron una puerta en una zona de carga donde Bosch vio tres furgonetas de paneles blancos que anunciaban un servicio de fontanería de veinticuatro horas en los laterales.

—Camuflamos nuestras furgonetas de entrega —explicó Boiko—. Así nadie sabe que venimos con el dinero. Y el fontanero también nos paga por anuncios gratis en furgonetas.

Bosch asintió. Pensó que era una buena idea. Nunca había comprendido por qué los camiones acorazados eran tan obvios, prácticamente anunciando por todas partes dónde estaba el dinero. No mencionó que, si el fontanero pagaba los anuncios, estos

no eran gratis.

Cruzaron el muelle y Boiko abrió la puerta a otra oficina, que contenía una mesa de comedor con cuatro sillas.

—Por favor, siéntense a la mesa —dijo él—. ¿Les apetece un café?

Bosch y Soto dijeron que no. Tomaron asiento y Bosch los presentó formalmente. Bosch había decidido repetir con Boiko más o menos la misma táctica que había utilizado con Burrows: usar a Ana Acevedo como herramienta para obtener información del incendio del Bonnie Brae. Pero Boiko no tenía antecedentes y eso le daba a Bosch menos opciones. Tenía que usar más finura esta vez. Contaba con la información que Bosch había recibido de Gus Braley respecto a que, en el momento del atraco, Boiko estaba más preocupado de que se conociera su aventura con la empleada que por el atraco en sí. Eso daba a Bosch cierta ventaja. No era un as, pero era algo.

—Estamos echando un vistazo al atraco del 93 y espero que nos ayude —empezó.

—Por supuesto —repuso Boiko—. Perdimos mucho dinero. Pero ¿veintiún años? ¿Por qué han venido?

—Porque ha surgido en otra investigación. Algo actual de lo que no puedo hablarle.

—Está bien. Pero ¿me darán el dinero?

Bosch no recordaba que hubiera ninguna clase de recompensa ofrecida en el caso.

—¿Qué dinero? —preguntó.

—El que se llevaron los atracadores —dijo Boiko.

—Oh, bueno, como acaba de decir, fue hace veintiún años. No contaría con que quede nada de dinero. Aunque nunca se sabe.

—Entiendo.

—Recuperaron las pérdidas a través del seguro de todos modos, ¿no?

—No todo. Pagamos el pato. Aprendimos algo sobre los seguros. Nunca hay que tener más dinero del que está asegurado, ¿ve? Nunca volvimos a tener ese problema.

—Me alegro de oírlo. Y usted también ha llegado lejos. Tenían un par de locales entonces y ahora están en todas partes.

—Sí, tengo mucho éxito con la compañía.

—Felicidades. Su mujer e hijos estarán orgullosos, seguro.

—Mujer, sí. No tenemos hijos. Demasiado ocupado. Trabajo, trabajo, trabajo.

—Bien. Bueno, no queremos entretenerlo demasiado. La razón de que estemos aquí es que estamos buscando a alguien y nos han dicho que podría ayudarnos.

—Vale. ¿Quién es?

—Ana Acevedo.

Boiko torció el gesto y luego hizo un muy mal esfuerzo para parecer confundido por el nombre.

—¿Quién es esta persona? —preguntó él.

—Recuerda a Ana —dijo Bosch—. Trabajaba con usted. Estaba allí el día del

atracó. Usted abrió la caja cuando los atracadores le pusieron a Ana una pistola en la cabeza.

Boiko asintió vigorosamente.

—Oh, Ana, claro, sí. No la recordaba, ha pasado mucho tiempo. Ya no trabaja aquí. Desde entonces.

—Sí, oímos que se marchó.

—Sí, se marchó. Dijo que era demasiado estrés, esas cosas. Pensaba que los atracadores podían volver.

—También nos dijeron que era su novia, así que esperábamos...

—No, no, no, no. No es mi novia.

Boiko levantó las manos como para protegerse de un ataque.

—Bueno, tal vez ahora no —dijo Bosch—. Pero entonces sí. La visitaba en el apartamento del Bonnie Brae donde ella vivía. Eso lo recuerda.

Boiko volvió a su pose amnésica de boca abierta y mirada al techo.

—No, su novio era el vigilante de seguridad —dijo—. Estaban juntos, sí.

Bosch se inclinó sobre la mesa para hablar confidencialmente, de hombre a hombre. Bajó la voz.

—Mire, Maxim, está en el expediente —dijo—. Usted y Ana. Por eso abrió la caja.

—No, por favor —respondió Boiko—. Sáquelo del expediente. Eso no es verdad. Soy un hombre casado. Amo a mi mujer.

Hizo una señal hacia la puerta como si su mujer estuviera al otro lado de ella. Bosch se preguntó si la mujer que los había recibido y había hablado en otro idioma al teléfono era su mujer.

—Mire, Max —dijo Bosch—, no estamos aquí para avergonzarlo ni causarle problemas. Así que cálmese un poco. Pero tenemos el expediente y hay testigos de que visitaba a Ana en el Bonnie Brae de manera regular e incluso usted se lo reconoció al detective Braley entonces.

—Está bien —dijo Boiko, con su voz en un susurro—. Entonces, pero no ahora.

—Bien, entonces —concedió Bosch—. No ha sido tan difícil. Fue hace mucho tiempo, ¿y qué? Ocorre. Dijo que sabía lo del otro hombre..., ¿el vigilante de seguridad?

Boiko negó con la cabeza al darse cuenta de que su reconocimiento de la aventura abría la puerta a lo que podría ser una cascada de preguntas.

—No lo sabía, luego lo supe —dijo—. Y por eso paré.

—¿Dejó de ir al Bonnie Brae a ver a Ana? —preguntó Bosch.

—Sí, eso es cierto.

—¿Por qué no le pidió a Ana que dejara de ver al vigilante? Quiero decir, usted era el jefe, ¿no? ¿Por qué fue usted el que lo dejó?

—No, tenía a mi mujer, ¿ve? Quería acabar con eso. Ella (Ana) lo había empezado todo y fue un gran error por mi parte.

—¿Quiere decir que ella vino a buscarlo?

—Sí, exactamente así.

Bosch asintió como si comprendiera cómo se había aprovechado Max.

—Vale, ¿con cuánta frecuencia iba al apartamento antes de eso?

—No demasiado.

—¿Dónde está ahora mismo Ana Acevedo, Maxim?

Boiko levantó las manos casi a modo de súplica.

—No lo sé. Se lo aseguro. No la he visto desde que se fue.

—¿No la ha visto desde entonces? Tenemos testigos de que...

—¡No! Eso es mentira. ¿Qué testigos? ¿Se lo dijo ese vigilante de seguridad?

¿Burrow?

Bosch pensó que era curioso que Boiko todavía recordara casi a la perfección el apellido del vigilante de seguridad con el que trabajaba veintiún años atrás.

—No puedo decirle quién es el testigo —dijo Bosch—. Pero está diciendo que no la ha visto desde entonces, ¿correcto?

—Es correcto —dijo Boiko.

—¿Y no habló con ella por teléfono? ¿Algún contacto con ella desde entonces?

—Solo por sus impuestos.

—¿A qué se refiere con los impuestos?

—Cuando quiso pedir una devolución de Hacienda, tenía una nueva dirección y me pidió que le enviara los justificantes de retenciones.

—¿Se refiere a un formulario W-2 o un 1099?

—Sí, exactamente.

—Entonces ¿se había mudado después del atraco y quería que usted tuviera su nueva dirección de correo?

—Eso es lo que ocurrió, sí.

Bosch trató de mantener un tono de calma en la voz. Pero era difícil. La respuesta de Boiko le dio una renovada esperanza de encontrar a Ana Acevedo.

—¿Tiene registros de empleados? —preguntó.

—Por supuesto —dijo Boiko.

—Bien, ¿todavía tiene un archivo sobre Ana Acevedo? ¿Un archivo con una dirección?

—Pero es de hace veinte años.

—Lo sé, pero era empleada y todavía podría haber un archivo.

—Sí, claro.

—¿Dónde? ¿Los archivos están en este edificio?

—Sí, puedo mirarlo si...

—Sí, quiero que lo mire. Quiero que lo busque ahora mismo. Podemos esperar.

Boiko se levantó y salió de la sala. Bosch miró su reloj. Eran casi las cinco. Tenía una sensación de que esos últimos minutos iban a conducir a algo que podría salvar el día.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó a Soto.

Ella frunció los labios un momento y consideró la respuesta antes de darla.

—Probablemente lo mismo que estás pensando tú —dijo por fin—. Hoy los dos tipos han dicho que Ana los sedujo. Parece un poco fuera de lo común. Como si fuera una ninfómana o tuviera un plan.

Bosch la señaló con el dedo. Justo lo que había estado pensando.

—Si a eso unimos la desaparición, ¿qué tenemos? —preguntó Bosch—. Y no estoy hablando de que se fuera de la ciudad. Estoy diciendo que desapareció.

—Tenemos a alguien que está ascendiendo a lo más alto de la lista —dijo Soto.

Bosch señaló con la cabeza a la puerta.

—Cuando vuelva hemos de preguntarle por ese día —dijo—. Por los sospechosos y la identificación de ellos como blancos. Si eso todavía se mantiene hemos de investigar la vida de Ana y encontrar las intersecciones. El nexo, como tú lo llamas.

Antes de que Soto respondiera, la puerta se abrió y Boiko regresó. Sostenía una hoja de papel.

—Tengo una dirección para ustedes —anunció con orgullo.

Dejó la hoja de papel en la mesa entre Bosch y Soto y luego regresó a su asiento. Bosch se inclinó sobre la mesa para mirar el papel. Era una fotocopia de un formulario de Hacienda W-2 correspondiente a 1993 con ganancias y deducciones. Se había extendido a nombre de Ana María Acevedo y tenía una dirección en Calexico, California.

—¿Calexico? —preguntó Soto—. ¿Qué hay en Calexico?

—Se trasladó allí —dijo Boiko, afirmando amablemente lo obvio.

Soto cogió su bolsa del suelo y sacó su iPad. Bosch miró a Boiko.

—¿Recuerda que mencionara Calexico? —preguntó.

—No, no lo recuerdo —dijo Boiko.

—¿Y familia? ¿Tenía familia allí?

—No, había nacido aquí. Eso me dijo. Y tenía familia en México.

—¿Recuerda en qué lugar de México?

—No, no creo...

—Harry —interrumpió Soto—. Echa un vistazo.

Ella le pasó el iPad y Bosch miró la pantalla. Soto había introducido la dirección del formulario W-2 en Google Street View. Bosch estaba mirando una foto de la dirección de la calle a la cual se había enviado el formulario fiscal a principios de 1994. Era un edificio grande de estilo misión española, que parecía una escuela. Pero, al leer el cartel colocado al lado del paseo embaldosado, Bosch comprendió su error.

HERMANAS DE LA SAGRADA PROMESA

Convento establecido en 1909

Archidiócesis de San Diego

Los hechos encajaron para Bosch. El atraco al EZBank y el incendio del Bonnie Brae se produjeron en octubre de 1993. Cuando Ana Acevedo presentó la declaración de renta de 1993 seis meses después, aparentemente vivía en un convento en una población en la frontera entre California y México.

Estaba volviéndose obvio para Bosch por qué había ido allí. Redención, salvación y refugio fueron las primeras palabras que se le ocurrieron.

Tenían demasiado impulso para detenerse. Hicieron el trayecto de trescientos kilómetros esa tarde después de llenar el depósito de gasolina y comprar comida para llevar en la tienda abierta las veinticuatro horas. Bosch tomó la autovía 10 hacia el este y luego en Indio giró al sur en la estatal 86. La carretera los llevó más allá de Borrego Springs y bordeando el lago Saltón. Era un territorio abierto y desolado con la sierra del Chocolate a lo lejos en el este.

—¿Habías estado tan al sur antes? —preguntó Soto.

—Hace mucho tiempo —dijo Bosch.

—¿En un caso?

Daba la casualidad de que Bosch estaba pensando en eso cuando ella planteó la pregunta.

—Más o menos —preguntó—. Estaba buscando a mi compañero.

—¿Tu compañero? ¿Qué ocurrió?

—Es una larga historia. De hecho, probablemente daría para un libro. Se largó y..., bueno, nunca volvió.

—¿Quieres decir que desapareció?

—No, lo mataron.

Bosch la miró.

—¿No te habían hablado de mí cuando nos asignaron como pareja? —preguntó.

—La verdad es que no —dijo ella—. Solo me dijeron que me tocaba contigo.

—Bueno, solo para que lo sepas, perdí a dos compañeros. Otro recibió un tiro, pero sobrevivió y luego tuve uno que terminó suicidándose, pero eso fue mucho después, cuando ya no éramos compañeros.

Eso llenó el coche de silencio durante unos kilómetros. Soto finalmente volvió a mirar la pantalla de su iPad en lugar de disfrutar del tono rosado del aire del desierto.

—Vamos a un lugar extraño —dijo Bosch al cabo de un rato—: estas dos ciudades una a cada lado de la frontera. Calexico en nuestro lado, Mexicali en el suyo. Es difícil comprender qué está pasando. Recuerdo que una vez estuve allí, sería antes del caso con mi compañero, creo. Y me presenté como se supone que hay que hacer, pero no conseguí ninguna ayuda de la policía local. Luego crucé la frontera y había un tipo..., un investigador..., y era como si fuera el único hombre que no era corrupto y quería que se hiciera algo... en cualquier lado de la frontera.

Soto no respondió. Bosch suponía que ella probablemente todavía estaba haciendo cálculos de todos los compañeros muertos que él había tenido.

—El caso es que es un lugar extraño —dijo—. Ten cuidado allí.

—Recibido —dijo ella por fin—. ¿Vamos a visitar a los locales?

Bosch negó con la cabeza.

—No veo la necesidad —dijo.

—Por mí bien —convino ella.

—¿Qué has encontrado sobre eso?

—Bueno, no mucho. Aquí no recibo ninguna clase de señal, ni wifi ni de móvil. Pero, cuando todavía estábamos cerca de la ciudad, he empezado una búsqueda de las Hermanas de la Sagrada Promesa y he descargado algunas cosas. Tienen conventos en California, Arizona y Texas. Hay cinco de ellos en la frontera y luego tienen un par más en México. En Oaxaca y Guerrero.

—¿A qué se dedican, catequesis y esas cosas? ¿Bautismos?

—Hay eso, pero es un poco más duro. Toman los votos, ¿sabes? Todos. Pobreza, castidad, obediencia y todo lo demás. La sagrada promesa es la vida eterna en el cielo a cambio de sufrimiento y sacrificio en la tierra. Van a misiones, llevan la palabra del Señor a zonas muy complicadas. Me refiero a zonas de cárteles, a los campos de opio de la región de Montana en Guerrero. Algunas de ellas no vuelven, Harry. Cada convento tiene una pared memorial con listas de las hermanas que han perdido. Me recuerda los memoriales que tenemos en comisaría.

—Pensaba que dejarían a las monjas en paz.

—Aparentemente no. Nadie está a salvo allí abajo.

Bosch pensó un momento. Su único recuerdo de una monja era uno en el que ella le decía que su madre había muerto. Harry tenía once años entonces y la monja trabajaba en el centro juvenil del condado donde lo habían llevado después de que el estado le retirara la custodia a su madre. Se suponía que iba a ser una estancia temporal, pero todo cambió en su vida ese día. De alguna manera, en todos los años transcurridos desde entonces, había conectado la idea y la imagen de monjas con la muerte.

—¿Qué le diremos a Ana? —dijo Soto—. Quiero decir, si está allí después de todos esos años.

—Da igual que sea una monja o la madre superiora —dijo Bosch—. Es sospechosa y así es como tenemos que tratarla. Recuerda, hay dos personas directamente responsables de tirar la bomba incendiaria en el bajante de la basura. Uno de ellos podría ser el papa por lo que a mí respecta, y aun así vamos a por él. Ana Acevedo es nuestro vínculo con esos dos. Podría no saber lo que iban a hacer, mi intuición es que no lo sabía. Tal vez por eso terminó en un convento.

—Sí.

Condujeron en silencio después de eso y Bosch no dejó de volver al recuerdo de la monja y la piscina cubierta que tenían en el reformatorio McLaren. Después de que le comunicaran la noticia, Harry se separó de la monja y se sumergió hasta el fondo de la piscina. Gritó a pleno pulmón, pero ni un sonido llegó a la superficie.

Llegaron a Calexico poco después de las nueve. Soto había introducido la dirección en la aplicación de GPS del teléfono y dirigió a Bosch a la parte occidental de la ciudad. El convento se encontraba en Nosotros Street, en un tramo básicamente

residencial. Bosch aparcó justo delante y abrió su puerta.

—Lleva la foto de Ana —dijo—. Por si acaso.

—Entendido —aceptó Soto.

El sonido agudo de una cigarra subida en alguno de los árboles que se alineaban en el jardín delantero del convento atravesaba la oscuridad de la noche.

—Odio esos bichos —dijo Soto.

—¿Por qué? —preguntó Bosch.

—No lo sé. Siempre significan malas noticias en la Biblia y en las películas.

—Estás hablando de langostas; eso es una cigarra.

—Lo mismo da. Siguen siendo malas noticias. Espera y verás.

La verja que rodeaba el convento no estaba cerrada. Pasaron y se acercaron a la puerta. A través de una ventana lateral daba la impresión de que estaba todo oscuro dentro. Había un timbre brillante y Bosch lo presionó con insistencia.

—¿Y si ha tomado un voto de silencio y no puede responder nuestras preguntas? —preguntó mientras esperaban.

—No he visto el voto de silencio en nada de lo que he leído —dijo Soto.

—Solo estaba bromeando. Viene alguien.

Bosch vio que una sombra se acercaba desde el otro lado del cristal. La puerta se abrió y una mujer desconcertantemente joven con hábito de monja completo abrió la puerta. Tenía un rostro bonito y ojos oscuros. Dejó la puerta solo un poco entreabierta.

—Sí, ¿puedo ayudarles? —dijo.

—Hermana, sentimos molestarla tan tarde —empezó Bosch—. Somos de Los Ángeles y estamos en la policía allí.

Mostró su placa y Soto hizo lo mismo.

—Estamos buscando a una mujer que podría estar en el convento —dijo Bosch—. Necesitamos hablar con ella.

La religiosa parecía confundida.

—¿Quiere decir hoy? —preguntó—. No ha venido nadie.

—En realidad, vino hace veinte años —dijo Bosch.

La monja lo estudió un buen rato. Bosch suponía que tendría dos o tres años cuando Ana Acevedo llegó al convento, si es que vino alguna vez.

—Creo que no lo entiendo —dijo la monja.

Bosch asintió y probó con una sonrisa tranquilizadora.

—Lo siento —se disculpó—. Es un poco desconcertante. Hemos de hablar con una mujer sobre algo que ocurrió en Los Ángeles hace mucho tiempo. Es un caso sin resolver. Investigamos casos abiertos y la última dirección conocida que tenemos de esta mujer es este convento. Ella reenvió su correo a esta dirección en 1994. Su nombre es Ana María Acevedo. ¿Conoce ese nombre? ¿Está aquí?

Bosch vio claramente por su reacción que el nombre no significaba nada para la monja.

—Sé que esto ocurrió mucho antes de que usted llegara aquí, pero tal vez hay alguien más aquí que...

—Esta es Ana —dijo Soto.

Sacó la foto del último carnet de conducir de Ana Acevedo. La monja se inclinó para mirar en la luz tenue de la lámpara cenital.

—Parece la hermana Esi —contestó—. Pero no está aquí.

Bosch y Soto no pudieron evitar cambiar de pose y mirarse uno al otro. Ana Acevedo había tomado el nombre de la amada mujer que había muerto tratando de salvar a los niños del incendio del Bonnie Brae.

—¿Está segura? —preguntó Bosch.

—Bueno, no, pero se parece —dijo la monja.

—¿Ese es su nombre completo? —preguntó Soto—. ¿Hermana Esi?

—No, es Esther —confirmó la monja—. Hermana Esther González, pero no somos tan formales aquí.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Bosch.

—Soy la hermana Theresa.

Bosch le pidió que mirara la foto otra vez y confirmara la identificación. Ella lo hizo y asintió.

—Es mayor ahora, claro —dijo—. La hermana Geraldine está aquí y es la más veterana. Ella lo sabrá con seguridad.

—¿Podemos hablar con la hermana Geraldine? Podría ser muy importante.

—¿Pueden esperar aquí, por favor? Iré a ver si aún está levantada.

—Está bien. Pero, antes de irse, ¿puede decirme adónde fue la hermana Esther? Ha dicho que no está aquí.

—Déjeme ver si la hermana Geraldine está despierta. No debería ser yo la que hable en nombre del convento. ¿Puedo llevarme la foto?

Soto le dio la foto y la hermana Theresa cerró la puerta. Bosch y Soto se miraron. Las cosas estaban encajando.

—Tomó el nombre de Esi —dijo Soto—. Si eso no es un sentimiento de culpabilidad, que me expliquen qué es.

Bosch se limitó a asentir y trató de reservar su excitación. La hermana Esther no estaba en el convento. Aunque fuera Ana María Acevedo, todavía tenían que encontrarla y confiar en que pudiera conducirlos a los hombres que provocaron el fuego.

Pasaron cinco minutos hasta que la puerta volvió a abrirse. La joven monja devolvió la foto a Soto y anunció que la hermana Geraldine los estaba esperando para hablar con ellos.

Los hicieron pasar y los condujeron por un pasillo. En un lado estaba el memorial de las monjas que habían perdido. Había nueve nombres y fotos, todas ellas de mujeres con hábitos. Todas parecían iguales.

Llegaron a una sala apenas amueblada con una vieja televisión de tubo en el

rincón. Otra monja las estaba esperando. Tenía sesenta y tantos años y, tras unas gafas sin montura, unos ojos de mirada penetrante que Bosch supuso que habían visto cosas que rivalizarían con las que él mismo había presenciado.

—Detectives, siéntense, por favor —dijo—. Soy la hermana Geraldine Turner, pero aquí la gente me llama hermana G. Creo que la mujer de la fotografía que le ha dado a la hermana Theresa es nuestra hermana Esther. ¿Está bien? ¿De qué se trata?

Bosch se acomodó en un banco acolchado ante una mesita de café, frente a la monja. Soto se sentó a su lado.

—Hermana G., no tenemos noticias de la hermana Esther —dijo Bosch—. La estamos buscando, porque necesitamos su ayuda en un caso en el que estamos trabajando.

La hermana G. se puso una mano en el pecho como para calmar los latidos de su corazón.

—Gracias a Dios —dijo—. Temía que le hubiera ocurrido lo peor.

—¿Dónde está exactamente la hermana Esther? —preguntó Bosch.

—Está en una misión en el estado de Guerrero, en México. Ha ido al pueblo de Ayutla y tenemos noticias de que vigilantes y narcos están combatiendo allí. No nos han llegado noticias tuyas en una semana.

—¿Por qué fue allí?

—Todos tenemos misiones, detective. Nosotras llevamos libros y material médico, y hacemos llegar la palabra de Dios a los niños. Es nuestra vocación.

—¿Cuándo tenía que ponerse en contacto la hermana Esther? ¿Lleva retraso?

—No. De hecho, no volverá hasta dentro de otras dos semanas. Pero contactamos semanalmente con el convento cuando podemos. Este es el convento base, detective. Hace diez días que no tengo noticias tuyas.

Bosch asintió. La hermana G. hizo la señal de la cruz mientras recitaba internamente una rápida oración por la hermana Esther.

—¿Estaba usted aquí cuando la hermana Esther vino al convento hace veinte años? —preguntó Soto.

—Sí —dijo la hermana G.—. Creo que soy la única que estaba en el convento entonces. Muchas de nosotras se han reunido con el Señor.

—¿Recuerda las circunstancias en las que ella vino aquí? —preguntó Soto.

—Fue hace mucho tiempo —respondió la monja—. Recuerdo que era de Los Ángeles, lo recuerdo porque fue como recibir un ángel de la ciudad de Los Ángeles.

—¿Por qué? —preguntó Bosch.

—Bueno, vivíamos en una situación desesperada entonces —dijo la hermana G.—. Teníamos una hipoteca y no estábamos al corriente de pago. Nos enfrentábamos a perder este lugar maravilloso que llamamos base y entonces llegó ella. Pagó toda la hipoteca y dijo que quería unirse a nosotras. La acogimos y le dejamos tomar los votos.

Bosch asintió.

—¿Le gustaría ver el trabajo de la hermana Esther? —preguntó la hermana G.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Bosch.

Señaló la vieja televisión que tenía a su derecha.

—Tenemos grabaciones en vídeo de nuestras misiones —dijo—. Ayuda a recaudar fondos. Creo que la última misión de la hermana Esther está en el reproductor de DVD. Fue a una escuela en Chiapas. ¿Ha oído hablar de los cinturones de miseria?

Bosch miró a Soto.

—Los barrios más pobres —explicó ella.

—Chiapas tiene la pobreza más extrema de todo México —dijo la hermana G.

La monja cogió un mando a distancia de la mesa que estaba al lado de su silla y encendió la televisión y el DVD. Enseguida apareció en pantalla una escena de una escuela donde dos monjas con hábitos completamente blancos servían comida a niños en un aula hecha jirones. Los niños tenían ropa sucia y muchos de ellos vientres abultados. Bosch no tuvo que preguntar quién era la hermana Esther. La reconoció de las fotografías de Ana Acevedo.

La hermana G. pasó en velocidad rápida el DVD y lo detuvo en un punto donde las monjas impartían clase. La hermana Esther estaba leyendo de una Biblia con un adorno dorado en la cubierta de piel. Los niños, cuyas edades iban entre unos seis años y adolescentes, escuchaban con atención embelesada.

La hermana G. adelantó el vídeo otra vez y lo detuvo en una escena en la que las dos monjas se iban de un pueblo donde no parecía haber carreteras asfaltadas ni postes eléctricos. Estaban a punto de subirse a un autobús colorido pero viejo. En el parabrisas del autobús el destino decía «San Cristóbal de las Casas». Bosch nunca había oído hablar de ese lugar.

Un niño de unos ocho años no quería que la hermana Esther se marchara. Se aferraba a su hábito blanco y lloraba. Ella le acariciaba la nuca con suavidad, tratando de calmarlo.

La hermana G. apagó la televisión.

—Esa es la hermana Esther —concluyó.

—Gracias por mostrárnoslo —dijo Bosch.

Se preguntó si la hermana G. tenía idea de por qué habían venido a ver a la hermana Esther y les había mostrado el vídeo para ganarse su compasión. Soto estaba a punto de decir o preguntar algo, pero Bosch le puso la mano en el brazo para impedirlo. Tenían lo que necesitaban por el momento. Le preocupaba que un exceso de preguntas suscitara sospechas —si no las habían suscitado ya— y le llegara la voz a la hermana Esther. No quería asustarla antes de tener la oportunidad de hablar con ella.

—Bueno, hermana —dijo—, si no le importa, volveremos a contactar con usted después de que regrese la hermana Esther. Entonces vendremos para hablar con ella. Lamentamos la intrusión y le damos las gracias por su tiempo.

Empezó a levantarse.

—¿Pueden decirme de qué se trata? —preguntó la hermana G.

—Claro —dijo Bosch con amabilidad—. No sé si la hermana Theresa lo ha mencionado, pero trabajamos en la brigada de casos abiertos y tratamos de resolver viejos casos, viejos crímenes. La hermana Esther (cuando era Ana Acevedo) fue testigo de un crimen y estamos echando otro vistazo. Nos gustaría hablar con ella y ver si recuerda algo que podría no haber compartido con la policía entonces. Le sorprendería cuánto queda impreso en la memoria y tiene tendencia a aflorar con el tiempo.

La monja miró el reloj y volvió a mirar a Bosch con suspicacia.

—Estoy segura —dijo al fin—. Si quieren dejar una tarjeta, me ocuparé de que la hermana Esther los llame en cuanto regrese, Dios mediante.

—No tiene que preocuparse, hermana —dijo Bosch—. Estoy seguro de que estaremos en contacto.

Eran más de las dos de la madrugada cuando Bosch entró en su casa. Las luces estaban encendidas, pero reinaba el silencio. La puerta del dormitorio de su hija estaba cerrada. Se había ido a dormir hacía rato. Había hablado con ella desde el coche durante el trayecto desde Calexico.

Bosch estaba nervioso a pesar del día largo, la mayor parte del cual lo había pasado en el coche. Salió a la terraza trasera y se acercó a la barandilla, empapándose de la ciudad y pensando en los pasos dados en el caso Bonnie Brae. Por la mañana, pondría al capitán Crowder al corriente y luego tendrían que decidir si viajarían a México en un intento de encontrar a Ana Acevedo, alias hermana Esther González, en las montañas de Guerrero controladas por los cárteles, o se contentarían con esperar su regreso a suelo estadounidense. Ambas opciones tenían sus riesgos, y Bosch dejaría la decisión al capitán.

Tomó nota de intentar descubrir por la mañana si Ana Acevedo había cambiado legalmente su nombre al de hermana Esther González, y en ese caso, por qué Soto no había encontrado ningún rastro de esa información. Suponía que había viajado a México con un pasaporte válido. Debería existir un registro del cambio de nombre en alguna parte.

Pensar en el trabajo de Soto pareció conjurarla. Sonó el teléfono y Bosch lo sacó del bolsillo.

—¿Lucy?

—Harry, ¿estabas dormido?

—No, todavía no. ¿Dónde estás?

Bosch la había dejado en su coche dentro del garaje subterráneo del EAP.

—En la brigada. Me había dejado las llaves aquí.

Bosch no estaba seguro de que ella le estuviera diciendo la verdad.

—¿Y?

—Y acabo de mirar las cosas antes de ir a casa. He abierto el artículo del caso Merced en *La Opinión* para ver cómo ha salido y eso.

—Vale.

—Todo estaba bien en el artículo. Bien escrito y no me ha citado mal. Decía que recuperamos el arma homicida. Así que he pasado a los comentarios. ¿Sabes de qué estoy hablando?

—No mucho... No leo periódicos ni en Internet ni en papel. Pero continúa.

—Bueno, en Internet, los lectores pueden hacer comentarios sobre cualquier artículo de la web. Así que había algunos comentarios, incluido uno que seguro que es de nuestra mujer anónima. No se rinde y estoy pensando que tenemos que hablar con ella.

—¿Qué decía?

—Está en español, pero básicamente dice que la policía miente. Que saben quién lo hizo, porque se lo han dicho, pero hay una gran tapadera para proteger al alcalde y al verdadero hombre que manda detrás de él.

Bosch reflexionó un momento.

—Todavía creemos que está hablando de Zeyas, ¿no?

—Sí.

—¿Quién sería el hombre al mando? ¿Broussard?

—Supongo.

—Y ella no firmó con su nombre, ¿no?

—No, puedes poner el nombre o las palabras que quieras. Firmó «Lo sé».

—¿Eso es rastreable?

—Probablemente con una orden judicial. Dudo que el periódico nos ayude sin eso. Solo pensaba seguir llamándola hasta que responda. Y luego nos vemos con ella.

—No, dejemos de llamarla. La asustaremos y tirará el móvil. Quiere ser anónima por alguna razón.

—Entonces ¿qué?

—La localizamos por *ping*.

—Buena idea.

—Vete a casa ahora, Lucy. Duerme un poco. Lo prepararemos por la mañana. Conozco a un juez que firmará la orden.

—Vale, Harry.

—Y buen trabajo. Me está costando seguirte el ritmo.

—Gracias, Harry.

Bosch colgó. No estaba tan seguro de haberle dicho eso a Soto como un cumplido.

El jueves por la mañana, Bosch por fin llegó antes que Soto a la oficina. Aún no había amanecido cuando se presentó con un café de un Starbucks abierto las veinticuatro horas en la mano. Encontró las hojas de colaboración ciudadana en su escritorio y de inmediato se puso a trabajar en la preparación de una solicitud de orden judicial que les permitiría localizar el teléfono móvil usado por la comunicante anónima que se había quejado en repetidas ocasiones de una tapadera en relación con el disparo a Orlando Merced.

La llegada del teléfono móvil había revolucionado el funcionamiento de los cuerpos policiales en las últimas dos décadas. La Ley de Ayuda de Comunicaciones para las Fuerzas del Orden de 1994 se había actualizado y ampliado casi anualmente para adaptarse al vertiginoso cambio del paisaje electrónico y a las numerosas maneras en que este era explotado por criminales. La ley exigía a los fabricantes y a las compañías de telefonía que incluyeran dispositivos de vigilancia en todos los modelos y sistemas. Ahí entraba en juego la triangulación. Un teléfono de usar y tirar sin registrar podía parecer la herramienta perfecta para comunicaciones anónimas, legales o no, pero el aparato podía rastrearse y localizarse por su conexión constante con torres de control y la red celular. Con una orden aprobada por un tribunal, la unidad técnica del Departamento de Policía de Los Ángeles podría enviar una señal electrónica al teléfono —un *ping*— y determinar su localización en un radio de cincuenta metros mediante coordenadas de longitud y latitud. La unidad técnica trabajaba con rapidez. Una vez que tuviera en mano la orden de *ping*, el proceso se iniciaría en un plazo de dos horas.

Por eso Bosch había llegado temprano. El plan consistía en obtener una orden de la jueza Sherma Barthlett antes de que tuviera la oportunidad de empezar su jornada en el tribunal.

Bosch no era un novato localizando teléfonos móviles. Este proceso se había convertido en una herramienta útil para encontrar sospechosos en casos abiertos. A menudo, encontrar sospechosos era más difícil que identificarlos después de muchos años. El proceso empezaba con una base de datos donde se enumeraban todos los teléfonos móviles, junto con el nombre del proveedor de servicios. Según la LACFO, incluso los proveedores de servicios de móviles de usar y tirar tenían que constar. Bosch tardó menos de cinco minutos en determinar el proveedor de servicios del número perteneciente a la comunicante anónima. Luego utilizó una plantilla para comenzar a escribir la solicitud de orden judicial en su ordenador.

Una vez que la imprimió, ya estaba listo para irse. Primero llamó a la unidad técnica para alertar al sargento al mando de que vendría con una orden de *ping* prioritaria esa mañana. Las investigaciones de homicidios siempre pasaban al primer lugar de la lista, que sobre todo se engrosaba con órdenes relacionadas con casos de drogas. El teléfono de usar y tirar era el arma favorita de los traficantes del mundo

entero.

El plan consistía en pasarse por el Starbucks para comprar una taza de café y una pasta que llevaría a la jueza junto con la orden. Bosch escribió una nota para Soto y la dejó en su mesa, pero casi se tropezó con ella al salir de la sala de brigada.

—Harry, has llegado pronto.

—Sí, quería poner en marcha el *ping*. Te he dejado una nota. Voy a ver a la jueza y espero que podamos empezar antes de comer.

—Genial.

—Deberíamos pensar qué vamos a explicarle al capitán acerca de Acevedo y el Bonnie Brae. Supongo que iremos a hablar con él mientras la unidad técnica se esté encargando de esto. —Levantó la carpeta que contenía la solicitud de orden que acababa de redactar.

—Buena idea.

—¿Estás bien, Lucy?

Ella parecía cansada y descolocada, como si todas las largas horas de la pasada semana y media le hubieran pasado factura finalmente.

—Sí, bien. Solo necesito café.

—Voy al Starbucks a comprar algo para allanarme el camino con la jueza. ¿Quieres venir?

—No, gracias. Dejo mis cosas y bajo.

—A la máquina. ¿Estás segura?

—Sí, tú vete. Consigue esa orden.

—Vale, no tardaré.

Bosch llevaba un café con leche y otro solo en una bandeja de cartón para transportar tazas. No quería que el café se derramara en el atestado ascensor del tribunal. No estaba seguro de cómo tomaba el café la jueza. También llevaba una porción de bizcocho de plátano y una madalena de arándanos en una bolsa. Para que la jueza eligiera.

La jueza Barthlett estaba en el Departamento 111; el tribunal continuaba fiel a su larga tradición de referirse a las salas como departamentos. No había nadie en la sala, salvo la ayudante de la jueza, que ocupaba su lugar a la derecha del banquillo. Tenía la cabeza baja mientras trabajaba en la agenda de la mañana y no se fijó en que Bosch se acercaba.

—¿Meme?

La mujer casi saltó de su silla.

—Lo siento —dijo Bosch con rapidez—. No quería asustarla. Me preguntaba si podía entrar a ver a la jueza solo un segundo. Le he traído un café o un café con leche.

—Eh, la jueza toma té y se lo prepara ella misma —dijo Meme.

—Oh.

—Pero yo me tomaría un café con leche.

—Claro.

Bosch sacó la taza de su hueco y la dejó en el escritorio de la ayudante.

—¿Cree que querrá una madalena o un bizcocho de plátano? —preguntó.

—Está a dieta —dijo Meme.

Bosch dejó la bolsa en el escritorio sin decir una palabra más.

—Iré a ver si puede recibirlo ahora —se ofreció Meme.

—Gracias —dijo Bosch.

Un agente de la unidad técnica llamado Marshall Flowers fue asignado a la orden de *ping* de Bosch. Su trabajo consistía en establecer contacto con la compañía telefónica en cuestión e iniciar el proceso. El departamento tenía que pagar por el servicio y la unidad técnica contaba con un presupuesto. Por este motivo, el *ping* del teléfono móvil se llevaba a cabo de forma intermitente, normalmente cada media hora hasta que se determinaba que el teléfono estaba en movimiento y había que controlarlo con un intervalo más breve.

Flowers le dijo a Bosch que podría empezar a tener resultados al cabo de un par de horas y que debería volver a su sala de brigada y esperar. Cuando se determinaran las coordenadas del teléfono, se las enviarían en un mensaje de correo electrónico con un enlace a la localización en Google Maps. Bosch había dado la dirección de su compañera como contacto, porque Soto era más hábil que él en el manejo de Google Maps. Además, Bosch pensaba ir al volante cuando empezaran a seguir la pista del teléfono.

Bosch regresó a la sala de brigada y vio a Soto en su escritorio. Lucía le dijo que el capitán Crowder quería verlos en cuanto volvieran. Cuando llegaron a la oficina, encontraron al teniente Samuels esperando con el capitán.

—Bueno, vamos a ver —dijo Samuels—. Ustedes dos han viajado por todo el estado en los últimos dos días. ¿Qué resultados pueden mostrar?

Samuels era el perro de Crowder y obviamente le habían soltado la correa. El hecho de que abriera la reunión dejaba claro que Crowder había delegado en él la supervisión del equipo Bosch-Soto, porque estaba cansado de esperar resultados.

De camino a la oficina, Bosch y Soto se habían repartido responsabilidades para presentar el informe. Soto se ocuparía del Bonnie Brae y Bosch manejaría la actualización de Merced.

El capitán Crowder dijo que quería empezar con el Bonnie Brae; al fin y al cabo, era el caso más grande.

—Me ocuparé de eso —dijo Soto—. Creemos que ayer identificamos a una mujer que fue cómplice en el atraco al EZBank que ocurrió casi simultáneamente con el incendio. Como saben de nuestra última actualización, estamos trabajando sobre la

hipótesis de que el incendio fue iniciado por los atracadores como maniobra de distracción. Solo necesitamos encontrar a esa mujer.

—¿Eso es lo que estuvieron haciendo ayer? —dijo Samuels—. ¿Buscarla en el infierno y vuelta?

—Parte del día, teniente. Pero determinamos que está fuera del país y esperaremos su regreso.

Ni Samuels ni Crowder respondieron y Bosch enseguida intervino.

—A menos que quiera autorizar un viaje a Acapulco. Creemos que está en alguna parte del estado de Guerrero. En las montañas. Podríamos volar a Acapulco y contratar un guía y un *jeep*.

Bosch comprendió por la expresión del capitán que no estaba interesado en enviar un equipo de detectives en avión a Acapulco, ni aunque su destino final fuera la traicionera región montañosa de Guerrero. La mera idea de escribir eso en un informe presupuestario que sería revisado en la décima planta bastó para provocarle un sudor en la frente.

—¿Tiene programado volver pronto? —preguntó Samuels.

—Dentro de dos semanas —respondió Soto.

—Entonces creo que podemos esperar —dijo Crowder—. Ustedes dos tienen mucho que hacer entretanto. De hecho, vamos a pasar al caso Merced. ¿En qué punto estamos?

Bosch tomó las riendas a partir de ahí.

—Tenemos una operación en marcha hoy —explicó—. Hay alguien que creemos que tiene información. Ha llamado repetidamente a la línea de información de manera anónima (o eso pensaba) y ha dejado un comentario en el artículo que se publicó ayer en *La Opinión*. Hemos obtenido una orden de *ping* hace una hora y con suerte hoy la localizaremos y hablaremos con ella cara a cara.

—¿Qué cree que sabe? —preguntó Crowder.

—Bueno, al parecer piensa que el exalcalde sabe quién está detrás del disparo y que hay una tapadera —dijo Bosch.

—¿Está hablando de Armando Zeyas? —preguntó Crowder—. Suena disparatado. No me diga que esto se reduce a que ustedes dos se ponen a perseguir locos.

—Esta mujer es muy insistente —informó Bosch—. Hay suficientes motivos para que la encontremos y hablemos con ella. Es improbable, pero vale la pena verificarlo.

—¿Improbable? —dijo Samuels—. ¿Me está diciendo que después de una semana en este caso lo único que tienen es... eso? ¿Una loca que seguramente solo está inventando algo para intentar cobrar una recompensa? ¿A quién cree que está engañando, Bosch?

—Tenemos otras pistas y estamos cerca de un sospechoso —dijo Bosch con calma—, pero la investigación dicta que identifiquemos y hablemos con esta mujer. Eso es lo que...

—Está desperdiciando recursos, eso es lo que está haciendo —lo interrumpió Samuels—. ¿Quién es ese sospechoso del que nos habla por primera vez?

—Willman, el propietario del arma homicida —contestó Bosch—. Lo pone en los informes.

—Su informe dice que está muerto —dijo Samuels.

—Lo está, pero seguimos creyendo que disparó él —replicó Bosch.

—¿Por qué disparó? ¿Por quién?

—Estamos trabajando en eso —explicó Bosch—. Las otras armas de fuego que recogimos en su casa se han relacionado con otras muertes en San Diego y Las Vegas. Parece que este tipo era un sicario.

—Entonces ¿quién lo contrató para disparar en Mariachi Plaza? —preguntó Crowder.

—En eso estamos trabajando —dijo Bosch—. Estamos atando cabos sueltos y esta llamada anónima es uno de ellos.

Samuels no se aplacó. Negó con la cabeza desdeñosamente.

—Ustedes dos tienen hasta el final de la guardia del viernes —les advirtió—. O resuelven algo en este caso o pondré a un equipo que consiga resultados.

—Bien —dijo Bosch—. Es su decisión.

—Desde luego que sí —zanjó Samuels—. Ya pueden irse.

Bosch y Soto caminaron en silencio hacia su cubículo. Harry se dio cuenta de que tenía los dientes tan apretados que la mandíbula le había empezado a doler. Trató de relajarse, pero no lo consiguió. Quería dar media vuelta, regresar a la oficina del capitán y lanzar a Samuels por la ventana de cristal que había junto a la puerta. El tipo nunca había trabajado en casos. No era un detective; era un administrador que creía que la mejor manera de motivar a la gente se reducía a empequeñecer sus esfuerzos y mostrar paciencia nula con los casos difíciles. Sería justo el tipo de burócrata que Bosch no echaría de menos ni un minuto cuando dejara el trabajo.

Cuando volvieron a sus escritorios, Bosch se sentó, apoyó las palmas de las manos planas en el cartapacio y tamborileó con los dedos en la superficie. Tenía la esperanza de que así disiparía parte de la energía negativa que cargaba.

—Pensaba que no querías hablarles de las armas todavía —dijo Soto a su espalda. Bosch respondió sin volverse.

—Tenía que darles algo —explicó—. Solo para salir de allí.

Bosch miró hacia el despacho del capitán. Samuels todavía estaba allí, hablando con Crowder, gesticulando con las dos manos.

—Eh, Harry —dijo Soto—. Tenemos el primer *ping* de la unidad técnica. Bosch se volvió y se empujó en su silla hacia el escritorio. Soto había hecho clic en el enlace proporcionado en el mensaje de correo de Marshall Flowers. Se abrió una página de Google Maps, y Bosch vio que la dirección en cuestión estaba en Mulholland Drive, entre Laurel Canyon Boulevard y el paso de Cahuenga.

—Usa Street View —le dijo.

Soto pulsó con su ratón inalámbrico en la pestaña apropiada y pronto apareció en la pantalla la fotografía del rincón de una calle correspondiente a la dirección desde la que había surgido el primer *ping* del móvil de la comunicadora anónima. La imagen era de una carretera con un guardarraíl y detrás una vista panorámica de la ciudad que se extendía por debajo.

—Ahí no hay nada —dijo Soto.

Estaba a punto de manipular la imagen con el ratón cuando Bosch le puso la mano en el brazo.

—Espera —dijo—. Es la casa de Broussard.

—¿Qué? No hay ninguna casa. ¿Cómo lo sabes?

—Porque he estado allí. He pasado al lado con el coche. Es su casa. Bajas desde Mulholland. La casa está debajo y no puede verse desde la calle.

—Joder. Eso significa que el teléfono está en su casa. La llamada anónima es de su mujer. Todo este tiempo ha estado tratando de delatarlo.

Decidieron que era demasiado arriesgado ir directamente a la casa. No había forma de saber si Broussard estaría en su domicilio, y aunque no estuviera allí, la cámara de vigilancia exterior de la casa sugería que podría existir una monitorización del interior de la vivienda e incluso de los movimientos de su mujer. Bosch y Soto optaron por tomar posición en el mirador público, a una manzana de distancia. El plan consistía en esperar a que María Broussard saliera de la casa y luego acceder en el momento apropiado para preguntarle por las llamadas anónimas y por lo que sabía del disparo a Merced.

Se repartieron la vigilancia. Uno de ellos se quedaba en el coche y el otro se sentaba en uno de los bancos del mirador. Eso les proporcionaba dos ángulos de visión, delantero y trasero, sobre la propiedad de Broussard, situada a cincuenta metros de distancia. Para combatir el aburrimiento, intercambiaban los puestos cada treinta minutos, deteniéndose el tiempo suficiente para discutir el caso o cualquier otra cosa que se les ocurría en cada cambio de posición.

Durante una de esas transiciones, Bosch le habló a Soto de otra vigilancia en Mulholland Drive en la que había participado. Se trataba de un caso de casi veinte años atrás, cuando él estaba asignado a la brigada de detectives de la División de Hollywood y su compañero era Jerry Edgar. Este vestía con estilo y le gustaban los trajes a medida y los zapatos con borlas. Estaban vigilando una casa y ni siquiera estaban seguros de que el sujeto —un sospechoso en una serie de violaciones y homicidios— estuviera dentro. Hacía un frío invernal, pero dentro del coche y con las ventanillas subidas el ambiente era sofocante. Los dos detectives se habían quitado la americana. El sol empezó a caer y no se veían luces en la casa bajo vigilancia. Pasó una hora y ya era noche cerrada. Todavía no había luz detrás de ninguna de las ventanas de la casa. Frustrado, Bosch finalmente dijo que iba a descender por la ladera para tratar de echar un vistazo a la parte de atrás de la casa en busca de signos de vida. Edgar le instó a no hacerlo. Le advirtió que en la oscuridad podía resbalar y caerse con facilidad. Podía hacerse daño, por no mencionar que destrozaría la ropa. Bosch le dijo que no se preocupara y se estiró sobre el asiento para coger su americana.

Claro está, Bosch se cayó por la colina. No se hizo daño, solo algún arañazo y hematomas menores. Pero se embarró la ropa y se rasgó la costura de la americana entre la manga y el hombro. También pudo confirmar que la casa en cuestión estaba vacía.

Tras el fracaso de la vigilancia, Bosch y Edgar regresaron a la comisaría de Hollywood. Allí, bajo la severa luz fluorescente de la sala de brigada, se reveló que la chaqueta rasgada y manchada de barro que llevaba Bosch era la de Edgar.

Soto se rio tan de buena gana de la historia que no oyó a Bosch cuando este anunció:

—Coche.

Tuvo que agarrarla del brazo y decírselo otra vez.

—Está saliendo un coche —insistió, dirigiendo la espalda de Soto hacia el Ford—. Vamos.

—¿Seguro que es ella? —preguntó Soto.

—No veo al conductor. Pero es un coche de mujer.

—Ah, ¿en serio? ¿Qué hace que sea un coche de mujer?

—No lo sé. No me imagino a un tío conduciendo eso.

Se metieron en el Ford y Bosch puso el motor en marcha. El coche que había salido de la residencia de Broussard iba hacia ellos. Bosch esperó a que pasara la salida del aparcamiento y se metió en Mulholland tras él. Era un Mercedes plateado de dos plazas. Tenía las ventanillas tintadas y no había forma de confirmar quién era el conductor, y menos si se trataba de una mujer. Se dio cuenta de que su comentario sobre el coche era probablemente sexista, pero su instinto le decía que era una mujer quien iba al volante de ese coche. Ya fuera por el modelo del coche o no, tenía que confiar en su instinto.

—Tiene que ser ella —dijo.

—Más vale —deseó Soto.

No recibieron ayuda con una confirmación cuando Soto llamó al centro de mando y pidió al operador que verificara la matrícula del Mercedes. El coche estaba registrado a nombre de Broussard Concrete Design, lo cual significaba que podía conducirlo cualquiera de los Broussard.

Bosch cedió al Mercedes un poco de distancia y lo siguió al oeste por Mulholland. En el semáforo de Laurel Canyon, el Mercedes continuó recto y a Harry le asaltaron toda clase de ideas paranoides y temió que les hubieran despistado. Tal vez los habían localizado en el mirador y alguien había salido de la casa en el Mercedes a dar una vuelta sin ninguna prisa por la montaña con el objetivo de alejarlos de la vigilancia.

Sin embargo, finalmente el coche giró a la derecha y empezó a bajar por la ladera norte de la montaña en Coldwater Canyon Boulevard. El vehículo parecía dirigirse a Sherman Oaks o Van Nuys, pero de pronto hizo un giro brusco antes de Ventura Boulevard, en el aparcamiento de un supermercado Gelson's. Bosch enseguida recuperó el terreno perdido y también se metió en el aparcamiento. Clavó su atención en el Mercedes y estacionó en la fila de al lado.

Cuando la puerta del conductor del Mercedes se abrió, fue de hecho una mujer quien salió del vehículo. Era pequeña e iba vestida con pantalones plateados y un abrigo hasta las rodillas abierto sobre una blusa pálida. Tenía el pelo rubio, lo cual sorprendió a Bosch porque esperaba a una morena.

—¿Es ella? —preguntó— ¿Es rubia? ¿No tenía el pelo oscuro en la foto de la elección del alcalde?

—Sí —confirmó Soto—. También tiene el pelo oscuro en el carnet de conducir

expedido hace tres años.

Bosch abrió su puerta.

—Vamos a entrar —dijo.

Siguieron a la mujer al interior del supermercado y la observaron mientras sacaba un carrito de la compra de la fila y empezaba por el primer pasillo. Gelson's era una cadena que atraía a clientes más interesados en la calidad que en el precio. Mientras la mujer empezaba a llenar su carrito, Bosch no la vio mirar ni un precio. Eso le dio confianza de que estaban siguiendo a María Broussard. Aun así, el cabello rubio le inquietaba y no estaba seguro del motivo.

—Es teñido —susurró Soto cuando se acercaron con naturalidad a la mujer en la sección de productos.

—¿Cómo lo sabes? —le respondió Bosch en otro susurro.

Ella le mostró su teléfono. En la pantalla había una fotografía que Soto había buscado en Google de Charles y María Broussard. Se los veía abrazándose para la cámara. María tenía el cabello castaño oscuro.

Soto pasó a la siguiente imagen y la pantalla mostró a la misma mujer con el pelo rubio.

—Se lo ha teñido —informó ella—. A juzgar por estas fechas diría que el año pasado.

—Bien —dijo Bosch—. Vamos a hablar con ella.

Se acercaron a ella desde los dos lados de un exhibidor de plátanos.

—¿Señora Broussard? —preguntó Bosch.

La mujer levantó la cabeza del manojito de plátanos que estaba considerando. La sonrisa se le congeló al ver el rostro de un extraño y desapareció del todo al ver la placa que sostenía.

—¿Sí? —dijo—. ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

—Queremos hablar con usted de su marido y de las llamadas que usted ha estado haciendo.

—No sé qué quiere decir. Mi marido está bien. Estaba con él en casa hace quince minutos.

—Estamos hablando de las llamadas anónimas a la policía desde su casa —dijo Soto.

María Broussard se dio la vuelta sin darse cuenta de que Soto estaba tras ella.

—Eso es una locura —dijo, con la voz atezada por el pánico—. Nunca he hecho una llamada a la policía, ni anónima ni no anónima. ¿Llamadas sobre qué?

Bosch la estudió un momento, tratando de interpretarla. Algo no encajaba.

—De la muerte de Orlando Merced —dijo.

Vio que algo destellaba en sus ojos. Una especie de reconocimiento, pero no estaba seguro de si era por el nombre o por otra cosa.

—No se me acerquen —dijo.

Cogió su bolso del carro de la compra y pasó entre Bosch y Soto para alejarse.

Caminó con la máxima rapidez que le permitían sus tacones.

Soto arrancó tras ella.

—Señora Broussard...

Bosch la agarró del brazo.

—Espera —dijo—. Algo no va bien. Era...

No terminó. Sacó su teléfono y fue a la lista de llamadas recientes. Pulsó el número que había usado esa mañana para contactar con la unidad técnica. Preguntó por Marshall Flowers y empezó a dirigirse hacia la salida del supermercado.

—Vamos —apremió a Soto.

—¿Adónde? —dijo ella—. ¿Qué estamos haciendo?

Flowers atendió la llamada.

—Marshall —dijo Bosch con urgencia—. Necesito que hagas otro *ping* del teléfono ahora.

Flowers parecía confundido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Localiza el teléfono. Ahora.

—Lo hemos localizado hace veinte minutos. No se ha movido en toda la mañana, detective.

—Hazlo otra vez y llámame. Ahora.

Colgó antes de que Flowers pudiera protestar. Salieron del supermercado y Bosch vio que María Broussard caminaba a grandes zancadas hacia su coche. Estaba al teléfono.

—La hemos cagado —dijo Bosch.

Empezó a caminar y luego echó a correr hacia el Ford. Soto lo persiguió, llamándolo por encima del techo del coche al llegar allí.

—Harry, ¿de qué estás hablando?

—La mujer que vi tenía el pelo oscuro. Sube.

Bosch salió a Ventura Boulevard y pisó el acelerador. No iba a volver a la casa de Broussard por donde había venido. Era un camino demasiado lento y no creía que Mulholland fuera la mejor opción. Bajó las luces rojas del parabrisas, pero reservó la sirena para cuando la necesitara en los cruces.

—Harry, ¿qué mujer? —preguntó Soto—. Dime qué está pasando.

—Espera —espetó Bosch.

Tenía el teléfono en la mano y había llamado a Flowers otra vez. Aguardó mientras la línea sonaba repetidamente y la llamada fue finalmente contestada.

—Flowers, dime.

—Acabamos de localizarlo. Ningún cambio, detective. Las coordenadas siguen siendo las mismas.

Bosch colgó y dejó caer el teléfono en la consola central. Estaba enfadado

consigo mismo. Miró a Soto, pero solo un momento. Ya iba a noventa por hora en la atestada Ventura Boulevard y necesitaba concentrarse en el camino.

—Debería haber dicho que yo la he cagado. No has sido tú, Lucy, he sido yo.

—Harry, ¿qué diablos pasa? ¿De qué estás hablando?

—La otra noche estaba en el mirador de Mulholland. Estaba vigilando la casa de Broussard.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quería tomarle la medida, echarle un vistazo.

—Vale. ¿Qué ocurrió?

—No ocurrió nada. Pero las luces estaban encendidas y vi la casa. Tenía mis prismáticos. Vi a una mujer en la cocina. Estaba vaciando el lavavajillas. Y tenía el pelo oscuro, no rubio. No... no lo he recordado hasta que hemos estado en el supermercado.

—No... ¿Quién era?

—Era la asistente. Nuestra anónima es la asistente, no la mujer, y ahora Broussard lo sabe. Su mujer acaba de llamarlo.

Soto no respondió al principio mientras seguía el mismo camino y al final llegaba a la misma conclusión que Bosch.

—Mierda —dijo.

—Sí —dijo Bosch—. Mira a la derecha en el cruce.

Puso la sirena al acercarse a un semáforo en el cruce con Laurel Canyon Boulevard. Bosch miró a la izquierda y Soto a la derecha.

—¡Pasa! —gritó Soto.

Bosch aceleró sin mirar, confiando en su compañera. Vio que no venía nadie por la izquierda y pasó el cruce incólume.

—Vale, ¿llevas tu iPad? —preguntó.

—Sí, en el bolso —dijo Soto—. ¿Qué necesitas?

—Busca un mapa que muestre la casa de Broussard.

Ella sacó el iPad del bolso.

—¿Qué estoy buscando?

—En lo alto de Mulholland, es una fortaleza, una cámara acorazada de hormigón. Pero abajo hay una piscina.

—Sí, la he visto antes.

—Tiene que haber un acceso desde abajo. Encuentra el sitio por donde entra el que cuida la piscina. ¿Qué calle hay allí?

—Entendido.

Soto se puso a trabajar en ello y Bosch se concentró en conducir. Ventura Boulevard era una calle de cuatro carriles. Tenía espacio para maniobrar y mantener la velocidad.

—Vale —gritó Soto—. A la derecha en Vineland. Nos llevará arriba.

Treinta segundos después llegaron a Vineland. Bosch giró a la derecha y se

encontraron en una empinada calle de dos carriles que recorría una zona residencial. Curvas sinuosas y vehículos estacionados en la calle la hacían estrecha y traicionera a la velocidad que llevaba Bosch. Por suerte, había pocos coches más en movimiento con los que chocar.

—Vale, ¿cuál es el siguiente giro? —preguntó.

—Wrightwood Drive a la derecha —dijo Soto—. Luego a la izquierda en Wrightwood Lane. Eso nos dejará justo debajo de la casa. El acceso tiene que estar ahí.

Bosch hizo el primer giro y luego casi de inmediato el segundo.

—Aquí —dijo Soto.

—Bien.

Estaban circulando en paralelo y por debajo de Mulholland. Bosch se inclinó hacia delante para mirar a través del parabrisas. El ángulo era malo.

—Mira arriba —le pidió a Soto—. ¿Ves la casa?

Soto bajó la ventanilla y se asomó a mirar.

—No, no, espera, sí, estamos llegando —anunció Soto—. ¡Ahí arriba!

Había una urgencia de pánico en su voz. No quería equivocarse en el camino que ella había marcado. Bosch aparcó en un largo callejón de cemento que se abría en la pendiente entre dos residencias. Al fondo había una verja de hierro, detrás de la cual Bosch vio tres contenedores de basura del ayuntamiento contra la pared de la derecha. Azul para reciclables, verde para restos de jardín y negro para basura no reciclable: al estilo de Los Ángeles. Detrás de los contenedores, el espacio quedaba sumido en la oscuridad. La verja estaba cerrada con una cadena. Fijada encima de ella en la pared de cemento había una cámara igual que la que Bosch había visto en la casa de Broussard desde Mulholland Drive.

—Es aquí —dijo—. La cadena tiene un candado en la parte de dentro. Tiene que haber una entrada trasera a la casa.

—¿Qué hacemos? —preguntó Soto.

—Puedo romper esa cadena con la llave de ruedas —dijo Bosch.

—Hay una cámara.

—Confiemos en que no esté mirando. Vamos.

Después de sacar la llave del maletero del coche, Bosch rápidamente se acercó a la verja y colocó la herramienta larga en uno de los eslabones de la cadena. Estaba a punto de empezar a hacer presión en la cadena cuando miró a Soto. Eso era nuevo territorio para ella.

—Considero que las circunstancias lo exigen —dijo—. Hemos de entrar.

Estaba preparando la base legal para entrar en la propiedad de un sospechoso en una investigación de homicidio. La amenaza de peligro inminente a un individuo creaba las circunstancias que les permitían actuar y entrar sin orden judicial.

—Sí —dijo Soto—. Por supuesto. Amenaza inminente a la vida. Nuestra testigo está ahí y tenemos una buena razón para creer que el sospechoso lo sabe.

Bosch asintió.

—Vale, prepárate.

—¿Para qué?

—Para cualquier cosa.

La cadena no fue ningún obstáculo. Bosch abrió con facilidad uno de los eslabones y entraron. Él y Soto rodearon los contenedores de basura y recorrieron el espacio de almacenaje hasta una puerta de acero situada en la parte de atrás. Bosch agarró el picaporte y descubrió que la puerta no estaba cerrada con llave. Volvió a mirar a Soto y susurró:

—¿Lista?

—Lista.

Bosch sacó el arma de su cartuchera y la sostuvo pegada al muslo. Soto hizo lo mismo con la suya. Bosch abrió la puerta y salieron a la terraza que rodeaba la piscina en forma de riñón que Harry había visto desde el mirador cercano. No había nadie allí, pero vio un vaso que contenía una bebida con hielo en una mesa al lado de una *chaise longue* y un cenicero junto con un paquete de cigarrillos y un mechero desechable.

No se podía acceder a la vivienda desde ese nivel. Una escalera de hormigón conducía a la primera de tres terrazas escalonadas construidas en la empinada ladera. Bosch levantó la mirada y no vio a nadie en ninguna de las terrazas. Señaló con el arma hacia la escalera y se movieron en esa dirección.

Había una mesa con una sombrilla en la primera terraza, así como una fila de puertas cristaleras y otra escalera exterior que conducía al siguiente nivel. Las cortinas estaban abiertas detrás de las puertas, y Bosch vio un espacioso dormitorio que parecía vacío. Avanzó por la línea de puertas, comprobando los picaportes hasta que encontró una puerta que no estaba cerrada con llave. La abrió, casi esperando que sonara una alarma.

Pero no saltó ninguna alarma. Solo se oyó el sonido de voces procedentes del interior de la casa.

Bosch entró, seguido por Soto. Al avanzar por la habitación, las voces se hicieron más altas, una de ellas en tono enfadado. Pero Bosch no entendió lo que se estaba diciendo. El diseño de hormigón inacabado del exterior de la casa continuaba en el interior de la vivienda, donde las paredes sin enlucir creaban una corriente de ecos que dificultaba comprender las palabras. Lo único que Bosch sabía era que un hombre estaba gritando a una mujer, y la mujer apenas podía decir nada en su defensa.

Cruzaron con rapidez el dormitorio y salieron a un pasillo que conducía a otro dormitorio, un ascensor y una escalera. Las voces procedían de arriba, de manera que Bosch siguió subiendo, con Soto a la zaga. La escalera llevaba al nivel medio de la casa, donde había un pasillo con tres puertas. Las voces procedían de una sala con una puerta abierta y allí las palabras eran más claras.

—¿Qué les dijiste? —atronó la voz del hombre.

—No —repuso la mujer—. Yo no...

Sonó el ruido de carne golpeando carne. Más un bofetón que un puñetazo. Bosch echó a correr y entró en la habitación con la pistola levantada y por delante.

Una mujer de cabello oscuro tenía una mano en la cara mientras que usaba la otra para agarrarse a un escritorio y tratar de levantarse. No llevaba uniforme, solo un delantal atado a la cintura. Un hombre situado de espaldas a la puerta se alzaba sobre ella, amenazándola. Daba la impresión de que su tamaño era el doble que el de la mujer. Unos tirantes cruzaban su ancha espalda. Era Broussard. Cuando la mujer se puso en pie, él alzó la mano derecha para golpearla otra vez. Bosch vio su mano envuelta en torno a un objeto negro.

—Por favor —rogó ella.

—¡Dímelo! —gruñó.

—¡Policía! —gritó Bosch—. ¡Alto!

De repente, dos disparos resonaron ruidosamente en las paredes de hormigón y en todas direcciones. Las balas impactaron a Broussard en el centro de su masa corporal, justo por encima de la Y formada por sus tirantes. Por un instante, Broussard arqueó la espalda por el impacto. Pero entonces su brazo cayó como si fuera un peso muerto y se desplomó como un fardo en el suelo. Bosch sabía que tenía la columna destrozada, toda la infraestructura corporal se derrumbó en un instante. El objeto que había estado sosteniendo había caído al suelo al lado de él. Era una grapadora que había cogido del escritorio en su ataque de rabia.

Bosch miró su arma, preguntándose si había disparado sin darse cuenta. Entonces se volvió hacia Soto, que sostenía su pistola en posición de disparo con ambas manos, con el dedo en el gatillo. Ella había disparado.

La atención de Bosch se vio entonces atraída otra vez hacia el escritorio por el grito de la mujer. Al mirar a Broussard, la asistente se llevó las manos a la cara y soltó un sonido que empezó bajo y profundo en la garganta y luego se elevó en un grito agudo.

—¡Lucy! —gritó Bosch—. Enfunda y llévatela de aquí.

Soto pasó junto a Bosch mientras enfundaba el arma y luego rodeó a Broussard. Sujetó a la mujer con suavidad por el brazo y el hombro y la acompañó más allá de Bosch y luego fuera del dormitorio. Bosch no apartó los ojos de Broussard.

—Ponla a salvo y luego prepárate para la mujer —dijo—. Llegará en cualquier momento.

—Entendido —dijo Soto.

Bosch se adelantó y se agachó al lado de Broussard. Sus ojos estaban abiertos y moviéndose.

Bosch enfundó su propia arma y se agachó.

—Broussard, escúcheme —dijo—. No hay mucho tiempo. No va a salvarse. ¿Quiere hacer una declaración antes de morir? ¿Hay algo que quiera decirme?

Broussard abrió la boca, pero no dijo nada. Solo pestañeó. Bosch esperó un momento y luego lo intentó otra vez.

—Ordenó a Willman que disparara a Merced, ¿no? Y luego mató a Willman. Reconózcalo, Broussard. Es el final. Limpie su conciencia y muera en paz.

La boca de Broussard empezó a moverse y Bosch oyó el aire que salía de sus pulmones. Se estaban cerrando. Bosch se acercó más y oyó un susurro.

—A tomar por culo.

Bosch se echó atrás, miró a Broussard y lo intentó una vez más.

—Zeyas lo sabía, ¿no? Su asistenta se lo dijo. Pensaba que recibiría la recompensa. Solo que Zeyas usó la información para chantajearlo. Solo asienta si tengo razón.

La cara de Broussard parecía como si estuviera formando una sonrisa. Luego empezó a susurrar otra vez. Bosch se inclinó más cerca y acercó la oreja al hombre moribundo.

—No tiene ni puta idea. Quie...

Bosch esperó y no se movió, pero no oyó nada más. Finalmente volvió la cabeza para observar a Broussard y vio que tenía la mirada fija. Broussard estaba muerto.

Bosch empezó a levantarse. Echó un vistazo a la habitación y se dio cuenta por las fotos de las paredes en las que Broussard aparecía con diversos políticos y celebridades que era su despacho. Se acercó al escritorio y miró su contenido. Vio un iPhone encima de algunos papeles. Sacó un guante de goma de uno de los bolsillos de la chaqueta y lo conectó.

El teléfono no estaba protegido por contraseña. Fue a la lista de llamadas recientes y vio que Broussard había recibido una llamada de un contacto que simplemente decía María solo quince minutos antes. Como Bosch había adivinado, la mujer de Broussard lo había llamado después del encuentro con Bosch y Soto en el supermercado. Ese error había puesto todo en movimiento. Broussard se había enfrentado a la asistenta en un intento de descubrir qué sabía y con quién había hablado.

Bosch y Soto habían hecho el resto. Centrarse equivocadamente en la mujer en lugar de en la asistenta les había costado la posibilidad de detener a Broussard y posiblemente obtener una confesión suya que revelara la implicación de Zeyas.

Bosch dejó el teléfono en el escritorio, salió de espaldas del despacho y cerró la puerta. Sabía que tenía que llamar para comunicar lo ocurrido, pero quería esperar.

—¿Lucy?

—Aquí.

Su voz procedía de otra de las habitaciones del nivel medio. Bosch abrió primero una puerta a un cuarto de baño y luego una que conducía a una sala de cine casero con dos filas de asientos mullidos. Soto estaba de pie delante de la asistenta, que se había sentado en la primera fila. Soto se apartó e hizo una seña a Bosch para que saliera al pasillo.

—Alicia, quédate aquí —sugirió Soto—. Estaré en el pasillo.

Soto cerró la puerta para poder hablar en privado. Soto lo miró ansiosamente.

—¿Está muerto? —preguntó ella.

Bosch asintió. La cara de Soto se puso blanca.

—No te preocupes —dijo—. Fue un tiro justificado. Estaba a punto de golpearla. Hiciste lo que tenías que hacer, Lucía. ¿Estás bien?

—¿Qué era? ¿Qué llevaba en la mano?

—Una grapadora.

—¿Una grapadora? Oh, joder...

—No importa lo que fuera. Iba a golpearla y podría haberla matado con eso. ¿Estás bien?

—Eso creo —contestó ella—. Ha sido tan rápido. No como la última vez.

—Tranquila. ¿Y la asistenta? ¿Cómo está?

—Se llama Alicia Navarro. Reconoce que es nuestra comunicante anónima. Dice que Broussard ha recibido una llamada, que sabemos que probablemente era de su mujer, y se ha enfurecido. Ha empezado a empujarla y a pegarle y quería saber con quién había hablado.

—¿Ha dicho que temía por su vida?

—Desde luego.

—Bien. ¿Le has preguntado por el alcalde, por Zeyas?

—Estaba empezando. Pero ha dicho que nunca habló con él ni lo vio. Dice que fue Spivak. Hace diez años habló con Spivak sobre la recompensa. Dice que estando en la casa oyó a Broussard y su amigo Willman hablar del disparo en Mariachi Plaza. Así fue como supo que era él. Se confundió cuando Zeyas ofreció la recompensa, e intentó llamarlo a él en lugar de a la policía. La llamada de alguna manera le llegó a Spivak. Alicia dice que él tomó nota de la información, pero nunca hubo ninguna recompensa. Spivak luego la amenazó. Le dijo que estaría en peligro si hablaba. Que, si decía una palabra, haría que deportaran a todos sus familiares.

—Ese cerdo —dijo Bosch—. Se lo guardó, porque no le interesaba que la policía resolviera el caso. Necesitaba que Merced fuera la víctima perfecta. Tullido por un disparo en una parte de la ciudad que a la policía no le importaba. No habría funcionado si hubiéramos resuelto el caso.

—No solo eso, sino que estaba el dinero. Spivak sabía que podría exprimir a Broussard eternamente.

—En todas las elecciones, probablemente, cada año.

—¿Qué hacemos con esto?

—Graba su declaración. Hemos...

—Ya la tengo. He grabado todo en mi teléfono. Desde que llegamos aquí.

Ella buscó en el bolsillo delantero de su bolso y sacó el teléfono por el borde.

—¿Tienes el disparo? —preguntó Bosch.

—Sí.

Bosch no sabía si eso era bueno o malo. Tendría que pensarlo. Pero tenía problemas más acuciantes en ese momento. Acababa de oír una puerta cerrándose

arriba. Alguien con tacones estaba cruzando el suelo en la planta de encima de ellos. Los ojos de Soto se dirigieron al techo. Bosch susurró.

—Vuelve a entrar y quédate con Alicia. Subiré a ver a María. Una vez que esté todo controlado hemos de llamar al equipo de tiroteos.

—Vale.

—Tendrás que quedarte con ellos. En cuanto pueda, me iré.

—¿Adónde vas?

Antes de que pudiera responder, se oyó una voz del piso de arriba.

—¿Brouss? ¿Estás ahí? ¿Alicia?

Bosch se volvió y se dirigió a la escalera. Antes de que llegara arriba, María Broussard apareció en el descansillo, lo vio y gritó.

—¿Qué está haciendo aquí? ¿Dónde está mi marido?

Bosch se apresuró a subir los peldaños que quedaban, levantando las manos en un gesto de calma. Entonces puso las manos en los hombros de la mujer y trató de alejarla de la escalera. La mujer pugnó por zafarse.

—¡No me toque! ¿Dónde está Charles? Brouss, ¿qué han hecho?

Bosch logró controlarla arrinconándola contra la pared cuando ella trató de pasar a su lado y hacia la escalera. Se inclinó hacia ella y pensó en esposarla aunque solo fuera para controlarla, pero descartó la idea.

—Señora Broussard, tiene que calmarse.

—No, no me calmaré hasta que vea a mi marido. ¡Brouss!

La mujer intentó una vez más pasar a su lado, pero Bosch la sujetó contra la pared. Tragó aire y le susurró al oído:

—Lo siento, señora Broussard, pero su marido está muerto.

Por segunda vez en diez minutos un grito desgarrador resonó en la casa.

Bosch notó que el cuerpo de María Broussard se derrumbaba. Se apartó de la pared y casi tuvo que cargar con ella hasta el sofá del salón. Una vez que la señora Broussard estuvo a salvo y sentada, Bosch sacó su teléfono para empezar a hacer las llamadas.

El comité preliminar de Zeyas para gobernador estaba en el proceso de abrir nuevas oficinas en Olvera Street, cerca de Avila Adobe, la residencia más antigua que quedaba en pie en Los Ángeles. Iban a buscar la metáfora fácil de empezar la campaña en el mismo lugar donde se había fundado la ciudad. Otro nuevo inicio —no solo para Los Ángeles, sino para todo el mundo en California— estaba en pie. La entrada al cuartel general era una colmena de actividad mientras se colocaban escritorios y se instalaban bancos de teléfonos. Voluntarios que trabajaban para el hombre que aspiraba a gobernador se desplazaban por la *suite* de tres habitaciones bajo la dirección de una encargada que llevaba un lápiz detrás de la oreja. Bosch entró en el salón y preguntó a la señora del lápiz si Connor Spivak se encontraba por allí. La mujer estudió a Bosch y a los dos hombres que estaban con él en ese momento, y decidió no preguntarles el motivo de su visita.

—Connor —llamó—. Visitantes.

Se oyó la respuesta del jefe de campaña.

—Estoy aquí atrás.

La mujer se sacó el lápiz de detrás de la oreja y señaló a una de las puertas que se alineaban en la parte posterior de la sala principal. Bosch se dirigió hacia allí y entró en una sala más pequeña con un escritorio que ya estaba instalado. Spivak estaba cómodamente sentado detrás de esa mesa. En la pared de detrás había un duplicado del cartel «Todo el mundo cuenta» que Bosch se había llevado del Beverly Hilton esa misma semana. El último hombre en entrar detrás de Bosch cerró la puerta.

—Detective Bosch, qué sorpresa —dijo Spivak.

—¿Lo es? —preguntó Bosch.

—Sí, pero agradable. ¿Quién viene con usted? ¿Dos de los mejores de Los Ángeles?

Bosch se volvió a izquierda y derecha para presentar a los detectives Rodríguez y Rojas.

—Puede que los recuerde —dijo—. Fueron los investigadores originales del caso Merced.

—Ah, sí, creo que sí —dijo Spivak—. Caballeros, ¿tienen una actualización del caso que pueda compartir con el alcalde?

Bosch asintió.

—La actualización es que va a necesitar encontrar una financiación alternativa para la campaña.

Spivak parecía confundido.

—¿Ah, sí? —dijo—. ¿Por qué?

—Porque Charles Broussard ha extendido su último cheque —dijo Bosch.

La confusión se convirtió en escepticismo.

—No estoy seguro de qué quiere decir, pero...

—Quiero decir que está muerto.

Bosch hizo una pausa para observar la reacción, pero Spivak consiguió mantenerse inexpresivo. Bosch entonces dio la siguiente noticia que garantizaba cambiar eso.

—Y, además de financiación alternativa, el alcalde va a necesitar encontrar un nuevo jefe de campaña. Está detenido, Spivak. Cómplice de homicidio.

Spivak se echó a reír y luego se detuvo abruptamente.

—Esa es buena, detective —dijo.

Bosch no estaba riendo.

—Levántese, por favor —le pidió.

—¿Qué cojones? —protestó Spivak—. ¿Habla en serio?

—Completamente. Levántese.

—No puede ser. ¿Me está deteniendo... sobre qué base?

—Sobre la base de que hace diez años una empleada de Charles Broussard le dijo que había oído a Broussard y a un hombre llamado David Willman discutiendo del disparo a Orlando Merced, que Willman llevó a cabo a petición de Broussard.

Bosch hizo un gesto a los hombres que estaban de pie a su lado.

—En lugar de transmitir esa información a los detectives que investigaban el disparo a Merced, se la guardó para usted y la usó para coaccionar a Broussard a donar generosa y repetidamente en las campañas de Armando Zeyas.

Spivak rio ruidosamente otra vez, pero se percibió un punto de nerviosismo.

—Esto es una locura —dijo—. Es una locura. Pero, aunque fuera cierto, no puede acusarme por cómplice. Aunque no soy abogado, hasta yo lo sé. Se reirán de eso en el tribunal.

—Tal vez —reconoció Bosch—. Si me estuviera refiriendo al caso Merced. Pero no me refiero a eso. Usted tenía información que podría haber conducido a la detención de Broussard y Willman. Si eso hubiera ocurrido entonces, Willman no habría estado libre para matar a un ama de casa de treinta y ocho años de San Diego siete meses después del disparo a Merced. Ayudó a facilitar ese asesinato por encargo, y por eso está detenido por complicidad de asesinato. Ahora, levántese, no se lo pediré otra vez.

Bosch empezó a rodear el escritorio por un lado mientras Rodríguez llegaba desde el otro. Spivak se puso en pie con rapidez y levantó las manos como si pudiera repeler este problema. Cada detective lo agarró de un lado y bruscamente le colocaron los dos brazos a la espalda. Bosch hizo una seña con la cabeza a Rodríguez, y este procedió a esposarlo mientras Rojas sacaba una tarjeta de derechos de su bolsillo del abrigo y empezaba a leerle a Spivak la advertencia Miranda.

—¿Entiende estos derechos que acabo de leerle? —preguntó Rojas a modo de conclusión.

Spivak no respondió. Parecía haberse sumido en una ensoñación mientras consideraba su situación.

—¿Los entiende? —ladró Rojas.

—Sí, los entiendo —contestó Spivak—. Mire, Bosch, vamos. Podemos arreglar algo aquí.

—No lo sé —dijo Bosch—. ¿Podemos?

—Quiero decir, no es a mí al que busca en realidad.

—No lo sé. A mí me parece que sí. Broussard está muerto. Willman está muerto. Queda usted.

Spivak paseó la mirada por la sala, pasando de Bosch a Rodríguez y Rojas y luego otra vez a Bosch.

—Puedo darle a Zeyas —dijo a la desesperada—. Lo sabía. Lo sabía todo y lo aprobó.

—¿Tiene pruebas de eso o solo charla? —preguntó Rojas.

—Tengo mensajes de correo y memorandos —reconoció Spivak con rapidez—. Lo escribí todo por si acaso.

—¿Y grabaciones? —preguntó Rodríguez—. ¿Lo tiene en cinta?

—No, pero podría conseguirlo. Puedo llevar un micrófono. Me envían y le digo que Broussard está muerto y que tenemos un problema de exposición. Lo grabaré en audio, vídeo, lo que quieran. Ahora mismo está en su casa de Hancock Park, acabo de hablar con él. Podemos hacer esto antes de que salte a las noticias. ¿Qué me dicen? Es a él al que quieren y no a mí.

Bosch hizo una seña a Rodríguez y este dio un paso para quitar las esposas de las muñecas de Spivak. Las cosas estaban yendo como él había esperado y deseado. La detención era un farol. Spivak desde luego había cometido crímenes morales, pero juzgarlo como cómplice de asesinato suponía un salto legal enorme. De hecho, el objetivo de Bosch había sido lograr su cooperación.

Una vez que retiraron las esposas a Spivak, Bosch le puso una mano en el hombro y suavemente lo empujó para que volviera a sentarse. Bosch se acomodó como si tal cosa en el borde del escritorio y lo miró desde arriba.

—Vamos a darle una oportunidad con esto.

—No la cagaré —garantizó Spivak—. Lo prometo.

—Si lo hace volveremos a cargárselo a usted. ¿Entiende?

—Lo prometo. Puedo entregarlo.

—Lo que vamos a hacer es salir de aquí como si le hubiéramos hecho una visita agradable. Nadie aquí tiene que sospechar nada. Iremos al aparcamiento de delante de Union Station y lo esperaremos allí. Le doy quince minutos para contarle a sus subordinados que tiene que ir a ver al candidato y luego viene a vernos. Si no aparece, mejor que tenga un avión preparado y lleno de combustible. Porque iremos a buscarlo.

—Lo sé. Estaré allí, estaré allí. Lo prometo.

—Bien. Vamos a llevarlo a la oficina del fiscal, donde tenemos a un tipo esperando para estructurar el trato y darle los parámetros de lo que esperamos y lo

que tiene que conseguir.

—¿Quiere decir que lo sabía? ¿Sabía que haría el trato?

—Digamos que teníamos un plan. Empiezas con el pez pequeño si quieres el grande. ¿Todavía está de acuerdo, Spivak?

—Sí, vamos a hacerlo.

—Quince minutos, pues. No se retrase.

Bosch se levantó del escritorio y miró por encima de la cabeza de Spivak. Lo rodeó y arrancó el cartel de la pared. Lo dejó desgarrado en el suelo.

Era viernes, dos semanas después de la muerte de Broussard, y Bosch esperó hasta mediodía para acercarse a Lucy Soto en el nuevo escritorio de esta. Los viernes, la sala de brigada estaba medio vacía debido a que se podía optar por la semana laboral de cuatro jornadas de diez horas. El resto de los detectives habían salido a comer. Soto estaba confinada a trabajo de escritorio en espera del resultado de la investigación de agentes implicados en tiroteos y la evaluación psicológica. Había sido asignada al escritorio de delante de la oficina del capitán hasta que recibiera la orden de regreso al servicio. Su trabajo consistía en responder la línea de atención ciudadana. Holcomb había vuelto a trabajar con su compañero.

—Bueno —dijo Bosch—. ¿Qué me cuentas?

—La doctora Hinojos me ha dado el visto bueno para volver al servicio después de la evaluación psicológica de ayer —dijo ella—. Todavía no sé nada de AIT, pero el capitán dijo que puedo volver a mi puesto el lunes. Creo que no le gusta que esté tan cerca de él y oiga cosas.

Bosch asintió. Le gustaba que se hubiera referido al equipo de Agentes Implicados en Tiroteos en lugar de usar las siglas de la nueva unidad, DIF, División de Investigación de la Fuerza. Eso mostraba la lealtad de Soto a la vieja escuela.

—Bien —dijo Bosch—. No deberías tener ningún problema con AIT. Solo tardan una eternidad por la burocracia.

—No lo sé —replicó Soto—. Dos incidentes en menos de un año... Podrían pensar que hay alguna clase de patrón.

Bosch torció el gesto.

—Hace veinticinco años te habrían dado una medalla y un ascenso por un patrón así —dijo.

—Los tiempos cambian, Harry —matizó ella.

Bosch asintió y decidió que era el momento de cambiar de tema, aunque la siguiente parte de la conversación iba a resultar incómoda.

—Bueno... Tengo noticias de la hermana Esther —dijo.

—¿Qué? —exclamó Soto sin poder ocultar su excitación—. ¿Ha vuelto al convento?

Bosch negó con la cabeza.

—Eh, no. Y no va a volver. Hablé ayer con la hermana Geraldine. Dijo que la mataron en México.

—¿Qué? ¡Oh, Dios mío!

—Me contó que los narcos entraron en el pueblo donde estaba y se la llevaron, diciendo que era informadora de la policía judicial. Le hicieron cosas y luego la mataron, la dejaron en una cuneta para que la encontraran.

Soto rodó hacia atrás en su silla y se quedó con la mirada perdida mientras consideraba el destino de Ana Acevedo alias hermana Esther González.

—No puedo creerlo —dijo por fin.

—Bueno, yo tampoco estoy seguro de creerlo —convino Bosch—. Al menos todavía no. Por eso voy a ir allí. A Calexico. Se supone que hoy repatrian el cuerpo para enterrarlo en un cementerio detrás del convento. Iré a comprobarlo para asegurarme, y la hermana Geraldine dijo que me dejaría echar un vistazo a la habitación de la hermana Esther y sus pertenencias. Quería saber si estás interesada en venir conmigo.

—Harry, estoy en esta mesa. El capitán no va a dejarme...

—Por eso iré mañana. Supongo que el sábado es tu día libre. El capitán no puede decirte qué has de hacer. La entierran el domingo. Así que es mañana o nunca.

Soto estaba asintiendo antes de que él terminara.

—Voy —dijo.

—Bien —dijo Bosch—. Quiero salir pronto.

—No me importa madrugar.

Bosch sonrió y asintió.

—Lo sé. Encontrémonos a las siete.

Soto tenía otra vez esa mirada perdida.

—¿Qué? —preguntó Bosch.

—Solo estaba pensando —dijo—. ¿Crees que la hermana Geraldine le dijo que habíamos estado en el convento preguntando por ella?

—Sí —dijo Bosch—. Se lo pregunté y dijo que le contó a la hermana Esther que habíamos estado allí y queríamos hablar con ella. Finalmente, la hermana Geraldine tuvo noticias tuyas al cabo de unos días y fue cuando se lo contó.

—Ya —dijo Soto—. Entonces ¿crees que ella...?

Soto no terminó, pero Bosch sabía lo que estaba pensando y lo que estaba a punto de preguntar. ¿La hermana Esther podía haber informado sobre alguien, porque sabía que se correría la voz a los narcos y habría consecuencias rápidas y seguras, aunque fuera una monja en una misión en la región?

—Sí —dijo Bosch—. Es exactamente lo que creo.

Llegaron al convento de las Hermanas de la Sagrada Promesa el sábado a mediodía. Fueron directamente desde la funeraria del centro de Calexico, donde hicieron una primera parada para ver el cadáver de la hermana Esther y confirmar tanto su muerte como su identificación. Bosch había pedido prestado un lector de huellas dactilares a Flowers de la unidad técnica. Lo usó para tomar la huella dactilar del pulgar derecho del cadáver y enviarla a la base de datos de Tráfico, donde se certificó que coincidía con la huella tomada a Ana María Acevedo cuando había solicitado el carnet en 1992, el último documento que había tenido antes de desaparecer.

La hermana Theresa los recibió en la puerta del convento y los invitó a pasar. La hermana Geraldine le había pedido que esperara a los detectives de Los Ángeles y les

diera acceso a la habitación de la hermana Esther. La joven monja los condujo a un tramo de escalera y luego por un largo pasillo que parecía una residencia de estudiantes, salvo por toda la iconografía religiosa y citas de la Biblia en tablones de anuncios situados entre las puertas.

—¿Se quedarán a la misa funeral de mañana? —preguntó la hermana Theresa.

—No, estaremos solo hoy —dijo Bosch.

—Oh, es una lástima. Será muy especial. La hermana Esi va a la casa del Señor.

Bosch se limitó a asentir. No sabía qué decir.

La hermana Theresa se detuvo ante la última puerta del lado derecho del pasillo. Había diversas estampillas en la ranura de la puerta y ella las retiró antes de abrir. La habitación no estaba cerrada con llave.

—Es pequeño —dijo ella—. Así que estoy segura de que no necesitarán que esté aquí ocupando espacio.

—Creo que no hará falta —dijo Bosch—. No tardaremos mucho.

La hermana Theresa miró al pasillo como para confirmar que estaban solos y la hermana Geraldine no estaba observando.

—¿Puedo preguntarles algo? —dijo—. ¿Qué están buscando? ¿Qué creen que hizo la hermana Esi? No creo que haya conocido a nadie tan bueno como ella.

Bosch pensó un momento. No creía que hubiera ninguna necesidad de manchar la visión y los sentimientos de nadie respecto a otro ser humano, sobre todo si ese ser humano estaba muerto. Además, probablemente lo descubriría pronto, cuando la historia llegara a los medios.

—Solo estamos tratando de confirmar si era una mujer que desapareció hace mucho tiempo en Los Ángeles —dijo.

—Ah, bien —dijo la hermana Theresa—. Tenía miedo de que fuera algo malo y que no pudiéramos celebrar su unión con Jesús mañana. ¿Han visto lo que pondremos en la lápida?

—No, ¿qué pondrán?

—Bueno, lo escribió ella. Lo dejó en las instrucciones para su funeral. Dirá: «Hermana Esther González, encontró la redención por los niños con los niños». ¿No es hermoso?

Bosch asintió.

—Redención por los niños con los niños —repitió.

—Sí —dijo la hermana Theresa—. Lo escribió hace mucho tiempo. Sus instrucciones finales se encontraron en esa caja vieja que está sobre la cama.

Señaló a través del umbral a la habitación.

—Sí, bueno, gracias, hermana —dijo Bosch—. Como he dicho, no tardaremos mucho.

—Mi habitación es la última al otro lado del pasillo —indicó—. Es porque soy la más nueva.

Se fue orgullosamente rebotando en sus talones.

—Gracias, la encontraremos.

Bosch se volvió y entró en la habitación, seguido por Soto. Como esperaban, era un cuarto escasamente amueblado. Había una sola cama con un crucifijo en la pared sobre la cabecera de madera, una mesita, una cómoda y un escritorio con un estante de libros montado sobre él en la pared. Había un armario sin puertas que no era más grande que una de las viejas cabinas telefónicas de Union Station. Pero no se necesitaba más espacio para las pocas cosas que allí colgaban.

Bosch y Soto se separaron y empezaron a abrir cajones. La mayoría estaban vacíos o contenían la escasa ropa y pertenencias de una persona que se había consagrado al voto de pobreza. Bosch miró la caja que la hermana Theresa había señalado. Contenía sobre todo páginas sueltas de notas. Había sermones manuscritos, plegarias y versos bíblicos, muchos de ellos con la palabra «redención» subrayada. Efesios, Gálatas, Romanos..., las citas estaban escritas en medias páginas, sobres y otros restos.

Bosch eligió dos de los sobres escritos y se los guardó en el bolsillo interior de su chaqueta.

Así dirán loslos rescatados del señor, a los que él redimió del enemigo.

Salmo 107:2

Quien se entregó por nosotros, para redimirnos de todo pecado, purificarnos y hacer de nosotros un pueblo suyo propio, celador de buenas obras.

Tito 2:14

Bosch siguió hurgando en la caja de papeles y sacó un documento doblado que resultó ser un certificado de nacimiento de Esther María González. Se había emitido en 1972 en el condado de Hyde, Carolina del Norte. Estaba impreso en papel grueso y parecía legítimo, pero a Bosch no le cabía duda de que era falso. Sabía que la forma más fácil de construirse una identidad nueva y falsa era empezar con lo que parecía ser un certificado de nacimiento de un pequeño condado rural en un estado alejado de aquel donde se perpetraría el fraude. Un certificado de nacimiento era el único requisito para solicitar un carnet de conducir en California. El problema era que no había ninguna plantilla nacional de certificados de nacimiento. Miles de condados de todo el país los emitían, cada uno con su propio diseño. A un empleado de Tráfico de California le costaría mucho reconocer la falsedad de un certificado del condado de Hyde, Carolina del Norte, si el documento presentaba una apariencia oficial y legítima.

Un carnet de conducir te situaba a solo un paso en el camino de obtener una identidad falsa. Después se necesitaría el número de la Seguridad Social y un

pasaporte. El documento que Bosch tenía en la mano explicaba mucho.

Harry se sentó en la cama al guardarse el certificado de nacimiento en el bolsillo de la chaqueta con los otros papeles. Volvió a poner la tapa de la caja y miró a Soto, que todavía estaba examinando el armario.

—¿Esto te molesta? —preguntó.

Ella se volvió y lo miró.

—¿Que si me molesta el qué? —preguntó ella.

—No lo sé —dijo—. Supongo que ella eligió su propia pena. Vino aquí, fue a misiones y se ocupó de los niños y todo eso. Voto de pobreza, pagó la hipoteca, lo que sea. Pero no se entregó y no dijo: «Soy responsable». No le dijo a todos esos padres cómo murieron sus hijos.

Bosch hizo un gesto hacia la caja.

—Habla de redención, pero eligió esto. No le quitaron nada. ¿Entiendes qué quiero decir?

Soto asintió.

—Entiendo —dijo—. Voy a tardar un tiempo en procesar todo esto. Te diré cómo me siento cuando lo sepa. ¿Vale?

—Sí —dijo—, claro.

Soto volvió al trabajo en el armario, y Bosch pasó al escritorio. No había nada de carácter personal en el sobre de la mesa y el único cajón contenía más de lo mismo: escritos a lápiz con temas de redención y referencias múltiples a los niños.

Bosch cerró el cajón y miró el estante. Había cuatro versiones diferentes de la Biblia, así como un diccionario de español y libros sobre los sacramentos, catecismo y métodos de enseñanza.

Cogió la primera Biblia del estante y pasó las páginas, con la esperanza de que una confesión doblada, manuscrita, cayera del libro en su regazo.

En cambio, encontró una estampilla que mostraba a Cristo ascendiendo al cielo. La estampilla marcaba una página de Hechos de los Apóstoles donde se habían subrayado intermitentemente palabras para formar una frase: «Arrepentíos [...] a fin de que se borren vuestros pecados».

—Harry.

Bosch se volvió hacia Soto. Estaba agachada en el suelo, con un álbum de fotos abierto delante de ella. De sus páginas había levantado lo que parecía un recorte de foto de un periódico.

—Esto estaba suelto en este álbum de fotos —dijo—. Son ellos, ¿no?

Bosch cogió el recorte y lo estudió. Era una noticia descolorida que mostraba fotos de dos hombres, uno al lado del otro. Bosch no tuvo problemas en reconocer a los dos atracadores del banco de North Hollywood. No había ningún policía en Los Ángeles que no pudiera reconocerlos.

Asintió.

—Son ellos.

—Entonces ¿Gus Braley tenía razón?

Bosch siguió mirando la foto, recordando ese día.

—Supongo —dijo por fin—, pero no pudo conectar los puntos entonces.

Soto se acercó y se sentó en la cama junto a la silla de Bosch para poder ver también ella el recorte.

—No es una imagen de Ana con ellos —dijo—. No prueba nada.

—Tal vez no en un tribunal —replicó Bosch—. Para mí cierra las cosas.

—Pero ¿dónde se cruzaron sus caminos?

—Buena pregunta. Recuerdo algo de que los dos tipos se conocieron en un gimnasio. Creo que en Venice.

—Ana no podía estar más lejos de Venice. Tuvieron que cruzarse en otro sitio.

—Bueno, puede que necesitemos encontrar ese sitio si queremos que el fiscal apruebe el cierre del caso.

—¿Y si lo ponemos en los medios? Tal vez alguien conozca la conexión.

Bosch pensó en ello. Habían pasado veintiún años. Era una posibilidad remota, pero no quería ser pesimista con Soto.

Ella pareció interpretarlo de todos modos.

—Todas esas familias que perdieron a sus hijos —dijo—. Deberían saberlo. La familia de Esi González también. La verdadera. —Cogió el recorte que sostenía Bosch y lo estudió.

Bosch recordó algo y chascó los dedos. Era lo que le había molestado después de hablar con Gus Braley.

—Varsol —dijo.

—¿Qué? —preguntó Soto.

—Acabo de recordar algo. Ese día en el tiroteo... Yo llegué al final y me pusieron con el equipo de pruebas. Me tocó su coche, en realidad. —Señaló a los hombres en el recorte que sostenía Soto—. Básicamente tenía que custodiarlo hasta que llegara un equipo de pruebas. Y tardó un par de horas, porque los necesitaban en todas partes ese día. La escena tenía como cinco manzanas. El caso es que mientras estaba esperando me puse los guantes y miré en el coche y allí estaba la manta del ejército en el asiento de atrás cubriendo algo. Así que la retiré y había más armas en el asiento y había un coctel molotov sujeto con el cinturón para que no se moviera.

—¿Estaba hecho con Varsol?

—No lo sé. No sé si se analizó, pero podemos averiguarlo. En todo caso, el uso de un coctel molotov es otro vínculo entre estos tipos y el Bonnie Brae.

Soto asintió.

—Entonces ¿qué opinas? ¿Ana lo planeó o era solo la chica de los recados?

Bosch pensó un momento y luego negó con la cabeza.

—Es difícil decirlo. Parece que jugó con Burrows y Boiko como una profesional. Se acercó a ellos y supo que abrirían la caja cuando ella estuviera amenazada. Pero podría haber sido dirigida por alguno de esos tipos. No creo que lo sepamos nunca.

Se sentaron en silencio un rato. Bosch sabía que Soto quería decir algo. Finalmente, habló.

—Pensaba que sería diferente —dijo ella.

—¿Qué? —preguntó Bosch.

—Desde que quise ser policía pensaba en resolver el caso. Era mi motivación. Ardía dentro de mí, ¿sabes?

—Sí.

Bosch pensó en lo que él había dicho sobre abrir la puerta de una habitación en llamas.

—Y ahora aquí estoy —dijo Soto.

—Lo has resuelto —dijo Bosch.

—Pero no hay..., no es lo que pensaba cuando tenía todas esas fantasías.

Bosch asintió. No había nada que decir. Al cabo de un rato, Soto parecía haber dejado de lado su angustia por el momento y habló en tono positivo.

—Entonces —dijo ella—, creo que hemos terminado aquí. Quiero irme a casa, Harry.

Bosch asintió una vez más.

—Vale —dijo—. Vamos.

Bosch llegó a la sala de brigada y se encontró a Soto ya en su lugar en el escritorio. De hecho, reveló que estaba allí desde el domingo. Había venido para escribir el resumen de la investigación del caso Bonnie Brae que sería entregado al capitán Crowder para su aprobación y luego a la Oficina del Fiscal del Distrito, que también tenía que ratificar el cierre oficial de un caso por medios distintos a la detención y condena. Bosch le había encargado el informe, porque en muchos sentidos era su caso.

El informe tenía una extensión de doce páginas. Era concienzudo y completo, y Bosch empezó a asentir sin darse cuenta mientras leía. Soto había ordenado los hechos que se habían recopilado de tal manera que el informe era concluyente, y sin embargo todavía les faltaba el nexo exacto donde Ana Acevedo cruzó su camino con los dos hombres que provocaron el incendio del Bonnie Brae y luego cometieron el atraco del EZBank.

Pensó que Crowder no pondría ninguna pega, porque no había inconveniente para él. Podía anunciar que había resuelto un caso fundamental, y no habría ningún juicio que pudiera cuestionarlo. Era un mundo perfecto para él. Pero el siguiente paso sería duro. La fiscalía no estaría tan dispuesta a descartarlo por la ausencia de una confesión, pruebas irrefutables o una conexión directa entre todas las partes implicadas.

Habría maneras de manejar a la Oficina del Fiscal del Distrito, y Bosch lo sabía. El cierre del caso sería una historia enorme en los medios, no solo por el número de víctimas y quiénes eran los sospechosos muertos, sino por quién lo había investigado. El resumen de Soto revelaba sus vínculos personales con el incendio. Todo eso podría utilizarse y dirigirse en apoyo del cierre oficial del caso.

Cuando terminó de leerlo por segunda vez, Bosch tenía solo una pregunta para Soto.

—Lucy, ¿estás segura de que quieres revelar tu conexión con esto?

—Sí. Es mi historia. Aunque me meta en problemas, ya es hora.

Bosch asintió. No iba a convencerla de lo contrario. Tenía razón. Era su historia y era hora de contarla. No obstante, ello revelaría que, cuando presentó su solicitud de ingreso al departamento, había omitido cualquier mención del incendio del Bonnie Brae como factor motivador en su decisión de hacerse agente de policía.

Sonó el teléfono en la mesa de Bosch. Contestó. Era Crowder.

—Harry, necesito que venga aquí —dijo.

—Bien —contestó Bosch—. Íbamos a ir a verlo.

—No, solo usted. Venga aquí ahora.

—Pero Soto tiene...

—Solo usted.

Crowder cortó antes de que él pudiera argumentar más. Bosch colgó el teléfono y

le dijo a Soto que presentarían el informe a Crowder después. Caminó por el perímetro de la sala de brigada y entró en la oficina del capitán. El teniente Samuels estaba sentado en una de las sillas, delante del escritorio.

—Harry, siéntese —dijo Crowder.

—Estoy bien, me quedaré de pie —dijo Bosch.

—Bueno, no quiero que se ponga hecho una furia cuando escuche esto.

—¿Qué?

—Acabo de recibir una llamada de la fiscalía. No van a actuar contra Zeyas.

Bosch tardó un momento en procesar la noticia y responder.

—Qué cobardes —dijo—. Qué mierda.

—Mire —dijo Crowder—. El tipo que me llamó (Boland) dijo que no hay pruebas para una condena. No hay pruebas que lo corroboren de forma independiente. Zeyas no dijo nada que lo incriminara ni remotamente en la cinta (jugó con Spivak), y todas las llamadas pruebas de Spivak son documentos interesados que cualquier abogado defensor destrozaría. Así que se reduce a eso, Zeyas gana, sobre todo si le toca un jurado del este.

Bosch se encogió de hombros como si la noticia fuera una irritación menor.

—Volveré a presentarlo con otro fiscal —dijo—. Boland es un niño que tiene miedo de la oscuridad. O eso o está comprado.

—No, Harry, no lo volverá a presentar con nadie —replicó Crowder—. La decisión no fue de Boland. Llegó de arriba. Se acabó. *Lucky Lucy* mató a Broussard y ahí termina. Caso cerrado. Puede consolarse sabiendo que Zeyas no tiene ninguna oportunidad de llegar a la mansión del gobernador y que ningún otro candidato volverá a contratar a Spivak después de la forma en que el *Times* ha estado aireando esto en las últimas dos semanas.

Virginia Skinner estaba liderando la carga del *Times*, gracias a que Bosch había cumplido su promesa. Pero nada de eso importaba por el momento. Bosch de repente estaba mortalmente asqueado de todo.

—¿Algo más? —preguntó—. ¿Hemos terminado?

—No, no hemos terminado —dijo Crowder—. ¿Teniente?

Samuels se levantó y se quedó delante de Bosch. Parecía como si estuviera contento de decir lo que iba a decir. Y eso no le sentó bien a Bosch.

—Detective, necesito que deje su arma y su placa en el escritorio del capitán —le ordenó.

—¿De qué está hablando? —preguntó Bosch.

—Pistola y placa en la mesa. Ahora. Está suspendido, detective, pendiente del resultado de una investigación interna.

Bosch miró a Crowder y vio que el capitán observaba con rostro impasible. No recibiría ninguna ayuda de él. Samuels continuó señalando al escritorio, muy tieso, como si estuviera a punto de utilizar la fuerza física en caso de necesidad. Era mucho más grande, más fornido y más joven que Bosch.

Bosch lentamente sacó el arma de la cartuchera y la colocó en la mesa. Continuó con su placa. Crowder inmediatamente las cogió y las puso en un cajón del escritorio.

—No sé de qué está hablando ni qué se supone que he hecho —dijo Bosch—. Pero Soto y yo estamos a punto de cerrar el caso más grande en veinte años y va a quedar como...

—¿Quiere saber de qué estoy hablando? —lo interrumpió Samuels—. Le enseñaré de qué estoy hablando. Acabo de mostrárselo al capitán.

Samuels se acercó al monitor de televisión que estaba encima de un archivador de cuatro cajones. Cogió el mando a distancia que había debajo y pulsó el Play. Una sala oscura apareció en pantalla. En el fondo había una ventana rectangular de suelo a techo junto a una puerta cerrada. La ventana permitía la entrada de algo de luz desde la sala exterior.

—El capitán Gandle, de Robos Especiales, colecciona lápices, ¿lo sabía? —preguntó Samuels.

—No —dijo Bosch—. ¿A quién le importa?

—Bueno, al capitán Gandle le importa, y el problema es que la gente entra en su oficina y le roba sus lápices, y resulta que algunos de ellos valen mucho dinero. Así que el capitán se consiguió una camarita y la colocó en el estante de su oficina. Y mire lo que tenemos.

En pantalla, la puerta se abrió y se encendió una luz cenital. Bosch estaba entrando en la sala. Tiró algo en la papelera y se acercó a los estantes donde estaban los diarios de atracos.

—Eso es acceso ilegal, Bosch —dijo Samuels—. Debería contactar con el representante del sindicato, porque va a necesitarlo.

—Eso es una estupidez —protestó Bosch—. Necesitaba mirar los diarios de robos. No me llevé nada de esa oficina.

—Las reglas son las reglas —sentenció Samuels—. La puerta estaba cerrada y forzó la cerradura. El capitán Gandle encontró sus clips doblados en la papelera. Sigue siendo una entrada ilegal, se llevara algo o no. Tiene suerte de que no lo ponga bajo arresto, pero el bueno del capitán ha decidido que no era necesario.

Bosch miró a Crowder una vez más.

—¿Le parece bien esto? —preguntó.

—Harry, ¿qué cojones? —dijo Crowder—. Entró en la oficina del capitán. ¿Era realmente necesario? ¿Algún caso hace eso necesario?

—Váyase a casa, Bosch —sugirió Samuels—. Está suspendido en espera de posterior investigación. Cuando la investigación concluya se lo avisará de si debe presentarse en la vista del Tribunal de Derechos.

Bosch estaba tan anonadado que parecía haber perdido la capacidad de moverse.

—Váyase a casa —repitió Samuels—. Y espero que no implique a su compañera en estas acciones. Odiaría perder a una joven como ella.

Bosch encontró la voluntad para mover sus pies. Se volvió y se dirigió a la puerta.

Samuels lo detuvo.

—¿Sabe, Bosch? Con lo poco que le queda, debería pensar en entregar la placa y no complicarse la vida. Ya ha servido muchos años. ¿Por qué meterse en un lío por algo así?

Bosch miró a Samuels y el teniente hizo el gesto de quitarse una placa del pecho izquierdo de una camisa de uniforme.

—Esto es muy endeble, Samuels —dijo—. Como usted.

Lentamente salió del despacho y empezó a caminar hacia su cubículo. Sintió varias miradas clavadas en él. A través del cristal, la gente lo había visto entregando la placa y la pistola. Estaba corriendo la voz. Algo así nunca podía contenerse en una sala llena de detectives.

Soto estaba en su lugar y se volvió en su silla cuando Bosch entró para dirigirse a su propio escritorio.

—Harry, ¿qué está pasando? —preguntó—. La gente dice que acaban de quitarte la pistola y la placa.

Bosch acercó su silla a la de ella. Se sentó y se acercó.

—Me han suspendido —dijo.

—¿Qué? —exclamó Soto—. ¿Por qué?

—Escúchame. Cuando vengan a preguntar por el día que entré en el despacho del capitán en la oficina de Robos, diles que no estabas ahí. Diles que te quedaste aquí y yo fui solo. ¿Entendido?

—No, Harry. No voy a...

—Tienes que hacerlo, Lucía. Yo voy a decir lo mismo. No estabas aquí. ¿Y sabes qué? No estabas. Estabas en el pasillo. Al que venga de Criterios Profesionales le dices que te quedaste en tu mesa. ¿De acuerdo?

—Sí.

Bosch miró al despacho del capitán. Samuels estaba de pie en el umbral, observándolo. Harry supuso que tenía otros cinco minutos como máximo antes de que el teniente pidiera a un par de agentes de patrulla que lo escoltaran hasta el exterior del edificio.

—He recorrido este camino varias veces —le dijo a Soto—. Protégete y no te pasará nada. A mí tampoco. Puedo superar esto. —Y luego, casi en un susurro, añadió—: Si quiero.

Bosch empujó su silla otra vez a su escritorio y recogió unas pocas pertenencias. Las fotos de su hija eran la prioridad. No tenía ni idea de si volvería alguna vez a esa mesa.

Tim Marcia se asomó por encima de la mampara baja de su cubículo.

—Eh, Harry, ¿puedo quedarme tu sitio para aparcar hasta que vuelvas?

Provocó una sonrisa.

—Que te den —le dijo Bosch.

Cuando tuvo todo empaquetado en su maletín y estuvo listo para irse, miró a

Soto, que estaba sentada en su silla, mirándolo.

—Esto no es justo —dijo.

Bosch se acercó, se agachó y le puso una mano en el hombro.

—No se trata de justicia —explicó—. Ya me arreglaré. Lo que tienes que recordar es que eres una gran detective. Conoces el secreto. Así que no dejes que los idiotas de por aquí te desanimen. Tienes cosas que hacer, Lucy.

Ella asintió.

—Vale —dijo—. Tengo ganas de llorar.

—No lo hagas —aconsejó Bosch—. Mejor lleva tu informe ahí dentro y cierra ese caso. Tómate un día o dos para saborearlo y luego vuelve al trabajo. Solo hay diez mil casos más esperándote.

Soto asintió otra vez y trató infructuosamente de sonreír. Hablar iba a suponer un problema para ella.

Bosch le apretó el hombro y la dejó allí. Cogió el maletín de su silla y caminó hacia la puerta de salida. Antes de llegar allí, oyó que alguien aplaudía detrás de él. Se volvió y vio que era Soto, que estaba de pie encima de su mesa.

Enseguida Tim Marcia se levantó de su cubículo y empezó a aplaudir. Luego Mitzi Roberts hizo lo mismo y después los otros detectives. Bosch apoyó la espalda contra la puerta, listo para empujarla. Dio las gracias con la cabeza, se llevó el puño a la altura del pecho y lo agitó. Luego empujó la puerta y se marchó.

Agradecimientos

El autor quiere dar las gracias a varias personas que contribuyeron a esta novela de muchas muchas formas.

Los detectives: Rick Jackson, Tim Marcia, Mitzi Roberts.

Los editores: Asya Muchnick, Bill Massey, Pamela Marshall.

El investigador: Dennis *Cisco* Wojciechowski.

La familia: Linda Connelly, McCaleb Connelly, todos los Connelly.

Los lectores: Terrill Lee Lankford, Henrik Bastin, John Houghton.

El equipo de apoyo: Heather Rizzo, Jane Davis, Mary Mercer, Sue Lillich.

La editorial: las muchas personas de Hachette Book Group que tanto trabajaron en este libro y en muchos otros antes.

El autor no podría hacerlo sin vosotros.

Gracias a todos.